



FISCALIA FEDERAL

DE

RESISTENCIA - CHACO

Carátula: UNIDAD DE DERECHOS
HUMANOS FISCALIA DEFERAL
RESISTENCIA S/ INICIA
INVESTIGACIONES DE OFICIO SOBRE
MASACRES DE "NAPALPI" (1924) Y "EL
ZAPALLAR" (1933)-

CUERPO I

Objeto: INVESTIGACION DE OFICIO - CRIMENES DE LESA HUMANIDAD

Fiscal Interviniente: FEDERICO CARNIEL - CARLOS MATIN AMAD
PATRICIO SABADINI - DIEGO JESUS VIGAY



Iniciado el 29 de mayo de 2015

archivo
nacional de
la memoria



MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
ORGANISMO AUTÓNOMO DE LA JEFATURA
DE EJECUTIVO FEDERAL

Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.



Resistencia, 29 de Mayo de 2014.

Atento los hechos históricos conocidos como Masacre de Napalpi sucedido en 1924 y Masacre de El Zapallar ocurrido en 1933 en ambos casos en el entonces Territorio Nacional del Chaco - actualmente provincia del Chaco - y en atención a la notas periodísticas publicadas en portales digitales : “ Aprueban reparación simbólica y material al anciano moqoit Pedro Balquinta” (<http://chacodiapordia.com/noticia/65103/encontraron-a-un-sobreviviente-de-las-masacres-de-napalpi-y-el-zapallar>) y “ Pedro Balquinta: sancionan Ley de reparación simbólica para la memoria ” (<http://www.datachaco.com/noticias/view/36760>) - las cuales se adjuntan a la presente - .

Que en consideración a que los delitos de lesa humanidad constituyen delitos del derecho penal internacional que por su gravedad, repugnan a la humanidad en su conjunto, poniendo en peligro o lesionando bienes indispensables para su preservación. A los que podemos definir como aquellas violaciones a los bienes jurídicos individuales elementales cometidos como parte de un ataque generalizado o sistemático realizado con la participación o tolerancia del poder político de iure o de facto.

Que estos delitos se encuentran contemplados en el derecho penal internacional consuetudinario (*ius cogens*) o convencional (tratados, convenciones, pactos, etc.) y tipifican aquellas conductas que afectan indistintamente a todos los Estados en su carácter de miembros de la comunidad internacional y que hacen a sus perpetradores enemigos del género humano.



archivo
nacional de
la memoria

En este sentido el Procurador General de la Nación, en su dictamen en la causa "Recurso de hecho deducido por Juan Francisco Bueno Alves y Carlos A. B. Pérez Galindo (querellantes) en la causa "Derecho, René Jesús s/Incidente de prescripción de la acción penal" (N° 24.079 C) de fecha 11 de Julio de 2007, realiza un importante análisis en relación con los elementos particulares distintivos de los delitos contra la humanidad. Establece, en primer lugar, que los mismos deben ser actos atroces, entre los que se encuentran el asesinato, exterminio, esclavitud, tortura, violación, desaparición forzada de personas, es decir, un núcleo de actos de extrema crueldad. En segundo lugar, estos actos deben realizarse por medio de un ataque; el que debe ser sistemático o generalizado y a gran escala (tercer elemento), y debe dirigirse a una población civil (cuarto elemento). Por último, es relevante la necesidad de que ese ataque haya sido realizado de conformidad con una política de un estado o de una organización o para promover esa política.

En el caso particular de los delitos de lesa humanidad, la valoración del daño padecido por las víctimas de estos delitos y los efectos en las generaciones sucesivas, implican una experiencia subjetivante, que apunte a restituir la dignidad de los sujetos o comunidades, como parte fundamental del proceso de reparación integral.

Por ello entendemos como necesaria la búsqueda de la verdad y el ejercicio de la memoria histórica para que los hechos de violencia no se repitan, para establecer el por qué, cuándo y cómo se perpetraron las atrocidades y saber quiénes son los máximos responsables de los crímenes, y cuál es el origen y las motivaciones económicas, políticas o sociales que han conducido a su ejecución. También así para demostrar el carácter sistemático y señalar a quiénes han favorecido y quiénes se han beneficiado



MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
PROCURADURÍA GENERAL DEL PODER JUDICIAL



Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia. Chaco.

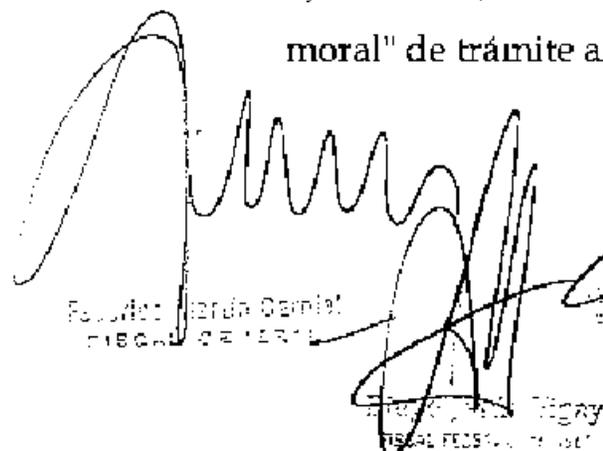
de estos hechos de violencia, para que se conozca públicamente el contenido integral de esta historia de horror y que se reconozca socialmente a las víctimas.

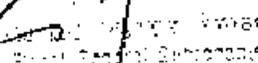
Entendemos entonces que la reparación debe contener la recuperación de la memoria histórica, la difusión pública y completa de la verdad de los crímenes perpetrados y la dignificación de las víctimas.

Que surgiendo entonces del análisis inicial de los hechos históricos aquí tratados, la posibilidad de la comisión de un delito encuadrado como de Lesa Humanidad, se Ordena la apertura de las actuaciones correspondientes a fin de investigar las circunstancias en que se produjeran los hechos y llegado el caso promover el impulso de la acción penal o en su caso instancia de juicio por la verdad mediante el correspondiente Requerimiento de Instrucción Formal.-

RESOLVEMOS:

- 1) FORMESE actuaciones preliminares, bajo la caratula " Unidad de DD HH de la Fiscalía Federal de Resistencia S/ Inicia Investigaciones de Oficio sobre Masacre NAPALPI (1924) y " El Zapallar (1933) "
- 2) Se solicite al Juzgado Federal en carácter de préstamo y para su análisis el Expte N° 11001630 Año 2004, caratulado "Asociación Comunitaria La Matanza c/Estado Nacional - Poder Ejecutivo -s/Daños y perjuicios, lucro cesante, daño emergente y moral" de trámite ante la Secretaria Civil N° 1.


Patricia María García
FISCAL FEDERAL DE RESISTENCIA


Patricia María García
FISCAL FEDERAL DE RESISTENCIA


Helio Antonio Balbiani
SECRETARIO INTERNO

HELIO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interno


archivo
nacional de
la memoria

Pedro Balquinta: sancionan Ley de reparación simbólica para la memoria y material

“La masacre del Zapallar y de Napalpí tienen como consigna de fondo el despojo de los pueblos originarios”, expresó Daniel Trabolón, autor de la iniciativa.



A+ | A- [icon] [icon]

Compartí esta Nota

El diputado del Frente Renovador, Daniel Trabolón, presentó en el recinto de sesiones de la Cámara de Diputados la iniciativa de ley que sancionará la Ley de Reparación Simbólica y Material para la memoria y material. La ley tiene como consigna de fondo el despojo de los pueblos originarios, que tiene como eje central la masacre del Zapallar y de Napalpí, que tuvo lugar el 25 de mayo de 1977, en el marco de la Operación Cóndor, que buscaba eliminar a los líderes de la resistencia y a los miembros de la familia de los desaparecidos. La ley establece la creación de un fondo de reparación simbólica y material, que será administrado por el Poder Ejecutivo. El fondo tendrá como objetivo reparar a las víctimas y a sus familiares, así como también a los pueblos originarios que fueron afectados por la masacre. La ley también establece la creación de un día de memoria y material, que será el 25 de mayo de cada año. La ley fue sancionada por la Cámara de Diputados el 29 de mayo de 2014.

La ley establece la creación de un fondo de reparación simbólica y material, que será administrado por el Poder Ejecutivo. El fondo tendrá como objetivo reparar a las víctimas y a sus familiares, así como también a los pueblos originarios que fueron afectados por la masacre. La ley también establece la creación de un día de memoria y material, que será el 25 de mayo de cada año. La ley fue sancionada por la Cámara de Diputados el 29 de mayo de 2014.

La ley establece la creación de un fondo de reparación simbólica y material, que será administrado por el Poder Ejecutivo. El fondo tendrá como objetivo reparar a las víctimas y a sus familiares, así como también a los pueblos originarios que fueron afectados por la masacre. La ley también establece la creación de un día de memoria y material, que será el 25 de mayo de cada año. La ley fue sancionada por la Cámara de Diputados el 29 de mayo de 2014.

La ley establece la creación de un fondo de reparación simbólica y material, que será administrado por el Poder Ejecutivo. El fondo tendrá como objetivo reparar a las víctimas y a sus familiares, así como también a los pueblos originarios que fueron afectados por la masacre. La ley también establece la creación de un día de memoria y material, que será el 25 de mayo de cada año. La ley fue sancionada por la Cámara de Diputados el 29 de mayo de 2014.

Diario CHACO DIA POR DIA

Histórico hallazgo en Charata

Encontraron a un sobreviviente de las masacres de Napalpí y El Zapallar

Se trata de Pedro Valquinta, quien actualmente tiene entre 105 y 107 años. Vive en condiciones de extrema pobreza y su capacidad visual está muy disminuida. Fue encontrado por casualidad por un grupo de cineastas e investigadores indígenas.



Pedro

Valquinta (izquierda), sobreviviente de dos masacres perpetradas en el Chaco.

En un hecho histórico, un sobreviviente de las masacres de Napalpí y El Zapallar fue encontrado en el paraje Las Tolderías, jurisdicción de Charata. Se trata de Pedro Valquinta, quien tiene entre 105 y 107 años. Vive en condiciones de extrema pobreza y su capacidad visual está muy disminuida.

Integrantes de la Coordinadora De Comunicación Audiovisual Indígena De Argentina (C.C.A.I.A) del Chaco dieron a conocer la información sobre el hallazgo con vida de un sobreviviente de las masacres de Napalpí, ocurrida el 19 de julio de 1924, y de El Zapallar, perpetrada nueve años después, quien los recibió en su humilde ranchito del paraje Las Tolderías.

Juan Chico, historiador del pueblo Qom y Presidente de la C.C.A.I.A comentó que el 8 de febrero pasado, en plena búsqueda de datos sobre la masacre de el Zapallar, junto a integrantes del departamento de cine indígena de la Dirección de Cine y Espacio Audiovisual del Instituto de Cultura del Chaco visitaron al abuelo Pedro Valquinta el

abuelo empezó a contar en su idioma materna Moqoit que estuvo en la masacre de Napalpi y pudo sobrevivir a ese día trágico para el pueblo Qom y Moqoit de Chaco.

“Cuando le preguntamos si tenía conocimiento sobre la Masacre de Napalpi grande fue nuestra sorpresa cuando nos contó que ese día pudo sobrevivir a la masacre pero que toda su familia fue asesinada”, señaló Chico en diálogo con RADIO CIUDAD. “Él pudo escapar”, continuó Chico, “con una hermanita de 9 años –en esa oportunidad Pedro tenía 7 años- y luego un disparo le alcanza a su hermana y cae muerta. Él logra esconderse detrás de unos árboles. Luego otra familia que también escapaba de la masacre, lo lleva y luego se cría con esa familia”.

“Fue una gran sorpresa porque de hecho sosteníamos que Melitona Enriquez era la última sobreviviente de la Masacre de Napalpi pero en este caso el abuelo Pedro Valquinta que todavía está con vida”, sostuvo. “Según testimonios de su hijo y de su hija, tiene entre 105 y 107 años. Es un hallazgo muy importante más en el contexto que se está viviendo, donde la Nación, Provincia y la sociedad en general está tomando conciencia de lo que pasó el 19 de julio de 1924 donde muchos hermanos, mujeres, ancianos y niños fueron asesinados, masacrados, sólo por el hecho de pedir mejores condiciones de vida”, indicó.

“Estoy muy contento pero por otro lado un poco preocupado por la situación que vive el anciano. Hemos visitado todo este tiempo el paraje de Las Tolderías, verificado también el testimonio con otros ancianos de la comunidad y ellos nos contaban que hace 20 años, cuando Pedro podía ver bien, caminar, pedía que alguien grabe o escriba su historia. Y ellos reconocieron que no le daban mucho artículo pero hoy se daban cuenta de la importancia que tiene el testimonio del abuelo Pedro más habiendo sido un sobreviviente de dos masacres, que fue el intento de exterminio de los pueblos indígenas”, dijo Chico.

“Estamos trabajando con la familia para asistirlo ya que en este caso sería no sólo por la condición de ser sobreviviente sino que también el abuelo se encuentra en extrema pobreza, miseria y abandono total. En pocos días se viene el 19 de julio y queremos al menos intentar reparar ese daño no sólo con él sino con su familia”, afirmó.

Fuentes: RADIO CIUDAD y Originarios.org.ar





///sistencia, 02 de junio de 2014.-

A efectos de recabar datos que puedan resultar de interés en la presente causa, solicítese al Juzgado Federal, en carácter de préstamo, las actuaciones civiles caratuladas: "Asociación Comunitaria la Matanza c/ Estado Nacional -Poder Ejecutivo- s/ Daños y Perjuicios, lucro cesante, daño emergente y moral", así como la documental incorporada a la misma.



LENO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interino





Sr. Juez Federal:

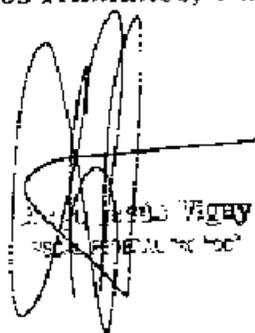
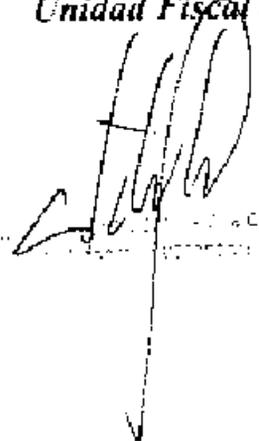
Patricio Sabadini , Fiscal Federal ; **Carlos Martín Amad**, Fiscal General Subrogante y **Diego Jesús Vigay** , Fiscal Federal DD.HH "ad hoc"; en el Expte N° 11001630 Año 2004 , caratulado "Asociación Comunitaria La Matanza c/Estado Nacional - Poder Ejecutivo -s/Daños y perjuicios, lucro cesante, daño emergente y moral" de trámite ante la Secretaría Civil N° 1 de este tribunal , nos **presentamos** y **Decimos** :

Que venimos a Solicitar en carácter de préstamo las presentes actuaciones "Asociación Comunitaria La Matanza c/Estado Nacional - Poder Ejecutivo -s/Daños y perjuicios, lucro cesante, daño emergente y moral" como así también la documental incorporada a las mismas.

Ello a los fines de la investigación iniciada por la Unidad de DD HH de la Fiscalía Federal , en el Expte N° 81/14 caratulado " Unidad Fiscal de DD HH Inicia Investigación de Oficio Sobre las Masacres de Napalpi (1924) y El Zapallar (1933) en el marco de búsqueda de la verdad y juzgamiento de los crímenes de lesa humanidad cometidos en la jurisdicción.

**FIRMADO
ES COPIA**

Unidad Fiscal de Derechos Humanos, 4 de Junio de 2014.-



Diego Jesús Vigay
FISCAL FEDERAL "ad hoc"

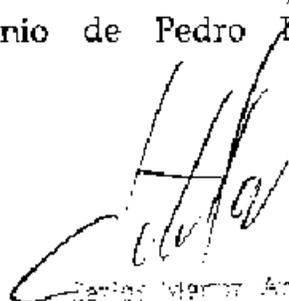


///sistencia, 10 de Junio de 2014.-

Procédase con carácter urgente a instrumentar los mecanismos necesarios para tomar declaración testimonial al señor Pedro Balquinta, en atención a su edad avanzada y a la circunstancia de que sería el único sobreviviente de las Masacres de Napalpi y el Zapallar.

A los mismos fines solicítese a la Dirección de Cine y Espacio Audio Visual del Instituto de Cultura de la Provincia de Chaco, de que preste colaboración registrando el testimonio de Pedro Balquinta, notificándosele en la forma de estilo.

SECRETARÍA DE
MEDIO AMBIENTE



Carlos Manuel Amer
Dir. Medio Ambiente



LELIO ANTONIO BACBIANI
Secretario Interino





Ministerio Público Fiscal de la Nación.

Resistencia, 10 de Junio de 2014.-

Al Sr. Albino Juan Oscar Chico

Dirección de Cine y Espacio Audiovisual –D.C.E.A.- del Instituto de Cultura del Pueblo del Chaco.

Tengo el agrado de dirigirme a Ud., en los autos caratulados Unidad de Derechos Humanos –Fiscalía Federal de Resistencia- s/ Inicia Investigaciones de oficio sobre Masacres de "Napalpi" (1924) y "Zapallar" (1933), en trámite por ante esta Fiscalía Federal, a fin de solicitarle preste colaboración para realizar un registro filmico del testimonio que tomará esta Fiscalía al señor Pedro Balquinta, sobreviviente de las Masacres conocidas como "Napalpi" y el "Zapallar", a realizarse en fecha 18 de junio del corriente año, a las 11:00 horas en Zona Rural del Paraje San Lorenzo Colonia Necochea del Departamento de Chacabuco, Provincia del Chaco.-

Sin otro particular, lo saludo con distinguida consideración.

Palacio Izagóla Sabagui
FISCAL FEDERAL

Diego José Spay
FISCAL FEDERAL

LELIO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interno





Ministerio Público Fiscal de la Nación.

Resistencia, 10 de Junio de 2014.-

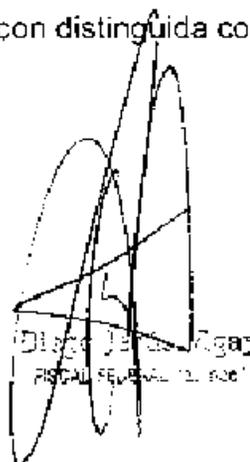
Al Sr. Albino Juan Oscar Chico

Dirección de Cine y Espacio Audiovisual –D.C.E.A.- del Instituto de Cultura del Pueblo del Chaco.

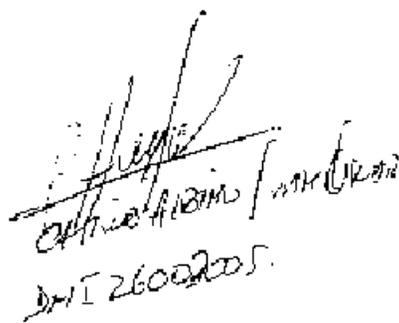
Tengo el agrado de dirigirme a Ud., en los autos caratulados Unidad de Derechos Humanos Fiscalía Federal de Resistencia- s/ Inicia Investigaciones de oficio sobre Masacres de "Napalpi" (1924) y "Zapallar" (1933), en trámite por ante esta Fiscalía Federal, a fin de solicitarle preste colaboración para realizar un registro fílmico del testimonio que tomará esta Fiscalía al señor Pedro Balquinta, sobreviviente de las Masacres conocidas como "Napalpi" y el "Zapallar", a realizarse en fecha 18 de junio del corriente año, a las 11:00 horas en Zona Rural del Paraje San Lorenzo Colonia Necochea del Departamento de Chacabuco, Provincia del Chaco.-

Sin otro particular, lo saludo con distinguida consideración.




Diego Juan Agay
FISCAL FEDERAL DE RESISTENCIA


HELIO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interno


Albino Juan Oscar Chico
DNI 26002005

Recibido hoy 10 de Junio 2014





MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
PROSECUCIÓN CENTRAL DE LA NACIÓN
BUENOS AIRES, ARGENTINA



Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia. Chaco.

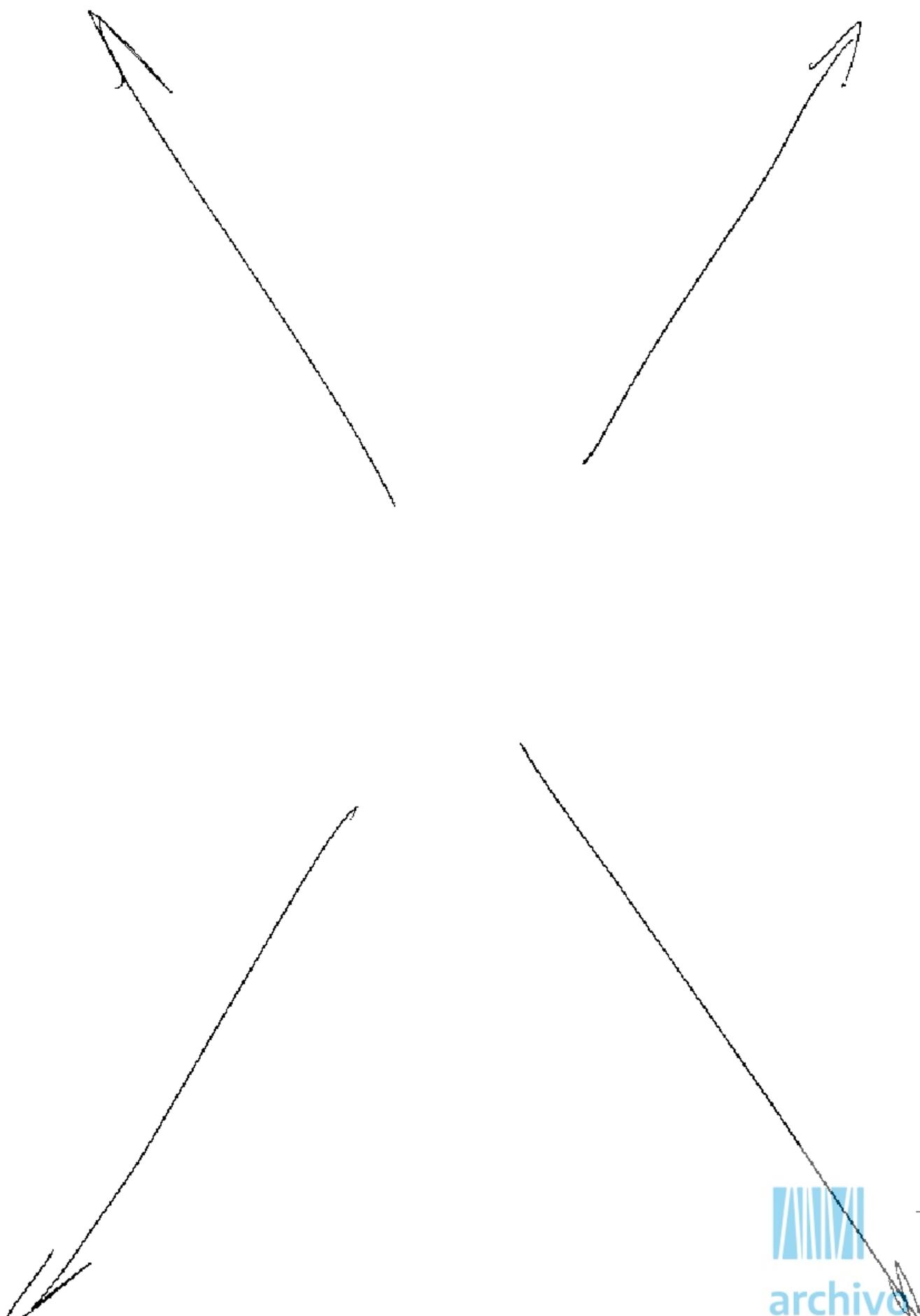
En la zona rural del Paraje San Lorenzo Colonia Necochea del Departamento de Chacabuco de la Provincia del Chaco, a los dieciocho días del mes de Junio del año dos mil catorce, siendo las 11:00 horas; se constituye la Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía Federal de Resistencia Chaco, con la presencia del Fiscal "ad hoc" Diego Jesús Vigay con la asistencia del Secretario Autorizante Dr. Lelio Balbiani, a fin de tomarle testimonio al Sr. Pedro Balquinta sobreviviente de las Masacres conocidas como "Napalpi" y "El Zapallar" sobre circunstancias que pueden resultar relevantes a los fines de la investigación por delitos de Lesa Humanidad que se lleva adelante en el Expte. F.F. N° 81 /14 caratulado "Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía Federal de Resistencia sobre Inicio de Investigaciones de Oficio sobre Masacres de NAPALPI (1924) y EL ZAPALLAR (1933) . Abierto el acto se deja constancia de la presencia de la Sra. Silvia Capanci D.N.I. N° 27.576.929 quien convive con el Sr. Balquinta al ser concubina de nieto del mismo y que oficiara de traductora de la lengua Mocoví al castellano, como así también de los Sres. Albino Juan Oscar Chico D.N.I. N° 26.003.005 presidente de la

LELIO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interno

Carlos Pellegrini N° 526 Resistencia Chaco 3.500 Tel.: (54-362) 4426469 / 4439352 | ARGENTINA



archivo
nacional de
la memoria





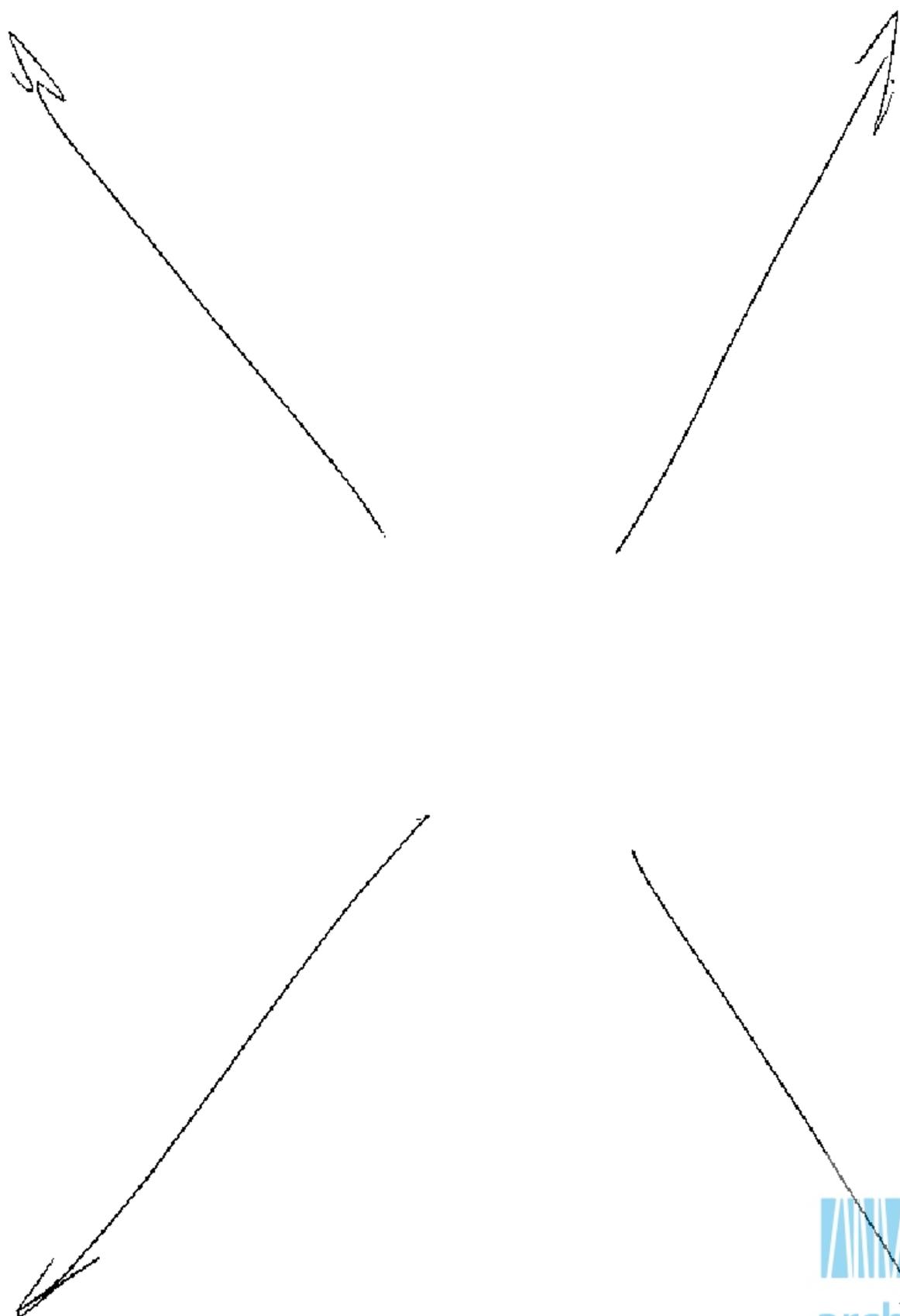
MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
PROSECUCIÓN GENERAL DE LA NACION
BUENOS AIRES, ARGENTINA

Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.
asociación civil NAPALPI y director de la Dirección de Cine y Espacio
Audiovisual – D.C.E.A.-del Instituto de Cultura del Gobierno del
Pueblo del Chaco y el Sr. Juan de Jesús Longo D.N.I. N° 25.271.722
también integrante del DCEA quienes realizaran un registro filmico del
testimonio que se adjuntara a la presente. Seguidamente se le hace
saber al Sr. Balquinta traducción mediante que se le requerirá realice
un relato de sus vivencias , poniendo en su conocimiento de las
disposiciones previstas en los artículos respectivos del Código Procesal
Penal de la Nación y del Código Penal. Seguidamente se recibe al
compareciente el compromiso de decir verdad de todo cuanto supiere y
recordare según sus creencias. Expresando: Que si , se compromete .
A continuación se consignan su nombre y apellido y demás datos
personales según constan en su documento. Se llama Pedro Balquinta
D.N.I. N°: 7.443.668 , de nacionalidad argentina, nacido el 3 de mayo
de 1917, en Colonia Diego Matheula provincia del Chaco, domiciliado
en la Colonia Necochea Paraje San Lorenzo Departamento de
Chacabuco. Provincia del Chaco. Seguidamente ante la pregunta
general de que recuerda de las Masacres en Napalpi y El Zapallar ,
manifiesta: En la reducción Napalpi eran Mocovíes los que estaban

HELIO ANTONIO BALBIANI
Secretario Titular

Carlos Pellegrini N° 526 Resistencia Chaco 3.500 Tel.: (54-362) 4426469 / 4439352 | ARGENTINA





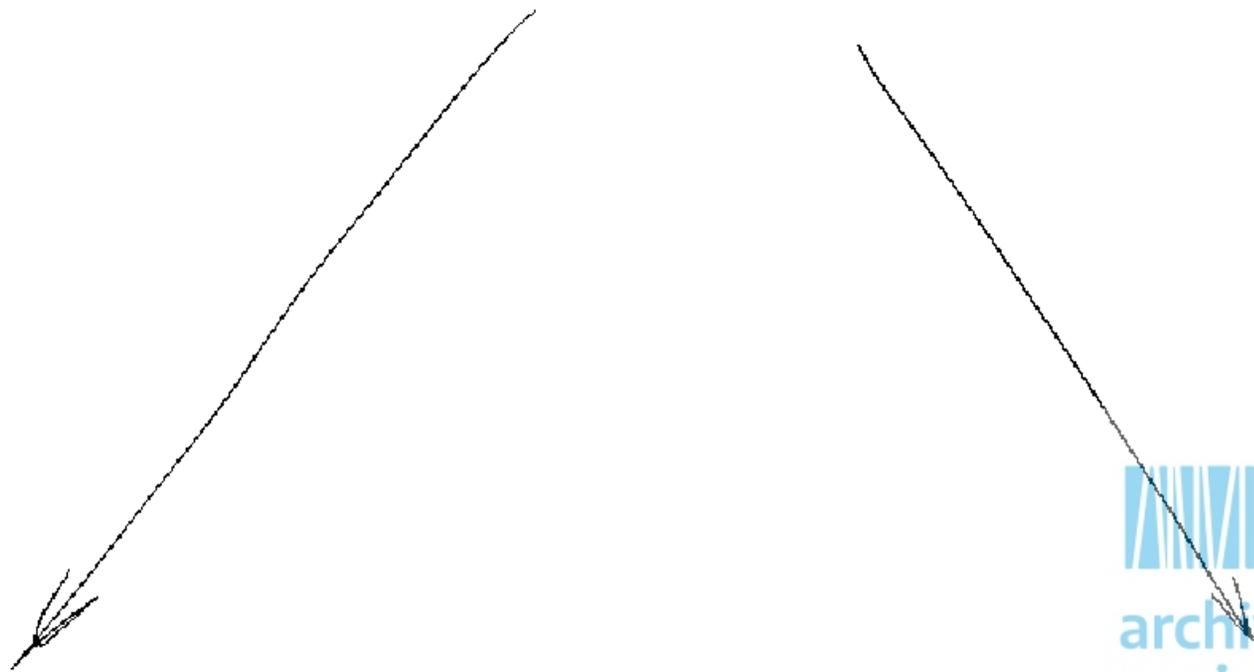
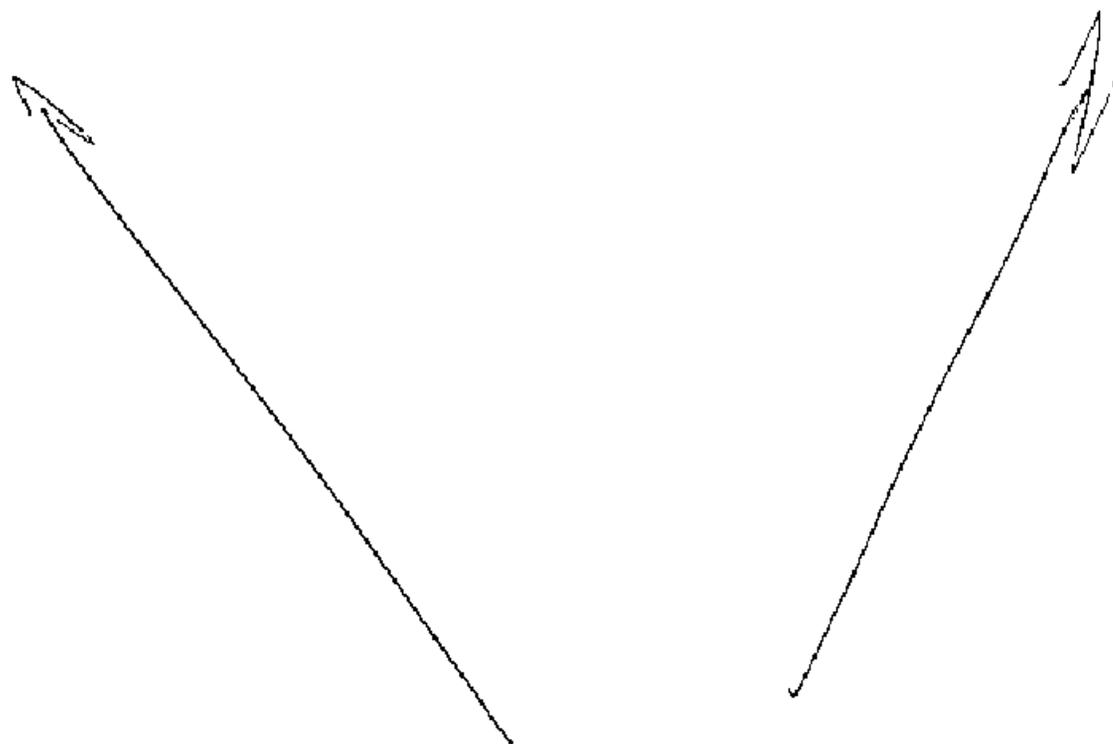


Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.
ahí . El vivía con su madre , su tío y otros de la familia y había unos
cuantos paisanos ahí. Había hacheros y obrajeros. Ellos trabajaban de
obrajeros. Uno estaba preso y desde ahí hablaba. En la reducción
Napalpi mataron a muchos. Los taparon en un pozo grande, un solo
pozo. En cuanto al Zapallar era un pueblo chiquito pero había como
tres mil personas cuando fueron para matarlos, pero no pudieron
matarlos a todos. Había dos pastores allí , que cuando llegaron los
militares se pasaron toda la noche orando , para que nos les hagan
nada. Los Mocovi fueron a buscar trabajo al Zapallar por eso llevaban
sus caballos .Los cabecillas iban adelante por eso mataron a los
cabecillas. Estaba el cacique Duran que vivía en las Tolderías esas
tierras son de los criollos hoy. Vinieron dos camiones con policías,
tenían un cuchillo en la punta . A un policía se le escapo un tiro
cuando estaba de guardia. Murieron como 18 mujeres. Perdieron todos
los caballos. Que se deja constancia que algunas palabras y frases del
Sr. Balquinta no se lograron traducir por lo que deberá realizarse una
traducción integral sobre el material filmico que se integra a la
presente. Que es todo. Lo que no siendo para más se da por finalizado
el presente acto, firmando los compareciente de conformidad, previa


LELLO ANTONIO BALBIANI
Secretario Interino

Carlos Pellegrini N° 526 Resistencia Chaco 3.500 Tel.: (54-362) 4426469 / 4439352 | ARGENTINA







MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
 REGULACIÓN GENERAL DE LA FISCALÍA
 RESOLUCIÓN N° 1000/07



Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.
 integra lectura, a viva voz por el Señor Secretario, y después que lo
 hubo hecho S. S. y por ante mí que **DOY FE.**

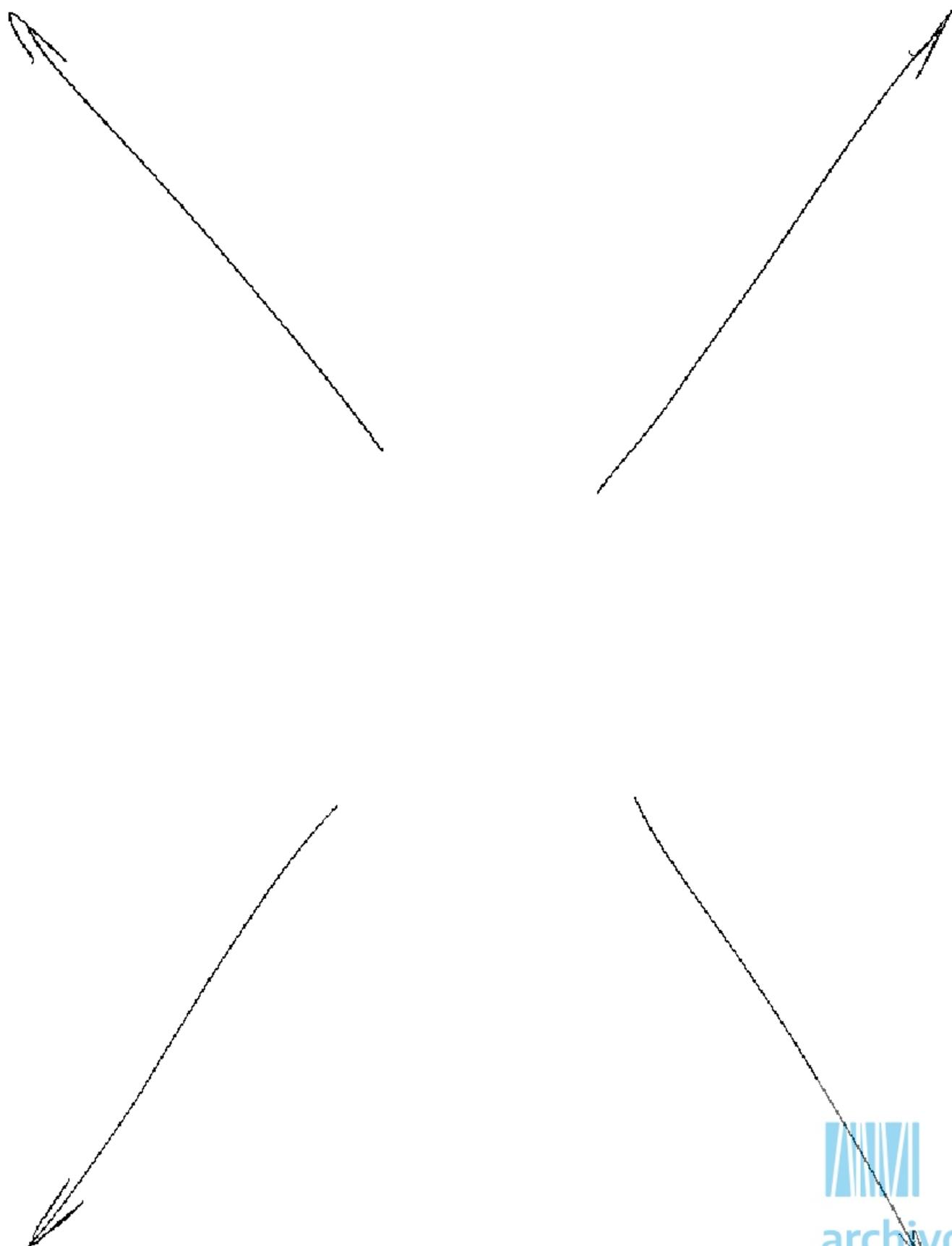
Silvia Capansi
SILVIA CAPANSI
 24.576.929

[Signature]
 Jorge Juan de Jesús
 25.271.722

[Signature]
 CHES SUARI
 DNI 26003208

[Signature]

[Signature]
CELIO ANTONIO BALBIANI
 Secretario Interino





MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
FISCALÍA FEDERAL



Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.

Resistencia, 19 de Junio de 2014.

En conocimiento de la edición del Libro " Napalpi , la Herida Abierta " de Mario Vidal , el que consiste en una investigación histórica de lo sucedido en la Masacre de Napalpi y que contendría valiosa información para la investigación que nos ocupa ; Se ordena por Secretaria se consiga el mismo y se incorpore una copia a las presentes actuaciones.

SECRETARÍA
FISCAL FEDERAL

Patricia Patricia Sabadini
FISCAL FEDERAL

LAURA ANTONIA BALSIANI
Secretaría Adjunta





MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
INSTITUTO NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS



Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia. Chaco.

///TA: Se procedió a dar cumplimiento a lo ordenado precedentemente , consiguiendo el libro " **Napalpi , la Herida Abierta**" de Mario Vidal de la Editorial El Fauno , 4ta Edición aumentada y corregida - Villa Carlos Paz Córdoba - Año 2008 , en un total de 87 páginas. Se incorporan al presente una copia del mismo .

CONSTE. Secretaría 23 de Junio de 2014


LELIO ANTONIO BALBIANO
Secretario Interino



"La propia portada de este libro parece una pesadilla. Una pesadilla que está en nuestra cultura y en nuestro pasado.

Este libro denuncia el basamento de crueldad sobre el que se ha edificado la sociedad chaqueña, un basamento de crueldad que no hay que tener vergüenza de decirlo.

El día que nos avergoncemos de hablar de Napalpi habremos incurrido en el delito del olvido."

Antonio J. Bosch,

al presentar la primera edición de
"Napalpi, la herida abierta" el 27 de marzo de 1998

ISBN: 978-987-24488-0-6

VIDAL MARIO

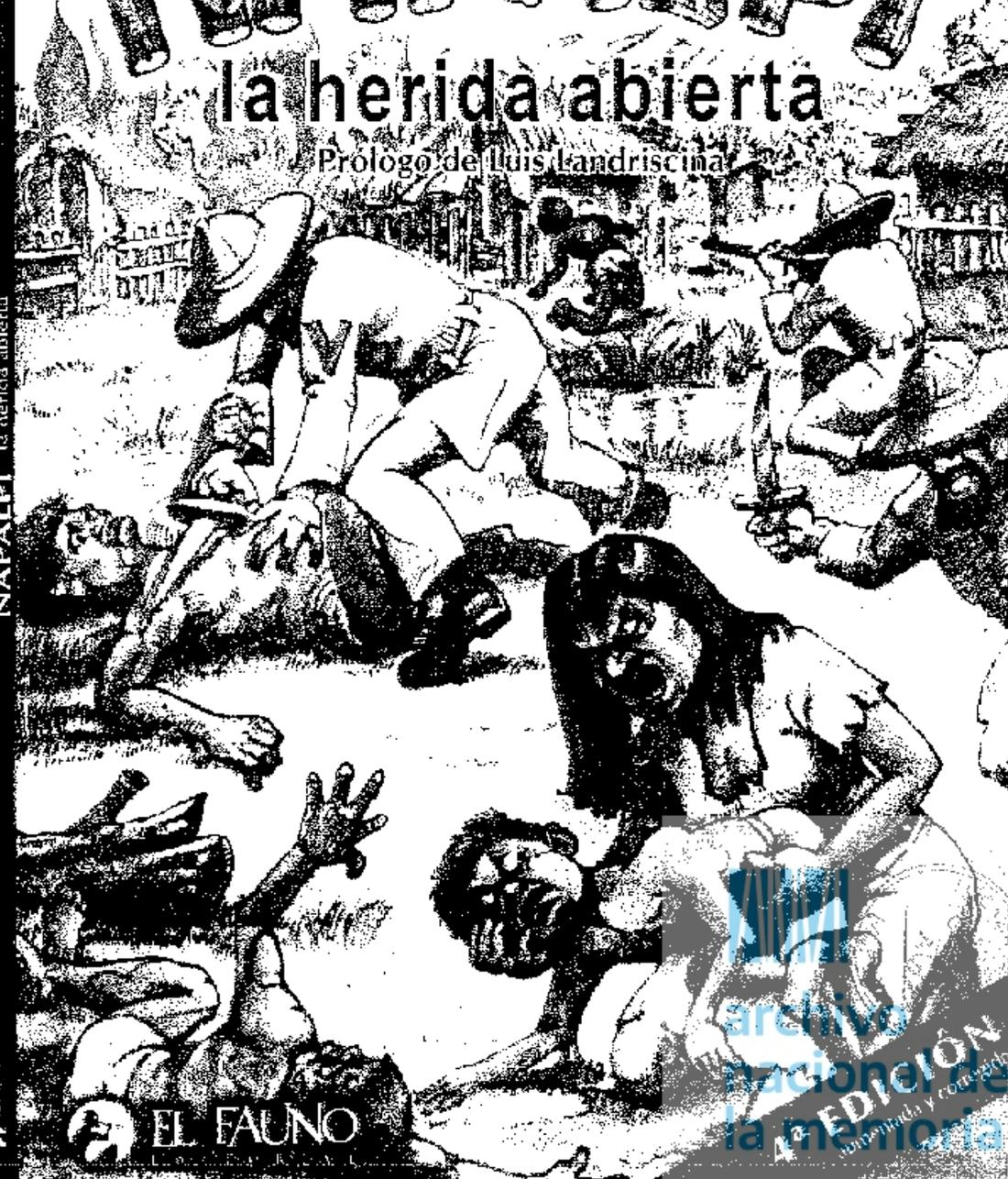
VIDAL MARIO

NAPALPI

la herida abierta

Prologo de Luis Landriscina

NAPALPI la herida abierta



EL FAUNO

archivo
nacional de
la memoria
impugnada y rotunda

Vidal Mario

NAPALPÍ

la herida abierta

4^a edición

-Prólogo de Luis Landriscina-



EL FAUNO
EDITORIAL



archivo
nacional de
la memoria

Mario, Vidal
Napalpi : la herida abierta . - 4a ed. - Villa Carlos Paz :
El Fauno Editorial, 2008.
88 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-950-9185-26-5

1. Investigación Histórica. I. Título
CDD 907.2

Fecha de catalogación: 07/07/2008

© EL FAUNO Editorial
Belgrano 150. (5152) Villa Carlos Paz. Córdoba
Tel: (03541) 486667. mail: libreriaelfauno@hotmail.com

Arte de tapa: Antonio Arancibia

ISBN 978-950-9185-26-5
Libro de edición Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

A la memoria de
Claudio Ramiro Mendoza

PRÓLOGO

Un mensaje que significa
**"No se olviden de
Napalpí"**

Los amigos del Equipo Nacional de Pastoral Aborigen (ENDEPA) me invitaron a presentar en Buenos Aires, el 23 de marzo de 1999, el libro "Napalpí, la herida abierta", de Vidal Mario, escritor chaqueño al que no tenía el gusto de conocer. Media hora antes de lo previsto yo ya estaba en la Universidad Nacional "General Sarmiento" de San Miguel, escenario del acto, hablando con estudiantes, docentes, periodistas y otras personas que estaban allí para lo mismo.

Por ahí se me acerca uno al que ya lo había ojeado antes, sentado en la primera fila. El diálogo con este mozo fue, más o menos, así:

¿Se acuerda, don Luis, de cuando fue a filmar en Puerto Tirol parte de su película "Millonario ala fuerza", allá por 1979?". Me acuerdo...

¿Se acuerda de aquella graciosa escena con el loro que filmó en el patio de la comisaría de ese pueblo? Cómo no...

¿Se acuerda que después los presos formaron fila y usted fue saludándolos uno a uno? Bueno, m'hijo, mi memoria no es tampoco para tirar manteca al techo. De esa parte no me acuerdo. ¿Usted cómo se acuerda de eso?

Porque yo era uno de esos presos.

¿Y usted quién es?

Soy Vidal Mario, autor del libro que usted va a presentar.

Y me pasó otra vez la mano, como lo había hecho veinte años atrás en el patio de la comisaría de Puerto Tirol. Lo invité a mi casa y al día siguiente, durante toda la mañana del sábado, entre mate y mate, seguimos hablando de las vueltas que da la vida y otras yerbas.

¿Por qué, cuando mi actividad siempre ha sido la de procurar hacer reír a la gente, acepté presentar aquella noche un libro que hablaba de cosas tan serias como una horrenda matanza de aborígenes? La misma pregunta me hizo en esa ocasión un periodista de "La Hoja", de San Miguel. Le contesté que "ser humorista no quiere decir que uno sea tilingo. Ser humorista es ver la vida de otra manera. Por ser humorista, justamente, tal vez tenga yo un grado de sensibilidad mayor que el común denominador. Y dentro de esa sensibilidad



A la izquierda Luis Laríniscina, a la derecha Vidal Mario

cabe mi amor a los antiguos dueños de la tierra".

Lo hice, además, por lo mismo que decía el profesor Savelio Antonio Yurkevich en el prólogo de esa primera edición del libro: "Este trabajo de Vidal Mario debe ser conocido en escuelas y en la misma Universidad como forma no sólo de conocimiento de la historia integral del Chaco, sino como elemento de reacción para que la situación actual del aborigen, especialmente en lo que respecta a salud y trabajo, dejen de ser una eterna promesa y se conviertan en realidad".

Acepté, en resumidas cuentas, presentar la obra porque me considero chaqueño de ley y, como hijo de esa tierra, no puedo hacerme el distraído ante las tragedias que a veces pusieron un crespón negro a nuestra historia.

Me dijeron que, en lengua toba, Napalpí significa, irónicamente, *Cementerio*. Suena como una cruel burla del destino. Porque la Reducción de Napalpí fue, efectivamente, un cementerio donde el 19 de julio de 1924 fueron sepultados centenares de hombres, mujeres y niños tobas y mocovies sacrificados por reclamar derechos y dignidad. Lo veo a este libro como un himno al martirio de aquellos hermanos indios. Lo veo, también, como un canto de esperanza para el porvenir de sus descendientes.

Yo diría, finalmente, que éste valioso testimonio literario es un mensaje que se lanza al presente y también al futuro. Un mensaje que dice: "No se olviden de Napalpí".



Capítulo I

*“Muy malos gobiernos vimos en el Chaco, pero peores que el de Centeno, os juramos que ninguno”. Así calificaba *Heraldo del Norte*, el 27 de junio de 1925, la gestión del gobernador Fernando Centeno. Todavía existen en el Archivo Histórico de la Provincia hojas de ese diario cuya misión, aseguraba, consistía en divulgar “las injusticias sin fin y los crímenes sin nombre cometidos por quienes se jactan de patriotas y honrados”. Entre estos hechos figuraba lo que ese antepasado de la prensa chaqueña catalogó como “horrendo cuadro de Napalpi”, pero que hoy conocemos como “masacre de Napalpi”.*

El periódico definió al trágico suceso ocurrido un año antes -19 de julio de 1924- como “un criminal hecho que empañó la pureza de la justicia argentina” y afirmó que la matanza sintetizaba “el triste vivir del indio chaqueño”. Toda la responsabilidad del cruel episodio fue descargada sobre la polémica figura del gobernador de turno. “Es esta edición -proclamaba- la justa acusación que *Heraldo del Norte* formula contra el autor principal de tan negra página, Fernando Centeno, contra sus colaboradores y los que trataron de encubrir tanta infamia”. Denunciar lo que realmente estaba ocurriendo con los indios y especialmente lo que había sucedido en

aquella reserva indígena, seguía diciendo un editorial firmado por Benito Malvarez, "es el mejor servicio que al país podemos hacer al entrar *Heraldo del Norte* al noveno año de su vida".

Así, el mismo *Heraldo del Norte*, al pasar revista a los antecedentes que desembocarían en la tragedia de Napalpí, decía lo siguiente: "Para fingir gratitud podrá alzarse cualquier monumento al indio en una plaza pública de la Capital Federal y hasta cantársele loas, pero, en la realidad de la vida, se le explota, humilla, expulsa y mata".

Psicología del indio

Ahora sabemos, con certeza, que el pecado que cometieron aquellos indios y por el cual fueron ejecutados sin contemplaciones fue declararse en huelga. Familias enteras fueron cercadas y exterminadas en una sola mañana en la reserva de Napalpí solamente por negarse a participar de la cosecha algodonera de 1924.

Buenas razones tenían para negarse a trabajar, como veremos más adelante.

El indio chaqueño nunca fue malo por amor al arte de ser malo. Se volvía malo recién cuando, más que indio, se lo convertía en un animal acorralado. El historiador Alberto Luis Noblía aseguró, en su momento: "Las naciones aborígenes chaqueñas no practicaron el malón tan usual en sus hermanos ranqueles o araucanos. Todo lo contrario, debemos recordar con honestidad que los inmigrantes llegados de Europa nunca fueron perseguidos por los entonces dueños de las tierras. Al contrario, el colono supo encontrar en el indígena mano de obra barata para levantar la producción de sus esfuerzos agrícolas".

Noblía sigue recordando, al respecto, que "tampoco debemos olvidar que mucho antes que llegara el inmigrante los aborígenes de la zona ya conocían el cultivo del algodón y otros productos de menor importancia como el zapallo y la mandioca. Insisto y reitero: el nativo chaqueño no acarrió la peligrosidad de otras razas aborígenes que sembraron pánico y no algodón".

Más aún, ¿cómo puede ser incivilizada una comunidad aborígen que ya en 1920 contaba con dos equipos de fútbol que participaban de los campeonatos organizados por colonos blancos? El asombroso detalle fue revelado por "*La Voz del Chaco*" en su edición de julio de 1924. Informaba dicha revista que en la reserva de Napalpí la cancha de fútbol estaba ubicada frente a la casa del cacique "Tata Dios". El articulista hasta se permite una broma de pésimo gusto en relación a esa curiosa vocación deportiva: se pregunta si no sería prudente que los equipos de Resistencia, para enfrentar a los de Napalpí, lo hicieran con un Winchester en la mano de cada jugador.

Cierto es que no era nuestro indio un monumento al trabajo, como un maya o un azteca. Pero tampoco un haragán o adicto al ocio sin fin. Menos aún, como lo hemos visto, nuestros tobas o mocovíes eran salvajes dedicados al pillaje, al saqueo y al rapto de mujeres. La psicología y filosofía pacifista del indio autóctono favoreció enormemente el progreso de la región chaqueña. Así lo reconoció el nombrado Noblía en otro artículo publicado en "*Norte*" del 8 de septiembre de 1981. "El común denominador de las avanzadas de la civilización colonizadora de este siglo – escribió – fue la enorme tranquilidad con que los habitantes blancos podían realizar sus tareas de importar progreso. ¡Si el Chaco, a diferencia de las pampeanas, vivió una paz no muchas veces divulgada y menos aún admirada!".

El cuento del malón

Referente a la moral y las buenas costumbres, el indio tampoco era mejor ni peor que el blanco. Por supuesto que entre los aborígenes también existían bandidos de tan buena calidad como entre los blancos. El problema radicaba en que no se medía con la misma vara, criterio o justicia las tropelías de los unos y de los otros. Un robo o asesinato cometido por el blanco era un simple hecho policial. Un robo o asesinato perpetrado por el indio era obra de *"salvajísimos malones criminales de indios"*.

Así lo decía *"La Prensa"* de Buenos Aires el 20 de julio de 1924 y así se pensaba en el Chaco en las primeras décadas del siglo pasado. Un simple asalto indígena merecía, por ejemplo, este título en el mismo diario: *"Alzamiento de indios en el territorio"*. Afortunadamente, otro gran exponente de la prensa nacional miraba las cosas con más cordura y claridad. El enviado especial de *"La Razón"*, Federico A. Gutiérrez, enviaba a principios de julio de 1924 el siguiente despacho a Buenos Aires: *"No ha habido alzamiento ni rebelión. Sólo se exigió por la fuerza la liberación de indios detenidos en la comisaría de Machagui"*. El periodista comentaba también algo que en la región nadie ignoraba: *"Muchas hectáreas de tierra flor están en poder de los pobres indios, que serán lo que sean, pero saben explotarlas con el sudor de su frente a la par que cualquier colono extranjero. Quitarles esas tierras: esa es la ilusión que muchos desean en secreto"*.

Una visión parecida tuvo *"La Nación"* en su edición del 5 de agosto de 1924: *"La periodicidad con que se producen alzamientos en el Chaco no puede responder exclusivamente al*

espíritu levantisco que caracteriza a los indios. No se trata, entonces, de organizar expediciones militares o policiales de carácter punitivo contra las diezmadas tribus que todavía huyen de la civilización y el progreso".

Sin embargo, en la primera quincena de julio de 1924, en el marco de una huelga indígena cada vez más sólida e intransigente, comenzaron a soplar vientos de guerra sobre la región. Muchas batallas sangrientas se libraron, pero solamente en las páginas de los diarios. Pero esos combates imaginarios desparramaron una fenomenal psicosis malonera sobre el mundo de los blancos.

Los tambores de guerra comenzaron a sonar sobre la comarca a raíz de una siniestra resolución del gobernador Fernando Centeno. *"Por pagar jornales muy interiores a los del resto del país los indios se negaban a levantar el algodón. Entonces Centeno ordenó que los pobladores aborígenes no pudieran salir del territorio para obligarlos a trabajar en el suelo chaqueño al jornal que fijaran los terratenientes"*, recuerda, otra vez, el historiador Noblía. Más aún, se le cortaron las alas a todo indígena que pretendiera encarar su propia producción algodonera. El indio que aspirara tener su capullo propio debía enfrentar un impuesto del quince por ciento *"a la producción"*, más otro diez por ciento *"por derecho de transporte"*.

En las letras de ese instrumento legal pero injusto podemos descubrir hoy, a ochenta años de distancia, las verdaderas causas de la masacre de Napalpí.

El crimen en "El Cuchillo"

El descontento indígena iba aumentando día tras día, hasta alcanzar una temperatura insoportablemente peligrosa. La mencionada resolución era, en términos metafóricos, un acto de provocación, un hacha de guerra desenterrada. El indio no podía trabajar su propia tierra. Tampoco podía traspasar los límites del territorio-chaqueño. La única alternativa que se le daba era quedarse aquí a seguir trabajando como esclavo. Para colmo, según otra denuncia periodística, un comisario de policía *"dedicóse a perseguir a los indios que regresaban de la zafra de los ingenios de Salta y Jujuy, a quienes, como siempre, se les imputaba todo género de desmanes generalmente inciertos o exageradamente aumentados"*.

Pero el episodio que elevó la tensión a su pico máximo fue el denominado *"Crimen de El Cuchillo"*.

A fines de 1923 *"unos desalmados asesinaron alevosamente a unos infelices indios allá por los lejanos parajes de "El Cuchillo", en el Departamento salteño de Rivadavia, limítrofe con el territorio nacional del Chaco"*, informó Heraldo del Norte. Según la incisiva pluma de Benito Malvarez *"el crimen incalificable de "El Cuchillo" produjo, como muchos otros que no vale la pena mencionar, el ruido consiguiente. El vecindario se alarmó temiendo las justas represalias de los indígenas. Se organizaron y junto ¡con las autoridades locales! empezaron a pedir auxilio, garantías, todo con gran urgencia. El eterno cuento de los peligros a que se amparan los que temen. El temor a las tempestades de todo aquel que arroja vientos"*.

La prensa nacional, con su visión apocalíptica de la situación, ayudó a consolidar la psicosis malonera en la re-

gión. Se temía que era solamente cuestión de horas la aparición de indios montaraces de hirsuta melena blandiendo lanzas y flechas contra la civilización. Nada de eso aconteció. Los asesinos de *"El Cuchillo"* tampoco fueron encontrados y el caso fue cerrado. *"Al fin y a la postre concluía Heraldo del Norte- tratábanse solamente de míseros indios"*.

Nace el indio policía

Los aborígenes se limitaron a seguir sosteniendo tozudamente su negativa a cosechar el algodón, medida que en una época signada por la escasa existencia de mano de obra implicaba consecuencias catastróficas para los productores. Cierta día los desesperados terratenientes Walter Kauessel, Juan Retamozo y Luis Fernández llegaron a la reducción de Napalpí pidiendo cosecheros. Se volvieron con las manos vacías y fueron con sus penas a la Casa de Gobierno. Sus lamentos conmovieron al gobernador Centeno, quien decidió presentarse personalmente en Napalpí custodiado, entre otros, por la inquietante figura del jefe de Policía, Diego Ulibarrie. El mandatario llenó de promesas a los *"caciquillos"*, con quienes parlamentó durante varias horas intentando el levantamiento de la huelga. El tiempo certificaría, sin embargo, que las galletas y carne vacuna, entre otras promesas, nunca llegarían.

Antes de marcharse Centeno ofreció a la tribu una demostración gratuita de su talento para la generación de conflictos. Apartó algunos indios, los vistió con ridículos unifor-

mes militares y puso un Winchester en la mano de cada uno:
acaba de nacer el indio policía.

Capítulo II

Varios indios policías aparecieron cierta tarde por Machagai, entraron a un boliche y el alcohol comenzó a escribir una previsible historia. La auténtica policía acudió presurosa a detener a uno de ellos, totalmente desbocado. Los otros salieron en defensa del hermano borracho y algunos tiros rompieron la tranquilidad de la población. Las noticias vinculadas al episodio -una inocente anécdota de borrachos y policías- se propagaron como reguero de pólvora por todo el territorio. Se habló de violento tiroteo entre fuerzas gubernamentales e indios sublevados en pie de guerra. De pronto una vez más y en sólo cuestión de horas nuevamente la paranoia malonera se apoderó de la región.

El titular de la Secretaría de Territorios del Ministerio del Interior de la Nación, Eduardo Elordi, abandonó apresuradamente su despacho de Buenos Aires, rumbo al Chaco. Llegó a Napalpí el 12 de julio de 1924, siete días antes de la masacre. Nunca se supo ni se sabrá de qué hablaron los caciques rebeldes y el funcionario nacional. Pero algo es seguro: no agradó el resultado a los aborígenes, porque un grupo de ellos asaltó de inmediato un par de establecimientos y mató a dos personas. El tan temido malón ahora sí estaba a las puertas, aunque apuntaba sus flechas solamente a obje-

tivos previamente seleccionados. Daba la impresión que la indiada sólo pretendía cobrarse determinadas facturas pendientes. Muchos productores ni siquiera fueron molestados. El malón pasó de largo, por ejemplo, el establecimiento de los colonos Adolfo y Domingo Muchutti. Estos empleaban y evidentemente pagaban como se debía pagar a más de cien indios cosecheros.

De todos modos, aquellas aisladas incursiones sembraron el pánico a lo largo y ancho de la geografía chaqueña. Los pobladores rurales huían en masa a Quitilipi, Machagai y Resistencia. Los capitalinos también cayeron víctimas de la epidemia de terror y se abalanzaron sobre las armerías en busca de armas y proyectiles. Los habitantes de Presidencia de la Plaza, Charadai y Haumonía trabajaban día y noche construyendo fortificaciones para detener la inundación india. *“La Voz del Chaco”* informaba que en menos de setenta y dos horas fueron despobladas más de cien leguas cuadradas. *“Todos los campos quedaron deshabitados, desde Quitilipi a Fortín Aguilar”*, reportó con singular patetismo. La misma revista cuenta: *“En la estancia de los señores Von Rentzell y Jorge Kessel se construyeron trincheras sistema alemán, en toda forma, tendiendo redes de alambre de púa alrededor de las casas y con bolsas de tierra y algodón para parapetos de tiro”*. Varios hacendados llegan a Resistencia para denunciar que han dejado a merced de los indios diez mil vacunos y cinco mil caballos, lanares y porcinos. Así que comunican a las autoridades locales del Banco Nación que por culpa del *“salvaje”* no podrán pagar sus deudas.

A medida que pasan las horas las versiones crecen en magnitud y afloran las exageraciones. Se habla de más muertos, más asaltos y más indios rebeldes. Un disparatado

rumor consigna que los aborígenes de algún modo habían acopiado 1.500 fusiles Winchester y, consecuentemente, ya estaban en condiciones de arrasar con cualquier población del interior, e incluso atacar la ciudad de Resistencia.

El gobernador Centeno telegrafió al ministro del Interior reclamando tropas del ejército para *“sofocar la sublevación”*. Se le respondió que lo que estaba ocurriendo aquí era un simple hecho policial que debía ser solucionado a nivel local. Por las dudas, se ordenó a la 3ª División Militar *“tener tropas listas para cualquier emergencia”*. El 16 de julio, tras permanecer cuatro días en Resistencia, el secretario de Territorios del Ministerio del Interior regresó a Buenos Aires. *“Pocas horas antes de su partida recuerda el historiador Noblia salió de Resistencia hacia Machagai el comisario de órdenes Sáenz Loza con cuarenta policías para reforzar a los que ya estaban concentrados en ese lugar desde el día 12”*.

La verdad, que es hija del tiempo y no de la historia oficial, demostraría, no obstante, que nunca hubo malones sino una huelga por mejoras salariales para la recolección de algodón. El vandalismo indígena sólo produjo dos muertos, como asimismo fueron únicamente dos los establecimientos saqueados. Ninguna población fue atacada y menos aún mataron familias enteras.

Sin embargo, la madrugada del 18 de julio de 1924 sorprende a Centeno en su despacho en plena conferencia con el jefe de Policía. En ese encuentro quedó sellado el trágico final de centenares de indígenas.

“Procedan con rigor para con los sublevados”, ordenó el gobernador.

La masacre de Napalpi

A las 11:15 del mismo día 18 de julio partió de Resistencia el avión "Chaco II" piloteado por el director de la Escuela de Aviación del Aero Club Chaco, sargento Emilio Esquivel, acompañado de un tal Juan Browis. Misión: reconocer la exacta posición geográfica de los indios revoltosos. "Este reconocimiento fue de suma utilidad para que las fuerzas policiales cerraran el círculo en torno a los indios concentrados en la reserva de Napalpi", apunta Noblia, otra vez sumergido en el río de la memoria.

Al día siguiente, a media mañana, las fuerzas represoras recibieron la fatídica orden de entrar en acción.

El Heraldo del Norte retrató de la siguiente manera la terrible escena del asalto final.

"...Como a las nueve, y sin que los inocentes indígenas hicieran un solo disparo, como lo prueba el hecho de no haber sido herido ningún hombre ni caballo, hicieron repetidas descargas cerradas y enseguida, en medio del pánico de los indios más mujeres y niños que hombres- atacaron. Se produjo entonces la más cobarde y feroz carnicería, degollando a los heridos sin respetar sexo ni edad".

Un proyecto de ley sancionado en 1994 por el Congreso de la Nación, basándose en "diarios de la época y denuncias formuladas por los diputados nacionales en sesión de esta Honorable Cámara en ese 1924", lo cuenta, a su vez, de ésta manera:

"...El ataque terminó en una matanza, en la más horrenda masacre que recorda la historia de las culturas indígenas en el presente siglo. Los atacantes sólo cesaron de disparar cuando

advirtieron que en los toldos no quedaba un indio que no estuviera muerto o herido. Los heridos fueron degollados, los esfinteres de algunos de ellos fueron colgados en palos. Entre hombres, mujeres y niños fueron muertos alrededor de doscientos aborígenes y algunos campesinos blancos que también se habían plegado al movimiento huelguista".

Este documento parlamentario que estuvo a consideración del Senado Nacional para ser convertido en Ley de la Nación, pero lo dejaron archivado sigue relatando lo siguiente:

"...Desde un aeroplano, mediante la utilización de alguna sustancia química, se incendió la toldería donde habitaban los rebeldes. Se dispararon más de cinco mil tiros y la orgía de sangre incluyó la extracción de testículos, penes y orejas de entre los muertos. Los relatos realizados por los legisladores que investigaron los sucesos muestran claramente las atrocidades cometidas. Les extraían el miembro viril con testículos y todo, que guardaban como trofeo. Los de Quitilipi declararon que esos tristes trofeos fueron exhibidos luego, haciendo alarde de guapeza, en la comisuría. Para completar el létrico cuadro, la policía puso fuego a los toldos, los cadáveres fueron enterrados en fosas, hasta ocho cadáveres en cada una y otros fueron quemados".

No menos triste fue el fin de los días del mocoví Pedro Maidana, uno de los líderes de la rebelión indígena: "...Se lo mató en forma salvaje y, aunque cueste decirlo en esta Cámara, se le extirparon los testículos y una oreja para exhibirlos como trofeo de batalla", según el Diario de Sesiones del Congreso Nacional del año 1924.

El varón que ya no existe

Así fue y así terminó aquélla aventura huelguística de los antiguos dueños de los montes y de las flechas.

Para muchos indios ese 19 de julio tal vez haya sido, después de todo, un buen día para morir. Ya no tenían paciencia para seguir soportando el dolor de no ser y de ser esclavos en su propia tierra.

Un informe de la Comisión Honoraria para la Protección de los Indios, redactado por Lorenzo Galíndez, Ramón Portal y J. Bialek Massé denunciaba en 1924: "... Tenemos establecimientos de empresas particulares donde el indio trabaja de sol a sol, sin descanso, mal alimentado, casi desnudos, viviendo en huetes hechas con paja, llena de piojos y donde se producen las más grandes enfermedades infecciosas. Los indios están directamente bajo la acción de un tratante que los contrata y maneja como bestias y que después de haberlos hecho trabajar todo lo necesario, termina la zafra, los despide, dándoles unos trapos viejos, algún animal doméstico (burro o buey) que ya no sirve y algunas monedas".

A ochenta y cuatro años de distancia, la lectura de ese patético informe todavía horroriza al lector:

"... Hubo patrones de industrias que pedían a las compañías ferroviarias un determinado número de vagones de hacienda, donde hacinaban y encerraban con llave hasta llegar a destino a aquel rebaño humano. El tristemente célebre sistema de vales era moneda corriente entre los trabajadores indígenas. Consistía en otorgar papeles en lugar de dinero al final de los contratos de conchavo. Estos vales podían ser canjeados por mercaderías en la proveeduría, con lo cual nada salía del circuito comercial de la

compañía. Las estafas emergentes de la aplicación de este sistema esclavista fueron incontables, llegándose en muchos casos a otorgar vales falsos (a nombre de otros indígenas), por lo que carecían absolutamente de valor a la hora de su presentación. El indio, después de agotadoras jornadas de trabajo, quedaba así más pobre que antes y encerrado, además, en un ciclo que volvía a repetirse mecánicamente año tras año, en la esperanza de obtener alguna vez paga, por exigua que fuera".

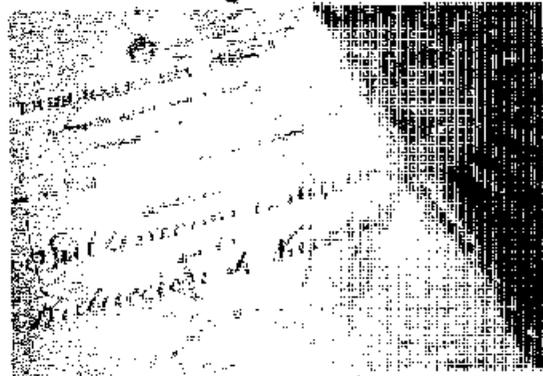
El extraordinario valor de este documento radica en que arroja mucha luz sobre la verdadera causa de la pasión y muerte de centenares de indios ese trágico 19 de julio. Con razón insistía la revista mensual Heraldo del Norte en aquella sentencia ya consignada:

"... Podrá alzarse cualquier monumento al indio en una plaza pública de la Capital Federal y hasta cantársele loas, pero en la realidad de la vida, se le explota, humilla, expulsa y mata".

El proyecto de ley citado anteriormente, obra del ex legislador chaqueño Claudio Ramiro Mendoza, pretendía un perpetuo homenaje a los mártires de aquella oprobiosa jornada: "Institúyase por la presente el día 19 de julio como Día de los Derechos de las Poblaciones Aborígenes en todo el territorio nacional", reza su primer artículo.

Pero, con ley o sin ley, aquellos muertos pueden estar seguros de que su memoria permanecerá por siempre. Con ley o sin ley igual los inmolados resucitarán año tras año a través de recordatorios o de cantos como éste: "... Yo, Cucique, volveré con mi pueblo de la muerte. Sé que vendré en el tiempo y con mi pueblo a esta tierra, mi tierra. Nuestra ya para siempre. Y le sembraré luceros en el vientre". Zitto Segovia, otro ilustre toba desaparecido, lanzó este juramento a través de la inolvidable canción "El varón que ya no existe".

CHAQUEÑA



MATANZA DE NAPALPI

Se recupera un expediente de hace 75 años con la historia de la matanza y la represión territorial que reprimieron la rebelión aborigen de 1924.

edición de *Napalpi, la herida abierta*. Todos los policías que ofrecieron sus testimonios coincidieron en un punto clave: la represión efectivamente se había encarado a sangre y fuego. Letra por letra, la citada crónica periodística consignaba lo siguiente:

"75 años después de la denominada *Masacre de Napalpi*" fue encontrado en el Archivo General del Poder Judicial del Chaco el expediente de la causa criminal iniciada tras el episodio, ocurrido el 19 de julio de 1924. El expediente N° 910, caratulado *"Sublevación indígena en la Reducción de Napalpi"* consta de 168 hojas y fue tramitado en el Juzgado del doctor

Con esta tapa la revista *"Chaqueña"* del diario *"Norte"* del Chaco anunció el 8 de agosto de 1999 que había logrado recuperar "un expediente de hace 75 años con el sumario a los policías territoriales que reprimieron la rebelión aborigen de 1924". Se trató, indudablemente, de un notable hallazgo periodístico, producido un año después de la publicación de la primera

Justo P. Farías, quien sobreseyó a todos los jefes del operativo de represión.

La versión dada por estos policías (no se tomó declaración testimonial a ningún aborigen) ante los tribunales es diametralmente opuesta a la historia comentada por el periodista Vidal Mario en su libro *Napalpi, la herida abierta*. Basándose en periódicos de la época e informes registrados en la Cámara de Diputados de la Nación, dicha obra consigna que alrededor de doscientos indígenas, sublevados por negarse a cosechar algodón al precio fijado unilateralmente por los terratenientes, fueron cercados y masacrados por fuerzas policiales.

Los testimonios de los agentes represores aseguran, sin embargo, en que se trató de un combate frontal entre ochenta policías y "700 a 800 indios revoltosos, 120 de ellos a caballo y otros tantos a pie, armados con Winchester, carabinas paraguayas, Remington, escopetas, entre otras armas". Apuntan que el saldo final de la batalla fue de solamente cuatro indígenas muertos y que no se registraron bajas en las filas policiales "debido a las precauciones tomadas para evitar sorpresas".

Enfatizan igualmente que quienes iniciaron el ataque fueron los aborígenes y que los indígenas abatidos, entre ellos "el bandido Pedro Maidana" líder de la sublevación, fueron muertos a lanzazos por tobos que los mocovíes mantenían prisioneros y que aprovecharon la confusión para huir hacia los montes cercanos.

Ninguno de los declarantes explica la razón de la rebelión indígena. Un informe de la Jefatura de Policía, incorporado en el expediente bajo el título Síntesis General, se limita a señalar que "en los primeros días del mes de julio próximo

pusado, indígenas sublevados en la Reducción de Napalpi cometen asesinatos, incendios, saqueos y toda clase de atentados contra la vida y la propiedad, que motivaron el éxodo de los habitantes que, aterrorizados por los hechos y los rumores que circulaban, huían de sus chacras llevando tan sólo a los miembros de sus familias, abandonando en sus casas habitaciones los muebles, ropas, útiles de labranza, etcétera..."

La historia policial

El operativo policial contra los "indios alzados" concentrados en la denominada "Cañada Mocoví" estuvo a cargo de los comisarios "Roberto Sáenz Loza, de Resistencia, y José B. Machado, titular de la Comisaría de Quitilipi".

Este último, el 26 de julio de 1924 elevó un informe a la Jefatura de Policía para entregar a sus jefes una versión de lo que había ocurrido en la mañana del 19 de julio anterior. Reproducimos algunos tramos de ese extenso informe, que revela la historia policial de lo que sucedió hace 75 (Nota de R: A los efectos de esta cuarta edición, ochenta y cuatro años) años a pocos kilómetros de Quitilipi:

"... El 18 del corriente llegó a Napalpi el comisario de Ordenes (Roberto Sáenz Loza) con treinta y siete hombres y se organizó una comisión compuesta por ese personal, el de ésta comisaría, diez enviados por la de Sáenz Peña y veinte que el suscripto hizo bajar de Machagai, en total ochenta hombres de tropa. Marchamos en la mañana del día siguiente en dirección a las tolderías de Muidana, Machado, Gómez y otros bandidos que tenían reunidos unos ochocientos indios en el paraje cono-

cido por "Cañada Mocoví", que les respondían incondicionalmente. Nuestra tropa iba subdividida en pequeños grupos. A unos mil metros de las tolderías se echó pie a tierra, dejándose allí los montados al cuidado del oficial Apolinario Zabrozo, con diez hombres de tropa, formándose luego en línea de tiradores se avanzó unos trescientos metros, quedando así a una distancia de setecientos metros aproximadamente de las tolderías. Colocándose a la tropa cuerpo a tierra, con el comisario de Ordenes hicimos señas con pañuelos blancos, indicándoles que deseábamos parlamentar, señales cuyo significado conocen los indígenas perfectamente..."

La respuesta indígena

"... A nuestras señales contestaron con descargas de armas de fuego que partían de los montes próximos donde se hallaban atrincherados, a cuyo efecto con anticipación habían derribado grandes árboles, detrás de los cuales se ocultaban. Esto lo pudimos comprobar después de la retirada a que se vieron obligados, no sin antes habernos traído tres ataques, llegando hasta cerca de ochenta metros de nuestra línea, haciéndonos un fuego nutrido que no tuvo efecto por la precaución tomada de haber ordenado a la tropa que permuneciera cuerpo a tierra. Esta actitud, a pesar de lo precavido que estábamos, causó la consiguiente sorpresa entre el personal, pero nadie se movió de su puesto hasta después de transcurridos unos segundos en que al producirse la reacción la tropa instintivamente rompió el fuego antes de que ordenáramos lo que debía hacerse. Esta circunstancia no hizo más que anticipar los acontecimientos, pues ninguna

otra resolución cabía que la de repeler la violencia enérgicamente para evitar mayores desastres, desde que es bien sabido que los indígenas aprecian y aprovechan bien cualquier indecisión y muestra de debilidad. Nuestro personal, como ya lo he dicho, estaba compuesto de ochenta hombres y los indígenas se apreciaban en ochocientos más o menos, sin contar la chusma (hombres viejos, mujeres y criaturas), la que había sido retirada con anticipación de las tolderías. Ello representa la enorme desproporción de un gendarme para cada diez indios y demuestra que de no haber mediado nuestra enérgica defensa no se hubiera salvado ninguno de los nuestros.

Contaban los indígenas con buen armamento y munición y se observaron entre ellos más de cien jinetes armados a lanza y flechas. Tan pronto como nuestras tropas abrieron el fuego, se ordenó avanzar unos trescientos metros, ocultándose, para lo cual se aprovecharon los accidentes naturales del terreno, siempre contestando el fuego para contenerlos y no darles la oportunidad de que reaccionaran y nos trajeran otro asalto. Cuando se dieron cuenta de la aproximación de nuestras fuerzas emprendieron la retirada en desorden, tomando varias direcciones. Continuamos el avance hasta las tolderías, pero ya sin hacer fuego, donde encontramos cuatro cadáveres de indígenas, entre los cuales reconocen uno de ellos al bandido Pedro Maidana, muerto a consecuencia de heridas de bala; dos de éstos cadáveres presentaban además heridas producidas por armas blancas, que parecen fueron lanzazos...”

¿Tobas contra Mocovíes?

“... Estas heridas de arma blanca, unidas a otros detalles, tal como la retirada tan desordenada y producida en circunstancias que aún estábamos a unos cuatrocientos metros desde donde nuestro fuego no fue eficaz y por consiguiente tampoco pudo originar el pánico que de un momento a otro invadió a los indígenas, me hace pensar que en el momento del combate hayan sido atacados también los indios mocovíes por los indios tobas que tenían prisionero y que aprovecharon esa oportunidad para huir. Sólo esta circunstancia explicaría las heridas producidas por lanzas que presentan dos de los cuatro cadáveres, las cuales deben haberle sido inferidas en el momento de la dispersión, que efectuaron en varios grupos y en direcciones opuestas, no sin antes haber incendiado sus tolderías construidas de paja.

No fue posible detener a ninguno de los indios que tomaron parte en el hecho, quienes se internaron en los montes espesos cercanos a las tolderías. Por otra parte, una persecución entre los montes hubiera sido peligrosa para nuestra tropa.

Al regresar al lugar donde habían quedado los caballos nos encontramos con que todos habían huido disparando asustados por las descargas y porque los proyectiles de los indígenas alcanzaron a herir a cuatro o cinco de ellos...”

Hasta aquí, el descargo de uno de los responsables de la represión. A partir de aquí, los interrogantes.

¿Qué clase de expediente judicial era ese que daba cabida únicamente a la declaración de los represores? Estos unificaron sus discursos. Cada uno de ellos fue relatando, a su debido turno, la misma historia. El juez les creyó y los sobre-



seyó. ¿No correspondía citar también aunque fuesen uno de los ochocientos aborígenes que supuestamente habían atacado con singular ferocidad a los ochenta policías, para ofrecer su versión de los hechos. La justicia no escuchó la campana indígena. El expediente N° 910 tenía 168 fojas. Ni una sola fue dedicada al aborigen para defender su honor.

Los policías declararon que los agredidos fueron ellos. Que fueron atacados por un ejército de entre 700 a 800 "*indios revoltosos*" armados con Winchester, carabinas paraguayas, Remington y escopetas, entre otras armas. Tres ataques sucesivos, dijeron, debieron padecer. Uno imagina, entonces, que aquello debió haber sido un infierno. El número de policías no pasaba de ochenta (de éstos ochenta, recordemos que diez de ellos se quedaron unos novecientos metros atrás "*cuidando los caballos*"). ¿Cómo pudo ser posible que tres fieros y sucesivos ataques de casi un millar de indios no produjeran ni un rasguño a tan reducido grupo de policías emboscados? ¿Cómo se entiende que sí hayan sido heridos "*cuatro o cinco caballos*" que fueron dejados al cuidado de un oficial a nueve cuadras del lugar?

El expediente judicial contiene otras historias impresentables. Por ejemplo, que el saldo final de la batalla fue de solamente cuatro muertos, ultimados no por los policías sino por tobos que los mocovíes mantenían prisioneros. ¿O acaso alguien puede dar crédito a este cuadro de ochocientos indios fuertemente armados desbandándose por los montes, envueltos en pánico, por la reacción de algunos supuestos prisioneros tobos?

Melitona Enrique, última sobreviviente de Napalpí



El silencio de la inocente

Melitona Enrique es una de las que apelaron al silencio para salvarse. Tuvo su prueba de fuego cuando su madre la arrastró hacia el corazón del monte bajo la balacera policial y tenía que aguantar en silencio tanto dolor.

Las espinas, los arbustos y otras cosas marcaron su cuerpo como en una yerra. Nada podía ser más fuerte que su vida. Nada de gritos. Nada de llantos.

Su tío le dijo que el silencio era tan importante como esconderse. Si era necesario, había que olvidar.

Ella, entonces joven toba de 24 años, nunca supo cómo borrar lo sucedido la mañana del sábado 19 de julio de 1924 cuando esos hombres blancos mataban y mataban. ¡Cómo olvidar!

Si se reían como diablos y gritaban como lobos. Se reían y festejaban cuando caían los niños, las mujeres, los ancianos.

Imposible olvidar los policías a caballo que disparaban y los de a pie que degollaban con tanta furia que los uniformes reventaban. Quienes atacaban no parecían seres huma-



nos. ¿O sí?

Hoy recuerda (delante de este escritor que vino de Córdoba exclusivamente para verla, admirarla y tratar de escastrar en su memoria) que corrían hacia el monte con desesperación. Que caían y se arrastraban entre cadáveres de familiares, de amigos, empujados por los truenos de las armas entre los gritos y los llantos de los unos y de los otros.

Al mediodía de ese maldito sábado, recuerda, el avión que ya había pasado antes volvió a sobrevolar el lugar de la masacre. ¿Acaso para ver si quedaban sobrevivientes?

Aquella mañana Melitona corría y corría por el monte. Anduvieron días sin comer, ella y su madre. No tenían nada, ni agua. Varios días, varias noches.

Melitona se salvó. Permaneció escondida en los bosques, hasta que un día apareció por Quitilipi. Había perdido a los abuelos, a los tíos, a los primos. Nunca más habló de ello. Le enseñaron, y ella también, igual que todos, terminó convenciéndose de que en el silencio estaba la salvación. Había que olvidar todo.

Luego pasó a Machagai, donde el olvido se hizo aún más profundo, tan profundo como el miedo.

Decidida a guardar silencio y a olvidar, mansamente emprendió el regreso al paraje El Aguará. Siguió con su vida como si lo vivido hubiese sido sólo una leyenda. Sin embargo, ella, sobreviviente, había cambiado para siempre.

El Aguará es triste cuando llueve. Un fuego late en el rancho de los Irigoyen, entre cenizas que prolongan el gris de la cabellera de Melitona, cabellera que alguna vez fue azabache.

La última sobreviviente de Napalpí vive con dos de sus doce hijos. Está postrada en algo parecido a un catre, donde

pelea un lugar con los animales, las garrapatas, los insectos y con quien quiera compartir sus 107 años. Más de un siglo de vida le enseñaron que su historia y la historia de su pueblo es la historia de una dolorosa derrota.

Mueve constantemente sus manos como si estuviera hilando algodón, aquel algodón que tanto apetecían los ingleses, los norteamericanos. Ella sólo entendía de capataces y colonos blancos.

Acaricia constantemente un trapito azul, tal vez la única suavidad que hayan conocido sus agrietados dedos. Se limpia a cada rato sus ojos profundos, los cuales se humedecen automáticamente como si siguieran llorando a cuenta de tanto horror visto y vivido. Con el mismo trapito azul se limpia la boca, a veces para buscar oxígeno, a veces para dibujar palabras después de tanto silencio.

Rememora la terrible masacre que soportaron tobas y mocovíes.

El padecimiento de Napalpí amasó silencio de víctimas y de victimarios por igual. Años y años de silencio, hasta que el escritor Vidal Mario lo rescató del olvido en 1998 con su "*Napalpí, la herida abierta*".

Hasta hoy Napalpí es impunidad, miedo, resignación. Una herida abierta.

La vida siguió dura y cruel para los aborígenes, a tal extremo que para la mayoría no parece vida.

Los descendientes de las víctimas siguen viviendo un Napalpí actualizado, dolorosamente vigente. La masacre de todos los días.

Melitona está enferma, no le quedan fuerzas. Ya no es aquella que corría y corría, escapando con su madre, mientras los policías del Territorio Nacional del Chaco

ametrallaban y ametrallaban.

"Los policías andaban a caballo, pero los que andaban a pie ametrallaron primero", dice. Todavía tiene miedo de los uniformados.

Come al compás del salto de un caballo de ajedrez y tiene medicamento sólo cuando hay gasoil para la F100 de la posta sanitaria de El Aguará.

Dice que ella y su madre se refugiaron en la casa de don Segundo, donde ya estaban otros hermanos de desgracia. Allí se enteraron de que fueron los policías a caballo quienes mataron a los abuelos.

Melitona se casó con Dalmacio Irigoyen y sus doce hijos heredaron el miedo.

Hace poco se enteró de que esos frutos de su entraña, si viven, andan desparramados por Buenos Aires, por Santa Fe, por Chaco. Nunca más los vio. Otro dolor que está vivo.

Las piernas ya no le responden. La sacan afuera cuando hay lindo día, para que camine un poco.

A Melitona al principio le costó usar la memoria. Pero, poco a poco, sorprendentemente, esa memoria que estuvo quieta durante tanto tiempo, empieza a resucitar. Fue en medio de esos espasmos memoriosos que habló. Recordó que trabajaban los hombres y las mujeres todo el día. Había organización. Las mujeres se ocupaban de los quehaceres del rancho y también acompañaban a sus hombres a la cosecha. Dijo que se escaparon muchos. No sabe por qué vinieron a matarlos ese día. Piensa que los indios no tenían culpa de nada.

"Nadie avisó que querían pelear. Estábamos durmiendo porque la noche anterior tuvimos fiesta".

Su memoria rescata igualmente la imagen del tío que se

volvió loco. Pegaba cabezazos a la tierra, a los árboles; corría de un lado a otro. Enloqueció cuando, regresando al lugar de la matanza, por el camino vio cómo los cuervos comían los cuerpos de su madre y de su hermano.

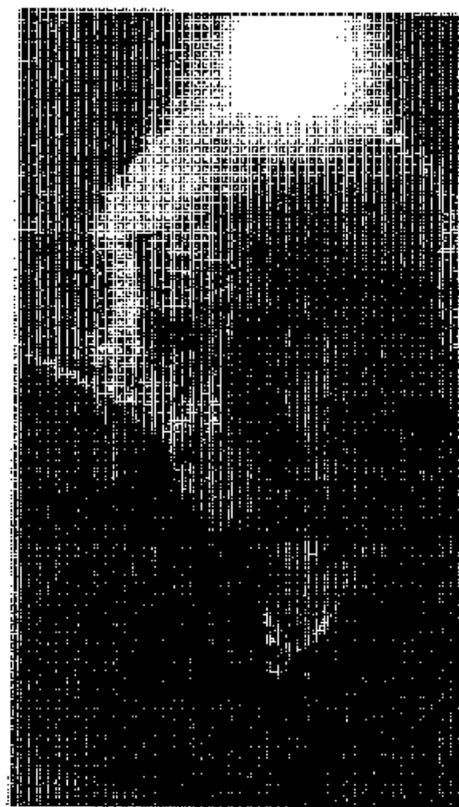
En un qom contaminado de castellano primitivo dice que su marido, que trabajaba de boyero, también se escapó de Napalpí.

"Los aborígenes se amontonaban para el reclamo -sigue recordando-. Pagaban muy poco en el obraje por los postes, por la leña, y por la cosecha de algodón. No daban plata.

Sólo mercadería para la

olla grande donde todos comíamos. Por eso se reclamó a los administradores y a los patronos, y se enojaron con nosotros. Pagaban con la comida, no se conocía ropa nueva. Se trabajaba para la administración. En El Aguará estábamos por lo menos mil aborígenes cuando atacaron. En las tolderías no había armas de fuego. Nos mataron más de doscientos hombres, mujeres, viejos y niños".

Melitona se hunde otra vez en su silencio y toma la



Melitona Enrique, última sobreviviente de Napalpí

posta Mario y Savino Irigoyen, los hijos que la cuidan

"Queremos trabajar como aborígen. Los aborígenes no somos malos. Los blancos siempre nos quisieron eliminar. ¿Por qué?. Si todos somos iguales", pregunta Savino. Silencio, hasta que vuelven del silencio.

"Al techo de su rancho le pusimos una frazadita, por la calentadura del sol", explica el otro hijo, Mario Irigoyen.

Es verano, y el encuentro de este escritor con la última sobreviviente de Napalpí tiene lugar en un paraje chaqueño de tan triste memoria que hasta se llama Colonia La Matanza.

(Pedro Solans, autor de "Crímenes en sangre", dialogó con la última sobreviviente de Napalpí durante el verano del 2007. Melitona Enrique cumplió 107 años el 16 de enero del 2008).

**En 1954 los
norteamericanos**
ya sabían de la masacre de Napalpí

"En 1954 los norteamericanos ya conocían la historia de la masacre de Napalpí a través de un misionero menonita", reveló el periodista y escritor Vidal Mario, autor de *Napalpí, la herida abierta*, el libro que en 1998 rescató del olvido aquella horrenda matanza de aborígenes. Durante una conferencia que dictó ayer en la biblioteca de la Cámara de Diputados, Mario dijo que ese año el misionero menonita William D. Reyburn presentó en Elkhart, Indiana, Estados Unidos, un libro titulado *"Los indígenas tobas del Chaco argentino"*, mencionando la masacre del 19 de julio de 1924, ocurrida en la actual Colonia Aborígen Chaco. El libro, publicado por la Junta Menonita de Misiones y Caridades, fue reeditado en 1959 y 1970, respectivamente. Era conocido igualmente como *"informe de los Reyburn"* por haber colaborado en su elaboración la esposa del autor, Marie Reyburn.

En su obra, el mencionado investigador critica la estrategia de los primeros misioneros, tanto jesuitas como franciscanos, quienes pretendían, dijo, *"que las tribus chaqueñas seminómadas se hagan sedentarias para aprender calladamente la fórmula de ganarse el cielo y de vivir aquí en la tierra como hijos del único y verdadero Dios"*. Según Reyburn, *"esa clase de catecismo, impartida mientras el indio avanza en el monte in-*





penetrable buscando saciar el hambre, resultaba un tanto incompatible con las tradiciones de aprendizaje en la Europa medieval". Añadió que el plan misionero de la reducción "apuntaba a enseñar a los indígenas a vivir juntos, aunque ellos habían aprendido mucho tiempo atrás a hacer lo contrario, en razón de la supervivencia". Aquel primitivo plan de penetración religiosa, a criterio del misionero menonita, "fue lógico para aquella gente que se crió en la España feudal, pero no tuvo en cuenta al "reyzuelo" que nos gobierna a todos: la costumbre".

Situación sin salida

En relación a los hechos de Napalpí, Reyburn escribió: *"La respuesta a una situación sin salida fue la rebelión, pero las tropas argentinas derrotaron por la fuerza de las armas a los tobas, y el deseo de los aborígenes de buscar un estilo tradicional de vida finalmente fue abandonado luego de cuatrocientos años de lucha. No les quedó otro camino que adoptar el estilo de vida del criollo e integrarse a los estratos económicos y sociales en expansión de la nación. Es una historia tan antigua como la guerra misma".*

El misionero norteamericano dedicó su obra, fruto de cinco meses de convivencia con los aborígenes chaqueños "a la gente más interesante que jamás he conocido: los tobas". En el prólogo de Los indios tobas del Chaco argentino se manifestó "muy agradecido de haber tenido la oportunidad de estar entre ellos; han dejado impresiones duraderas grabadas en mis pensamientos".

(Publicado en diario "Norte" de Resistencia, Chaco, el 19 de abril de 2008)

Centeno perdió el juicio de la historia



"Centeno perdió el juicio de la historia", aseguró Vidal Mario, autor de "Napalpí, la herida abierta", libro que en 1998 rescató del olvido una horrenda masacre de aborígenes perpetrada por fuerzas policiales el 19 de julio de 1924, en la localidad de Machagai. El gobierno chaqueño y la población de esa localidad ubicada a 100 kilómetros de Resistencia, tributaron un emotivo homenaje a la aborígen toba Melitona Enrique, última sobreviviente de esa masacre, con motivo de cumplir 107 años de vida.

En su discurso, el periodista y escritor recordó que en declaraciones al diario La Prensa de Buenos Aires, en agosto de 1924, el entonces gobernador del Territorio Nacional del Chaco, Fernando Centeno, refiriéndose a los hechos ocurridos en la zona entonces conocida como Cañada Mocoví, dijo que *"la historia me juzgará"*. Dicho gobernador, apuntó, *"como lo hacen todos los represores, para ese juicio de la historia se buscó el mejor de los abogados: el olvido"*. Sin embargo, añadió, *"Centeno igual perdió ese juicio de la historia por no tener en cuenta una verdad universal: la verdad nunca queda enterrada para siempre. Tarde o temprano, más temprano que tarde, la verdad siempre sale a la superficie"*. Afirmó que fue lo que ocurrió en relación a los sucesos de Napalpí.

y cuatro años después, en 1998 -consignó- el diputado nacional Claudio Ramiro Mendoza descubrió en los archivos del Congreso Nacional un aterrador informe producido en 1924 por una comisión investigadora enviada por el Congreso Nacional, y salió a la superficie la verdad: aquello fue una masacre”.

El Presidente indio

En otro tramo de su mensaje el escritor afirmó que no le sorprendía que el realizador del homenaje y reconocimiento a Melitona Enrique haya sido un gobierno de orientación peronista. *“Porque éste partido -dijo- fue creado por el indio tehuelche más famoso de la historia política argentina: el general Juan Domingo Perón”. Subrayó que el fundador del justicialismo, “un indiecito anotado como Juan Sosa que el destino convirtió en Juan Domingo Perón, jamás renegó de su sangre india”. Seguidamente, pasó revista a numerosas leyes que ya durante su primera presidencia el entonces Presidente creó “para mejorar la situación social, material y cultural de sus hermanos de sangre”.*

"La abuela inmemorial"

“Y si ustedes supieran -señaló más adelante- con qué cariño, en su exilio de Madrid, Perón recordaba entre sus íntimos a su abuela materna, la india tehuelche Mercedes Toledo y Gaína, a la que siempre se refería como mi abuela inmemorial”.

Vidal Mario finalizó su alocución señalando que “noso-

tros también, blancos e indios por igual, hoy tenemos la suerte de rendir este justo homenaje y reconocimiento a nuestra abuela inmemorial, Melitona Enrique”, para quien terminó pidiendo un fuerte y sostenido aplauso.

(Discurso de Vidal Mario durante el acto de homenaje tributado por el Gobierno del Chaco a Melitona Enrique)



En las escuelas ya tocan las campanas por NAPALPÍ



El pasado lunes 12 de mayo se cumplieron dos años del fallecimiento del ex legislador provincial y nacional Claudio Ramiro Mendoza y el 18 de mayo se cumplieron 14 años de la aprobación en el Congreso Nacional de uno de sus más notables emprendimientos legislativos: la institución de la fecha 19 de julio como *Día de los Derechos de las Poblaciones Aborígenes Argentinas*. Los tres artículos de la mencionada ley ordenaban, sucesivamente, lo siguiente: "Artículo 1º). Institúyase por la presente el día 19 de julio como Día de los Derechos de las Poblaciones Aborígenes en todo el territorio nacional. Artículo 2º).- El Instituto Nacional de Asuntos Indígenas organizará ese día, juntamente con las entidades representativas de las comunidades aborígenes, actos conmemorativos de los sucesos ocurridos el 19 de julio de 1924 en Napalpí, provincia del Chaco. Asimismo, desarrollará en las distintas regiones del país, actividades especiales destinadas a promover el conocimiento, por parte de la población, de la cultura material y espiritual de las comunidades indígenas y su aporte a la vida económica y social de nuestro país. Artículo 3º) El Instituto Nacional de Asuntos Indígenas colocará, en el lugar en que se desarrollaron los acontecimientos del 19 de julio de 1924, una placa recordatoria de la pobla-

ción indígena reprimida y asesinada en esa fecha. La misma deberá ser colocada dentro de los primeros seis meses de vigencia de la presente”.

Los fundamentos

“Tener presente lo sucedido en Napalpí contribuirá, sin ninguna duda, a la construcción de una conciencia moral colectiva fundada en la incorporación de los valores que los derechos humanos suponen”, enfatizó el entonces legislador nacional chaqueño a la hora de fundamentar su proyecto. Durante su exposición remarcó que “la explotación de la mano de obra indígena, la discriminación racial, la violencia contra los tobas y otras comunidades indígenas y el continuo apoderamiento ilegal de las tierras por parte de los “blancos”, fueron elementos convergentes que se sumaron a la situación de disgregación social, cultural y de miseria y hacinamiento en que vivían los indígenas en la hoy llamada Colonia Aborígen Chaco, fundada en 1911 con el nombre de *Reducción de Indios de Napalpí*, dando lugar al levantamiento político-religioso que, mediante la resistencia pasiva, buscó oponerse a la señalada situación de sometimiento y destrucción física y cultural impuesta por los “nuevos dueños” de la región”.

En esa misma sesión del 18 de mayo de 1994, Claudio Mendoza argumentó que “así como la historia universal recuerda el 1º de mayo de 1886 *Día de la Masacre de Chicago* en reconocimiento del derecho de los trabajadores y el 8 de marzo de 1857, cuando perdieron la vida obreras textiles

luchando por condiciones de trabajo más dignas como el “*Día de los Derechos de la Mujer*”, por el presente proyecto propongo instituir como *Día de los Derechos de las Poblaciones Indígenas Argentinas* el 19 de julio de 1924”.

En los tramos finales de su encendido discurso, consignó: “El recuerdo de esa fecha pretende fortalecer el reconocimiento por parte de nuestro pueblo de todo lo que la Nación Argentina les adeuda a las comunidades indígenas. Constituye, asimismo, un reconocimiento hacia esas comunidades que han hecho esenciales aportes a nuestro país y a las cuales todavía no les han sido restituidos los derechos inalienables que, como argentinos, les corresponden. Finalmente, constituye un compromiso de todos los habitantes de esta tierra para que la restitución de los justos y legítimos derechos indígenas se haga realidad en forma inmediata”.

Si así se hiciera, concluyó, “estaremos dando cumplimiento a lo solicitado en la reciente Conferencia de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos realizada en Viena, Austria, en el sentido de que cada país instituya el Día de las Poblaciones Indígenas”.

La semilla prende en el Chaco

El mencionado proyecto fue aprobado unánimemente por los legisladores de la Cámara baja, pero no tuvo idéntica fortuna a nivel del Senado nacional. Allí fue archivado y hoy, 14 años después, sigue durmiendo el sueño de los justos.

En el Chaco, sin embargo, la semilla prendió. Por iniciativa de la diputada María Luisa Vargas el 6 de septiembre



del 2005 la Legislatura provincial resolvió: "Solicitar al Poder Ejecutivo que a través del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, analice la posibilidad de incorporar a los diseños curriculares jurisdiccionales, en las áreas que correspondan de los distintos niveles y modalidades del Sistema Educativo Provincial, la temática referida a la masacre de Napalpí, sugiriendo como bibliografía la obra *Napalpí, la herida abierta*, del escritor y periodista Vidal Mario". Al mes siguiente, 25 de octubre del 2005, la Cámara de Diputados sancionó la Ley 5.611, cuyo artículo primero ordena: "Incorpórase al Calendario Escolar Único y Permanente de Efemérides de la Provincia del Chaco el 19 de julio como Día de la Masacre de Napalpí y, en la sección cronograma básico, a la semana del 13 al 19 de julio, recordando esa masacre".

El gobernador Roy Nikisch promulgó, por decreto 2060, dicho instrumento legal, el cual es tenido, desde entonces, "por Ley de la Provincia del Chaco". Ley que tampoco se cumplía porque durante los años 2006 y 2007 tales recordatorios se circunscribían a iniciativas individuales de algunas escuelas, como la "Lorenzo Winter" de Villa Elba, Resistencia.

Un definitivo golpe de timón

La emotiva celebración, en enero del 2008, de los 107 años de Melitona Enrique, última sobreviviente de Napalpí, operó de golpe de timón en esta historia. En esa histórica jornada en que el pueblo del Chaco pidió perdón por la ma-

sacre de Napalpí el gobernador Jorge Milton Capitanich anunció que aquel hecho empezaría a ser recordado como corresponde a partir del corriente año, en todos los establecimientos escolares chaqueños. De inmediato el Ministerio de Educación difun-



Claudio Ramiro Mendoza

dió el nuevo calendario escolar 2008 y el director del Centro de Documentación e Información Educativa, José Simón, informó que "los hechos del 19 de julio de 1924 comenzarán a ser recordados en actos en Forma 2". En términos educativos "forma 2" significa que en las escuelas deberán realizar la recordación durante la jornada de clases. Se sabe que directivos y empleados del Museo del Hombre Chaqueño, dependiente de la Subsecretaría de Cultura de la provincia, están trabajando intensamente para suministrar a las escuelas datos vinculados con el episodio a recordar.

Aquel árbol plantado por Claudio Ramiro Mendoza el 18 de mayo de 1994 comienza a dar frutos y en las escuelas ya tocan las campanas por las víctimas de Napalpí.

(Publicado en el diario "Norte" de Resistencia el 18 de mayo del 2008)



Patricio Doyle,

el ex sacerdote que vivió
más de veinte años con los wichís

Entrevista de Vidal Mario

"El problema aborígen no es la tierra ni la comida, sino falta de autoestima"

"Viví entre wichís que ya no querían vivir", confiesa el escritor, ex sacerdote y ex presidente del Instituto Nacional Indígena (INAI), Patricio Doyle. Enfatiza que *"esa gente se moría de hambre no por falta de comida sino porque no había razón para comer"*. Consecuentemente, con la autoridad que le confiere haber convivido más de veinte años con los aborígenes, afirma: *"El primer gran problema del mundo indígena no es ni la tierra ni la comida, sino la falta de autoestima"*. Recuerda que cuando en 1973 llegó a Morillo, Salta, como misionero ambulante, lo primero que descubrió fue que *"los aborígenes padecían de un problema de autoestima; estaban vaciados en su autoestima"*. Responsabiliza del vaciamiento espiritual y cultural a los misioneros *"de la religión oficial del imperio español"*. Afirma, en tal sentido: *"Los grandes responsables del genocidio indígena fueron los misioneros, no los políticos, ni los militares ni los empresarios, aunque éstos también se aprovecharon, y mucho, de ellos"*.



En el marco de sus cuarenta años de sacerdocio, usted trabajó como misionero ambulante, viviendo hasta 1974 con los aborígenes wichí de Morillo, en el Chaco salteño. ¿Por qué esa opción de compartir su vida con los aborígenes?

Yo no creía que existían los indígenas. De chico me enseñaron que ya no había indios en la Argentina. En 1973 la Congregación Pasionista, cuya sede central es esa donde secuestraron a las monjas francesas y donde están enterradas, decidió establecer una misión permanente entre los indígenas wichí del área Chaco. Querían confiarme dicha misión. Como no quería saber nada con esa tarea presenté una cantidad de argumentos para rechazarla. Después me di cuenta de que los argumentos eran secundarios, que en realidad estaba rechazando algo que sentía dentro. Tenía dos caminos: o respondo al llamado de Aquel a quien quiero o mando a los aborígenes al carajo y vivo una vida cómoda. Hasta entonces yo era de los que pensaban que si hay que ir al infierno hay que hacerlo en Cadillac, no en carro. Para mi propia sorpresa, un día decidí tirar el Cadillac, subirme al carro e internarme en el monte chaqueño, a vivir con los indios wichís.

¿Qué conocimiento tenía de los wichís, hasta ese momento?

Eran gente que se moría de hambre. Sólo eso sabía de ellos. Que eran personas que necesitaban alimentos y fuentes de trabajo. Llegué a Morillos, en el Chaco salteño para estudiar qué se podía hacer, en consecuencia. Mi primera

gran sorpresa no tardó en aparecer: esa gente se moría de hambre no por falta de comida sino porque no había razón para comer. Tenían a su disposición la misma comida que durante ocho mil años tuvieron sus antepasados y con la cual vivieron sanos y felices. Había cualquier cantidad de pescado en el río. Uno recorría veinte kilómetros a la redonda por el monte, en vehículo, y se cruzaba con más de cien conejos. Aquí y allá se veían raíces y frutas. Había abundante comida al alcance de las manos, por la cual no tenían que pagar un solo centavo. Pero no comían y estaban desnutridos. La mortandad infantil era del 500 por 1000.

¿Concluyó usted, entonces, que el problema de los aborígenes no venía del lado del lado del trabajo y de la comida?

Así fue. Descubrí que los aborígenes padecían de un problema de autoestima. Habían sido vaciados en su autoestima. Desde hacía siglos se les venía imponiendo el pensamiento de que todo lo suyo era malo, que tenían que olvidarlo todo, pasar a vivir como blancos, ser buenos trabajadores y que, si se portaban como ellos les decían, algún día serían felices en el cielo. Teológicamente era un gran disparate, porque no es necesario ser grecoromano para ser hijo de Dios. ¿Acaso el propio Jesucristo no era hebreo? Social y psicológicamente fue genocidio lo que hicieron con ellos, porque los obligaron a olvidar su pasado. Y todo aquel que no valora su pasado vive acomplejado en el presente y está discapacitado para crear su futuro. Los aborígenes, naturalmente positivos y abiertos a la vida, a través de los misioneros de la religión oficial del imperio español fueron vaciados por dentro, hasta

el extremo de no interesarles ya vivir. Así los encontré en Salta. Viví entre wichís que ya no querían vivir.

¿Tanta gravitación atribuye usted a los misioneros católicos en el derrumbe psicológico de los aborígenes?

El gobierno de Asunción en el siglo XV pedía más misioneros a la Real Corona porque, como decía la carta, "son mucho más eficientes que los soldados para dominar a los indios". Los misioneros nunca entendieron ni amaron a los indígenas. Ellos mismos confesaban: "Venimos a ayudarlos a bien morir". Venían a rezar el responso sobre un atropello. Los misioneros no eran otra cosa que la mano pacífica de un imperio que, detrás de la espada, traían la cruz para consolidar la dominación física, cultural y mental de los aborígenes.

¿Recuerda usted algún episodio demostrativo de ese extremo en que para el indígena morir era mejor que seguir viviendo?

En cierta oportunidad vino un médico de Orán a darme una mano. Los aborígenes acudieron. Vino una mujer cuyo bebé estaba tan enfermo que mientras él lo revisaba murió. El mismo médico se encargó de darle a la madre la noticia, que suponía iba a ser muy triste para ella. "Señora, lamentablemente es tarde; se murió, no puede hacer nada por él", le dijo. El médico estaba pésimo, porque para nadie es agradable entregar el cadáver de su hijo a una madre. "¿Qué suerte, doctor", fue la respuesta de la aborigen. "¿Cómo dice eso, es su hijo!", replicó el médico. "Vivir como nosotros, mejor muerto,

doctor", respondió la infeliz mujer, alejándose con el cuerpiño inerte de su hijo en brazos. Cuando un grupo humano llega al extremo en que las madres prefieren a sus bebés muertos que vivo, ese grupo está en estado de coma.

¿Qué hizo usted para mejorar esa situación, si es que algo podía hacerse?

El primer paso a dar era que los aborígenes recuperaran su autoestima. Estudiándolos fue que descubrí que los principales responsables del genocidio indígena fueron los misioneros, no los políticos, ni los militares ni los empresarios, aunque estos también se aprovecharon, y mucho, de ellos. El gran problema fue que los misioneros les arrancaron su identidad. Si trato que un naranjo sea un algarrobo, lo mato. Si trato que un wichí sea un alemán, lo mato. El aborigen es aborigen, o no es. Por eso fue que los indígenas se vinieron abajo, se derrumbaron. De ser gente muy sana pasaron a ser personas que se morían por cualquier cosa. A mí me ha tocado, más de una vez, enterrar dos bebés en un mismo día.

¿Dos bebés de un mismo padre?

Sí, de un mismo padre y de una misma madre. Una de esas veces fue en la Pascua de 1975. Celebraba la misa con el grupo de gente que me ayudaba, cuando golpean la puerta. "Por favor, ¿me ayuda a enterrar a mi hijo?", pide un aborigen. Levantamos la celebración, fuimos, le ayudamos con el cajón y a cavar la tumba debajo de un algarrobo. Había seis montículos más, en el mismo lugar. "¿Y eso?", preguntó a



una chica, hermana de él. "Seis hijos de él que en estos años enterró", me dijo. Cuando volvimos al rancho del aborigen encontramos a su mujer mirando con los ojos vacíos hacia ninguna parte. A su lado una criaturita, la última que le quedaba, echando agua por la cola como si fuera una canilla abierta. "¡Mujer, si no hacés algo éste también se te muere!", le grité. No reaccionaba. Lo único que hacía era mirar hacia ninguna parte. No tenía sentido de la vida.

¿Qué conclusión sacó usted en su carácter de testigo de escenas tan crueles como la que está recordando?

Llegué a la conclusión de que nosotros no debíamos estar allí ni para llevarles cosas ni para enseñarles que si se portaban bien iban camino al cielo. Lo que necesitaban era ser valorados y amados. A mí el que me enseñó la gran lección fue ese genio del Evangelio, que fue el buen ladrón. El que murió al lado de Cristo, en la cruz. No sabía de teología, ni psicología ni sociología. Lo único que sabía era robar. Colgado en la cruz lo ve a Jesús, también físicamente convertido en una miseria. En lugar de burlarse de su compañero de drama con palabras como "pobre diablo, te la dieron", le dice: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino": Supo reconocer a Dios envuelto en miseria. Me di cuenta, entonces, que ese debía ser el propósito de nuestra vida: reconocer a Dios envuelto en la miseria humana que estábamos viendo.

¿Qué efecto psicológico tiene en un indígena sentirse escuchado, valorado y amado?

Cuando esa gente se sintió escuchada y valorada, empe-

zó a cambiar. En menos de 25 años con mi equipo de colaboradores logramos revertir la mortandad infantil. Del 500 por mil de la década del 70 al 26 por mil en la década del 90. Lo logramos simplemente haciendo que se valoraran a ellos mismos. El racismo en el Chaco es tremendo, pero el racismo no empieza con el despreciante, empieza por el despreciado. Yo les machacaba eso, una y otra vez, con éste mensaje: "Si ustedes no se valoran, ¿cómo esperan que otros lo valoren?".

¿Tuvieron, usted y su equipo, éxito en esa misión de lograr que los aborígenes se valoraran a sí mismos?

¡Por todos los santos! ¡Sí que lo logramos! En Salta, y en el Chaco, también. Porque después de Salta me fui a El Sauzalito, donde en 1984 me reuní con los wichí. El que hablaba por ellos era el maestro, de la misma raza, Ernesto Avendaño. "Nosotros no nos animamos a ir pueblo. Dan cuenta que somos wichí, da mucho miedo y mucha vergüenza", me dijo. Diez años después, desarrollando todo un proyecto cultural con ellos y habiendo promovido el grupo de ballet "Wichí Upá" que incluso causaría sensación en Cosquín, ese mismo maestro me dijo: "Ahora nos gusta que se den cuenta que somos wichí porque sabemos que los wichí valen. Somos distintos del blanco, pero no somos menos". Recuerdo que el ballet "Wichí Upá" bailó en una función de gala, en el Teatro Vera y Aragón de Corrientes, con Eleonora Cazzano y Julio Boca. Julio Boca se quedó con la boca abierta. Era un milagro. Sucedió por la simple razón de que aprendieron a valorarse a sí mismos.

Usted, que fue también asesor cultural del IDACH durante varios años, ¿qué opinión se ha formado de la



situación que atraviesa actualmente otra de las etnias indígenas, los tobas?

Llámense wichís, tobas o mocovíes, el primer gran problema del mundo indígena no es ni la tierra ni la comida, es la falta de autoestima y de unidad. Recuerdo que en 1993 hubo una elección para presidente del IDACH: los tobas se dividieron en 22 listas. "¡Únanse, porque pierden todo!", les advertí, pero era como gritarle a un montón de piedras. ¿Qué pasó? Les ganó un wichí con el ocho por ciento de los votos. El wichí ganador era un pobre diablo que no estaba comprometido con su pueblo ni con nada y lo manejaban dos bolicheros. Cuando las etnias se unen pueden conseguir cosas importantes. Con unidad, por ejemplo, se logró en 1987 que el gobierno de Florencio Tenev, contra su voluntad, porque Tenev despreciaba a los indios, aprobara la Ley del Aborigen. Los aborígenes le dijeron al gobernador "o aprobás ley o nosotros no votamos en septiembre". Si no votaban en septiembre Tenev perdía las elecciones. Ya en el '83 las ganó con los votos de El Sauzalito, que eran indígenas. Perdía cuando llegaron esos votos que volcaron las elecciones a su favor.

(Entrevista de Vidal Mario a Patricio Doyle, publicada en el diario "Norte" de Resistencia, Chaco, el domingo 23 de diciembre del 2007)

El Viernes Santo de Túpac Amaru



El 18 de mayo del 2008 se cumplieron 227 años del espantoso sacrificio de José Gabriel Condorcanqui Noguera. En esa trágica jornada el ejército colonial español asesinó también a toda su familia, hasta el cuarto grado de parentesco. Fueron muertos con una crueldad y barbarie que, a siglos de distancia, todavía estremece. Pidiendo justicia al cielo porque *"nosotros, infelices indios, en tantos siglos no hemos podido conseguir algún alivio"* esa especie de Jesús inca encabezó la insurrección más extraordinaria de la que tenga memoria el Perú y el continente sudamericano. Miles de aborígenes, en su mayoría mujeres, niños y viejos, con la salud pulverizada por el polvo y el mercurio de las minas, siguieron al rebelde. Por donde pasaba Túpac Amaru de él se trata- se acababan la esclavitud, la mita y la explotación humana en las minas y en los obrajes, campos de concentración donde el indio, sin distinción de edad y sexo, era explotado de sol a sol hasta morir.

El Virreinato del Perú y una parte del de La Plata (porque el terror por aquella rebelión indígena llegó hasta Buenos Aires) temblaron durante un tiempo ante ese estandarte de la insurrección. Los virreyes de Lima y Buenos Aires reunieron un ejército de 17.000 hombres y la noche del 5 al

de abril de 1781 cayeron sobre los sublevados. "Fueron pasados a cuchillo más de mil y derrotado al resto enteramente", decía el parte militar del ejército realista. Túpac Amaru, hecho prisionero, fue sometido a horribles torturas, en Cuzco. Seguidamente lo "juzgaron", a la manera de la antigua Inquisición española, "por el horrendo crimen de rebelión o alzamiento general de los indios, mestizos y otras castas". El 17 de mayo de 1781 lo condenaron a muerte. El fallo ordenaba que su familia también fuese exterminada ese mismo día, en la misma plaza, en el mismo espectáculo público.

La voz de la Justicia

La sentencia, redactada por el visitador general, José Antonio Areche, consignaba: "...En la causa criminal que ante mí pende, y ha seguido de oficio la Real Justicia contra José Gabriel Túpac Amaru, cacique del pueblo de Tungasaca, provincia de Tinta, por el horrendo crimen de rebelión o alzamiento general de los indios, mestizos y otras castas, pensado más de cinco años y ejecutado en casi todos los territorios de este virreinato y el de Buenos Aires, con la idea de querer ser coronar Señor de ellos y libertador de las que llaman miserias de estas clases de habitantes que logró seducir. Condeno a José Gabriel Túpac Amaru a que sea sacado a la plaza principal y pública de esta ciudad y arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieron a su mujer, Micaela Bastidas, sus dos hijos Hipólito y Fernando Túpac Amaru, a su tío, Francisco Túpac Amaru, a su cuñado Antonio Bastidas, y algu-

nos de los principales capitanes y auxiliares de su inicua y perversa intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día. Conducidas estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua, y después amarrado o atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes, de modo que cada una de éstas se pueda atar, o prender con facilidad de las cinchas de cuatro caballos; para que, puesto de este modo, o de suerte que cada caballo tire de su lado, mirando a otras cuatro esquinas o puntas de la plaza, marchen, partan o arranquen a una voz dichos caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras cuatro partes, llevándose éste, luego que sea hora, al cerro o altura llamada de Picchu, a donde tuvo el atrevimiento de venir a intimidar, sitiar y pedir que se le rindiese ésta ciudad, para que allí se quemase en una hoguera que estará preparada, echando sus cenizas al aire, y en cuyo lugar se pondrá una lápida de piedra que exprese sus principales delitos y muerte, para memoria y escarnimiento de su execrable acción.

Su cabeza se remitirá al pueblo de Tinta, para que, estando tres días en la horca, se ponga después en un palo a la entrada más pública de él; uno de los brazos al de Tungasaca, en donde fue cacique, para lo mismo, y el otro para que se ponga y ejecute lo propio en la capital de la provincia de Carabaya; enviándose igualmente, y para que se observe la referida demostración, una pierna al pueblo de Livitaca, otra a Chumbivilcas, y otros miembros a Santa Rosa de Lampa, con testimonio y orden de los respectivos corregidores, o justicias territoriales, para que publiquen esta sentencia con la mayor solemnidad por bando, luego que llegue a sus manos, y en otro igual día todos los años subsiguientes; de que darán aviso instruido a los superiores gobiernos, a quienes

reconozcan dichos territorios.

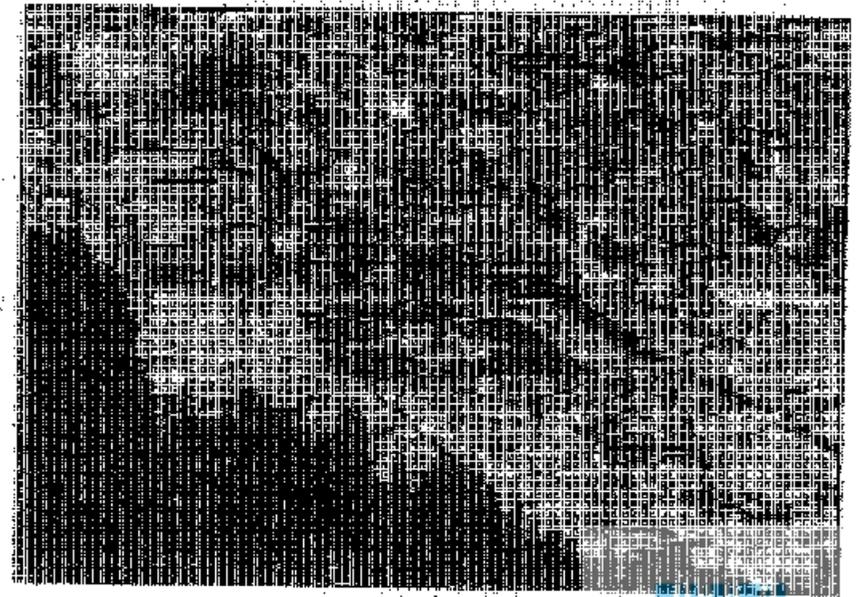
Que las casas de éste sean arrasadas o batidas y luego saladas a vista de todos los vecinos del pueblo o pueblos donde las tuviere, o existan. Que se confisquen todos sus bienes, a cuyo fin se da la correspondiente comisión a los jueces provinciales. Que todos los individuos de su familia que no hayan venido ni vinieron a poder de nuestras armas y de la justicia que suspira por ellos para castigarlos con iguales rigorosas y afeitosas penas, queden infames e inhábiles para adquirir, poseer ni obtener de cualquier modo herencia alguna o sucesión, si en algún tiempo quisiesen, o hubiese quienes pretendían derecho a ella. Que se recojan los autos seguidos sobre su descendencia en la expresa Real Audiencia, quemándose públicamente por el verdugo en la plaza pública de Lima, para que no quede memoria de tales documentos.

Del propio modo, se prohíben y quitan las trompetas o clarines que usan los indios en sus funciones para la lamentable memoria que hacen de su antigüedad, y que son unos cantos marciales de un sonido extraño y lúgubre. Se prohíbe también que usen y traigan vestidos negros en señal de luto por sus difuntos monarcas y por el día o tiempo de la conquista, que ellos tienen por fatal pero que nosotros tenemos por feliz, pues se unieron al gremio de la Iglesia católica y a la amabilísima y dulcísima dominación de nuestros reyes. Y para que estos indios se despeguen del odio que han concebido contra los españoles, y sigan los trajes que les señalan las leyes, se vistan de nuestras costumbres españolas, y hablen la lengua castellana”.

El Viernes Santo de Túpac Amaru

Al día siguiente, viernes, cayó sobre el líder inca y su gente una de las atrocidades más crueles que recuerde la historia aborigen sudamericana.

Los mismos asesinos la relataron con estas palabras: “El viernes 18 de mayo de 1781, después de haber cercado la plaza con las milicias de ésta ciudad de Cuzco, salieron de la Compañía nueve sujetos que fueron: José Verdejo, Andrés Castelo, el zambo Antonio Oblitas, Antonio Bastidas, Francisco Túpac Amaru, Tomasa Cárdenas y...”



“Hoy descendió de Cuzco, Perú, hacia Arequipa un contingente de soldados españoles. Túpac Amaru, sus familiares directos y algunos seguidores. Un hecho histórico que, a casi dos siglos y medio de distancia, todavía eriza la piel.”

(Foto de Miguel Ángel Vidaurre Arcevalo)

Hipólito Túpac Amaru, hijo del traidor, Micaela Bastidas, su mujer, y el propio insurgente, José Gabriel. Todos salieron a un tiempo, unos tras otro. Venían con grillos y esposas, metidos en unos zurrones, de esos en que se trae la yerba del Paraguay, y arrastrados a la cola de un caballo aperreado. Acompañados de los sacerdotes que los auxiliaban, y custodiados de la correspondiente guardia, llegaron al pie de la horca. Se les dieron por medio de dos verdugos las siguientes muertes:

A Verdejo, Castelo, al zambo y a Bastidas se les ahorcó llanamente. A Francisco Túpac Amaru, tío del insurgente, y a su hijo Hipólito, se les cortó la lengua antes de arrojarlos de la escalera de la horca. A la india Condemaita se le dio garrote en un tablado, con un torno de hierro, habiéndole el indio y su mujer visto con sus ojos ejecutar estos suplicios hasta en su hijo, Hipólito, que fue el último que subió a la horca. Luego subió la india Micaela al tablado, donde asimismo en presencia del marido se le cortó la lengua y se le dio garrote, en que padeció infinito porque, teniendo el pescuezo muy delgado, no podía el torno ahogarla, y fue menester que los verdugos, echándole lazos al cuello, tirando de una a otra parte, y dándole patadas en el estómago y pechos, la acabasen de matar.

Cerró la función el rebelde José Gabriel, a quien se le sacó a media plaza allí le cortó la lengua el verdugo y, despojando de los grillos y esposas, lo pusieron en el suelo. Le ataron las manos y pies a cuatro lazos, y asidos éstos a las diestras de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes, esperando lo que jamás se ha visto en esta ciudad. O porque los caballos no fuesen muy fuertes o porque el traidor en realidad fuese de hierro, el hecho es que no pudieron dividirlo después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire en un estado que parecía una

araña. Tanto que el Visitador, para que no padeciese más aquel infeliz, despachó de la Compañía una orden mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó. Después se condujo el cuerpo debajo de la horca, donde se le sacaron los brazos y pies. Lo mismo se hizo con las mujeres, y a los demás muertos les sacaron las cabezas y otros miembros para dirigirlas a diversos pueblos. El pequeño Fernando Túpac Amaru, de diez años de edad, quiso volver la cabeza y taparse los ojos, pero fue obligado a presenciar el sacrificio de sus padres y hermanos y dio un grito tan lleno de miedo externo y angustia interior que por mucho tiempo quedaría en los oídos de aquellas gentes. Partes de los cuerpos del indio y su mujer se llevaron a Picchu, donde estaba formada una hoguera, en la que fueron arrojados y reducidos a cenizas que se arrojaron al aire y al riachuelo que allí corre. De este modo acabaron con José Gabriel Túpac Amaru y Micaela Bastidas, cuya soberbia y arrogancia llegó a tanto que hasta se nominaron reyes del Perú, Quito, Tucumán y otras partes.

Al espectáculo de la ejecución concurrió un crecido número de gente, pero nadie gritó ni levantó la voz. Muchos hicieron reparo de que entre tanto concurso no se veían indios, a lo menos en el traje que ellos usan. Si hubo algunos estarían disfrazados con capas o ponchos. Habiendo hecho un tiempo muy seco y días muy serenos, aquel día amaneció entoldado, que no se le vio la cara al sol, amenazando por todas partes a llover. Ya la hora de las 12, en que estaban los caballos estirando al indio, se levantó un fuerte refregón de viento y tras éste un aguacero que hizo que la gente, aún las guardias, se retirasen a toda prisa. Esto ha sido la causa de que los indios se hayan puesto a decir que el cielo y los elementos sintieron la muerte de ese inca que los inhumanos e



impíos españoles habían matado con tanta crueldad”.

Alegría en la iglesia

Un mes después las noticias de la derrota y ejecución del líder indígena y su familia llegaban a oídos del benemérito obispo de Buenos Aires, fray Sebastián, quien dio rienda suelta a su alegría con este piadoso mensaje: “El día de ayer, 23 del corriente, recibimos por el correo de Chile noticias fijas y ciertas que el 8 de abril fue derrotado y preso el traidor José Gabriel Túpac Amaru con su mujer, hijos, hermanos y demás secuaces que le acompañaban e influían a negar la debida obediencia a Dios y a nuestro Católico Monarca. ¿Y qué vasallo fiel y leal no se alegrará en el arresto de éste rebelde? ¿Qué español verdadero no concibe en su pecho una excesiva alegría por noticia tan plausible? ¿Qué cristiano no se empeñará en tributar a Dios los más rendidos obsequios por habernos concedido un beneficio tan grande? Si, amados hijos, este suceso es digno de todos nuestros votos y de las más fervientes oraciones. El amor que debemos al Rey y a la Religión que profesamos exige que exhalemos nuestros corazones en alabanzas y cánticos. Exhortamos a todos nuestros súbditos a perseverar en la obediencia de nuestro Católico Monarca, y en el respeto que se debe a sus virreyes, gobernadores y ministros, cumpliendo con el precepto del Apóstol que nos instruye que toda alma esté sujeta a las superiores potestades. Dadas en nuestro palacio episcopal, firmadas de nuestra mano y ratificadas por nuestro secretario a 24 de junio de 1781”.

Índice

Dedicatoria	5
Prólogo	7
Capítulo I	13
Psicología del indio	16
El cuento del malón	18
El crimen de “El Cuchillo”	20
Nace el indio policía	21
Capítulo II	23
La masacre de Napalpi	28
El varón que ya no existe	30
La historia policial	34
La respuesta indígena	35
¿Tobas contra mocovíes?	37
Melitona Enrique,	
Última sobreviviente de Napalpi	39
El silencio de la inocente	41
En 1954 los norteamericanos	
ya sabían de la masacre de Napalpi	47
Situación sin salida	50



Centeno perdió el juicio de la historia	51
El presidente indio	54
La abuela inmemorial	54
En las escuelas ya tocan las campanas por Napalpi	57
Los fundamentos	60
La semilla prende en el Chaco	61
Un definitivo golpe de timón	62
Patricio Doyle	65
El problema aborigen no es la tierra ni la comida, sino falta de autoestima	67
El viernes santo de Túpac Amaru	75
La voz de la justicia	78
El viernes santo de Túpac Amaru	81
Alegría en la Iglesia	84

Resistencia, 25 de Junio de 2014.

En conocimiento de la existencia de la publicación de la Obra " El Año de la Masacre "de Carlos Alberto Díaz , el que desarrolla una reconstrucción histórica novelada de lo ocurrido en la Masacre de Napalpi y existiendo en dicho texto diversos documentos importante para la investigación que se lleva adelante ; Se ordena por Secretaria se consiga el mismo y se incorpore una copia a las presentes actuaciones.

Carlos Pellegrini
Secretario Interino

LELIO ANTONIO BALBINI
Secretario Interino

Pastorina, Rufino Zagradini
FISCAL FEDERAL



MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL

TRABAJANDO EN COMÚN POR LA NACIÓN
N.º 1000 0000 0000 0000 0000 0000

Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia. Chaco.

///TA: Se procedió a dar cumplimiento a lo ordenado precedentemente ,
consiguiendo el libro " El Año de la Masacre - Novela- " de la Editorial Librería de
la Paz Ira Edición Resistencia Chaco del año 2008 , en un total de 280 páginas. Se
incorpora al presente una copia del mismo.

CONSTE. Secretaría 30 de Junio de 2014 .-----


ELIO ANTONICA BALBIANI
Secretaría Intensiva



Archivo
Nacional de
la Memoria



archivo
nacional de
la memoria

Carlos Pellegrini N° 526 Resistencia Chaco 3.500 Tel.: (54-362) 4426469 / 4439552 | ARGENTINA
www.mpf.gob.ar | www.fiscales.gob.ar

ZAID

EL AÑO DE LA MASACRE

NOVELA

Diego Jesús Vigay
FISCAL FEDERAL "ad hoc"

Librería
De La Paz

Dr. DIEGO JESUS VIGAY
ABOGADO
S.T.L. Ctes. M.P. 1-3794
C.S.J.N. M.P. 1-1-890



archivo
Nacional de
la memoria



Díaz, Carlos Alberto
El año de la masacre. - 1a ed. - Resistencia:
Librería de la Paz, 2008.
276 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1224-57-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela Histórica. I.
Título
CDD A863

Dedicatoria

A mis compatriotas de los Pueblos Originarios
Toba-Qom, Mocoví y Pilagá

A mi hermano Oscar Orlando

© Librería de la Paz 2009

Av. 9 de Julio 359. H3500A2D Resistencia, Chaco, Argentina

Tel: 03722. 444937 / 435555. Correo electrónico:

delapaz@arnet.com.ar

2ª Edición: Febrero 2009

ISBN 978-987-1224-57-9

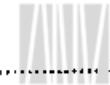
Libro de edición Argentina.

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

Indice

Capítulo I	11
Capítulo II	17
Capítulo III.....	21
Capítulo IV	25
Capítulo V	29
Capítulo VI	31
Capítulo VII.....	33
Capítulo VIII	39
Capítulo IX.....	43
Capítulo X	47
Capítulo XI	51
Capítulo XII	53
Capítulo XIII	55
Capítulo XIV	61
Capítulo XV.....	63
Capítulo XVI	65
Capítulo XVII.....	67
Capítulo XVIII	71
Capítulo XIX	75
Capítulo XX.....	91
Capítulo XXI	93
Capítulo XXII	97
Capítulo XXIII	101
Capítulo XXIV	103
Capítulo XXV	107
Capítulo XXVI.....	109
Capítulo XXVII	111



Capítulo XXVIII	113
Capítulo XXIX	115
Capítulo XXX	117
Capítulo XXXI	121
Capítulo XXXII	127
Capítulo XXXIII	129
Capítulo XXXIV	131
Capítulo XXXV	133
Capítulo XXXVI	139
Capítulo XXXVII	141
Capítulo XXXVIII	145
Capítulo XXXIX	147
Capítulo XL	149
Capítulo XLI	153
Capítulo XLII	159
Capítulo XLIII	167
Capítulo XLIV	169
Capítulo XLV	171
Capítulo XLVI	177
Capítulo XLVII	181
Capítulo XLVIII	183
Capítulo XLIX	187
Capítulo L	189
Capítulo LI	191
Capítulo LII	193
Capítulo LIII	205
Capítulo LIV	209
Capítulo LV	213
Capítulo LXVI	215

Capítulo LVII	217
Capítulo LVIII	219
Capítulo LIX	225
Capítulo LX	227
Capítulo LXI	229
Capítulo LXII	231
Capítulo LXIII	233
Capítulo LXIV	237
Capítulo LXV	239
Capítulo LXVI	243
Capítulo LXVII	245
Capítulo LXVIII	247
Capítulo LXIX	249
Capítulo LXX	253
Capítulo LXXI	255
Capítulo LXXII	257
Capítulo LXXIII	259
Capítulo LXXIV EPÍLOGO	261
Agradecimientos	263
Bibliografía y Documentos Consultados	267



Perdida entre el polvo, rodeada por los montes impenetrables, más allá del paralelo 28, Resistencia padece los sofocantes calores que traen los continuos vientos del norte. Es la capital del Territorio Nacional del Chaco. Su población está conformada por criollos, emigrantes europeos, paraguayos, aventureros de cualquier nacionalidad, prófugos de cualquier justicia, funcionarios y gobernadores nombrados por Buenos Aires, la mayoría, sin escrúpulos, ni afecto alguno por estas tierras.

Para ir a *La Casa* hay que pasar el puente levadizo¹, construido con grandes vigas de quebracho colorado, sobre el río Negro, navegado por barcazas y pequeños vapores.

Sus aguas cruzan detrás del abandonado Cementerio del Norte², delante del club de Regatas³, bañando la playa del Balneario Municipal, con sus casillas de madera sobre pilotes, para protegerlas de las inundaciones, que cada tanto hostigan la ciudad. Éstas se alquilan como vestuario, en los días de verano, y para encuentros íntimos, al atardecer, durante todo el año.

La Casa no tiene nada que envidiarle a la más conocida de la región, situada en la ciudad de Goya, orgullo de la *Petit París* correntina⁴. Pero, mal que les pese a algunas señoras de misa

¹ Nota del Autor: obra del constructor Gaspar De Nicola.

² Nota del Autor: hoy, en dicho lugar, está el parque 2 de Febrero.

³ Nota del Autor: estaba enfrente de su actual ubicación.

⁴ Nota del Autor: es la segunda ciudad en importancia de la provincia de Corrientes. Enrique Pichón Riviere, famoso médico psiquiatra y humanista, en su juventud, los enseñaba francés a las meretrices del mismo, para simular que eran de esa nacionalidad y cobrar más por sus servicios.



diaria, su existencia es considerada, por propios y ajenos, como un signo de progreso de este comienzo del siglo veinte. Y no ha necesitado, nunca, patente de la Comisión de Beneficencia y Moralidad del Municipio.

De planta baja y primer piso, techo de tejas españolas; una amplia galería cubierta rodea la planta baja, pintada de blanco. Las caballerizas para los carruajes, carros, montados y desde hace algún tiempo automotores, estacionan detrás, en el amplio patio, con palmeras y lapachos, a resguardo de las miradas indiscretas.

Posee una recepción, con dos sillones estilo español, de espaldares altos, en los que nadie se sienta. Al pasar la segunda puerta, de roble macizo, de dos hojas, se ingresa al salón decorado con cortinados, de terciopelo rojo y dobladillos cosidos en hilos dorados. Varios grupos, de dos sillones individuales tapizados también con terciopelo al tono, están separados por una mesita redonda, con tapa de cristal, para apoyar copas y botellas.

El ambiente, a media luz, surge de dos grandes arañas con lágrimas de cristal, que cuelgan del alto techo. Se mezclan los olores de ginebra con la caña especial Angelito, el licor 8 Hermanos, el aperitivo Pinerol, el whisky escocés, el humo de los cigarrillos Ideal o 43 y fragancias de indescifrable origen.

A la izquierda del salón; pasando junto al piano de cola alemán Krüger, nace una larga escalera con pasamanos de madera, recostada sobre la pared, con un descanso en el medio, que conduce a las habitaciones del primer piso.

Tiene el privilegio de poseer servicio de luz eléctrica, por medio de una larga línea sostenida por postes de palmas. Es

una atención del gerente de la usina, el ingeniero Adolfo Bonaini da Cignano, siempre presente, los jueves, con su botella de chianti y su habano Partagás corona.

Ella se desplaza con el porte de una reina, casi levitando, con su larga boquilla de nácar con relieves de oro. Recibe a los clientes, los despide, si están muy "enamorados", o han gastado todo el dinero que llevan, o han tomado en exceso. No deja de controlar que sus niñas, como llama a sus meretrices, no se excedan en el turno.

¡Ah, la Polaca! Con sus vestidos rojos con encajes negros, largos hasta sus finas pantorrillas, desde donde se elevan medias negras de seda. Los usa ceñidos al cuerpo para resaltar sus caderas, con escote generoso por donde pueden escapar, en cualquier momento, sus blancos y hermosos pechos. Siempre más sugerido el izquierdo, para mostrar un bello lunar que exhibe con un toque de erotismo y que contrasta con la cruz de marfil que cuelga de su largo cuello.

Cabello lacio, rubio ceniza, corte *a lo garzón*, que ofrece marco a sus ojos de un celeste casi transparente, sus finos labios bien delineados, pintados de rojo carmesí. Sus sombreros con plumas, flores o encajes, combinados siempre con el resto de su vestuario. Aretes largos, de pretendidos brillantes, cuelgan de sus pequeñas orejas hasta casi sus hombros. En su muñeca izquierda luce una pulsera de piedras —de diamantes, dice ella— regalo de un buen señor.

Parece más alta de lo que es. Siempre está calzada con zapatos de tacones altos, de diseño italiano, que Bagur —el dueño de la mayor zapatería del nordeste— le trae personalmente todos los meses.

Su nombre es Constanca Kladkowska, natural de Zelazowa-Wola, cercana a Varsovia, Polonia. Fue educada en el Liceo de aquella ciudad, que está en el palacio Casimir. Realizó estudios superiores de piano en el antiguo Conservatorio de la capital polaca, la célebre Escuela Central de Música donde estudió Federico Chopín.

Él es su compositor preferido: A la hora de ejecutar sus partituras en el piano, ella es la única autorizada a hacerlo. Cuando *La Casa* no está abierta al público, le gusta interpretar algunas de las diecisiete polonesas, que sabe de memoria. Cuando necesita animar a su clientela, no cesa con las mazurcas. Alguna madrugada deleita a los presentes, ya hechos, con alguno de los veinte nocturnos o cuatro scherzos, que acompaña con una copa de champaña francesa, y a su lado, la clásica lata de masitas Canale, o las importadas Huntley & Palmer, regalo del inglés Willians Strive.

Sus clientes exclusivos la traman con regalos y atenciones. El dueño de la panadería *Casa Luis & Manuel Bueno* le hace especialmente jale⁵. Otros compiten entre sí, enviándole canastitas de chocolates suizos o croissant, perfumes y joyas.

Su fama de buen servicio sólo es privilegio de los "señores de bieu". Desde el gobernador de turno, pasando por el juez letrado del territorio, los jefes de los ejércitos de línea, comerciantes renombrados, abogados, gerentes del Banco Nación e Italia y de las tanineras inglesas y francesas.

Hasta es cliente Jacky Nogués, el yerno de Carlos Hardy. Cliente conspicuo, cuando viene del ingenio de su suegro, la

⁵ Nota del Autor: pan trenzado de origen centroeuropeo.

Compañía de Las Palmas del Chaco Austral. También cuando está en tránsito hacia Tucumán, o cuando viene de allí, donde su familia posee los ingenios azucareros y la exclusiva Villa Nogués, en los altos del cerro San Javier, donde pasan los veranos.

No faltan tampoco funcionarios de los ferrocarriles, ni algún piadoso monseñor, que de paso por el territorio, otorga su bendición discreta, en horas no habilitadas al público.

Las "niñas", en su mayoría, son de Buenos Aires, Rosario, Paraguay y Brasil. Las más cotizadas y solicitadas: las "francesitas". En verdad, lo único que tienen de francesas son las ligas o alguna braga. Son polacas y, en menor medida, húngaras y rusas, quienes aprenden a hablar francés, mezclado con algunas palabras en idish⁶, que la Polaca, habla con fluidéz.

⁶ Nota del Autor: dialecto hablado principalmente por judíos de Europa Central.

El balance del año que expira. Mientras agoniza el año 1923.

Creemos oportuno enumerar las obras realizadas en el territorio durante su transcurso que, si mucho representa en la vida constructiva de todo un pueblo que marcha aceleradamente al ritmo del progreso, nada representa en la infinita sucesión del tiempo.

El balance que nos proponemos no puede ser minucioso, detallado, como sería nuestro propósito, con la inserción de las cifras que arrojan las estadísticas sobre la producción agrícola e industrial, la importación y la exportación, los progresos de la colonización, progresos edilicios y el arraigo de nuevos capitales atraídos por la riqueza natural del Chaco, donde han implantado nuevas fuentes de producción nuevas fábricas, que como decir haber dado nueva vida al territorio.

Pero aun sin los números y sin el aporte del testimonio elocuente — que en breve ofreceremos a propios y extraños — de una amplia demostración gráfica del crecimiento del Chaco en todas las múltiples manifestaciones de la gran obra realizada por el esfuerzo individual de los hombres emprendedores, queremos hacer el balance del año que muere, aunque en forma sintética. La agricultura se ha intensificado en forma tal que, sin incurrir en exageraciones, podemos afirmar que se

ha triplicado, casi, la cantidad de hectáreas sembradas del año anterior.

Cuatro nuevas fábricas de tanino se han instalado, dos de ellas trabajan desde hace varios meses en esta capital y en General Pinedo y otras están en vías de terminar sus instalaciones en distintos puntos del territorio.

Dos nuevas, fuertes y modernas fábricas de aceites vegetales se han instalado en esta capital, una está trabajando activamente y la otra está próxima a iniciar su producción.

Nuevas desmotadoras de algodón, nuevos aserraderos y nuevos comercios se han instalado en distintos puntos de las zonas de influencia de las dos líneas ferroviarias del Central Norte y del Santa Fe y en la zona de influencia de la línea fluvial.

La edificación aumenta día a día, tanto en ésta como en las principales poblaciones del Territorio. Al cerrarse el año cuentan con su respectiva Municipalidad, lo que demuestra que también hemos registrado progresos en el orden institucional.

La creación de nuevas sucursales bancarias y de nuevas oficinas de las dependencias nacionales, como ser, la de tierras, la ejecución de las mensuras de las colonias Necochea y Sáez Peña, la entrega de los títulos de propiedad a centenares de pobladores de tierras fiscales, la terminación de la construcción del segundo muelle en el puerto de Barranqueras y la dotación de un muelle flotante al puerto de Bermejo, como asimismo la

construcción particular de nuevos ramales ferroviarios —se suman algunos cientos de kilómetros— son las obras palpables realizadas en el breve lapso de tiempo que para la vida de los pueblos representa el espacio de un año, y que complacidos señalamos como un testimonio del progreso que a grandes pasos impulsa la felicidad del trabajo en esta comarca hasta ayer legendaria.

⁷ Artículo publicado en el diario *La Voz del Chaco* del día 31 de diciembre del año 1923.

Los escotes exagerados y las mangas de camisa

Capital Federal, 2. Entre los numerosos detenidos por la policía por transitar en mangas de camisa, figura un señor que paseaba en el balneario municipal y que se negó a acatar la orden policial de ponerse el saco hasta tanto las mujeres no fuesen obligadas a dejar de utilizar escotes exagerados.⁸

Carlos Dodero⁹ la construyó. Cuando se trasladó con toda su familia a Buenos Aires, alquiló la mansión a la Municipalidad para su sede. Más adelante, se desarrolló allí la Primera Exposición Regional para los festejos del Centenario, en 1910. Ahora es el exclusivo club Social. Ocupa más de un cuarto de manzana, sobre la avenida Juan Bautista Alberdi, a media cuadra de la calle Libertad¹⁰, la principal de la ciudad.

De línea francesa, alto techo abovedado, estilo imperio, posee una entrada principal, concéntrica, a dos alas. En su inte-

⁸ Artículo publicado en el diario *La Voz del Chaco* del 3/01/24.

⁹ Nota del Autor: empresario, propietario del tren Dodero, que unía la localidad de Colonia Baranda con el Puerto chaqueño de Barranqueras, pasando por el centro de la ciudad de Resistencia. También poseía la línea de vapores que llevaba su apellido.

¹⁰ Nota del Autor: calle actualmente denominada Arturo Illia.

rior se destaca un gran salón de altas paredes, con arañas de cristal de Bohemia, que tintinean por las corrientes de viento que entran por sus amplios ventanales. Tiene, además, un restaurante con chef, supuestamente francés, aunque algunos dicen que es un vasco de modales "afrancesados".

Antes de llegar al Gran Salón, por el amplio pasillo de entrada, a ambos lados de su nave central, hay dos salones más íntimos, con capacidad para treinta personas cada uno. Pasando estos, existe una sala exclusiva para señoras con su *toilette*; baños para hombres, con mingitorios ingleses y grandes sillones, forrados en cuero gamuzado, en ambas antesalas.

Los jardines, de estilo francés, tienen un toque de regionalismo con tres palmeras pequeñas, recientemente plantadas. La pérgola de jazmines inunda de perfume el amplio parque.

La sala de lectura recibe todos los días los diarios locales, *La Voz del Chaco*¹¹, *El Colono* y *La Prensa*, de Buenos Aires, que llegan con cuatro días de retraso. Son los únicos autorizados por la comisión directiva, desde que excluyeron al socialista *La Verdad*¹², pese a la protesta del sastre Alfredo Guerrero, que a raíz de esa arbitraria disposición renunció como socio.

La misma suerte corrió el *Heraldo del Norte*, que no pudo eludir la censura societaria, aunque le cambiaran, para eludir-la, el nombre por el poco imaginativo *Heraldo del Chaco*¹³. El semanario *La Chicharra*, tampoco se compra más.

¹¹ Nota del Autor: diario editado en Resistencia, que apareció desde el año 1915 hasta el año 1946.

¹² Nota del Autor: diario del Partido Socialista del Chaco.

¹³ Nota del Autor: ambos *Heraldos* se imprimían en la ciudad de Corrientes. En julio del año 1925 publicó una edición especial que relata pormenorizadamente la Masacre de Napalá de 1924.

Los lunes y jueves, los vapores de la carrera llegan al puerto de Barranquetas, ubicado sobre un riacho del río Paraná, a menos de una hora de Resistencia viajando con el tren Dodero. Así, se reciben el diario *La Prensa*, las revistas *Caras y Caretas*¹⁴ y *Mundo Argentino*¹⁵, los *broderies*, los paños y telas, el papel, la tinta, los vinos, la champaña, los aceites, los repuestos de maquinarias y el caviar negro, que viene en grandes latas redondas y chatas.

Un lugar de encuentro en el club son las dos canchas de tenis de polvo de ladrillo, hace poco inauguradas, que constituyen una atractiva novedad para los caballeros. Entre semana, a la siesta, si no hace mucho calor, y los sábados y domingos por la mañana, juegan al tenis las damas de los socios, porque ellas no pueden ser "activas", sino solamente "adherentes". Vestidas con largas y amplias polleras blancas, a veces subidas hasta arriba de la rodilla por el viento o algún mohín, lucen sombreros con grandes viseras, zapatos ingleses al tono, de lona o cabritilla blanda, y juegan con raquetas de cuerdas de tendones de oveja y pelotitas francesas de cuero cocido.

Cada gobernador recién nombrado, al arribar para hacerse cargo de su función, es agasajado por los acomodaticios — mayoritariamente socios del club— que tienen el hábito de ser

¹⁴ Nota del Autor: la revista *Caras y Caretas* tuvo su origen en Montevideo en 1890, sobre la base de una idea del español Eustaquio Pellicer, un poeta humorístico nacido en Burgos. Su más destacado director fue José Sixto Álvarez, quien quedó inmortalizado bajo el seudónimo de Fray Mocho. La revista dejó de aparecer con el número 2319 del 17 de octubre de 1939.

¹⁵ Nota del Autor: revista publicada por Alberto M. Haynes, fundador de la editorial del mismo nombre en 1904.

siempre oficialistas, no importa el signo político del funcionario de turno. Conservadores, radicales, peluditas, galeritas o unionistas; en fin, ellos no tienen la culpa de que los gobiernos cambien. Son siempre oficialistas.

En sus instalaciones se conmemora la víspera del Día de la Independencia, el 9 de Julio. Lo mismo sucede con el 21 de Septiembre, Día de la Primavera¹⁶, cuando se presentan en sociedad las hijas de las llamadas "familias de bien", que cumplen quince años, quienes, a partir de esa edad, son consideradas casaderas.

Arroz con leche
me quiero casar,
con una señorita
de San Nicolás,
que sepa tejer,
que sepa bordar,
que sepa abrir la puerta
para ir a jugar.
Yo soy la viudita
del barrio del rey
que ando buscando
casarme con quién.
Con ésta sí,
con ésta no,
con esta señorita
me casaré yo¹⁷.

¹⁶ Nota del Autor: también se lo denomina actualmente el Día del Estudiante.

¹⁷ Copla de la época.

***Petitorio de los Vecinos de la Colonia
Las Palmas a su excelencia el Señor
Presidente de la República***

Su Excelencia Señor Presidente

De la República Argentina

Doctor Marcelo Torcuato de Alvear¹⁸

*Los Vecinos de la Colonia Las Palmas, del Ingenio
de la Compañía Las Palmas del Chaco Austral S.A.¹⁹,
ubicado en el Territorio Nacional del Chaco²⁰, nos diri-*

¹⁸ Nota del Autor: Marcelo Torcuato de Alvear nació en 1863, militó desde muy joven en la Unión Cívica Radical. Estuvo en la revolución del Parque en 1890, en la fundación de la UCR y en las revoluciones durante el año 1893. Se casó con Regina Pacini, una cantante de ópera portuguesa, con quien vivió alternadamente en París y Buenos Aires. En 1912 lo eligieron diputado, y en 1917 fue embajador en Francia. En 1922 sucedió en la presidencia de la Nación a Hipólito Yrigoyen. El período de su gestión se caracterizó por la bonanza económica, la ausencia de grandes conflictos sociales y la enconada oposición entre los partidarios de Yrigoyen y quienes querían eliminar su influencia. Alvear acentó a los "antipersonalistas", pero se negó a extremar la política facciosa. Vuelto Yrigoyen al gobierno, se instaló en Francia. Murió en el año 1942.

¹⁹ Nota del Autor: esta compañía constituyó un feudo agrícola, ganadero e industrial que poseía más de 300.000 hectáreas en el Territorio Nacional del Chaco. Fue desmantelado en la década del 90.

²⁰ El Chaco fue territorio nacional hasta el año 1953, en que se provincializó. En ese momento se dictó la primera Constitución y se le asignó el nombre de Provincia Presidente Perón. Luego del golpe de estado de la autodenominada Revolución Libertadora, el 19 de septiembre de 1955, que depuso al presidente constitucional Juan Domingo Perón, pasó a llamarse Provincia del Chaco, nombre que conserva hasta la actualidad.

gimos a su excelencia para denunciar la arbitrariedad y la mengua a nuestra libertad y el producto de nuestro trabajo por esa compañía feudal.

Aún no se ha dado cumplimiento a la ley de concepción que ordena la formación de un pueblo, indispensable para la urbanización. Más del 80% de las calles de la colonia han sido clausuradas.

El puerto ha pasado a ser una dependencia exclusiva de la compañía porque, como ella es la propietaria del pontón -el único que existe-, exige derechos fabulosos para las cargas y descargas, impidiendo de esa forma la libertad de comercio. Carecemos de caminos carreteros que nos den acceso a las colonias General Vedia y Bernejo, a donde podríamos llevar nuestros productos o comprar nuestra mercadería a mucho menor precio que el que nos venden los bolicheros protegidos por los ingleses. Nos prohibieron la construcción de un puente sobre el riacho El Quía. Para cruzarlo sólo existe una canoa cuyo pésimo estado aconseja no usarla.

Se nos ha quitado, para quitárnoslo todo, hasta la obligación de pagar al fisco la contribución directa, desde el momento en que la sociedad anónima lo hace en globo por sí y por los colonos propietarios.

No circula dinero, sino unos papeles que lo simulan y medallones de bronce, emitidos por ellos, para canjear directamente por mercaderías, sólo en los mostradores de los explotadores.

El estado de salud es malo. Los que no trabajan para la empresa no tienen derecho a hacerse atender en el

Hospital, que no tiene suficientes camas disponibles ni remedios.

La policía sólo responde a la administración igual que el Juez de Paz.

Su Excelencia Señor Presidente, desde este lejano rincón de la Patria le pedimos vuestra ayuda y atención para detener estas injusticias. Muchas Gracias desde ya.

Amado Riquelme

Presidente de la Unión Vecinal de Las Patmas²¹

²¹ Manifiesto del archivo personal de José García Pulido. Año 1924.



El Reveillon de esta noche

Conforme hemos anunciado, esta noche tendrá lugar el Reveillon que la C. D. del Club Social ofrece a los socios y familias de éstos.

A la entrada se exigirá la tarjeta de invitación; los socios pueden pedir éstas para transcurantes, no así para personas radicadas en la localidad.

Otro gran acontecimiento, donde el club Social se viste con sus mejores galas, es el exclusivo *Reveillon* de fin de año. Concurrerán, únicamente, los socios y sus familias, los funcionarios más destacados, el presidente del Consejo Municipal —porque este año no es presidido por los socialistas disociantes— el juez nacional letrado, los gerentes del Banco de la Nación y del Banco de Italia²², de la incipiente empresa telefónica, la de electricidad, de las fábricas de aceite y tanino, el jefe del ejército de línea, —que tiene su cuartel en la avenida 25 de Mayo— e invitados especiales.

La noche del Año Nuevo de 1923 el gobernador doctor Fernando Centeno, acompañado por su esposa y primera dama

²² Nota del Autor: en el año 1923 eran los dos únicos bancos en el Territorio Nacional del Chaco.



del territorio, la festejará en Resistencia y no en su Rosario natal.

Hace dos días que se están colgando las guirnaldas italianas de papel de colores. Llegaron las cajas con pomos de vidrio de perfume, para diversión de los niños, Champagne francés, vino espumante —el italiano, no el envasado en la provincia de Mendoza con etiqueta falsificada—.

Es un alivio que este año se hayan regularizado las importaciones desde Europa. Desde el año 15 que no había ni siquiera té de Ceilán. Así no se podía vivir. Por suerte nunca faltaron las delicatessen del francés de la confitería Chantecler, que embandera sus vidrieras con la tricolor, todos los 14 de julio. Todo ese día, desde temprano, en la vereda de su negocio, se escucha a la vitrola RCA Víctor, con el disco de pasta de La Marsellesa.

La sala contigua al Gran Salón, el *República*, con sus dos amplios ventanales que dan al jardín, es la única con grandes ventiladores de techo, de color gris oscuro, ingleses, de aspas con interior de esterillas.

A la mesa para cincuenta comensales la vistieron con manteles y servilletas de hilo suizo sostenidas en aros de plata de Potosí, cubiertos del mismo metal y origen, copas de cristal de Bohemia, platos de porcelana de Limoges y arreglos florales traídos de la ciudad de Corrientes.

En el Gran Salón, separado por el pesado cortinado de terciopelo azul Francia, se encuentran treinta y tres mesas, de diez hasta catorce sillas cada una, con pomposos centros de mesas realizados con frutas: bananas, pomelos, olorosos limones y ananás que esparcen su deliciosa fragancia.

Natochi²³, Señor del trueno, dueño de las tormentas y los rayos, poseedor del tagete²⁴ en la danza de la Estrella de la Madrugada²⁵, es un hombre sin tiempo, que ha estado desde siempre.

Alto, delgado, solemne y parsimonioso en su caminar. A quienes presienten su presencia les infunde reverencia y temor. Se cubre con un manto tejido de fibras de caraguatá²⁶. Como todo equipaje cuelga de su hombro una yica²⁷.

Es más que un Pi'oxonaq²⁸. Tiene el poder de un Oiquiixaic²⁹. Se conecta con los Nnatac³⁰ y habla con los Piguem'lec³¹. Viaja por el ciclo transportándose en una blan-

²³ Nota del Autor: el nombre de este ser mitológico tiene, entre sus significados, en lengua Toba-Qom, ser "el anciano de los bastones".

²⁴ Nota del Autor: sonajero indígena, normalmente realizado con una calabaza con mango, en cuyo interior se colocan distintos tipos de semillas que al agitarse producen sonido.

²⁵ Nota del Autor: así lo denominan al Lucero o al planeta Venus, que brilla en horas de la madrugada, en el hemisferio sur.

²⁶ Nota del Autor: planta con grandes hojas fibrosas, que una vez machacadas y secadas, se utilizan para tejer mantas.

²⁷ Nota del Autor: pequeña bolsa que se lleva colgando y contiene enseres personales. Generalmente está realizada con fibras de la hoja de la planta de caraguatá.

²⁸ Nota del Autor: así se denomina al médico indígena, consejero espiritual. Además es un cargo que tiene influencia política en su comunidad.

²⁹ Nota del Autor: esta denominación es superior al Pi'oxonaq. Tiene existencia mágica y sus poderes son mayores, tanto en lo medicinal como en lo religioso, lo espiritual y lo político, en la comunidad indígena.

³⁰ Nota del Autor: los muertos, en lengua toba qom.

³¹ Nota del Autor: los seres celestiales, en lengua toba qom.

ca l oc³² o sobre un plato de la flor del Irupé. Los Albuat ec³³ no le hacen daño y los Ne etaxaal ec³⁴ le permiten permanecer en la profundidades de los ríos y lagunas.

Vive en el Nalliagdigua³⁵. Tan grande es su don que ordena los desequilibrios de la naturaleza. Tiene la memoria del pasado, predice el futuro y es el depositario de la sabiduría de su pueblo. Hace el bien; pero en muy pocos casos, muy graves, puede hacer el mal, porque, en definitiva, son dos ingredientes de una misma esencia.

Desde la última Estrella de la Madrugada está muy triste en el Aguará, en la reducción de Napalpí. Ni siquiera un picaflores ha venido a beber de sus lágrimas que cada día van perdiendo dulzura volviéndose amargas.

³² Nota del Autor: nube, en lengua toba qom.

³³ Nota del Autor: los seres terrenales, en lengua toba qom.

³⁴ Nota del Autor: los seres acuáticos, en lengua toba qom.

³⁵ Nota del Autor: gigantesco árbol de la mitología indígena. Es tan grande que no se lo ve. Sostiene todo el universo y se puede subir a él a través de un árbol de algarrobo. Conecta con sus raíces el dominio de los muertos y por intermedio de su inmensa copa, con el cielo. Allí está el paraíso y la buena caza, en las estrellas.

La prohibición de transitar sin saco

Capital Federal. 2. Anteayer fue el día más caluroso de la presente estación y momento hubo en la atmósfera que llegó a ser sofocante.

Esto decidió a la gente a quitarse los sacos, y por esta causa se produjeron numerosos incidentes entre el público y la policía, que obligaba a colocar los sacos a los transeúntes que lo llevaban debajo del brazo.

La misma medida no era observada por los ocupantes de automóviles que iban en manga de camisa.³⁶

A las 9 de la noche comienzan a llegar, la mayoría en carruajes y algunos en automóviles. Todos con sus familias, sus hijos con las niñeras, tíos, abuelos y hermanos. Concurren más de lo previsto, por lo que se agregan sillas y dos mesas más. Ello desata la historia de Pierre, que despolitica en la cocina contra la informalidad de los asistentes, gritando a sus temerosos ayudantes de cocina.

A las 21,30 en el automóvil Wekley, descapotable, recientemente adquirido, con chauffeur, arriba Su Excelencia el gobernador del territorio. Peinado a la gomina, con raya a la iz-

³⁶ Artículo del diario *La Voz del Chaco*, del 2 de enero de 1924.

quierda, entradas y cabeza prominentes, casi sin cuello, acompañado por su esposa, la señora Baraldi, gruesa y redonda como él.

Los recibe un séquito de adulones y advenedizos que, entre aplausos y bienaventuranzas por el nuevo año que está por llegar, los acompañan en delegación hasta el Salón República.

—Gracias por el honor de invitarnos —le dice el gerente del Banco Nación.

—Señora, usted está cada día más joven —miente a “La Baraldi” Jacky Nogués, mientras apoya su mano sobre las nalgas de su mujer Chiche Hardy. Esta hecho un dandy, vestido impecablemente con esmoquín negro, alegre por los vahos del champaña que comenzó a beber desde temprano.

—Doctor, éste ha sido un gran año para el territorio —afirma el juez letrado doctor Juan Sessarego.

—Y el próximo va a ser mejor, no lo dude doctor —le contesta Fernando Centeno.

Los “Reyes del Trópico”, con la brillante voz de Jovial Menéndez, empiezan a interpretar un charleston. Al escucharlo el mayordomo del club les interrumpe haciéndoles saber que no es música apropiada para el ambiente, ni para la categoría del lugar.

—Si quieren tóquenlo en el Bar Olimpo, pero aquí no.

Entonces pasan al foxtrot.

Los mozos comienzan a servir las gambas al ajillo, como entrada. Seguidamente, en bandejas de plata, los pavos adornados con serpentinas de clara de huevo, rellenos de jamón español. Luego, los cochinitos con frutas cocidas, regados con

champagne, alternado con el vino espumante. La chinchivira³⁷ es para algunas damas y los niños.

Cuando dan las doce todas las sirenas de las fábricas comienzan a silbar, las bengalas surcan el cielo y las copas con champán chocan unas contra otras.

Quince minutos después que comienza 1924 se está sirviendo el pan dulce español, los turrónes y el mazapán provistos por la confitería La Sin Rival. Media hora después, se abren las cortinas del Salón República y el señor gobernador, del brazo de la primera dama, sale para saludar a las distinguidas familias socias e invitados especiales del Gran Salón.

Él, con impecable traje de hilo blanco inglés, moño rojo; con la gruesa cadena de oro que sostiene el reloj de bolsillo, resaltando su vientre, aumentado con la cena pantagruélica. Ella luce *demodé*, con capelina, y se apoya en una ridícula sombrilla plegada de la misma tela y ves de noche!

—¡Qué elegancia, señora!

—Parece un figurín del año diez —le susurra con sonrisa burlona al oído una dama a otra.

—Esas capelinas hace años las liquidó Gath y Chávez³⁸ —le responde.

—¡Qué actitud tan democrática venir a saludarnos, señor gobernador!

³⁷ Bebida sin alcohol, de la época, con gas carbónico y gusto a naranja. Tenía como tapa una bolita o la que había que hundir para poder tomar su contenido.

³⁸ Nombre de una de las dos grandes tiendas de Buenos Aires de la época. La otra era El Turco.

—Usted se lo merece, doctor Torcuato With.

Va de mesa en mesa, prodiga un abrazo al doctor Morgan, fuertes apretones de manos a los demás señores. Conversa brevemente con cada uno de ellos, besa en las manos a las señoras, tiernamente en la frente a las jovencitas y acaricia la cabeza de los niños.

Antes de llegar a la última, desde la entrada del club se perciben ruidos de taconeo de botas y pasos marciales. Todos dirigen la mirada hacia esa dirección. La orquesta deja de tocar una tarantela.

Ingresan con sus uniformes blancos de gala, sus botas de media caña, negras, lustrosas, con el correaje impecable, los sables con sus vainas relictas, el jefe de policía del territorio nacional don Diego Ulibarrie, acompañado por el comisario de órdenes Roberto Sáenz Loza. Los custodian dos lugartenientes que tratan de seguirles el paso con dificultad, o porque sus botas son demasiado grandes o porque no están acostumbrados a usarlas. Se cuadran y hacen la venia al unísono.

—Señor gobernador, disculpe que lo interrumpa en estas festividades, pero necesito comunicarle parte urgente del Aguará en la reducción indígena de Napalpí —retumban las palabras de Diego Ulibarrie en todo el Gran Salón.

—Me permites, querida —le dice Fernando Centeno a su mujer, mientras la acompaña, con una mueca de fastidio en su rostro, hasta el asiento en el Salón República, seguido por los recién llegados.

Desde allí salen al jardín el gobernador, el jefe de policía y su comisario de órdenes. Todos los comensales se alarman al

ver las caras de preocupación de los que están informando el parte de novedades.

Pasan cinco minutos y Fernando Centeno reingresa al salón, se acerca a su esposa y en tono confidente, pero lo suficientemente alto como para que todos a su alrededor lo escuchen, pide que lo disculpe porque se va a tener que retirar.

—¿Qué pasa Fernando? —lo interroga afligida.

—¡Otra vez los indios! Ni que eligieran la fecha para joderme.

—Cuidate mucho, Fernando.

—Quedate tranquila Mimi. Disfrutá de la fiesta. Te dejo el automóvil con el chauffeur. Pedirán los mateos de don Eudoxio Lucas para mí y la custodia.

—Yo no puedo dejarlo solo en este momento de peligro para el territorio, doctor. Sacrificaré esta noche de compartir con mi esposa la suite del Hotel Got por acompañarlo —afirma Jacky Nogués, mientras se para con dificultad.

—Ni yo, como representante de la justicia —expresa con voz altisonante el juez Juan Sessarego.

Y así siguen manifestándose los gerentes del Banco de la Nación, del Banco de Italia, Mr. Williams Strive de la taninera y el jefe del ejército de línea. Las señoras despiden compungidas a sus valientes esposos.

With y Morgan, desde el Gran Salón, escuchan y se acercan para ofrecer sus servicios profesionales. El gobernador les agradece diciéndoles que si es necesario los va a convocar, y en forma paternalista los invita a seguir disfrutando de la fiesta con sus familias, porque él se hace responsable por la seguridad de sus conciudadanos.

Enseguida sale la comitiva y se ubica en los cuatro mateos que ya los están esperando. El comisario de órdenes Sáenz Loza encabeza la caravana montado en su yegua negra *la Mora*.

En las calles todavía se escuchan petardos y se ve alguna tardía bengala que surca el firmamento. Las familias que han salido de sus casas por el calor de la noche a saludar a sus vecinos, miran con asombro aquella caravana de coches de caballo que se dirige al galope en dirección al puente colgante, con los cobertores blancos cerrados, color con el que se distinguen cuando transportan a pasajeros especiales.

VIII

LA VIDA DEL PAIS

Profilaxis social

Los asuntos sociales que constituyen problemas de profilaxis aumentan considerablemente en el país, registrándose el vicio en toda magnitud y formas.

Es por esto que la juventud siente los efectos en su constitución, desarrollándose débil, raquíticos, como sombra de lo que fueron nuestros antepasados, llenos de virilidad para poder llegar a contarnos con la fuerza de la sangre suficiente para desafiar a la muerte y sonreír a la vida.

El modernismo de la juventud está basado hoy en cualquier manifestación de vicio, y a él se busca como algo esencial, como algo que constituyese parte de la existencia.

Son muchos, una gran cantidad, los jóvenes que sufren las consecuencias de una vida disipada; son víctimas del modernismo, de esa existencia viciosa que les ha convertido en bagasos de lo que podrían haber sido y de lo que se necesitase que fuesen.

La propagación del vicio da margen a la vida parasitaria y por ende perjudicial, tanto particular como colectivamente. Se pierden sentimientos nobles, noción del deber de hombre, convirtiéndose en un esclavo de las prácticas más relajantes y condenables.

El vicio se ha propagado en la forma en toda la república que hacen cada medida de profilaxis, así como las que se tomaran para la represión a la venta de bebidas, verdadero problema social que ha convertido a muchos en cadáveres vivientes.

En Resistencia se está extendiendo una plaga que es necesario combatir con urgencia; nos referimos al chiquisquismo.

La municipalidad que es la encargada de tomar cartas en el asunto y que al respecto se le ha llamado muchas veces la atención, ha permanecido de brazos cruzados, dando lugar que el problema tomase caracteres más graves.

Corresponde pues intervenir a la policía de investigaciones, persiguiendo a ese elemento como personas peligrosas que afectan a la tranquilidad pública, tal como se perseguía a un ratero reconocido, o a cualquier delincuente.

Se refiere a un individuo cualquiera en averiguación de antecedentes, más razón para que se proceda a la detención de mujeres a quienes no se les conoce ningún método de vida decente. No podrían las detenidas allegar al trabajo por cuanto existe una verdadera crisis de sobrevivientes; al servicio doméstico se reclaman en todas las casas de familia, registrando la prensa diariamente numerosos pedidos.

La campaña policial no debe educirse como hasta ahora se la hecho, a realizar las llamadas amistadas, que se afectan de tarde en tarde sino a una persecución continua para combatir el mal en forma de una manera cansable.

—*Une année heureuse nouvelle, mon docteur aimé*³⁹, pillín, pillín, se pudo escapar nomás!, ¡feliz Año Nuevo! —lo saluda con un beso en la mejilla la Polaca, repitiendo la ceremonia con el juez Juan Sessarego, Jacky Nogués y todo el resto de la comitiva que acompaña al doctor Fernando Centeno.

—*Merci beaucoup, ma Constanca aimée*⁴⁰ —, le contesta con una amplia sonrisa, en perfecto francés aprendido en el *Lycée Jacques Decour*, de París, donde estudió en su adolescencia.

—*Chaque jour tu es plus élégant*⁴¹.

—*Oh... toujours si flatteuse, les années et les préoccupations non bien seuls*⁴².

—*Par cela il faut lui faire des cadeaux à la vie, mon amant, est la chose unique que nous nous emportons de ce monde*⁴³ — tomándole de la mano para presentarle a su nueva pupila- Un pan dulce especial para ti.

Brigithe es una belleza adolescente, sus negros cabellos largos hasta la mitad de su espalda contrastan con su blanca piel. Nariz pequeña, grandes ojos verdes con largas pestañas, enmarcados por finas cejas.

Centeno aspira el perfume francés legítimo que se desprende de su hermoso cuerpo. Contempla excitado sus

³⁹ Traducción: "Feliz Año Nuevo mi querido doctor".

⁴⁰ Traducción: "Muchas gracias mi querida Constanca".

⁴¹ Traducción: "Cada día estás más apuesto".

⁴² Traducción: "Siempre tan lisonjera, los años y las preocupaciones no vienen solos".

⁴³ Traducción: "Por eso hay que festejar la vida mi querido, es lo único que nos llevamos de este mundo".

pezones erguidos, que se vislumbran entre la transparencia del encaje de su vestido de seda. Brigitte hoy no usa bata.

—*Mon amante, qui belle tu es*⁴⁴ —atina a decirle apoyando suavemente su mano derecha, por la sisa, sobre el pecho izquierdo de ella.

—*La suite principale de ma maison est pour vous*⁴⁵.

—*Merci toujours, Constanca, si aimable*⁴⁶ —responde, dándole una palmadita cómplice en una de las nalgas de la Polaca.

⁴⁴ Traducción: "Mi querida, qué hermosa eres".

⁴⁵ Traducción: "La suite principal de mi casa es para usted".

⁴⁶ Traducción: "Gracias, siempre tan amable Constanca".



Se anuncia oficialmente la muerte de Lenin. Preparativos para el sepelio.

Moscú, 22. La muerte del jefe del Soviet, señor Lenin, se produjo a causa de una parálisis de las vías respiratorias. El cadáver es velado en el Kremlin por donde desfila enorme muchedumbre. El sepelio se efectuará el sábado, preparándose solemnes funerales.⁴⁷

El viejo Villa Campa lo instruye:

—Guardá la botellita de alcohol puro, el paquete de algodón medicinal, el cuchillo y el Colt 38 largo con la caja de balas. Una vez en destino, verás que desde la barranca comienza una vía férrea angosta. Seguila, pero no preguntés a nadie por el local. Caminá sin parar como si supieras adónde vas. El pueblo queda a diez kilómetros, más o menos, tierra adentro.

Y se lo reitera para que no le queden dudas:

—No preguntés nada a nadie, no digás quién sos, ni de dónde venís, sino vas a ser alimento de los peces.

Se embarca en el *Lambaré*, el barco de carrera de la línea Dodero, de una sola chimenea, con motor de tres cilindros a vapor, que se impulsa con dos ruedas de aspas laterales. Sube desde Buenos Aires hasta el alto Paraná.

⁴⁷ Artículo publicado en el diario *La Voz del Chaco* del 22 de enero del año 1924.

Se aloja en un camarote colectivo, con cinco camas cuchetas, una sola ventana, con forma de ojo de bucy, donde el calor se hace insoportable por la cercanía a la caldera.

Al otro día de la partida, el viejo Villa Campa manda el telegrama convenido: "Nazario López, vapor Lambaré partió ayer. Lleva la encomienda esperada. Salga a puerto".

Cuatro días tarda el viaje con escalas intermedias en los puertos de Rosario, Santa Fe, Piraguacito de Villa Guillermina y Corrientes. Tiene como destino final Puerto Casado, en el Paraguay. Se pasa casi todo el día en la cubierta admirando la inmensidad del paisaje litoralcoño.

Le llama la atención una mujer elegante y sensual, que siempre le devuelve la mirada y baja tímidamente la cabeza. Viaja sola, en uno de los tres camarotes de primera. No tiene, calcula, más de 25 años, tres más que él. Aunque en dos o tres oportunidades hubiera podido hablarle, su porte distinguido y sobre todo su estatura —lo sobrepasa en una cabeza— lo inhiben de acercarse.

Las dos últimas noches duerme en la cubierta superior de la proa, al lado del camarote del capitán, cubierto con la manta que éste le prestó para que se cubriera del rocío de la madrugada. Ese privilegio se lo debe a un pedido del Sindicato de la Marítima, que le dio al capitán precisas instrucciones de cuidar y darle, sin cargo alguno, todas las comidas diarias con una botella de vino por día, las mismas que reciben los pasajeros de primera clase.

A las ocho de la mañana del cuarto día, se escucha tres veces el silbato del barco anunciando su llegada al puerto, que tiene por muelle un viejo barco oxidado. Está al pie de una alta

barranca de arena, con manchas oscuras de carbonilla y petróleo.

Se asoma con su valija de cartón a la cubierta para descender. Un sudor frío recorre su espalda. Instintivamente da un paso atrás. Lo primero que piensa es bajar para esconderse en las calderas o tirarse por babor al río, pero recuerda que no sabe nadar.

Palpa con la mano derecha el revólver que lleva en la cintura, cuando desde atrás lo toman con firmeza del antebrazo izquierdo.



Emilio Esquivel, sargento del Ejército de Aviación, es primer instructor de vuelo del Aeroclub Chaco. Vestido con su uniforme negro de cuero de piloto, estrena una bufanda de seda blanca, que ayer a la tarde compró, para esta ocasión, en la tienda La Chaqueña.

Camina tratando de calmar su ansiedad. Revisa una y otra vez los tensores del biplano biplaza Curtís J.N.90 HP. Limpia sus botas de media caña porque se le cubren de polvo a cada rato. Le ha repintado a ambos lados del fuselaje, nuevamente, el nombre: "Resistencia II".

Hace dos horas que está esperando. Aunque no hace frío y está en tierra, tiene calzados los guantes de cuero, el casco del mismo material y puestas las antiparras en la frente.

Al reconocer a los ojos al mateo, le comienza a latir más fuerte el corazón.

—Permitame que la ayude a descender, señorita.

Más que una concesión de la Polaca a Esquivel es una gratificación para Brigitte, por lo satisfecho que ha quedado el gobernador en la larga y festiva noche del Año Nuevo.

—Mirá, Esquivel, que la llevés a volar no significa que tendrás canje por pase. El Mudo se va a quedar vigilando hasta que vuelvas y después la va a traer de vuelta —le advirtió la Polaca.

—Gracias, señora, por su confianza y la oportunidad que le da a Brigitte para que tenga su bautismo.

-¿Bautismo?, de vuelo solamente, porque por lo demás hace mucho que ya se consagró la francesita —recuerda que le dijo.

Colocando sus manos para que haga pie, la ayuda a subirse a la carlinga detrás de la suya. Ella levanta el vestido con mucha gracia y disimuladamente le muestra la liga roja de encaje que ciñe el muslo de su pierna derecha. Seguidamente, con más agilidad que de costumbre, él pisa el soporte lateral y se ubica en su puesto de mando.

Al segundo intento, arranca el motor del Curtis y su hélice levanta una nube de polvo que inquieta a los caballos del mateo. Coleando se dirige hacia la cabecera de la pista de tierra del aeródromo de 25 hectáreas, ubicado en el lote 255⁴⁸, al sureste de la ciudad.

Acelera, empieza a carretear. Levanta primero la cola, después el tren delantero. Despega, hace un giro hacia la derecha y comienza a ganar altura. Abajo empiezan a aparecer las calles de tierra que rodean las manzanas cuadrículadas, enmarcadas al sur y al norte por los ríos Arazá, Negro y más al norte el Taponagá. Sobrevuelan las cuatro manzanas de la plaza 25 de Mayo de 1810, centro geográfico y cívico de la ciudad donde se distinguen desde el aire las copias de esculturas griegas de mármol.

Más allá aparecen las tres líneas de las vías ferroviarias. La del Ferrocarril Central Norte⁴⁹, la Santa Fe⁵⁰ y la Doderó. Frente

⁴⁸ Nota del Autor: actualmente están consuidos en dicho lote el Barrio Llaponagat y el Club Central Norte.

⁴⁹ Nota del Autor: hoy se denomina Ferrocarril General Belgrano. Fue la primera línea transversal del país, construido por el Estado Argentino, durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen.

⁵⁰ Nota del Autor: también llamado el "Ferrocarril Francés", por ser sus capitales de ese origen.

a la plaza está la parroquia, de ladrillos sin revocar, con una sola torre que cobija al campanario y otra inconclusa; el Depósito de Encausados, y en esquina la Escuela de Varones N°1 Benjamín Zorrilla. Dos cuadras más allá, a doscientos metros de la plaza, sobre la avenida Alberdi, se destaca el club Social con sus techos de pizarras negras. Siguiendo por la calle Libertad, hacia el oeste, sobrevuelan el negocio de la Imprenta de Juan Moro⁵¹. Media cuadra, más adelante, se levanta el imponente edificio de tres pisos, en esquina, de las Grandes Zapaterías Bagur⁵². Nuevamente, el avión gana más altura y pueden verse la gran cantidad de lagunas que, como un espejo roto, están distribuidas por el ejido urbano.

Brigitte está extasiada y hermosa con su larga pasmina extendida al viento. Esquivel siente un movimiento a sus espaldas, mira hacia atrás y la ve parada en la cabina, con los brazos extendidos en cruz, los ojos cerrados y una dulce sonrisa, que se interrumpe abruptamente al estremecerse toda la máquina.

El ruidoso motor empieza a fallar. Su hélice se detiene. El biplano comienza a perder altura.

⁵¹ Nota del Autor: la Imprenta y Taller de Impresiones de Juan Moro fue abierta en el año 1901.

⁵² Nota del Autor: en este edificio existió luego la sucursal de un banco norteamericano y hoy está instalada una casa de venta de artículos electrodomésticos.

—Bajemos, querido, que mamá estará ansiosa de tanto esperarnos.

Lo empuja por el antebrazo izquierdo hacia la escalera de descenso, custodiada, a ambos lados, por policías del territorio y gendarmes de la empresa. Están pidiendo documentos y revisando los equipajes a todo hombre que baja solo, que a su arbitrio tenga cara de sindicalista o aspecto de hombrecador de puerto.

Bajan tomados del brazo. No los detienen ni interrogan. Al subir la barranca encuentran un pequeño andén con una locomotora *Decauville*, con vías de trocha angosta de apenas sesenta centímetros. Tiene enganchados dos vagones con techo y asientos de madera, descubiertos en los laterales y tres más para carga.

No dice palabra. Se sienta con su sorpresiva acompañante en el medio del primer vagón, aferrando con ambos brazos su pequeña valija. De pronto ve cómo cuatro hombres, a quienes habían cruzado en el andén, suben, sentándose dos a cada uno de sus lados y los otros detrás de él.

El tren está retrasando su partida por la gran cantidad de bultos que unos indígenas están cargando desde el "Lambaré".

"Tengo que tomar una decisión", piensa. Está a punto de saltar del vagón y correr. En ese momento, un largo silbato de la locomotora anuncia la salida y trabajosamente comienza a andar. Cuando toma velocidad, siente que desde atrás alguien se le acerca. Baja lentamente su mano derecha, con la palma



abierta, hacia su cintura, para empuñar el Colt.

—Bienvenido a Las Palmas, compañero García Pulido, soy Nazario López, de la Federación Obrera. ¿Cómo le fue en el viaje?

—Me voy a presentar, compañero —interviene la mujer que lo hizo descender del barco tomándolo del antebrazo— soy María Antonia Ledesma, de la Agrupación Femenina La Antorcha Chaqueña. Disculpe, pero era su vida o mi atrevimiento.

García Pulido dice unas pocas palabras y una relajada sonrisa se instala en su rostro, mientras el tren atraviesa los campos de cañaverales que se pierden hasta el poniente.

*Al Pueblo en general,
a los Trabajadores en particular.
A la lucha nos provocan:*

Camaradas trabajadores, la empresa prepotente y tiránica que nos explota miserablemente acaba de provocarnos a la lucha y nosotros, como hombres conscientes, como hombres valientes, tenemos que aceptarla.

Han comenzado a despedir a los buenos trabajadores y con muchos años de servicio, como Nicanor Suárez y José Cabrera. Lo mismo le sucedió a Palo Rojas, el Director del cuadro filo dramático Florencio Sánchez y uno de los mejores militantes de nuestra organización. Anunciamos que igualmente hará la pieza de teatro con el compañero Eduardo Lazcano y otros buenos y honrados trabajadores.

En una palabra, la empresa lo que desea es aplastar nuestra organización para así humillarnos y explotarnos más.

Por ello exigimos a la patronal:

Artículo 1º: Readmisión de todos los despedidos y desalojados, debiendo cada uno ocupar su antiguo puesto.

Artículo 2º: Reconocimiento del Sindicato de Obreros del Ingenio Las Palmas del Chaco Austral por parte de la patronal.

Artículo 3º: Todo el personal deberá ser federalizado, inclusive los empleados de mostrador y escritorios excluyendo solamente a los jefes.

Artículo 4º: Se debe proveer de impermeables a los conductores y leñadores.

Artículo 5º: A los ferroviarios se les proveerá de cortinas para las máquinas, un coche furgón de cola para el guarda y una sola categoría en los maquinistas con un sueldo de 180 pesos mensuales.

Artículo 6º: Se suprimirá el trabajo a destajo en el aserradero, debiendo ser el horario de ocho horas con un día de franco los domingos.

Artículo 7º: Que en cada parada de trabajo se coloque una caja con remedios de primeros auxilios con instrucciones en castellano y no en inglés, como hasta ahora.

Artículo 8º: Que a cada peón golondrina se le provea de una vela por semana y una manta por familia por cosecha.

Por lo tanto, camaradas, antes de vernos todos en la calle, sin pan para nuestros hijos, debemos aceptar el reto y lanzarnos a la lucha, pues nada tenemos que perder. En nuestras vidas sólo tenemos cadenas que nos atan. Por lo tanto, ¡alerta!, que nadie falte a la Asamblea el jueves 8 a las 8 y 20 horas (p.m.), donde se tratará el plan de lucha.

¡Camaradas! Que no haya cobardes; que no falte ningún obrero a esta Asamblea. ¡El coraje y la conciencia por encima de todo! ¡Todos a la Asamblea!

José García Pulido
Delegado Nacional
Federación Obrera Regional Argentina⁵³

⁵³ Manifiesto del archivo personal de José García Pulido. Año 1934.

LOS INDIOS HAN VUELTO A COMETER DESMANES

Una familia asesinada.

Alarma en varios pueblos del
Ferrocarril Central Norte y del Santa Fe.

La gobernación impartió instrucciones severas a la
policía.

Otra vez la mano alevosa del indio ha vuelto a cometer un horrendo crimen: ha destruido un hogar tranquilo y laborioso en plena campaña, donde ha sido asesinada una entera familia.⁵⁴

Como todos los sábados por la tarde, el salón de juego está reservado para el señor gobernador y sus invitados. Comparten, siempre, las partidas de póquer Jacky Nogués, el comerciante y proveedor del Estado Juan Alberto Garriga, el abogado Martínez Ares, del Ferrocarril Central Norte, que todavía no ha llegado, y Mr. Williams Strive, el gerente de la taninera La Forestal.

Ante la tardanza de Martínez Ares, lo llaman al mayordomo del club para que busque a otro socio y se pueda completar el número.

⁵⁴ Artículo publicado en el diario *La Voz del Chaco*, junio de 1924.



El mayordomo ingresa al salón de lectura y lo ve leyendo, detrás de las grandes páginas del diario La Prensa, a Enrique Lynch Arribálzaga.

—Don Lynch, disculpe, el señor gobernador lo invita a compartir la partida de póquer.

—Yo juego sólo con quien me gusta jugar.

El mayordomo se queda mirándolo, atónito, por la respuesta.

Lynch se da cuenta de que lo que acaba de decir no puede ser repetido por el azorado mayordomo.

—Dígale que tengo un compromiso con mis "coleópteros"—
Se levanta, pliega el diario y camina hacia la salida del club.

—¿Y? ¿Quién estaba?

—Don Lynch Arribálzaga, señor Gobernador.

—¿Y por qué no viene?

—Porque se tuvo que ir por una reunión con los "Cóptoros".

—¿Con quiénes?

—Deben ser unos religiosos, o algo así Su Excelencia.

Presuroso, se sienta el abogado Martínez Ares. Venía de Humónia.

—¿Algo grave?

—Se están viniendo los colonos con sus familias para Resistencia, con todos sus enseres, por miedo al ataque de los indios.

Cada uno compra una caja por cien pesos, con fichas de cinco, de diez, de veinte y cincuenta. Sacan del mazo de cartas los dos jockey y las más bajas, el dos, el tres, y el cuatro.

Jacky Nogués mezcla, y Fernando Centeno corta en dos el mazo. Cada uno saca una carta. A este último, le toca nn as, a

Juan Alberto Garriga un diez, al Doctor Martínez Ares un ocho, a Jacky un rey y a Mr. Strive un seis.

Reparte Jacky cinco cartas a cada uno, empezando por la izquierda. Entra el mozo con los cigarrros, el licor Hesperidina y la botella con whisky.

—Mister Centeno, estamos muy preocupados con la huelga. Buenos Aires ha telegrafiado a Londres poniéndolos al tanto de los acontecimientos —abre la conversación con su duro y entrecortado español Mr. Strive.

—Si no se corta de raíz a estos huelguistas, vamos a tener otra Las Palmas, se lo digo por la experiencia que tenemos con los collas del Tucumán. Esto pasa porque están con la panza llena; en cambio, si tienen hambre no piensan y trabajan —acota Jacky.

—Desde Villa Guillermina me informaron sobre movimientos sospechosos —agrega otra vez Mr. Strive.

El gobernador prende nuevamente su puro, que se le había apagado.

—Pierdan cuidado que estamos trabajando...

—Las empresas necesitan orden y seguridad. Sin esos requisitos no hay inversión, y si no hay inversión estas tierras volverán a ser salvajes —le advierte en un tono autoritario el inglés.

—Si los indios y los criollos cortan las vías del ferrocarril no se podrá sacar la producción, las poblaciones quedarán aisladas y a merced de los desmanes de los indios —le señala Martínez Ares.

Fernando Centeno se acomoda nervioso en su sillón.

--Me tengo que manejar con cautela. Por un lado tengo a los socialistas denunciándome todos los días en el Congreso Nacional. Por otro, dentro de mi partido existen intereses que están presionando para ocupar mi cargo. Mandé ya un informe al Ministro del Interior y le pedí que intervenga el ejército de línea, pero me contestaron que era una cuestión policial. En otras palabras, que me las arreglara solo.

--Para lo único que sirve hoy el ejército de línea es para vestirse con el uniforme de gala para la misa dominical --afirma Jacky.

--Sí hacemos lugar a los disparatados reclamos de los maximalistas, cualquiera va a pedir cualquier cosa. Vamos a terminar en una anarquía. Los obreros van a tomar las desmotadoras, las aceiteras, el ferrocarril y el puerto. Será imposible producir en esas condiciones. Perderemos competitividad y Londres me va a ordenar cerrar --sentencia, firme, Mr. Strive.

--Buenos Aires está muy lejos, don Fernando. Usted es el jefe político del territorio, si se produce una huelga general en apoyo a la del Aguará, sus enemigos políticos aprovecharán para justificar su remoción aduciendo que es flojo y que no tiene autoridad --interviene Jacky Nogués.

--¡Cómo que no voy a tener autoridad! En el Chaco, el que manda soy yo. ¡Ya van a ver lo que les pasa a esos indios de mierda! Con la policía me basta y sobra --contesta alterado Centeno.

Jacky y el inglés se miran con satisfacción. Esta última frase tiene la respuesta que esperaban.

Juan Alberto Garriga tiene pares de damas con diez y se manda con veinte pesos. Martínez Ares no tiene juego en esta quinta partida, ya más distendida. Mr. Strive ve el juego porque tiene pierna, o sea, tres ochos. Jacky entra para ver: tiene dos reyes, y el gobernador se regocija en silencio con su escalera servida. Ve los veinte pesos de cada uno, pone veinte y cubre diez pesos más.

Piden cartas. Juan Alberto Garriga una, Mr. Strive dos y no liga más. Jacky pide tres cartas y le llegan un rey y dos diez con los que hace full. Centeno tiene juego servido, no pide cartas y manda al resto. Mr. Strive se va. Jacky se queda pensativo. Mira a Mr. Strive y éste le hace un, casi imperceptible, guiño con su ojo izquierdo. Se decide, golpea la mesa con el puño, dice paso y se va al mazo. De esta manera permite que el señor gobernador "gane" la partida. Siempre gana el gobernador en el club Social. Esa "suerte" no la tenía en las partidas del club de Pelota Paleta en Rosario⁵⁵ o en el casino semiclandestino del Club del Orden, en Santa Fe⁵⁶.

A las ocho de la noche comienzan a retirarse del club.

--Jacky, qué le parece.

--Le fue muy bien doctor. Ganó cinco partidas seguidas. Otro sábado de suerte para usted.

⁵⁵ Nota del Autor: el club de Pelota Paleta en Rosario era concurrido por la más alta sociedad rosarina. El movimiento Montonero lo voló en la década del setenta, en el siglo pasado.

⁵⁶ Nota del Autor: el Club del Orden fue fundado por los constituyentes de 1853. A fines del siglo XIX, se convirtió en un club exclusivo de la clase dirigente santafesina. Sufrió atentados en la década del setenta, en el siglo pasado.

—No, le pregunto sobre la huelga.

—Mire, desde que están los maximalistas con los indios, ya no creen ni en el “familiar”⁵⁷. No los vamos a poder dominar si no se actúa drásticamente. Gobernador, de no demostrar autoridad, por experiencia se lo digo, peligra su futuro político.

⁵⁷ Nota del Autor: ser mitológico cuya creencia de su existencia era promovida por los patrones de los ingenios azucareros. Supuestamente, habitaba en los grandes y oscuros sótanos de las fábricas. Su aparición no era bien definida. Para algunos, era una gigantesca serpiente, con cabeza de tigre. Se alimentaba de seres humanos que violaban las reglas de disciplina u orden.

XIV

Esquivel observa que nadie circula por el camino a Colonia Popular y comienza a descender planeando. Brigitte está pálida, ha comenzado a sollozar. Sólo se siente el ruido del viento, los chasquidos de los tensores y de la tela del biplano.

Da dos saltos al tocar tierra. Se detiene a treinta metros. Esquivel se levanta las antiparras, se da vuelta y ve a su asustada pasajera con la cara llena de lágrimas. Se sonríe y la ayuda a bajar. Cuando tocan tierra ella comienza a llorar más. Él le seca las lágrimas con su pañuelo, la abraza fuertemente y empieza a besarla, primero en las mejillas, luego en los ojos, el cuello y, por último, en los labios.

Ella responde con pasión. Le saca las antiparras, el casco de cuero y comienza a desprenderle los botones de la chaqueta.

Esquivel improvisa rápidamente un espacio, al costado del camino, bajo un timbó, extendiendo una manta que saca de la carlinga.

Se acuestan. Siente la aterciopelada piel de la francesita y su perfume que lo excita. Se besan apasionadamente. Ella se saca las enaguas y lo recibe entre sus piernas.

Pasan veinte minutos y Brigitte comienza a decir:

—¡Tiempo, tiempo! Mudo espera.

Se visten apresuradamente. A los cinco minutos el Curtis carretea otra vez logrando levantar vuelo antes de llevarse por delante unos bueyes, que salen imprevistamente del monte.

La pastina otra vez se extiende. Sobrevuelan nuevamente Resistencia hasta que divisan el hangar y la pista del aeródromo.

mo. Descienden muy suavemente carreteando hasta dejar el avión al lado del mateo.

El Mudo, por señas, muestra su fastidio porque han tardado más de una hora. Juntando las puntas de los dedos pregunta, con el gesto, ¿qué ha pasado que tardaron tanto?

—Volando Mudo, volando, —responde Esquivel con picardía, mientras dirige una sonrisa cómplice a Brigitte— ...en las ancas de esta hermosura.

En ese momento, desde el interior del hangar, aparece Gerardo Varela, con todo su equipo de piloto completo, con una lata de gasolina en cada mano para recabastecer al avión, en el que saldrá enseguida.

Detrás de él camina la hija del gerente de la usina, Úrsula Bonaini da Cignano, con su pantalón de montar ajustado a sus caderas, botas de media caña y una camisa color caqui, con los botones desabrochados que insinúan sus senos generosos. ¡Linda minal, dirían en el Bar Olimpo.

—Hoy estamos todos de bautismo —lo saluda Esquivel.

—Pero en ningún caso son de primera comunión —le contesta Varela con su amplia sonrisa.

—Hay buena meteorología para el lado de Colonia Popular —le indica Esquivel.

—¡Pero, delegado! Desde que se fue don Lynch cada vez nos explotan y se aprovechan más de nosotros. Primero, nos impusieron que sus carreros son los únicos que pueden transportar nuestro algodón y la madera. El llete que nos cobran es el doble que a los criollos. Nos aumentaron las mercaderías y ahora nos quiere retener, como "compensación para el Estado", el quince por ciento de toda la producción. ¿Por qué, por qué hacen esto con nosotros?

—Mirá, Maidana, ustedes son todos iguales, quieren todo y no dan nada. Al Estado hay que devolverle lo que les dio.

—Pero delegado, aquí nunca vino el Señor Estado a pedirnos nada; usted es el único, con sus parientes, que siempre nos sacó todo. No vamos a trabajar. ¡Vamos a ir a la huelga!

—¿A la huelga?... ¡mirá vos la desfachatez!... lo único que nos faltaba: indios rojos.

El movimiento se extiende, rápidamente, a otras comunidades indígenas que comienzan a llegar al Aguará. Solicitan reivindicaciones básicas: mejores condiciones de trabajo; pago en pesos y no en vales por sus tareas; que no se les retenga el 15% de la cosecha de algodón; que puedan transportar la producción en sus propios carros; que se interrumpa la ocupación ilegal de sus tierras y el robo de su ganado por parte de los "blancos" y que a los hacheros y cosecheros de las tanineras se les pague quincenalmente.

La huelga produce la ausencia total, en todo el territorio, de trabajadores rurales, con la previsible reacción crítica de los

teratenientes, gerentes de las multinacionales extranjeras del tanino, concesionistas obrajeros y colonos "blancos". Comienzan, entonces, a sufrir pérdidas por la imposibilidad de levantar sus cosechas, sembrar o talar los montes. El diario pro oficialista *La Voz del Chaco* apoya la posición de sus principales anunciantes.

XVI

El Excelentísimo Concejo Municipal, intervenido, de la Ciudad de Resistencia, reunido en pleno, en sesión ordinaria resuelve:

Artículo 1: Para desterrar partidismos disociantes y anticlericales, que perturban el orden y la paz pública, con seudos homenajes bajo las chapas de nombres de determinadas calles de nuestra ciudad, se ordena modificar la Ordenanza del 4 de febrero de 1916 en las siguientes partes pertinentes:

Denominase:

A la calle Darwin: French;

a la de Galileo Galilei: General Obligado;

a la calle Carlos Marx: Carlos Pellegrini;

a la del Pueblo: calle 1;

a la calle Federico Engels: Ayacucho.

Artículo 2: Cúmplase por intermedio del Señor Jefe de Policía de Territorios para evitar disconformes y archívese⁵⁸.

⁵⁸ Nota del Autor: actualmente, de la misma manera modificada se denominan dichas arterias de Resistencia. Nunca se las volvió a designar en la forma originaria.

—¡Dejen a las gallinas, miren que nosotros somos afederados!

—¡Sí, compañero, pero las gallinas no!

Y se llevaron en una bolsa de arpillera a todas las gallinas del sindicato.

Falta una hora para que amanezca. García Pulido se levanta para tomar unos mates. Lo inquieta el llamado del comisario Segundo Arroyo.

A las siete de la mañana están presentes treinta compañeros armados. García Pulido preside la asamblea extraordinaria, convocada de emergencia. Se para delante de ellos y los mira por unos instantes. Son hombres de entre treinta y cincuenta años, aunque es imposible calcular sus edades porque sus rostros están curtidos por el sol del Chaco y la pobreza de sus vidas. En sus ojos se revela cierta falta de resolución, aunque él sabe que esto no significa que tengan miedo de enfrentarse con la policía. Con mirada resuelta y un dejo andaluz en el acento, que no ha podido desterrar, comienza a hablarles.

—¡Compañeros! El comisario me ha convocado para dentro de una hora. Cuando se está al servicio de un feudo y de un gobernador como Centeno se puede esperar cualquier cosa. La Federación no tiene una fábrica de delegados para seguir enviándolos para acá. Si soy detenido, o desaparezco, como ya sucedió con los que me precedieron, no deben permitir que me envíen a Resistencia, porque con el cuento de que me quise escapar me van a matar aplicándome la ley de fuga.

Hace una pausa, toma aire, levantando más la voz y golpeando con el puño la mesa, agrega:

—¡Hay que asaltar la comisaría, si fuera necesario, dándoles su merecido a quienes son utilizados para someternos!

Nadie habla, todos miran para abajo, ninguno busca los ojos de García Pulido.

Los minutos pasan interminables hasta que el gordo Luis levanta la mano para pedir la palabra.

—Compañero García: todos estamos con usted, pero dependemos de la compañía. Si perdemos el trabajo, ¿qué van a hacer nuestras mujeres...?

—¡Les vamos a cortar los cojones!

Sorprende a todos el grito de María Antonia Ledesma acompañada por Inés Nogueira, Claudia Lopina, más diez mujeres que componen la delegación de la agrupación femenina la Antorcha Chaqueña. No esperan que las inviten a pasar. Entran decididas con escopetas en sus manos algunas, escobas y palos la mayoría.

—Si nuestros hombres no luchan por la dignidad de sus derechos como trabajadores, ¿cómo nos van a defender a nosotras, que somos sus mujeres? ¡Si los policías demuestran más coraje que ustedes, nos vamos a entregar a ellos! ¿Dónde están los valientes que pelearon en las trincheras en el año 1939⁶⁹, ¿se

⁶⁹ Nota del Autor: en el año 1919 se produjo una huelga general de los obreros del Ingenio Las Palmas del Chaco Austral Ltda., que fue consecuencia de otros hechos producidos en la República Argentina, conocidos como la "Patagonia Rebelde", de "Villa Guillermina" o la "Semana Trágica". Al ser atacados con la gendarmería de la empresa, los trabajadores se defendieron cavando trincheras y resistieron varias semanas, hasta que el ejército de li-

han vuelto todos maricones? ¡Si no defendemos a García Pulido, que lucha por nosotros, vamos a hacer huelga de entrepiernas todas las mujeres de Las Palmas!

Un hondo silencio, peor que el anterior, se produce. Todos están atónitos ante la sorpresiva intervención de las mujeres. De pronto el salón explota con aplausos. Se escuchan varios sapucay⁷⁰ y el movimiento del cerrojo de los Winchester. Varios se paran con sus puños en alto. La duda se convierte en decisión.

Germán Figueredo se levanta ceremonioso. Mide dos metros. Con sus ojos renegridos mira a los concurrentes, que luego de unos segundos hacen silencio.

—¡Compañeros: si no luchamos nosotros por nuestros derechos, nadie lo hará! Si dejamos que avasallen al delegado de la Federación, no nos van a tener respeto; ni siquiera, como ya ven, nuestras mujeres. Así que ¡todos a la comisaría y que caiga quien caiga!

na, al mando del capitán Gregorio Pomar no permitió la represión de la policía privada de la compañía inglesa, y cedió con los obreros el levantamiento de la protesta. Esta actitud de Gregorio Pomar le costó un atentado contra su vida, por parte de la patronal, que no tuvo éxito.

⁷⁰ Nota del Autor: grito tradicional, de coraje y alegría, que emiten los haceros, generalmente cuando cae el árbol que talan

“Feliz suerte la de los israelitas, a quienes el Santo, bendito sea, ha distinguido entre los demás pueblos dándoles la señal siempre que lo mantengan adecuadamente, no esté dominado por otra fuerza y, finalmente, que no mancille la simiente concedida en el nombre del Rey. Dijo rabi Abba, en otra ocasión: Cuando un hombre hace entrar a su hijo en la Alianza de la circuncisión, el Santo, bendito sea, llama a todos los Ejércitos Celestes y les dice: ved qué hijo he creado en el mundo. En ese momento, el profeta Elías baja a la tierra en cuatro vuelos y llega al lugar de la circuncisión. Por esta razón, aprendimos que hay que disponer una silla de honor al profeta. Inmediatamente después, Elías sube al cielo y da testimonio de la circuncisión ante el Santo, bendito sea”⁶¹.

El llanto produce alegría y emoción en todos los presentes. Orgullosa, Samuel Badrar levanta, con ambas manos, a su hijo Jacobo de ocho días de vida. Acaba de ser circuncidado por el Oficiante de la Kehilá⁶², de Corrientes, que llegó el día anterior con el joven Jazan Bernardo Korimblum, de la Sociedad Cultural Israelita “Sholem Aleijem”⁶³, de aquella ciudad.

Es la primera ceremonia que se realiza dentro del simbólico término religioso en el territorio. Aunque habitan muchas

⁶¹ El Zohar. El libro del Esplendor, I, 93a. Gen. Todo varón judío debe ser circuncidado, ocho días después del nacimiento, de acuerdo con el precepto hebreo —Berit Millah— Alianza de la Circuncisión.

⁶² Nota del Autor: significa pueblo, comunidad, en hebreo.

⁶³ Nota del Autor: significa “la paz sea con vosotros” en Hebreo.



familias judías Asquenazi, todavía no tienen sinagoga propia; por ello realizan las ceremonias en el templo de los Sefaradim, que todavía los superan en número, están mejor organizados y tienen su cementerio propio. A ellos incluso les compran el matze⁶⁴ para el Pesaj⁶⁵.

Hay este mediodía, guefilte fish⁶⁶ de dorado del Paraná, que al ser pescado con escamas es kosher⁶⁷, kiniches⁶⁸, strudel⁶⁹, una verdadera fiesta.

Kuanoff y su esposa han llegado para el acontecimiento desde Charata. Más retirados, en varias sillas ubicadas en el patio de la sinagoga, comen sosteniendo los platos en sus manos los solteros o aquellos que han venido solos y sueñan con juntar dinero para "la llamada" de sus esposas. Así denominan al trámite ante la Oficina de Inmigración Argentina, para traer

⁶⁴ Nota del Autor: especie de pan de masa muy fina, cuya tradición se remonta al regreso desde Egipto a la Tierra Prometida del pueblo de Israel.

⁶⁵ Nota del Autor: Pascua Judía.

⁶⁶ Nota del Autor: comida típica de la cultura judía, en forma de albóndiga, con carne de pescado, mezclada con cebolla, huevo y salsa de tomate.

⁶⁷ Nota del Autor: comidas judías, donde no se mezcla lácteos con carne, de acuerdo con preceptos religiosos.

⁶⁸ Nota del Autor: comida judía, realizada con masa hojaldrada de harina de trigo, a base de aceite, agua, huevos, que se estira muy fina. Se la prepara con relleno de papa hervida, cebolla cortada, apenas frita, pimienta, y se la parte con la mano, en pequeñas porciones, que se transforman en bollos.

⁶⁹ Nota del Autor: postre de masa hojaldrada, estirada con un palote de madera, hasta que queda muy fina, de tal manera que poniendo un papel escrito debajo de ella se puede leer. Se cubre la masa con nueces o maníes, y se arroja con manzana rallada o dulce de membrillo. Una vez colocada en la placa que va al horno, se le hacen unos pequeños tijitos. Cuando la masa está dorada, se la saca del horno, se corta bien donde está marcado, según el gusto, se le pone encima azúcar impalpable o se le hace un baño de clara batida con azúcar y se le da un nuevo golpe de horno.

a sus familias de Prusia Oriental, Rastne, Bereznó, Varsovia, Odesa, Bodorni Podolle o Rumanía. Los jóvenes realmente le dan más importancia a los barenques⁷⁰ que a los ritos religiosos.

Se ganan la vida mayoritariamente como cuentenik⁷¹. Promueven ideas socialistas o anarquistas. Shemer Tunik, y Jaime Sicorsky siempre están haciéndose bromas. Jaime Bender, Víctor Goldfarb, José Gel, Jacobo Wajman y el inefable Utzik Sztejn, son habituales compañeros de salidas.

Viven en piezas compartidas, las "solterías", que están en la casa de Simón Bender, en la esquina de las calles Salta y General Vedia, o en la de Moische der Teiber, en la calle Libertad 501. Comen de lunes a viernes, al mediodía, en el Bar Japonés, en la calle General Obligado 145, donde en la sobremesa se los encuentra jugando a las cartas o al dominó.

No es el caso de Isaac, ayudante del sastre Alfredo Guerrero, que logró que le permita dormir y comer en su casa. El dirigente socialista le reprocha siempre su costumbre de jugar al póquer los sábados por la tarde, en la pieza de atrás del Bar Japonés. Los domingos, va al hipódromo San Martín de Corrientes, donde siempre tiene una fija, que la pierde.

Esos días, los otros judíos se arreglan como pueden y el segundo y cuarto domingo de cada mes son los más esperados.

Todos van a lo de la Polaca, luego de almorzar, a eso de las dos de la tarde. La consideran una verdadera servidora social,

⁷⁰ Comida tradicional de la cocina judía.

⁷¹ Nota del Autor: vendedores ambulantes a plazos que con canastos y valijas recorren las calles de la ciudad y pueblos del interior, con productos de mercadería, telas y prendas de vestir.

ya que por una tarifa especial, les permite sobrellevar a través de sus niñas la ausencia de la novia, de la esposa lejana o los impedimentos para darse a entender en castellano.

Isaac, en uno de esos domingos, le dijo a la Polaca que los viera a "ellos". La recomendación se produjo cuando, como demostración de confianza y aprecio, ella lo hizo pasar a su "suite". Le mostró una foto de aquel hombre apuesto, con uniforme militar de oficial polaco, con mandil, collarín y guantes blancos.

XIX

Cualquiera que la ve bajar del mateo y caminar hacia aquella casa de la calle Tucumán 237^{ra} se siente atraído por la dignidad en el caminar y la sobria elegancia en el vestir. Nada de estolas ni rejos vivos. Tres golpes acompasados da en la pesada puerta, tal como se lo aconsejara Isaac. Las dos ventanas del frente están cerradas. Sólo se ven entrar y salir, algunos días a la semana, a conocidos hombres, elegantemente vestidos de negro.

No luce sus aretes colgantes. Está abrigada con un tapado de lana oscura, cuello palomita, un delicado sombrero gris, un rubor tenuemente rosado en las mejillas y sin pintura en los labios. No sabe si el frío que siente se debe a los nervios o a la temperatura otoñal.

Por una mirilla pequeña, se insinúan apenas los ojos de quien está detrás. Se escucha el movimiento de cerrojos y la puerta se abre.

—La estamos esperando, señora, pase por favor —le dice, con amabilidad, un hombre de mediana estatura, con barba entrecana, prolijamente cortada, calvicie incipiente, vestido con un traje negro, moño de lazo del mismo color, con collarín, mandil blanco enmarcado con seda roja, con dos juegos de borlitas de metal a ambos lados del centro, bordado con una escuadra y un compás superpuestos. Luce además guantes blancos, dos medallas en la solapa y una espada simbólica, labrada

⁷² Actual calle Juan Domingo Perón.



en su empuñadura una escuadra y un compás, que lleva ceremoniosamente en la mano derecha.

—Tome asiento —le indica y le señala un sillón estilo Luis XV.

—Soy Alejandro Mautiño, el Guarda Templo Externo de esta logia. En unos momentos la va a recibir el Venerable Maestro, cuando hagamos un cuarto intermedio en nuestra tenida —. Y sin esperar respuesta, se pierde por un largo corredor oscuro. Se escuchan tres golpes claros que son contestados por dos golpes seguidos. Siente el abrir y cerrar de una puerta.

La Polaca mira los cuadros que cuelgan de las altas paredes. En el medio, enfrente de ella, un gran pergamino enmarcado con hojas repujadas con oro está encabezado con grandes letras escritas en forma de media luna que forman la sigla A.L.G.D.G.A.D.U⁷³.

Abajo una frase dice: "La Augusta y Respectable Logia Constante Unión N° 23, del Oriente⁷⁴ de Corrientes, a la Respectable Logia General San Martín N° 328 del Oriente de Resistencia, en conmemoración del levantamiento de sus columnas el 1° de Mayo del año 1923". En el medio, una gran escuadra y un compás entrelazados.

Luego, a renglón seguido, se lee:

"Maestro Instalador: R.H.⁷⁵ Guillermo Rojas, Grado 33°;

Venerable Maestro Instalador: R.H. Albino Arbo, Grado 9°;

⁷³ Abreviaturas simbólicas masónicas que significan "A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo".

⁷⁴ Se utiliza esta denominación para señalar el lugar geográfico donde está radicada una logia masónica.

⁷⁵ R.H.: Siglus que significan "Respetable Hermano".

1er. Vigilante Instalador: R.H. Fernando López, Grado 3°.

Luces Instaladas: Venerable Maestro: R.H. Tirso Capuz, Grado 15°; 1er. Vigilante Pedro Piñol, Grado 3°; 2° Vigilante Santiago Zuanich, Grado 3; Orador Juan Zuanich, Grado 3; Secretario Enrique Miró Graco, Grado 3°; Guarda Templo Interno Bruno del Mónico, Grado 2°; Experto Mario Gabardini, Grado 3°; Maestro de Ceremonias Enrique Lynch Arribáizaga, Grado 3°;

Hermanos del Cuadro: Aprendices, Grados 1°: Ramón Fernández Ruiz, Nicolás Sofrosky, Salomón Okay, Sebastián Ferrero, Lucio R. Ramírez, Julio C. Perrando, Torcuato O. With, Emilio Camors, Juan B. Sanchís y Gustavo Lagerheim".

En el marco inferior una pequeña placa de bronce tiene grabada la frase: "Donación de Don Juan Moro".

Una sonrisa se insinúa en la Polaca al reconocer en esa lista a algunos de sus mejores clientes. Una serie de cuadros están colgados alrededor del que contiene el pergamino con las figuras del general José Francisco de San Martín, del general Manuel Belgrano, de Domingo Faustino Sarmiento con las joyas que lo distinguen como Gran Maestro de la Gran Logia Argentina, el almirante Brown y George Washington, estos dos últimos con los oropeles de collarín y mandil.

El de José Hernández, con su gran larga barba negra, dice debajo de su retrato:

"Los hermanos sean unidos
porque ésa es la ley primera,
porque si se pelean entre ellos
los devoran los de afuera...".

Seguidamente su firma con arabescos, tres puntitos y una aclaración:

“Puesta en formal Tenida en la Augusta y Respetable Logia Constante Unión N° 23 del Oriente de Corrientes. 1866”.

Frente a ella, sobre una mesita, están ordenadas las revistas *La Luz del Norte*⁶⁶, los periódicos *La Verdad*, *La Voz del Chaco* y el *Heraldo del Norte*.

Se sobresalta al sentir el ruido de una puerta que se abre y se cierra fuertemente desde el fondo del pasillo, que da a sus espaldas. Escucha pasos firmes que se acercan. Delante de ella, llega, con rostro enjuto, un hombre alto, delgado, vestido con un traje negro impecable, camisa de cuello almidonado y moño.

—Soy Tirso Capuz, señora, Venerable Maestro de esta logia.

Le resulta cara conocida. En un segundo recorre en su memoria la lista de clientes. No, no es un cliente: es el librero de la ciudad. El representante de la colección *El Tesoro de la Juventud*.⁶⁷

—Gracias por recibirme, no lo hubiera molestado si no tuviera una razón muy importante. No es para mí sino...

—Usted, seguramente, tiene algo que mostrarme, previamente —la interrumpe Tirso Capuz.

—Oh, sí, disculpe, es que estoy tan nerviosa. Abre su cartera y extrae un pequeño saco de terciopelo azul, cerrado con un cordón. Lo desata y saca de su interior un guante de seda negro

⁶⁶ Revista de la época, de la masonería del nordeste argentino, impresa en el taller gráfico de don Juan Moro.

⁶⁷ Nota del Autor: era una colección de libros, con temas ordenados como una enciclopedia, destinado a una amena lectura por parte de niños y adolescentes. Tuvo destacada difusión en las primeras décadas del siglo XX.

con una escuadra y compás, entrelazados, bordados en hilos de oro en la palma.

—¿Quién se lo dio señora? —pregunta Tirso Capuz, mientras lo examina.

—Mi esposo, antes de ir a luchar a la Gran Guerra. Me dijo que si necesitaba alguna vez una ayuda extraordinaria me presente ante ustedes, en cualquier lugar del mundo y muestre este guante.

—Hizo bien en venir a nosotros, señora. ¿Dónde está su esposo?

—Murió en la batalla de Somme⁶⁸. Era teniente de la Brigada Polaca. Fue condecorado antes de su muerte por su valor en combate y luego ascendido a capitán post mortem.

Por primera vez se le nublan los ojos transparentes a la Polaca.

—Me dijo que les dijera que él era “un hijo de la viuda”.

—Este guante es un signo universal que los masones damos a nuestras esposas, novias o mujeres que están en nuestro corazón. Al presentarlo en una logia están identificándose para realizar un pedido de auxilio y solidaridad.

—Él no me hablaba mucho de su logia en Varsovia, ni de qué hacían, pero antes de despedirse, en el andén de la estación ferroviaria me lo dio.

—¿Y cómo llegó usted a la Argentina?

⁶⁸ Nota del Autor: la batalla del Somme de 1916 fue una de las más largas y sangrientas de la Primera Guerra Mundial. Las fuerzas británicas y francesas intentaron romper las líneas alemanas a lo largo de un frente de 40 Km., al norte y al sur del río Somme, en el norte de Francia. El principal propósito de la batalla era distraer a las tropas germanas de la batalla de Verdún; sin embargo, las bajas de la batalla del Somme terminaron siendo superiores a las de esta última.

—En la Europa de la guerra no había alimentos ni medicamentos; sólo racionamiento, hambre y muerte. La situación era muy crítica. Mis padres habían fallecido de pena, dos años antes, porque mi único hermano también fue muerto en batalla. Pensé en emigrar a América, con mi hija Sofía, en busca de nuevos horizontes y la Argentina lo era. Muchos de mis compatriotas estaban progresando en Buenos Aires. Había mucha comida, y lo principal: no había guerra.

—Y se embarcó para Buenos Aires...

—En ese tiempo comencé a recibir cartas de un polaco, llamado Moshe Barsesanky, que tenía conocimiento de mi viudez, por parte de una prima segunda que estaba en Argentina. Intercambiamos cartas, me envió su foto y yo lo hice con la mía. Se lo veía muy apuesto. A los seis meses, luego de varios intercambios epistolares, me ofreció casamiento y hacerse cargo de los gastos del pasaje en barco, para mí y mi hija. Se imagina, era un sueño. Además sus cartas eran muy dulces y cariñosas.

—¿Me permite que le sirva un té? —la interrumpe amablemente Tirso Capuz.

La Polaca asiente. El librero sale y unos minutos después regresa con una bandeja de plata, sobre la que se encuentran apoyadas una tetera, dos tazas de porcelana, con pequeñas cucharitas de plata, una azucarera con terrones de azúcar y la pinza para servirlos.

—¿Cuántos? —le pregunta Tirso Capuz, señalándole la azucarera.

—Dos, por favor. —Y continúa su relato—. El 3 de octubre del 18 recibí un giro por ochenta mil marcos polacos de Moshe. A la semana, tomamos un tren desde Varsovia hasta Puerto de

Palos en España. Embarcamos en la segunda clase del trasatlántico Infanta Isabel de Borbón⁷⁹, con bandera neutral. Nos trajo a Buenos Aires, previas escalas en Bahía de Todos los Santos, Río de Janeiro y Montevideo. Cuando llegamos, la ciudad —era muy temprano por la mañana— comenzaba a despertarse. Me pareció hermosa. El puerto tenía un movimiento increíble, mayor que el español. Desde la cubierta distinguí a Moshe, vestido con un traje azul con finas rayas grises, botines cubiertos con polainas blancas, sombrero bombín, una perla en el alfiler de su corbata negra de seda ancha, peinado para atrás a la gomina. Impecable. Al verme respondió a mis saludos agitando su sombrero. Estábamos tan contentas.

Interrumpe un momento su relato para terminar su té.

—Hicimos los trámites de emigración, que duraron varias horas, porque no sólo nos revisaron los papeles, sino nuestro estado de salud. Él nos esperó, todo ese tiempo. Cuando nos encontramos me abrazó delicadamente, y le dio un beso en la frente a mi Sofía. Se encargó por medio de un changarín de recoger y subir nuestros dos baúles a su inmenso automóvil, con cubiertas de aros blancos. Me senté a su lado y Sofía en el amplio asiento de atrás. Comenzamos a transitar por avenidas anchas, arboladas, con mucha gente elegantemente vestida. Qué distinta es una ciudad que no sufre la guerra. En el camino me

⁷⁹ Nota del Autor: Botado en 1913 por los astilleros Denny, en Dumbarton (Escocia), para la compañía Trasatlántica Española. Diseñado según las normas de emigración, el Infanta Isabel de Borbón fue uno de los mejores buques de pasaje de la época. Cubrió la línea de España a Montevideo y Buenos Aires. Junto con su gemelo, la Reina Victoria Eugenia, transportaba 1500 pasajeros y 300 tripulantes. En 1934, se rebautizó como Uruguay y fue, más tarde, desguazado en Valencia.

pidió mi pasaporte y el de Sofía para hacer los trámites de las cédulas de identidad argentina y así poder casarnos. Me dijo que por unos días íbamos a estar en un pensionado, porque quería respetar que recién viviéramos juntos, luego de la ceremonia civil y religiosa en la sinagoga de Villa Crespo³⁰, el mismo barrio de la pensión donde íbamos a vivir por unos días.

—Otra taza de té, señora —le ofrece Tirso Capuz.

—Sí, por favor. El pensionado tenía muchas piezas, con galería alrededor de un patio, con dos árboles añosos y frondosos y con piso de mosaicos en damero. No se veía gente. Pensé que estaban durmiendo o ya habían salido a trabajar. Una mujer regordeta —a quien después supe que llamaban “la Clelia” — vestida con una bata, con ruleros, calzada con unas chancletas descosidas, con un cigarrillo en la boca, nos recibió. Seguidamente nos llevó a una habitación donde había una cama grande, con espaldar de bronce, con un ropero, una mesita de luz, un sillón de mimbre, una pequeña palangana y una toalla chica desgastada. Moshe me repitió que era sólo por unos días; así que traté de disimular alguna incomodidad y ciertos interrogantes que el ambiente me producía. Al rato de dejarnos regresó con unos platos de carne y papas cocidas, que hace años que no comíamos, pan galleta caliente y una botella de vino. Se disculpó por no poder compartir el almuerzo con nosotras porque ya quería empezar los trámites de nuestra documentación y solicitar al rabino que empiece a redactar el Ksive³¹.

³⁰ Nota del Autor: barrio de la ciudad de Buenos Aires, donde desde principio del siglo XX se radicaron inmigrantes judíos, mayoritariamente de nacionalidad rusa, rumana y polaca.

³¹ Nota del Autor: contrato matrimonial, en hebreo.

Suspira profundamente, y prosigue.

—A media tarde, empecé a darme cuenta adónde me había llevado Moshe Barsesanky. El patio se empezó a llenar de hombres solos y desde las piezas, que estaban alrededor de la galería, se abrían y cerraban las puertas por donde las mujeres, vestidas con el mismo tipo de bata que usaba “la Clelia”, los hacían pasar.

—Pero, ¿adónde las había llevado?

—Sí, como se imagina: a un burdel. Había caído en las garras de la “Sociedad de Socorros Mutuos Varsovia”³². Al anochecer, vino la regordeta con un hombre tosco, grandote, de modales amenazantes al que le decían “El Ruso”. Me exigió la devolución de lo que habían “invertido” en mi viaje, más intereses. Los ochenta mil marcos polacos se habían convertido en

³² Nota del Autor: organización mafiosa que, bajo la apariencia de una sociedad de socorros mutuos y beneficencia, encubría la mayor organización de proxenetas judíos de la República Argentina. El “modus operandi” era siempre el mismo. Atraían mujeres jóvenes de la Europa en guerra, con promesas de matrimonio. Cuando llegaban a puerto, los supuestos pretendientes las vendían a un prostíbulo, llevándolas con ardides y engaños. Luego eran obligadas a prostituirse, por las buenas o por las malas. No importaba que protestaran, porque estaban en un estado de indefensión absoluta, sin dinero, sin conocer el idioma, sin documentos y sin poder ir a realizar una denuncia. Las que se animaban a escapar, generalmente, eran atrapadas al poco tiempo, por la misma policía, castigadas hasta casi matarlas y mandadas a los prostíbulos del sur o del noroeste del país, de donde nunca más volvían. La “Sociedad” tenía una gran sede en la avenida Córdoba N° 3280, con sinagoga propia y en Ayellaneda³³, el cementerio para sus socios. Salvo excepciones, no enterraban allí a sus “trabajadoras”. La razón de tener templo propio y cementerio no respondía a un lujo de la organización, sino a una necesidad, porque sus integrantes eran repudiados por la shete y las demás organizaciones judías. Éstas les prohibían el ingreso a las sinagogas, y se negaban a enterrarlos en el cementerio judío de La Tablada.

ciento cincuenta mil, advirtiéndome que la vida de Sofia era la garantía de mi cumplimiento. Todo el dinero que traía eran tres mil marcos polacos y estaba sin los pasaportes. Tenían protección policial. Eran clientes preferenciales del lugar. Se los veía llegar con el uniforme y tenían prioridad en los turnos. Tampoco pagaban. Era atención de la casa. "El Ruso" me emplazó por una semana para pagar; caso contrario debía prostituirme, hasta que cancelara la deuda y de no querer hacerlo me iban a vender a la Ashkenasum⁶⁷.

—Pero si usted es judía ¿por qué usa esa cruz en el cuello?

—Porque me salvó la vida. En enero del 19 comenzó la huelga en los talleres metalúrgicos Vasena. La represión fue tan sangrienta que después la llamaron la "Semana Trágica". Lo que muchos no saben es que la policía, con los fascistas de la Liga Patriótica, *nenes fines*⁶⁸, muchos de ellos mis clientes, aprovechó para realizar un *progrom*⁶⁹ en Villa Crespo, en pleno barrio judío. Incendiaron y saquearon casas y negocios. Tiraban desde las ventanas de los pisos altos de los inquilinatos los pocos muebles que había, libros, símbolos religiosos, ropa. Hasta ancianos arrojaron de los pisos altos al adoquinado. Quemaban todo en grandes fogatas. Entraron con palos y cachiporras al periódico de la comunidad, rompieron las máquinas y le pren-

⁶⁷ Nota del Autor: sociedad de proxenetas judíos rumanos y rusos que se destacaban por ser más brutales en la explotación de mujeres que "la Varsovia".

⁶⁸ En argot *luntardo* significa fino, delicado.

⁶⁹ Nota del Autor: ataques, violaciones y robos que sufrían las poblaciones judías por parte de tropas cosacas en Ucrania, con la anuencia del zar. El término se utilizó para granir matanza de judíos en cualquier lugar del mundo.

dieron fuego al lugar, con el director y dos periodistas adentro, quienes se quemaron vivos.

—¡Pero semejante barbarie nunca salió en los diarios, sólo se hablaba de anarquistas y maximalistas!

—Porque no importaba, porque los muertos eran judíos. El saldo de tanta barbarie fueron 186 mujeres y hombres asesinados. Incluso, entró una gavilla a "la Casa" y comenzaron a violar a todas mis compañeras. Como eran "putas", no podían denunciar. Con mi hija pude escapar a tiempo, por el patio de atrás: saltamos el alambrado y salimos a la calle. Era un caos. Si no te atropellaban los autos de "la Liga", te pisaban los caballos de la montada. Corrimos sin parar, hasta la sinagoga, creyendo que iban a respetar un lugar sagrado. El rabí me abrió la puerta en el preciso momento en que llegaban dos autos con *muechabotes*, con sombreros "ranchos" y brazaletes negros. Eran los de la Liga Patriótica. El rabí me hizo salir por detrás y me dio esta cruz para que me la colgara del cuello. No me voy a olvidar lo que me dijo: "Dios es único. Este símbolo santo te va a proteger porque sólo están matando judíos".

Sali en el momento en que derribaban la puerta de la sinagoga y pude ver cómo al pobre rabí lo arrastraban por el suelo, tirándolo de su larga barba blanca. Lo mataron a golpes, abrazado a la Torá, que intentaba proteger. Desde ese día, nunca más me desprendí de esta cruz.

—Discúlpeme que la haya desviado de su relato.

—No, por favor, gracias por seguir escuchándome. Con el tiempo, "la Clelia", me autorizó a salir el día de franco, que tenía cada dos semanas, pero siempre sola. Sofia tenía que quedarse como garantía, para que volviera. Así pude trabar amis-

tad con los esposos David y Sarita Ferber, quienes vivían cerca y hasta me invitaron al Baarmitzvá de su hijo Dan.

Nota la cara de interrogante de Tirso Capuz y le aclara:

—Es como la primera comunión, para los judíos. Por supuesto, nunca podía reunir la suma que decían que debía. Se había multiplicado por tres, según ellos, y tenía que seguir hasta que fuera tan vieja que no les sirviera más. Un domingo que era franeo porque jugaba Atlanta, el equipo de football del barrio, y no iba a haber clientes, salí. Al regresar con el tranvía de la línea 96, después de haber tomado té del samovar de los Ferber, no encontré a Sofía. Nadie quería decirme dónde estaba. Mi desesperación me llevó a un ataque de locura. Se imaginaba: Sofía en ese momento tenía trece años.

—Pero, ¿qué había pasado?

—Pedro Jovanvich, uno de los cafiskos del prostíbulo, la había vendido en mi ausencia, junto con mi amiga Laura, “la uruguayaya” y las había embarcado hacia el sur en uno de los buques de “La Anónima”⁸⁶. Todavía escucho en mis sueños las últimas palabras que me dijo “Mámele, no tardes, que ya te extraño”.

Visiblemente emocionada, la Polaca hace una pausa para tratar de contener sus lágrimas.

—Fueron tan malditos que no le permitieron a Laura que se llevara a su hijita Juliana. Recién había cumplido cuatro años, y por los golpes que su padre le había dado cuando estaba en la

⁸⁶ Nota del Autor: esta compañía tenía grandes almacenes de ramos generales en la Patagonia argentina y una línea de vapores que cubrían todos los puertos del sur. Actualmente está en operaciones.

panza de su mamá, tenía dificultad al caminar y sus piernitas eran muy flaquitas. “La Clelia” no tuvo compasión al verme tan desesperada. Se me rió. Dijo, despectiva, que no era para tanto el escándalo que hacía. Que no me preocupara porque Sofía iba a ser “una puta bien paga, por lo linda que era”. Fue lo último que dijo. Enceguecida por el odio y la impotencia agarré la pala que estaba en uno de los canteros del jardín. Me abalancé, ciegame, sobre ella. Al primer golpe, le partí la cabeza y cayó, pesadamente, al suelo. Le salía sangre de la nariz y la boca. Seguí pegándole, hasta más no poder. Luego, no recuerdo nada más.

—¿Y qué fue de la vida de esa mujer?

—“La Clelia” quedó como un vegetal. Idiota. El párpado de su ojo izquierdo se le cayó. Nunca más habló, ni pudo caminar. La ponían todas las tardes al sol en un sillón de mimbre, hasta que se hacía encima y su olor era peor que el que traía el viento de la curtiembre de la Fábrica Nacional de Calzado. Entre pase y pase, me acercaba y la escupía. Creo que en su estado no se daba cuenta. Los de la Sociedad se enteraron, pero no me hicieron nada, incluso sé que reprendieron a Pedro Jovanvich.

—Yo la vi varias veces en la retreta de la Banda Municipal, en la plaza 25 de Mayo, de manos de una hermosa niña. Creía que era su hija.

—Es Juliana. A partir del momento del secuestro de su mamá pasó a ser mi hija de corazón. En reemplazo de “la Clelia” vino “la Karina Kelman”, de una ciudad del norte, cuyo nombre no recuerdo. Un ser despreciable. Trajo la fama de hacer extras vendiendo los bebés que tenían las chicas que trabajaban para la “Sociedad”. Hacía pases, a menos de la tarifa esta-

blecida, para lo peor del Conventillo Nacional o para los changarines del Mercado del Abasto. Fue protegida y amante de un juez, un tal Arévalo, un sirviente del poder de turno. La mujer de éste los encontró en "la Sala de su Público Despacho". Por eso tuvo que escaparse para Buenos Aires. El segundo día después de su llegada la vi hablando con Juliana. Le advertí que no se le acercara más, si no quería terminar el resto de su vida en un sillón de mimbre. Se asustó, porque desde ese momento hacía los pases que yo quería, con quien yo quería. No usaba más bata, sino vestido. En el tiempo libre, comencé a hacerle a Juliana ejercicios de recuperación que había aprendido cuando fui enfermera de los heridos de guerra en el Hospital Militar de Varsovia.

—¿Y no pudo localizar adónde la habían llevado a Sofía?

—Pregunté a todos los que podía, inclusive al juez Carmelo Flores Levit, que protegía y curaba de la "Sociedad" apoyado en sus relaciones con la policía. Me entretuvo un tiempo con la promesa de tenerme noticias, entre pase y pase, gratis, a cuenta de sus "honorarios". Había un comisario que tenía fama de incorruptible, que era temido por los cashos. Me recibió un día, me escuchó con mucho respeto, me dijo si quería hacer la denuncia por escrito, pero me aclaró que no tenía posibilidad de buscar a mi hija en el sur. Que además no era seguro que la hubieran llevado allí; que podía estar en el noroeste o hasta en Chile.

—Me imagino su angustia y desesperación, pero ¿cómo llegó al Chaco?

—Por otro hecho trágico.

—Papst, der Doktor Fernando Centeno ist der Gouverneur, wer du gekommen ist, zum Hören.⁹⁷

—Sie müssen die Umkehrungen schützen und nicht erlauben, dass die roten unsere Frauen verletzen und mit unseren Feldern bleiben.⁹⁸ —lo expresa con firmeza, el anciano austriaco Von Shuber, uno de los primeros pobladores de Quitilipi, venido del pueblo de Avellaneda, en el norte de Santa Fe, que permanecía postrado en una silla de ruedas, con su fuerte carácter intacto.

—Ich bin von meinem Vaterland durch die Kommunisten weggegangen und warte, dass ich vom Argentinien durch die Inder nicht weggehen soll.⁹⁹

⁹⁷ Traducción: "Papá, el doctor Fernando Centeno es el gobernador que te ha venido a escuchar".

⁹⁸ Traducción: "Usted debe proteger las inversiones y no permitir que los rojos violen a nuestras mujeres y se queden con nuestros campos".

⁹⁹ Traducción: "Me he ido de mi patria por los comunistas y espero no me tenga que ir de la Argentina por los indios".

El Mudo había nacido en los pagos de Santos Lugares, en la provincia de Buenos Aires, en 1890. En el año 10, en pleno festejo del Centenario, escapando de un marido celoso, con veinte años, llegó a Buenos Aires. Vivió un tiempo en el Conventillo Nacional, donde conoció a muchos inmigrantes italianos que eran prácticos en el manejo de la fragua y la herrería.

Demostraba siempre interés por aprender, lo que hizo que llamara la atención de uno de los jefes de turno en los talleres Vasena, ubicado en el cruce de las calles Urquiza y Cochabamba.

Antes de que terminara aquel año ya trabajaba en el sector fundición. El contacto con los inmigrantes judíos, polacos e italianos hizo que hablara algo y comprendiera más, tanto el dialecto idish como el italiano. Esto le facilitó que primero fuera delegado de sección, y luego formara parte de la comisión obrera interna de la fábrica, interiorizándose de las ideas maximalistas y anarquistas que trajeron los inmigrantes obreros.

Cuando se desencadena en enero del año '19, la primera gran huelga nacional, los trabajadores sufren una represión sangrienta, policial y parapolicial, esta última al mando de "un salido" de las filas del radicalismo: Manuel Carlés. El número de muertos nunca se supo bien, pero se calcula que pasó los dos mil. En el cementerio de la Chacarita dejaron de abrir tumbas individuales para habilitar grandes fosas comunes, porque no les alcanzaban las sepulturas.

Al Mudo, que en esa época no era conocido por ese apodo, "le hicieron la ficha" al segundo día del paro, porque arengaba a sus compañeros, en castellano, subido al techo de un Ford T, lo que molestaba más aún a las autoridades. Pero no le podían aplicar, como estaban haciendo con los demás dirigentes, la Ley de Residencia⁹⁹, porque era argentino.

Dos días después, se descuidó. Cuando ya la oscuridad había ganado la zona de las manifestaciones, iba caminando solo, hacia el conventillo, y confiado como estaba, no advirtió que los parapoliciales de la Liga Patriótica, lo estaban siguiendo. Cuando se dio cuenta, fue tarde. Lo agarraron entre cuatro y lo subieron a una batturé. Le empezaron a pegar con cachiporras, mientras lo insultaban acusándolo de traidor a la patria, de agente al servicio de los rojos, de anarquista, de maximalista, de judío y de chileno. Fue tal la violencia que emplearon, que a algunos hasta se les cayeron sus ranchos¹⁰⁰ a la calle. A los golpes de puño se sumaron las patadas de los botines en el vientre y los testículos, que al multiplicarse, hicieron que el dolor no fuese como al principio. Sólo sentía que le manaba sangre de diversas partes de la cara y el cuerpo.

Había perdido el conocimiento cuando le abrieron la boca y le metieron una tenaza que le aprisionó la lengua. Lanzó un alarido de dolor. Entonces el cajetilla, con las manos

⁹⁹ Nota del Autor: dictada por el Congreso Nacional Argentino en el año 1902. Autorizaba al Poder Ejecutivo Nacional a expulsar, sin más trámite, a cualquier extranjero acusado de perturbar el orden público. El poder político de turno la utilizó con fines represivos.

¹⁰⁰ Nota del Autor: sombreros de paja trenzada, de ala redonda, considerados complemento indispensable del vestio elegante de la época.

ensangrentadas, le mostró primero a él y luego a los que lo acompañaban, como un trofeo, ese pedazo de carne sanguinolenta que le había arrancado de la boca.

—¡Habla ahora, rojo de mierda!

—Volvamos para Villa Crespo, para tirarlo con los judíos —dijo otro.

Uno de ellos, el más alto y mejor vestido, empezó a descomponerse por la sangre que empezaba a cubrir todo el piso del vehículo.

—Che, George, pegale un tiro y terminalo de una buena vez.

—No, hay que tirarlo así para que se muera ahogado en su propia sangre y en las mierdas que hablaba —.Lo levanta con sus brazos de remeros del Club de Regatas del Tigre y lo tira al adoquinado.

Cuatrocientos metros separan el local de la Federación de la comisaría. Van al frente García Pulido, Germán Figueredo, María Antonia Ledesma y Claudia Lopina. Detrás, los siguen más de cuarenta.

A cien metros, el agente de consigna de la comisaría ve al grupo armado que se acerca por la calle polvorienta.

—¡Alerta, que vienen los rojos!, ¡alerta!, ¡que nos invaden los rojos! —grita, y entra desesperado cerrando los dos postigos de la puerta principal de madera.

Cincuenta metros antes de llegar, García Pulido se detiene tomándolo del brazo a Germán Figueredo. Detrás de él todos hacen lo mismo. El silencio gana la calle, sólo se escucha lejano el ronroneo de la usina eléctrica del ingenio.

—Estos bárbaros nos van a empezar a tirar en cualquier momento, así que espérenme aquí, y si en media hora no salgo, métanle balas.

—No, compañero, que no quiero devolverlo mañana a Buenos Aires en un cajón —se interpone María Antonia Ledesma.

—Quedate tranquila, María, que ellos están más asustados que nosotros —dice García Pulido, mientras comienza a caminar con paso firme hacia la puerta. Sube los cuatro escalones de quebracho que conectan la vereda con la galería del frente de la comisaría. Mira hacia ambos lados y al no ver a nadie, golpea fuerte tres veces para darse coraje y para que le parez de temblar las piernas.

—¿Quién llama? —se escucha desde adentro.

—El delegado de la Federación Obrera Regional Argentina, José García Pulido. Tengo una audiencia con el comisario Segundo Arroyo.

García Pulido escucha varias voces confusas y luego alcanza a distinguir, a su derecha, que están abriendo la claraboya de la ventana. Finalmente, la puerta se abre.

—¡Entre! —se escucha.

Mira para atrás, a sus compañeros que lo aguardan expectantes, con sus manos asidas a los Winchester, revólveres y los más, aferrados a machetes y palos. "Si esto no se arregla, aquí habrá una matanza y de ésta no salgo vivo", piensa, mientras la puerta se cierra a sus espaldas.

Adentro, lo rodean tres policías que lo apuntan con igual número de fusiles Máuser. La recepción, con piso de ladrillo, está a oscuras.

—Tiene que entregar cualquier arma blanca o de fuego que traiga.

—Estoy desarmado.

—No importa lo que diga, dése vuelta, apoye las manos en la pared, que lo voy a revisar.

—¡A mí no me va a revisar nadie! Soy hombre de palabra. ¡Si le digo que estoy desarmado...estoy desarmado!

El cabo duda. No esperaba esa réplica.

—Sígame, que lo va a recibir el comisario.

Lo llevan hasta el escritorio del comisario, amueblado sólo con una mesa grande de algarroho, una silla con apoyabrazos detrás y un ropero de madera labrada, que hace de archivo. Un

foco de luz eléctrica mortecina apenas ilumina el espacio. Todas las ventanas están cerradas.

El comisario, sentado, simula escribir cuando García Pulido entra y se queda parado frente a él.

—¿Qué ha venido a hacer por aquí? —lo interroga, sin levantar la vista.

—Usted sabe qué he venido hacer. Dígame qué quiere informarme, qué instrucciones tiene del administrador de la compañía y terminemos de una buena vez con esta farsa.

El desplante sorprende a Segundo Arroyo. Lo hace levantarse enérgicamente, para no quedar pagando delante de sus subordinados.

—Mire, yo sólo recibo órdenes de mis superiores y no de un administrador. ¡No sea insolente con la autoridad! Todos ustedes son muy atrevidos. Sólo se dedican a meterle ideas raras a la pobre gente contra los que les dan de comer. Por su bien, lo voy a dejar en el calabozo para asegurarme de que se vaya en el próximo vapor.

García Pulido siente seca la boca. Los dos se miran fijamente en silencio, sin bajar la vista. El comisario desnuda sorpresa en su cara. No esperaba esa reacción del recién llegado. Viendo que duda, García Pulido aprovecha y con voz que transmite autoridad lo amenaza:

—Si dentro de cinco minutos no salgo de aquí, van a telegrafiar al Ministro del Interior. Se va hacer presente el cura de la vice parroquia. Los compañeros que están afuera y otros que tomaron posiciones detrás de la comisaría atacarán para rescatarme. No me hago responsable de las bajas que sufran los diez hombres a su mando. Creo que usted no quiere tener



en su legajo el antecedente de ser responsable de otro alzamiento en Las Palmas.

El comisario duda. Teme la amenaza.

—Puede irse, pero la prohibición de realizar asambleas y conferencias sigue firme, y la próxima vez que lo llame, salvo orden en contrario, es para usted, solamente, y no para que venga con todos esos forajidos que lo acompañan.

García Pulido se da media vuelta y camina a paso firme hacia la puerta de salida. Al bajar los escalones de la galería siente que le siguen temblando las piernas.

Dr. DIEGO JESUS VIGAY
ABOGADO
S.T.J. Ctas. M.P. 1-1794
C.S.J.N. M.P. T°113°-1800

XXIII

—Dionisio, como el Pixonaq del Aguará, sos el responsable de la vida de tu pueblo. Tenés que hablar con Maidana y Machado, porque no vas a poder protegerlos de los vientos de la muerte.

—Natochi, aquí en la tierra y ahora debemos tener la naqataxanaxa⁹². Creo en la dloqui⁹³ y no en la naneltaxan⁹⁴. Desde que apareció el lapagaxaic⁹⁵ estamos huyendo, sufriendo y nos están exterminando —le contesta en su sueño.

—Utilizarán palos de fuego y un ave de dos alas para matarnos. Tenés que aconsejarles que se retiren a los montes, que dejen la toldería, que se dispersen, porque si los persiguen sólo algunos irán con los nnatac, pero otros podrán, con el tiempo, organizar otra huelga y continuar la lucha.

—¿Y adónde vamos a ir, Natochi?

—Hacia el oeste, donde el cielo y la tierra se encuentran.

—Si nos matan, nadie les cosechará el hualoq⁹⁶, ni le hacharán el quebracho para sus fábricas. Nos quieren vivos, antes que muertos.

—Lo que le importa al blanco es ileuaqchit,⁹⁷ nuestra cultura y nuestras creencias. No te olvides de que son ellos los que escriben la historia.

⁹² Traducción: "Justicia", en lengua Toba Qom.

⁹³ Traducción: "Lucha", en lengua Toba Qom.

⁹⁴ Traducción: "Huida", en lengua Toba Qom.

⁹⁵ Traducción: "Personas de raza blanca", en lengua Toba Qom.

⁹⁶ Traducción: "Algodón", en lengua Toba Qom.

⁹⁷ Traducción: "Matar", en lengua Toba Qom.

En ese momento, Pedro Maidana lo despierta.

—¿Con quién estabas hablando en tus sueños?

—Con mi Oiquiaxaicab

—¿Y qué te decía?

—Que haga mi magia para que las balas de los milicos no entren en nuestro cuerpo.

—Dionisio, no se debe suspender la ceremonia entre mi hijo José y Renohi, la hija de Machado. Es la forma de unir a nuestros pueblos hermanos para terminar con las disputas que nos separaron durante tanto tiempo.

—Las ancianas me dijeron que Renohi terminó su primera luna, dejó de comer carne y los frutos picados por pajaritos²⁸.

²⁸ Nota del Autor: costumbre indígena de preparación de la mujer antes de ser concebida.

—¡Brigithe es la chica del gobernador! —lo reprende la Polaca.

—¡El gobernador no está aquí, y vas a cerrar esa puta boca; así que dámela a la francesita!

Le toma fuertemente la mano a Brigithe y comienza a llevársela hacia la suite de la Polaca.

—¡Ahí no, Sáenz Loza! Andate a las piezas de arriba.

Sáenz Loza se detiene con intención de volver sobre sus pasos. Brigithe le acaricia la cara y de la mano se lo lleva por la alta escalera a las habitaciones. Llegan al pasillo y lo hace entrar en la tercera, que es la única desocupada.

Deja el sable recostado sobre el sillón de mimbre, al lado de la palangana con agua. Un gastado pan de jabón manchado está colocado arriba de la pequeña toalla, que cuelga sobre uno de los posa brazos. Lo ayuda a sacarse el correa, las botas y le empieza a desprender el uniforme, botón dorado por botón dorado, de una manera que lo comienza a excitar.

Le pasa la mano por detrás, debajo de la bata, hasta llegar a sus duras y suaves nalgas. Desprende el cintillo de la bata, que deja ver sus pechos de pezones rosados y el bello púbico.

Delicada, lo recuesta, le saca los tiradores, el pantalón y comienza a acariciarlo, suavemente, mientras recorre con su boca, todo el cuerpo hasta llegar a su sexo. Pasan los minutos y Sáenz Loza comienza a ponerse nervioso. No tiene erección.

Se para al costado de la cama, toma bruscamente a Brigithe de los hombros, la empuja hacia abajo hasta ponerla de rodi-

llas y con fuerza la toma de los cabellos, los recoge en su puño y la atrae hacia su sexo.

Pero la erección no llega.

Brigithe se separa de la entrepierna del comisario para tomar aliento. Se ríe y burlonamente le dice:

—¡Mucho macho, pero poca pija!

Sáenz Loza se enrojece por la ira.

—¡Putá de mierda!

La levanta por el cuello con su mano izquierda. Cuando la tiene con los pies en el aire le pega un puñetazo en la boca, con todas sus fuerzas. El golpe le parte los labios. Al caer, la nuca de Brigithe golpea fuertemente contra el borde de la cama, y se queda inmóvil, con la cabeza apoyada en el larguero de hierro. Una fina línea de sangre sale de sus labios partidos, recorre su mentón y comienza a bajar hacia la línea que divide sus pechos. Sus ojos están abiertos, congelados, sorprendidos por la muerte que la lleva.

Abajo se siente el insulto y el fuerte golpe. El Mudo apaga la vitrola. Instintivamente, saca su facón y sigue a la Polaca, quien, de un salto, recogiendo con sus manos el vestido, comienza a subir las escaleras. Se da vuelta y con un ademán le dice al Mudo que la espere. Abre y cierra las puertas de las piezas hasta que llega a la tercera.

Ve a Sáenz Loza, con los tiradores puestos, abrochándose tranquilamente los botones dorados de su chaqueta. A su lado yace el cuerpo sin vida de Brigithe.

—¡Main got!⁹⁹ —sólo atina a decir.

⁹⁹ Traducción: "Mi dios", en idioma alemán.

Se arrodilla, acerca su oído al pecho y no escucha latido alguno. Se levanta abalanzándose, con ambos puños, contra el comisario que muerde el labio superior izquierdo, como única señal de nerviosismo.

—iSyn od włóczył się!¹⁰⁰

La detiene tomándola por el cuello.

—El doctor Centeno se va a enterar. Kain maque zol dir nit oimaidn!¹⁰¹

—Mirá, piruja!¹⁰², si abris la boca te vas a pudrir en la cárcel nacional de Buenos Aires.

—¡Qué! ¿me vas a mandar vos?

—Yo no, el juez de Buenos Aires que me mandó tu pedido de captura por el asesinato del judío Jovanvich.

La Polaca se queda paralizada. Lo último que quería en el mundo era que él se enterara de aquel crimen.

¹⁰⁰ Traducción: "Hijo de puta", en idioma polaco.

¹⁰¹ Traducción: "Que ninguna plaga te eluda", en dialecto Idish.

¹⁰² Nota del Autor: mujer de baja esfera, en argot lunfardo.



Che Gobernador:

Todos somos uno mismo. Usted, yo, los árboles que nos dan sombra, que nos dan frutos y maderas, los pájaros que nos cantan, las nubes del cielo, los vientos y los ríos que nos dan el agua.

Todos pertenecemos al mismo Qadta'a (padre) y al mismo comienzo de las cosas.

Queremos parlamentar, no traigan los Winchester.

Pedro Maidana

Persona Jefe¹⁰⁹

¹⁰⁹ Nota del Autor: se trata de una nota, escrita en un papel del tipo que se utiliza para envolver ulimentos. Está adosada al expediente administrativo de la Jefatura de la Policía Nacional de Territorios, año 1924 y contiene la frase textual: "Queremos parlamentar. No traigan los Winchester. Pedro Maidana".



—¡Camaradas! Mucho cuidado. Si se sienten rodeados por la Policía no duden en dejar el carretón, que la mercadería se podrá conseguir nuevamente, pero camaradas como ustedes no —les advierte García Pulido.

—Quédese tranquilo, que "soy negro pero no cabeceo bochas" —le contesta Jacinto Zampa, mientras sube al carro acompañado con Carlos Luidobro.

Les espera una semana de viaje por intrincadas picadas del monte para llegar hasta el Aguará. Son casi treinta y seis leguas. El sindicato de Las Palmas, a instancias de García Pulido y con donaciones solidarias de sus afiliados, ha logrado llenar un carretón con mercaderías: grasa, sal, azúcar, harina y carne charqucada.

Se despiden con un fuerte abrazo. Está oscuro todavía y golpea el frío de la madrugada. Salen entusiasmados agitando las riendas de los dos caballos de tiro.

La tercera noche, cerca de la Colonia de Presidencia de la Plaza, las garzas que salen volando de los pastizales y el silencio de los demás animales nocturnos los ponen en alerta. El negro Zampa se sube a un alto jacarandá, en las primeras luces del alba, y divisa a lo lejos una partida policial. Los están buscando.

—Algún buchón nos delató —dice con bronca.

—No, negro, debe ser una recorrida de rutina.

—¿Por acá? "Si te digo que la chancha es verde, es porque yo la pinto".

Deciden quedarse en el lugar, en silencio, hasta que pase el peligro. Cerca de las once de la noche, sienten ruidos de pisadas y de ramas que se quiebran.

—¡Cadaque mboy geí yuí!—¹⁰⁴ Y salen corriendo con lo puesto. A Carlos Luidobro lo agarran a la madrugada siguiente. Fiel al negro Zampa, no abre la boca, pese a que lo estaquean y lo tienen así dos días, sin comida ni agua, a la intemperie. El negro Zampa logra llegar a Resistencia, luego de una semana de escapar por el monte, muerto de hambre y con todo el cuerpo picado por los insectos. Se refugia en el local de la F.O.R.A.¹⁰⁵, a esperar hasta que lo dejen de buscar.

¹⁰⁴ Traducción: "Cuidado la víbora, dijo la rana", en lengua indígena guaraní.
¹⁰⁵ Nota del Autor: Federación Obrera Regional Argentina. Fundada en el año 1904. Predominaban en su seno ideas anarquistas. Por eso, incluso en su nombre hablan de región y no de república, porque rechazaban la vigencia de los estados nacionales.

—Aquí no ha pasado nada, decí que se te escapó, que no sabés dónde está o cualquier cosa. No me interesa. Cuando cerrés la voy mandar a buscar. ¿Entendiste? —le dice Sáenz Loza.

—Bag ona chce ktary sam wymara'y zgnia'y.¹⁰⁶

—No me hablés raro si no querés hacerle compañía a la turra.

Salte de la pieza, caminando despacio, como si nada hubiera pasado. Se muerde el labio superior derecho, baja la escalera y sale por la puerta de atrás. Monta a la Mora y tranquilamente se va en dirección al puente colgante.

El Mudo sube rápidamente y entra en la pieza. Ve a la Polaca en el suelo abrazando a Brigithe, acariciándola lentamente y con ternura sus largos cabellos negros. Se miran los dos. El Mudo saca su facón con mango de plata, dispuesto a perseguir al homicida.

—¡No, Mudo! —grita angustiada la Polaca— que no te quiero perder a vos también, quedate acá por favor. Ayúdame a ponerla sobre la cama y limpiarla.

Se detiene, por un momento duda, se da vuelta, coloca el facón en la vaina, se acerca al cuerpo de Brigithe, con cariño la levanta entre sus brazos y la acuesta suavemente sobre la cama.

¹⁰⁶ Traducción: "Dios quiera que te mueras podrido", maldición en idioma polaco.



Le acomoda el pañuelo de seda que siempre llevaba en su muñeca izquierda y comienza a limpiarse la sangre de la boca, convertida en una masa, inflamada, color de sangre negra. Las demás mujeres empiezan a entrar y con ellas va creciendo en la habitación una letanía sostenida por un llanto ahogado.

—Avisá que cerramos las puertas hasta nuevo aviso y déjenme sola con ella —ordena la Polaca. Nadie se quiere ir.

—Déjenme, por favor, a solas. Traéme mi peine de nácar para peinarla.

“La Casa” va quedando en silencio.

Media hora después, la Polaca sale al balcón de la escalera, mira abajo, hacia el salón. Con voz firme, se dirige al Mudo y a las Niñas, que la obsérvan desde abajo:

—De aquí no sale nada, ¿me entendieron? Porque no quiero perder más a ninguna de ustedes. Si quieren pueden subir a verla.

El cuerpo inerte, con sus labios entumecidos cubiertos con pintura roja, es rodeado por las mujeres, semidesnudas algunas, cubiertas otras con un pequeño corsé, medias negras o blancas, con ligas, las más con las batas de seda. La carbonilla de Turquía con que se han delineado los ojos, comienza a correr por sus mejillas.

A las cinco de la mañana, entra el carro celular de la policía, que se utiliza para transportar detenidos al Depósito de Encausados, tirado por un caballo negro azabache. Golpea la puerta el ayudante de Sáenz Loza, el suboficial Carlos Toro.

Envuelven el cuerpo de Brigitte con el cubrecama rojo. El Mudo la lleva en sus brazos. Cuelga su cabeza y sus largos cabellos recién peinados. La baja al salón.

Sale por la puerta de atrás, que da a las caballerizas. La introduce dentro del carro.

El suboficial cierra con el gran candado las dos puertas del transporte, para que ni el alma de Brigitte se escape. Sin decir palabra sube, agita las riendas del caballo y parte con rumbo norte en dirección al río Tragadero.



En la madrugada del 20 de enero del año 19, no se veía un alma por las calles; sólo muertos sobre el adoquinado, el eco de algunos tiros y el galope de un caballo blanco desbocado, sin jinete, con una larga crin, retumbando sobre la calle.

—Polaca, mirá, el que está enfrente con la cabeza apoyada en el cordón parece que está vivo, se mueve —dice la Chilena mientras espía, subida sobre una mesa, por la claraboya de la ventana.

—A ver, correte. Sí, está moviendo la cabeza. ¡Mirá el charco de sangre que tiene a su alrededor!

—Polaca, yo me lo caliento al chafe¹⁰⁷ que está de consigna en la vereda. Lo meto en la pieza y con la gringa Helga, entrálo, que me da mucha pena.

La Chilena sale entonces con su bata, desprendida y se acerca al chafe.

—Caballero, está haciendo frío y ya todo está tranquilo, ¿por qué no pasa y le cebo unos mates?

El policía la escucha, mirándole las piernas y los pechos.

—Es que... —tartamudea— si pasa el Inspector...

—Pero si es por un rato, nomás. Además, tiene derecho a descansar y tomar algo; después de todo este día que ni abrió el bar San Bernardo —.Lo toma de la mano y lo introduce, por el zaguán, en dirección al patio, donde están las habitaciones.

¹⁰⁷ Nota del Autor: "policía", en lunfardo



Al entrar la Chilena a su pieza, la Polaca y Helga salen a la calle. La primera toma al moribundo de los brazos y la otra de los pies. Bamboleándose, comienzan a llevarlo a la habitación de la Polaca.

Lo recuestan en la cama y prenden la luz. Al ver cómo está quedan horrorizadas. Tiene un ojo fuera de su órbita, las dos orejas cortadas que le cuelgan como colgajos, la boca sangrante, entreabierta, mostrando los pocos dientes que le quedan.

—Se nos va a morir, aquí—.

—Si sobrevivió hasta ahora no se va a morir más. Helga, vestite y buscá a los chicos de la pensión de estudiantes, que vengan rápido algunos de medicina.

Así nace el Mudo. Dejan que se lo cuide en "La Casa", porque la Polaca y Helga le dicen a los cashos que está circunciso, que es judío, y ninguno de "la Varsovia" le baja los pantalones para comprobarlo. Está un mes recuperándose. Entre las dos se alternan para cuidarlo. Un día el Mudo se puede ir y regresa al Conventillo Nacional, pero siempre vuelve para tomar unos mates los domingos por la mañana.

Cuando la Polaca huye para el norte, a la semana la sigue el Mudo y desde entonces pasa a ser su guardaespaldas. La ayuda a amueblar la "Casa" en Resistencia; a controlar a la clientela molesta y a construir o arreglar todo lo que tenga hierro.

Pasa a ser el "rato"¹⁶⁸ del prostíbulo con la ventaja de que todos, equivocadamente, suponen que el Mudo también es sordo.

¹⁶⁸ Nota del Autor: cuidador o protector de las mujeres de un prostíbulo, en argot lunfardo.

José es alto como su padre, bien parecido. Su soltería a los veinte años preocupa a su familia. Hace varios meses que cruza miradas pícaras y sonrisas con Renohi, la segunda y más bella de las hijas de Juan Machado, el líder del Pueblo Mocoivi. Tiene catorce años, ojos inmensos de color caramelo, sus mejillas tatuadas con un dibujo en forma de espiral, pechos pequeños que se ocultan entre sus cabellos negros, que llegan hasta el ombligo hundido, pequeño y redondo. Sus rasgos finos y delicados de mujer, más que de niña, se han acentuado, desde que ha comenzado a tener su luna mensual.

El Pi'oxonaq Dionisio ha anunciado la celebración de una nomi¹⁶⁹ de los enamorados.

José, hace una semana que se está preparando para la ceremonia, buscando kuwaka y rocou¹⁷⁰ para obtener la pasta roja con la cual se untará el rostro. Consiguió laei y kalo¹⁷¹, y las flores de naranja que ha macerado en el mortero su abuela para que él las frotase en el cuerpo.

Renohi y sus amigas han preparado el ungüento de welia, que se colocará en la espalda, para que al ser tocada por José, éste le sea fiel toda la vida.

¹⁶⁹ Nota del Autor: danza nocturna, llamada "del sapo", por los blancos.

¹⁷⁰ Nota del Autor: flor de mapoli.

¹⁷¹ Nota del Autor: flor de verdolaga.

Por las celosías de las altas ventanas de la recepción de la logia, se puede ver la luz mortecina del atardecer.

En el silencio de la sala sólo se escucha un sollozo.

—Por favor, cálmese señor.

—Jovanvich, como todo cobarde, dejó de ir al prostíbulo porque le habían dicho que había jurado matarlo. Pasaron siete meses. Supongo que creyó que me había olvidado del secuestro de Sofía, como si tal cosa fuera posible. Una tarde de abril del año 20, antes de que empezaran a llegar los clientes, al salir al patio para tejer un saquito para Juliana, lo vi. Estaba sentado de espaldas a mí, en el sillón de mimbre de espaldar alto, fumando su acostumbrado habano. Lo distinguí por su chambergó de paño blanco, rodeado con una cinta negra de seda. Una furia inmensa se apoderó de mí. Me descalcé para que no se sintieran mis pasos, saqué las dos agujas del tejido y me acerqué por detrás, sigilosamente. La Marta y la Chilena me vieron y presintieron mis intenciones. Miraron para otro lado y se fueron para sus habitaciones. Cuando estuve detrás de él giró la cabeza, pero ya era tarde. Le atravesé el cuello con las dos agujas, en forma cruzada, con todas mis fuerzas, por delante hacia atrás, hasta que las puntas quedaron dentro del mimbre del espaldar. Se sintió un quejido sordo, le temblaba todo el cuerpo y pataleaba. Lanzó un vómito de sangre espumosa y se quedó quieto, muy quieto, todo orinado. Di vuelta el sillón para que mirara hacia la pared, porque esa era su costumbre cuando quería dormir la siesta. Le saqué las agujas y las limpié con el

ala del chambergo. Tenía que ganar tiempo para hacer el equipaje y escapar con Juliana. "La Sociedad" esto ya no me lo iba a perdonar. Tomé el tranvía y me fui directamente a la casa de los Ferber, donde estuve escondida una semana. En su auto nos llevaron hasta Zárate, de allí a Rosario, donde embarcamos en el vapor de la carrera que nos trajo a Barranqueras. Llevaba solamente un baúl y dos mil pesos, que eran todos mis ahorros. El resto de la historia lo sabe todo Resistencia.

Tirso Capuz estaba impactado por lo que había escuchado, sólo atinó, con voz entre baja y temerosa a preguntar:

—¿Y en qué podemos ayudar, cuñada?

Hace un gesto de sorpresa por cómo la llama.

—Disculpe, los masones llamamos cuñadas a las mujeres de nuestros hermanos —explicación que acompañada de una sonrisa, ayuda a distender el momento.

—Don Tirso, Juliana va a cumplir ocho años y el ambiente de "La Casa" no es el apropiado para que el día de mañana sea una dama educada, esposa y buena madre. No quiero que le pase lo de su mamá y tampoco que comparta mi destino, ni el de mi pobrecita Sofia. En la Escuela de Niñas N° 2, como en la Escuela Normal Sarmiento, al saber las autoridades que era mi hija de corazón, no me la quisieron inscribir, argumentando que no tengo documentos de ser su tutora. Es lo único que tengo y es por lo único que vivo.

—Quédese tranquila, mañana mi cochero le hará llegar dos sobres lacrados. El primero va a estar cerrado con el sello de la logia. Se lo debe entregar, en mano, únicamente, al Venerable Maestro de la Logia Constante Unión N° 23 de Corrientes, en su templo de la calle Mendoza N° 551. El día y

hora están indicados en el segundo, que lo debe abrir, leer y luego quemar.

Antes de abrir la puerta de calle, Tirso Capuz le devuelve el guante negro. Ella lo guarda en el pequeño saco de terciopelo azul y lo pone, nuevamente, en su cartera. Sale sin decir palabra. Ambos entienden que no es necesario. Camina lenta y pensativa hasta el mateo, donde el Mudo ha desplegado el techo, porque ha comenzado a lloviznar.

Al verla la interroga con un movimiento de cabeza preguntándole qué le pasa.

—Estoy bien, Mudo.

No conforme con la respuesta, señala con su dedo índice la casa, desde donde acaba de salir; después junta las puntas de los dedos de su mano derecha en gesto de interrogación.

—Es la casa de los masones.

Frunce nuevamente el entrecejo el Mudo.

—Los masones. Gente buena, Mudo, gente buena —y se cubre desde los pies hasta el regazo, con la colcha de lana tejida que siempre lleva el mateo.

Al otro día, a las diez de la mañana, pese al barrial que hay a raíz de haber llovido toda la noche, el cochero de Tirso Capuz le entrega en mano a la Polaca los dos sobres. En el más grande se distingue un gran sello, de lacre, marcado con una escuadra y un compás superpuestos.

—Entiéndame, García Pulido. El administrador me ha pedido varias veces que lo detenga, para que su gendarmería se haga cargo de llevarlo a Resistencia. Sé que nunca llegan vivos a destino sus custodiados. Por eso me negué. Pero ahora es distinto. El pedido viene directamente de la gobernación, y sabe que debo obedecerlo.

—¿De la gobernación? —. García Pulido frunce el seño.

—De la gobernación —le ratifica—. Me informaron que detuvieron un carretón con mercadería, armas y municiones en la colonia de Presidencia de la Plaza, destinado a los huelguistas de la reducción de Napalpí. Las bolsas de azúcar y los envases de aceite tenían el sello de la compañía, y don Hardy seguro que no los mandó. Usted y yo sabemos que fue el sindicato.

—Comisario, no le voy a negar que les mandábamos alimentos y ropas a los paisanos del Aguará; pero lo de armas y municiones es una mentira más de Centeno.

—Tenga la seguridad de que mañana, a más tardar, recibo el telegrama del juez Sessarego ordenando su detención. Le pido que se vaya lo antes posible, si quiere salvarse.

—¿Por qué lo hace comisario?, ¿o es una argucia para desprenderse del delegado nacional?

—No, García —le contesta, con un tono humilde que hasta ese momento no le conocía—. No vale la pena que lo maten. Usted se ganó el aprecio de todo el pueblo. Cuando reciba el telegrama voy a mandar a mi hijo, para que pase por el Sindicato silbando. Será la señal. Cruce el riacho Quiá, de allí diríjase

para General Vedía hasta Bermejo y pase en alguna canoa a Corrientes. Le doy mi palabra que ninguno de mis hombres lo perseguirá. Si quiere lo hago acompañar por el baqueano Vallejos.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero no puedo decidirlo yo solo. Tengo que consultar, por lo menos, con el secretariado del Sindicato. Y lo de Vallejos, déjelo nomás. No me gusta la compañía de un "perro blanco"¹².

—Bueno, ya es su voluntad.

Al día siguiente, el delegado del sindicato del pueblo de La Leonesa, distante a diez kilómetros de Las Palmas, lo despierta a las cuatro de la mañana, con su hijo en brazos, que no tendría más de cuatro años. El chiquito está hirviendo de fiebre y respira ruidosamente con dificultad.

—¡Cómo dejaste que se empeore así!

—No lo dejé, compañero García, desde anoche que no lo quieren atender en el Hospital.

—Pero ¿por qué?

—Porque estoy suspendido en la compañía por haber participado en la última asamblea, y el Hospital atiende únicamente a los obreros activos.

Lo carga en sus brazos y casi corriendo recorre los trescientos metros que separan el sindicato del Hospital. Al llegar, la puerta está cerrada. La abre de una patada preguntando a los gritos por el médico. María, la enfermera de guardia, sale alborotada, tropezándose, dormida todavía.

¹² Nombre despectivo, con el que se identifica a colaboradores civiles, encubiertos por la policía.

—¡El médico!, ¿dónde está el médico?

—En su casa, don García, en su casa.

Cruza el patio interno del hospital hasta el fondo, al lado del tanque elevado de agua, hasta la casa del médico. La criatura que tiene en sus brazos empieza con convulsiones.

—¡Abra, carajo!

—Por favor, don García, tranquilícese, ¿qué le pasa? —le dice Amado Gómez-Delafuente, el médico del hospital, con tonada paraguaya, al abrir la puerta, vestido con un pijama, y sobre éste una bata a rayas cuyo cinto se está atando presuroso. Pudo recibirse cuando la Facultad de Medicina de Asunción reabrió por tercera vez sus aulas, en el año 1918. Estudió con ilustres profesores, entre ellos, el parisino Manuel Lafás, en Anatomía Patológica y General; con Roquete Pintos de Río, en la cátedra de Fisiología y con el alemán Walter Capelle, en Clínica Quirúrgica. Según dicen, se exilió en la Argentina por razones políticas.

—¡Cómo qué me pasa, acá se está muriendo el hijo del compañero Anselmo y usted se niega a atenderlo!

—Pero, don García, don Anselmo está suspendido en la empresa y no tiene derecho a ningún servicio. Usted sabe cómo son las reglas de la compañía.

—¡El que no tiene derecho a morir por falta de asistencia es el hijo de don Anselmo! Yo lo hago responsable por su vida...

—,entrega el niño al padre y saca de la cintura el Colt largo. Le pone el cañón bajo el mentón al médico y le dice:

—A usted, si se muere el Jesús, lo van a sepultar sin cabeza.

—Pero por favor, cheraá¹⁴³, tranquilícese. Aunque me sancione la empresa, por excepción, lo voy a atender —y dirigiéndose a la enfermera, María, le ordena: —alíste una cama.

—No hay camas disponibles, doctor.

—Vamos a una de mi casa. Llenen la pileta con agua para hacerle bajar la temperatura. ¡Vamos, muévase que se nos está muriendo!

García Pulido, Anselmo y María, cada uno con un balde, cargan agua de la bomba, bajo el tanque elevado, arrojando el contenido en la pileta para lavar ropas. En unos minutos se llena. El médico lo desviste, comienza a sumergirlo y sacarlo hasta que ve que el cuerpecito se pone morado. Luego, lo para sobre el mármol de la mesada.

El niño tiembla.

Con una toalla le frota vigorosamente todo el cuerpo. María lo envuelve con una gruesa manta y se lo lleva a la cama que ha preparado. Lo tapa con dos frazadas gruesas y arriba le pone un quirquincho¹⁴⁴ para que le dé más calor.

—¡Traéme urgente el salvarsán¹⁴⁵ y ácido salicílico¹⁴⁶!

—No hay, doctor —,le contesta con temor.

¹⁴³ Traducción: significa “compañero” en idioma indígena guaraní, que constituye actualmente la lengua oficial, conjuntamente con el español, en la República del Paraguay.

¹⁴⁴ Nota del Autor: cuero de oveja cortado como manta.

¹⁴⁵ Nota del Autor: medicamento, químicamente sintetizado, con propiedades antimicrobianas, utilizado a principios del siglo XX, antes del descubrimiento de las sulfamidas, en el año 1940.

¹⁴⁶ Nota del Autor: conocida en el mundo por su marca comercial “Aspirina”. Fue sintetizada por el profesor Hoffman, de los laboratorios alemanes Bayer. Entre otras virtudes, se le reconocen sus propiedades antiinflamatorias.

—Traé las de la caja especial.

—Pero esas son para los de la administración.

—¡Traélas, te digo!

—Sí, sí, doctor.

En un instante aparece al lado de la cama una caja de madera, del tamaño de una caja de botas de montar, con inscripciones en inglés. Está llena de medicamentos, de ese origen y alemanes. Sellos ya preparados, jeringas, gasa, alcohol medicinal, frascos de diversos tamaños, bien ordenados, que contienen líquidos y polvos de diversos colores y algodón hidrófilo. Por un tubito de vidrio colocado en la garganta del pequeño, comienza a administrarle diversos preparados, a intervalos, mientras escucha el corazón con el estetoscopio de varilla, acercando su oído a uno de los extremos.

Jesús no reacciona. Se está muriendo.

Amado Gómez Delafuente introduce un taco de madera entre los dientes de Jesús, para evitar que se trague la lengua durante las convulsiones.

—Ya no tengo más recursos, ahora nos resta esperar; está en las manos de Dios.

Así se quedan, durante horas, alrededor de la cama. Quietos, mudos, mientras amaneca. Gómez Delafuente, con el estetoscopio apoyado sobre el pechito, lo ausculta periódicamente.

Al pulso lo controla con su reloj de bolsillo. Con el correr de las horas comienza a regularizarse.

“Me parece que voy a morir con la cabeza puesta”, piensa, más aliviado.

A las ocho de la mañana, Segundo Arroyo recibe el telegrama del cartero de la estafeta.

—Andá, como te dije, al sindicato, y hacéle por lo menos tres pasadas silbando —le dice a su hijo.

Para el mediodía, Jesús comienza a moverse y abre los ojos. Luego, comienza a quejarse y media hora después transpira copiosamente. Para la una de la tarde ya puede tomar de sorbitos una sopa caliente.

—Creo que esta vez lo recuperamos, García, pero lo voy a tener en observación un par de días, antes de mandarlo a su casa.

—Está bien doctor, lo dejo en sus manos —.Se despide con un beso en la frente de Jesús.

—Compañero García, le debo la vida de mi hijo —le dice Anselmo abrazándolo.

—Los dejo porque espero noticias.

Llega al Sindicato a las dos de la tarde. Lo están esperando los integrantes del secretariado, desde hace seis horas.

—Compañeros, perdonen la espera.

—No se preocupe, don García. ¿Cómo está el Jesús? —le pregunta Figueredo.

—Se salvó por poco, pero se pondrá bien, ¿no vieron al hijo del comisario por acá?



—Así que te agarraste una purgación¹¹⁷.

—Siempre me cuidaba, señora, pero los marineros franceses que llegaron al puerto de Goya nos enfermaron a todas.

—Mi paisano de "La Casa" de Goya me mandó decir que te tenga hasta que te cures, así que nada de pases porque tengo que cuidar de mis clientes. Mañana vamos a verlo al doctor Morgan para que te dé un tratamiento.

Al otro día, a las cuatro de la tarde, el Mudo las lleva en el mateo a la Polaca y a la paraguayita para verlo a Morgan. No tienen que esperar. Rápidamente las hace pasar a su consultorio.

—Ésta no es una de mis niñas —previene la Polaca—. Me la mandaron de Goya para que se cure aquí.

Morgan, especialista en enfermedades "secretas", la hace acostar en la camilla, en posición ginecológica; y comienza a revisarla. Por el olor, enseguida, comprueba que tiene gonorrea, pero al verle la entrepierna, detecta un chancre.

—No te falta nada, hija. Tenés gonorrea y sífilis. No podés trabajar por un buen tiempo. Tenemos que cortarla con mercurio.

Seguidamente, le extiende una larga receta magistral, agregando sellos de sales ferrosas, porque la observa muy pálida y ojerosa, signos de anemia.

¹¹⁷ Nota del Autor: palabra popular, utilizada en la Argentina, para nombrar a las enfermedades venéreas.

Del consultorio de Morgan van a la farmacia de With, en la esquina de Mitre y Buenos Aires. Se baja el Mudo con la receta y vuelve enseguida.

—¿Y los remedios? —le pregunta la Polaca.

Le hace señas que recién al día siguiente tiene que pasar a retirarlos.

A la noche, a la una de la madrugada, irrumpe en "La Casa", borracho, Sáenz Loza. No venía desde el asesinato de Brigitte, hace tres meses. La primera reacción de la Polaca es ccharlo, pero a espaldas del policía ve a la paraguayita sola sentada en un rincón. Se adelanta hacia Sáenz Loza, fingiendo amabilidad. Lo toma del brazo para evitar que entre tambaleo y tambalco se caiga al piso.

—Bienvenido, comisario de órdenes, tanto tiempo, lo estábamos extrañando —y sin dejarlo reaccionar lo lleva hasta el rincón donde está la paraguayita.

—Tengo un regalo para usted. Un bomboncito del Chantecler, nuevita, sanita, casi sin uso. Es especial, porque como ve, está con vestido, sin bata. Y para usted, es una atención especial de la casa.

Sáenz Loza se da vuelta con dificultad y la mira a la paraguayita. Sus ojos, acuosos de alcohol, toman brillo.

La paraguayita la mira preocupada pero, antes de que pueda reaccionar, la Polaca se le acerca confiándole al oído:

—Éste es un servicio especial que nos tenés que hacer para este Syn od Wilczyc si¹⁰⁸ por una de nosotras que ya no está. Hacéle chupar todo, pero todo...

¹⁰⁸ Traducción: "Hijo de puta", en idioma Polaco.

XXXIV

JEFATURA DE LA POLICÍA NACIONAL DE TERRITORIOS.

Se hace saber a la población del Territorio que con motivo de la próxima visita a Resistencia de su Excelencia el Señor Juan Elordi, Inspector de Territorios Nacionales, queda terminantemente prohibida cualquier demostración hostil al ilustre funcionario, así como toda alusión a la legal intervención del Consejo Municipal, a la levantada de los indios, a los reclamos de la F.O.R.A, a la supuesta represión de los insurrectos socialistas en el bar Olimpo, como al nombramiento del Juez Sessarego. Estos hechos se consideran atentatorios, no sólo a las reglas de la más elemental cortesía y buenos modales, si no contra la paz, el orden y el progreso de nuestro territorio. La violación de este Edicto implicará penas de multas o de prisión, o las dos, según a quién corresponda.

Diego Uribarrie

Jefe de Policía

Territorio Nacional del Chaco

Toda la cuadra está llena de carros y carretones estacionados. Con una soga se improvisó un palenque para atar a los montados en los que, en gran número, ha venido la concurrencia. El local de la F.O.R.A, delegación Resistencia, está repleto. Las sillas no alcanzan. Hay una corona de mozos de restaurantes, que están recostados en las paredes laterales, con sus moñitos, bandejas en mano, y ayudantes de cocina, con sus largos delantales blancos.

—Подруги и подруги. Я приношу пылкое и братское приветствие Soviet Москвы¹¹⁸ -, habla el ruso con voz altisonante, parado, con sus dos metros de altura, y sus inmensos bigotes negros, que le dividen en dos la cara.

Tiene puesto un saco que le prestó el secretario interventor. Le queda arriba del grueso cinto de cuero del pantalón, con las mangas a mitad de los antebrazos.

Orgullosa, se para con la gorra entre sus manos Lucchiani, que mide medio metro menos que el disertante. Mira a la concurrencia y traduce:

—Compagni e compagne. Porto fervent e il fraterno lui saluto del Soviet di Mosca.

Hace un año que Luigi Lucchiani está en el país. La F.O.R.A. lo ha enviado hace seis meses como Interventor de la delegación en Resistencia. Militante respetado, combatiente interna-

¹¹⁸ Traducción: "Compañeras y compañeros. Les traigo el fervoroso y fraterno saludo del soviet de Moscú," en idioma ruso.

cionalista voluntario. Estuvo a las órdenes directas de León Trostky, cuando éste era el jefe del Ejército Rojo. Exhibe en la habitación que ocupa en los fondos, una foto con el líder soviético, con el fusil apoyado en el suelo helado, con la bayoneta calada que lo sobrepasa en altura. Se lo ve uniformado con la casaca de cuero negro que distinguía a ese cuerpo de elite. Así aprendió el ruso.

A fines del año 21, tuvo que huir cuando comenzó el cisma entre los bolcheviques y los anarquistas. Estos últimos encarnan los ideales de Lucchiani.

En la Argentina, esa división no era desencadenante, todavía, de ninguna crisis. Así que cuando le avisaron de la Central, por telegrama, que llegaría el camarada Dimitriv a dar una conferencia, no tuvo inconveniente en recibirlo en Barranqueras. En realidad, no sabía bien por qué se lo habían mandado al ruso al territorio. Quizás, pensó, porque era el único que hablaba el idioma de Lenin en la Federación, o no sabían cómo sacárselo de encima en Buenos Aires. Pero por otro lado, pensó que era una oportunidad para que lo admirasen sus camaradas por su versatilidad idiomática.

—Пролетарский интернационализм в этот час солидарность всех приятеля извозчики, подруг гастрономические прачки, приятелей и подруг, приятелей дровосеки и cosecheros¹¹⁹ — dice el ruso y lo mira a Lucchiani para indicarle que lo traduzca.

¹¹⁹ Traducción: "El internacionalismo proletario exige en esta hora la solidaridad de todos los compañeros carreros, de las compañeras lavanderas, de los compañeros y compañeras gastronómicos, de los compañeros hacheros y cosecheros", en idioma ruso.

Se para nuevamente Lucchiani, otra vez con su gorra entre las manos, hablando más fuerte que su interlocutor.

—Il internationalismo proletario richiede in questa ora la solidarietà di tutti i compagni di carreros, dei launderers dei compagni, dei compagni gastronomici e dei compagni, dei compagni e delle mietitrici di hacheros.

—Мы потеряли физически приятеля Владимира Ирич Ленин, но мы существуем я зарабатываю его мысль в сердце всех пролетариев мира.¹²⁰

—A perso físicamente al compagno Vladimir Irich Lenin¹²¹ ma lo abbiamo guadagniamo il relativo pensiero nel cuore di tutti i proletari del mondo.

—Наше оружие борьбы - забастовка с капиталистическими эксплуататорами и средства производства, которые должны принадлежать рабочим¹²².

—La nostra arma della lotta a colpo con i operators del capitalista...

El negro Jacinto Zampa, con el rastro marcado todavía por las heridas que le provocaron las espinas del monte y los insectos, se levanta de la silla ubicada en el medio del salón, con las manos en la cintura.

¹²⁰ Traducción: "Hemos perdido físicamente al camarada Vladimir Irich Lenin pero hemos ganado su pensamiento en el corazón de todos los proletarios del mundo", en idioma ruso.

¹²¹ Nota del Autor: Wladimir Irich Lenin, jefe de la revolución soviética de Octubre del año 1917, había fallecido en el mes de enero del año 1924.

¹²² Traducción: "Nuestra arma de lucha es la huelga contra los explotadores capitalistas y para que los medios de producción pertenezcan a los trabajadores", en idioma ruso.

—Disculpe, el compañero ruso, disculpe el compañero interventor, pero es que no le entendemos nada, chamigo¹²³. Él habla en ruso y Lucchiani en italiano. ¡Así cómo *no uamo* a entender cuando hagamos la revolución!

El ruso se sorprende con la interrupción y lo mira a su traductor interrogándolo con los ojos, para que le explique que está pasando. Éste queda petrificado. No atina a contestarle, se comienza a poner colorado...

Se para Alfredo Guerrero.¹²⁴

—Compañeros y compañeras, demos un aplauso al compañero ruso que desde las lejanas y heladas estepas, al pie de

¹²³ Nota del Autor: palabra que significa "mi amigo". Es una mixtura castellano-guaraní.

¹²⁴ Nota del Autor: secretario del Partido Socialista del Chaco, amigo personal de Alfredo Palacios, que fue el primer diputado socialista de América Latina. También de Juan B. Justo, médico cirujano, fundador del Partido Socialista Argentino. Alfredo Guerrero fue Presidente del Consejo Municipal de Resistencia, y convirtió a la ciudad en la primera comuna socialista de América. Como secretario del Partido Socialista, pertenecía a la Unión General del Trabajo (U.G.T.), fundada por su partido en el año 1903. Aunque estaban separadas con la F.O.R.A., por principios ideológicos, tenían en el Chaco objetivos comunes y colaboraban mutuamente. Inclusive, a nivel nacional, ambas asociaciones se habían unido en el año 1907 para repudiar la violenta represión del puerto de Ingeniero White, en la provincia de Buenos Aires, que costó la vida de siete obreros. En el año 1909, la U.G.T. y parte de la F.O.R.A. se unieron en una nueva asociación llamada Confederación Obrera Regional Argentina (C.O.R.A.). En el año 1922, se funda la Unión Sindical Argentina (U.S.A.), con la unión de anarquistas y sindicalistas de diversas tendencias. En el año 1926, los socialistas fundan la Confederación Obrera Argentina (C.O.A.). Pocas semanas después del golpe de Estado, que depone al presidente Hipólito Yrigoyen, en el año 1930, la U.S.A. y la C.O.A. forman, conjuntamente, la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), perdiendo la F.O.R.A., paulatinamente, poder e integrantes

los Urales, ha venido a traernos los saludos y la solidaridad del proletariado soviético. También otro, para el compañero Lucchiani, veterano de cien batallas.

Todos aplauden, pero cortito nomás. Allí aprovecha para hablar nuevamente el negro Zampa.

—Compañeros, tenemos que establecer un plan de lucha para apoyar a los compañeros mozos de bar, cocineros y choferes de mateos, que no tienen descanso ningún día de la semana, y los hacen trabajar todas las horas que a los patrones se les ocurre...

Lucchiani se para apoyando los puños sobre la mesa que preside la conferencia y en tono disciplinario lo interrumpe al negro Zampa:

—Compagno, dobbiamo organico y disciplinato. La conferenza di oggi per ascoltare il congresso del camerata di Dimitriv, le altre rivendicazioni che ci occuperemo di loro nella riunione seguente il Secretariato.

—No sé que tiene que ver acá el loro, pero la reunión nunca llega. Siempre hablando de los rusos, pero nunca de lo que nos pasa aquí. Estamos cansados que todo se haga "despacito como bailando con luto".

—Y ¿qué es lo urgente que quiere tratar, Zampa? —pregunta Alfredo Guerrero, intentando otra vez componer.

—Lo que les dije de los mozos y los chauffeur. Además es urgente resolver el apoyo que nos están pidiendo los paisanos y los hacheros que están de huelga en el Aguará. Primero, vino el paisano Hermenegildo y no le dimos bola. Hace cinco días que los compañeros Orlando y Edgido están aquí, con riesgo de sus vidas, para solicitar nuestra solidaridad, ¿y saben lo que les

dimos?: tortas fritas. Y ahora meta ruso nomás. El compañero García Pulido se está pudriendo en la cárcel y ni siquiera tienen la valentía de visitarlo, y mucho menos de llevarle, aunque sea, yerba usada secada al sol. A mis compañeros municipales no les respetan la jornada de trabajo. A los carreros de regadores los hacen trabajar desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana, no importa que haga frío o calor, sea día entre semana, sábado o domingo. Desde que al compañero Guerrero lo sacaron por la ventana de la Municipalidad, les deben a los trabajadores municipales tres meses de sueldos. Esos son los temas urgentes que debemos tratar, compañeros.

—Tenés razón Zampa, ya vamos a convocar a un plenario, pero recuerden los compañeros que tenemos que ser orgánicos —acota Guerrero.

—“No creo que el chancho silbe” —manifiesta por lo bajo antes de sentarse el negro Jacinto Zampa.

Reducción de Napalplí. 9 de Junio de 1924

Señor comisario de Machaguay:

Usted tenía dos caballo que se han quitado y ahora que se mande entregalo al dueño y vos sino quiere dar eso dos caballo intonce me hai del todos a tropellur a usted ahora si me entrega 3 caballos una, no te olvides, con la cria, intonce estamos bien.

José Machado

Persona Jefe¹²⁵

¹²⁵ Nota agregada en archivo de expediente administrativo, Jefatura del Territorio Nacional del Chaco. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

Primero, Alfredo Guerrero le toma la medida del contorno, seguidamente, la circunferencia del pecho. Le va dictando las medidas a su ayudante, Isaac. Toma el largo, desde el nacimiento del cuello hasta el final de la espalda, sigue por la manga, desde el hombro, con el brazo recogido; después la sisa. Después le mide la circunferencia del abdomen.

—Enrique, estás más delgado que la última vez. El saco de tropical inglés y el de brim de hilo, ¿cómo los querés?, ¿derechos o cruzados?

—Los dos derechos, Alfredo —le contesta Enrique Lynch Arribálzaga¹²⁶.

¹²⁶ Longilíneo, alto, con su barba blanca, bien cortada, nariz aguileña, con sus anteojos de marco fino, redondos, patillas de carey, es un hombre de vestir elegante, pero sobrio. Lo renunciaron en el año 17, de la reducción de Napalpí, a él y a su secretario Eugenio Galván Brasque. Científico. Coleccionista de insectos, de la familia de los coleópteros, más reconocido de América y respetado por sus colegas europeos. Publicista con Eduardo L. Holmberg de la primera revista científica argentina. Experto en ciencias naturales. Acompañó, en 1881, al mayor Luis Jorge Fontana en la expedición al Chaco. Secretario de redacción del diario La Unión, de Valparaíso, en Chile. Ex director del diario El Colono, del farmacéutico Emilio Rodríguez Román, en Resistencia. Secretario del perito Francisco Moreno, en la Comisión de Límites con Chile, en 1897. Director de la Sección Ornitológica, del museo de La Plata, nombrado por el sabio Florentino Ameghino. Considerado el mayor experto en la lucha contra la plaga de la langosta en América latina, por lo que fue nombrado Inspector Nacional de Defensa Agrícola. Fundador de la Sociedad Protectora de Indios, en 1907; creador del humanista Método Argentino Indígena; impulsor, de la primera reducción laica, indígena, en Napalpí en 1911, a ciento treinta kilómetros, aproximadamente, de Resistencia. Secretario de la Municipalidad de Resistencia; director del primer museo de esta ciudad. Galán y soltero

Para el pantalón, le toma las medidas de la cintura por arriba del ombligo, de tiro largo para tiradores. Desde allí hasta el tobillo, seguidamente la entrepierna.

—Anotá que sigue “cargando” a la izquierda —dice sonriendo con picardía. Dentro de una semana van a estar listos para la primera prueba blanca¹²⁷.

—¿Y para cuándo podrán estar?

—Si todo va bien, en diez días.

—Enrique, hay que detener a Centeno.

—Estoy tan preocupado como vos, están preparando la justificación para una masacre.

empedernido. Lynch Arribálzaga, mientras estuvo al frente de la reducción, la convirtió en un ejemplo de integración que le valió la estima del pueblo indígena, pero también las críticas y ceños de los ganaderos, agricultores y contratistas forestales blancos, que no podían seguir explotando a estos pueblos, que volvían a recobrar la confianza en sí mismos.

Es por eso que ese sector de poder, ambicionaba hacerse de las tierras, que se habían convertido en las más productivas del territorio. De allí sabía la primicia algodонера, de gran calidad, las preciosas maderas de los montes y el mejor plantel de ganado de la región, donde no faltaban las vacas lecheras holando, que habían comprado en los campos de Pergamino, en la provincia de Buenos Aires, las primeras y únicas al norte del país. En los cinco años siguientes a su renuncia, los delegados se habían hurtado casi todo y destruido lo que no se pudieron llevar. La población indígena, como consecuencia, disminuyó notablemente.

Como se negaban a trabajar por los vaicos, que únicamente se podían cambiar en el mismo almacén del administrador, con precios exorbitantes, decidieron ir a Salta, para la zafra azucarera. No porque les pagaran bien, sino porque, al menos, lo hacían con dinero. El gobierno del territorio, ante la protesta de los latifundistas, que temían que sus ganancias disminuyeran, si se quedaban sin esa mano de obra barata, les prohibió la salida, con la policía.

¹²⁷ Nota del Autor: la segunda prueba es con una manga pegada, ya armada con la solapa, sin el forro, todavía, salvo la manga, con el pantalón listo, para marcar el fargo, de manera que cubra bien las polainas.

—Desde el partido ya telegrafiamos a nuestros diputados en el Congreso Nacional. Pérez Leiros, por la Capital Federal, se está ocupando del asunto. Presentó un pedido de explicaciones al Ministerio del Interior y no va a parar hasta que lo lleve a Centeno. Pero sabés que es muy distinta la relación que tenemos con los galeritas de Alvear de la que había con el Peludo.

—El doce me reúno a la tarde con Juan Antonio. Estoy redactando una carta para que se la entregue en mano a don Hipólito¹²⁸.

—Juan tiene llegada directa a él.

—No se puede ir la semana que viene, porque no la quiere dejar sola a Elena con Juancito y Lalo.

¹²⁸ Nota del Autor: Hipólito Yrigoyen nació en Buenos Aires, el 12 de julio de 1852. Sobrino, por parte de madre, de don Leandro N. Alem. Realizó sus estudios en un colegio religioso, posteriormente ingresó en la universidad de Buenos Aires, en la facultad de Derecho. Conjuntamente con estos estudios, se inició en la política, actuando como comisario en la zona de Balbanera, que acudillaba su tío, Leandro N. Alem. Diputado nacional, su mandato duró dos años. También, fue docente de Historia Argentina, Instrucción Cívica y Filosofía en la Escuela Normal de Maestros. En 1893, dirigió la revolución que propondría la presidencia de Alem; la revolución fue vencida y fue deportado a Montevideo. Volvió a fines de aquel año, por una amnistía, y siguió su lucha en el partido, hasta que el suicidio de Alem lo convirtió en el jefe de la Unión Cívica Radical. Diez años después, las elecciones libres, obligatorias, de voto secreto, impuestas por ley, durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, le dieron el triunfo a Yrigoyen, quien asumió la presidencia de la Nación, acompañado por Pelagio B. Luna, como vicepresidente. Cuando terminó su mandato, fue sucedido por Marcelo Torcuato de Alvear, retomando a la presidencia de su partido. En 1928, volvió como presidente de la República. En sus dos mandatos, se destacó por la defensa de los derechos e intereses populares y la soberanía nacional. La revolución encabezada por el dictador general Evaristo Urriburu, el 6 de septiembre del año 1930 lo sacó del poder. Murió el 3 de julio del año 1933, pobre, de bronconeumonía.

—El año pasado, cuando lo visité a Juan, ella estaba pintando un cuadro con unas garzas blancas, realmente hermoso, pero se la veía demacrada. Se animó cuando hablamos un rato en francés. Allí me contó que lo había aprendido de su padre, Camil Crousse, que era belga y falleció en el año '12, de fiebre tifoidea, en su casa de Villa Centenario.

—Te informo, cuando vengas para la prueba.

—Nos vemos "Juan Gringo".

Riéndose, por cómo acaba de llamarlo, se despide Lynch Arribáizaga.

—Sos el único que, todavía, recuerda mi seudónimo periodístico.

XXXVIII

Machaguay, 30 de junio de 1924

Señor Jefe de Policía

Sepa Usted que el bandido Pedro Maidana acompañado de dos indígenas más, ostentando dos de ellos sus Winchester, en actitud hostil y con amenazas, pidieron se les hiciera entrega de sus paisanos los detenidos Pablo, Enrique y Juan Sunay, acusados de robo y faneamiento de 3 vacas lecheras del colono Rubino Gómez. Al ser interrogado el indígena Juan Sunay se puso nervioso y quizás por arrepentimiento se murió momentos antes de la presencia de los delincuentes antes nombrados.

Para evitar males mayores ordené la entrega de los detenidos pero Pedro Maidana se negaba a recibir al mentado Juan Sunay alegando que no recibirá muertos cuando vinieron vivos. Entonces se fueron con ellos los vivos nomás.

Dios sabe a vuestra excelencia.

Comisario Adolecio Arias¹²⁹.

¹²⁹ Nota de archivo expediente administrativo de la Jefatura de Policía del Territorio Nacional del Chaco. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

Señor Presidente de la
Cámara de Diputados de la Nación

Considero mi deber manifestar a Vuestra Excelencia que he tenido ocasión de entrevistarme en unos casos, accidentalmente, con varios vecinos caracterizados del territorio del Chaco, comerciantes, industriales, abogados, médicos, en fin, gente de bien. Y también con los funcionarios superiores de la administración nacional que residen en Resistencia. No se me ha informado cargo alguno contra el Gobernador Fernando Centeno y se ha reconocido la acción de eficiente progreso que desarrolla.

A las incidencias que motivaron la resolución de Vuestra Excelencia, no le dan otro carácter que el de propaganda política de los maximalistas de siempre, y lamenta que el exceso en las expresiones para juzgar los actos de los empleados públicos haya motivado hechos también condenables, por cuanto los agravios no se corrigen con actitudes estériles.

Dios guarde a V.E.

Juan Elordi

Inspector de Territorios Nacionales¹³⁰

¹³⁰ Archivo del Congreso Nacional. Cámara de Diputados. Tomos II, de la Mesa de Entradas de la Presidencia de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina. Año 1924.

Juan Antonio Díaz, correntino de Goya, era yrigoyenista desde su juventud. Fue herido peleando en la revolución radical de 1905, en Rosario, en la pantorrilla izquierda. Ha hecho una pequeña fortuna como comercializador de ganado en pie entre el territorio y Santa Fe, en cuya capital es un líder político importante, combatido, tanto por los conservadores, como por sus propios correligionarios unionistas. De cuerpo prominente, de estatura media, pelo entrecano, elegante, ojos claros, es poseedor de una simpatía cautivante.

Casi llegan al mismo tiempo a la casa de la calle Corrientes, a una cuadra y media de la avenida Sarmiento. Juan, montado en su hermoso caballo blanco, con arneses de cuero y plata, y Lynch Arribálzaga caminando con su bastón de estilete.

—Pasá, Enrique —le dice, mientras desmonta y sale su cuidador a tomar las riendas.

—Te traigo dedicado mi libro recién editado: *Materiales para una bibliografía del Chaco y Formosa*.

—Gracias, cómo nos hacen falta este tipo de obras, porque la única que había hasta ahora era la de Nicolás Rojas Acosta con su *Historia Natural de Corrientes y Chaco*.

—Así es. Pero sabés que no vine sólo por eso. Te traigo la carta donde está explicada la situación de los indígenas, los negociados de los delegados, los intereses, las componendas y venalidades de Centeno con los ganaderos y las tanineras —le acla-

ra, Lynch Arribálzaga, y le extiende diez hojas manuscritas que saca de un sobre.

Sentado, en la sala con muebles sobrios de estilo español, Juan Antonio lee el informe mientras Lynch Arribálzaga toma a sorbos el té que le trajo la negra Encarnación, la niñera de Juancito y Lalo, que vestidos de marineritos, juegan entre las piernas de su padre.

—Dejalos, que no molestan —le dice cuando la solícita mujer trató de llevarlos de la sala.

Que linda manito
Que tengo yo
Graciosa y bonita
Que Dios me la dio¹³¹

—Se lo voy a entregar, personalmente, a don Hipólito. El lunes parto en el vapor de la carrera.

—Tenemos que evitar que se produzca la segunda masacre de Napalpi.

—¿Cómo la segunda?

—El nombre de Napalpi, que significa en Toba "lugar o cementerio de los muertos", le viene de cuando el 5 de mayo de 1883 se perpetuó la llamada Masacre de los Coroneles. Así la llamaron porque las tropas fueron conducidas por dos Coroneles, Francisco Bosch, entonces el gobernador del Chaco y Luis

¹³¹ Verso popular infantil de la época.

Jorge Fontana. Los muertos indígenas liderados por el Cacique Juanelrai, al que también le decían el Cacique Inglés, se contaron por centenares.

—¿Y por qué?

—Por razones estratégicas, dijeron.

—¿Razones estratégicas?

—Sí, les robaron más de ochocientas cabezas de ganado.

Esas fueron las razones estratégicas.

—Pero fue una barbaridad.

—Al indio se le dice siempre ladrón y ladino, pero esa calificación la merecemos los blancos. Los consideramos salvajes, pero los asesinamos. Los consideramos salvajes, pero los torturamos y mutilamos, para robarles su oro, su plata, sus tierras. No contentos con ello, los esclavizamos y los empobrecemos.

—Qué distinto de la administración de Arbo y Blanco. Cuando tenemos buenos gobernantes, se nos mueren.

—Hasta su hijo Arbo se tuvo que exiliar en Corrientes. Esta administración está superando todos los límites. Centeno nombró secretario de Economía a uno de sus cuñados y a otro de un plumazo lo asciende a Comisario Inspector. Todos son parientes o entenados. Y nosotros, que pensábamos que más corrupto que el gobierno de Enrique Cáceres, no iba a haber. Hasta lo metió a D'Ambra¹³² de cabeza en un excusado.

¹³² D'Ambra fue director del diario *La Voz del Chaco*. Por las denuncias de corrupción, en la gobernación de Enrique Cáceres, fue secuestrado, encarcelado y torturado; lo sumergieron de cabeza en un excusado.

—Así terminó con toda crítica y oposición. Hasta le costó el puesto a su secretario de redacción, el zapallarens¹³³ Miguel Ferrández, al Polaco y Lopecito.

—Don Miguel tiene la capacidad para ser director de un diario.

—En esta época y aquí, difícil, quizás en otra vida —concluye Díaz.

—A Ernesto Zamudio, el director del diario *El Territorio*, le está pasando lo mismo. Por el artículo que tituló "El Chaco, feudo de los gobernadores impuestos", la policía de Centeno le allanó la imprenta, le rompió la rotaplan y se tuvo que exiliar también en Corrientes.

—Don Juan, perdone que lo interrumpa, es la hora del biógrafo. Los chicos ya están vestidos —le dice la negra Encarnación.

—¿A dónde los llevás? —pregunta Enrique.

—A la plaza 25 de Mayo. Don Benito Vega me avisó que hoy proyectará dos películas para niños, con el nuevo equipo Gamount, que acaba de recibir.

—Ah, porque la del cine Edén, en el Hotel Got, no es recomendable ni para niños ni para damas.

—"Pasión de Amor", con la Nilson. No es para tanto Enrique, ¡como si no conocieras las rodillas de las mujeres!

¹³³ Nota del Autor: El Zapallar es una localidad del interior de la provincia del Chaco. A partir del año 1955, se denomina General José de San Martín.

Resistencia, Junio 11 de 1924

Señor Ministro del Interior

Doctor Vicente S. Gallo

BUENOS AIRES

De acuerdo con el telegrama de V.E. fechado anteayer cabe el honor de informar a continuación acerca de la reciente sublevación de los indios de Napalpi.

El día 16 de mayo último el Inspector General de Reducciones D. Arturo Serrano, se dirigía telegráficamente a este Doctorierno manifestando que acababa de tener conocimiento de que, de un momento a otro, se produciría dentro del campo de esa Reducción (Napalpi) una sublevación a mano armada encabezada por los indígenas Maidana, Machado, el santón Dionisio Gómez y elementos maximalistas.

Inmediatamente el suscrito dispuso las medidas del caso enviándose refuerzos policiales, pero como al día siguiente se recibiera un nuevo despacho, de igual procedencia y más alarmante contenido, resolvió constituirme en el lugar de los acontecimientos, partiendo en compañía del Jefe de Policía y llevando el personal de tropa necesario para cualquier emergencia.

Una vez en la Reducción pude advertir que, en el campo de la misma y a una distancia de tres leguas, aproximadamente, del casco de la Administración,

hallábanse alzados los indígenas, armados algunos de ellos y en pie de guerra, aunque sin cometer desmanes, limitándose, solamente, a no permitir el acercamiento de ningún extraño al sitio de su concentración.

Como no había ocurrido ningún roce entre los indígenas y el personal de este doctorierno, ni existen antecedentes que permitieran entrever la causa a que obedecía el levantamiento de aquellos, el suscrito trató de indagar el origen del amotinamiento dirigiéndose al personal superior de la Reducción, el cual informó en forma ambigua y confusa. Fue por ello que resolví indagar personalmente entre los colonos aborígenes de la Reducción. Éstos, como asimismo el Oficial de policía indígena D. Juan Burgos, destacado en aquélla desde el mes de enero último, estuvieron contestes en manifestar que el descontento que dejaba traslucir la actitud de los indios, era única y exclusivamente, hacia La Reducción por no estar conformes con algunas de las cláusulas del Reglamento de Chacras, entre las que figuraban -y esto era el punto que más protestas levantaba- un descuento del 15% sobre el algodón cosechado, en concepto de arrendamiento, siete pesos de flete por cada tonelada en concepto de acarreo hasta Quitilipi, que era el doble que pagaban los criollos, tres kilos de rebaja por cada cien en calidad de merma, etc.

Debo manifestar a V.E. que, desde el primer momento, pude advertir, de parte del personal de la Reducción, una actitud un tanto enconada hacia los indios y que por sus manifestaciones se mostraban muy dis-

tantes de "evitar una masacre de mujeres y niños", como reza textualmente en uno de los telegramas de referencia.

Como no era de mi incumbencia dirimir la cuestión sobre la legalidad y justicia de las cláusulas resistidas, circunscribí mi acción a tratar de que los indígenas despusieran su actitud, si no agresiva, amenazadora, que ya había trascendido originando la consiguiente alarma entre los pobladores vecinos.

Con tal objeto intenté atraer hasta la Administración a los cabecillas del movimiento que se opusieron rotundamente a hacerlo, alegando que no querían entrar en ningún trato con los empleados de la Reducción y que, únicamente, aceptaban parlamentar con el Gobernador, pero que no llevemos los Winchester y siempre que no lo hiciere en la residencia de aquélla.

Fue entonces que el suscrito, desechando advertencias y precauciones, y con el fin de agotar todos los recursos a su alcance antes de asumir una actitud que pudiera resultar de lamentables consecuencias, no trepidé en concurrir al lugar del alzamiento, parlamentando con los levantiscos a quienes exhorté, cristianamente, a que volvieran al trabajo conminándolos a que se disolvieran y dándoles para ello un plazo prudencial dentro del cual, justo es consignarlo, cumplieron lo prometido, renaciendo la calma y la tranquilidad, entregando todas las armas que tenían, que no eran más que viejas escopetas atadas con alambre, que a altos precios, les venden los bolicheros inescrupulosos

para que puedan cazar algunos bichitos. Vi también algunos machetes desafilados y uno que otro facón. Así fue, Señor Ministro, como se produjo y como se sofocó el levantamiento de los indios de Napalpi.

Quizás el procedimiento del suscrito haya pecado de exceso de paciencia, o mejor dicho de serenidad y humanidad, pero para ello he tenido, como tuve siempre, razones de poder y peso, como lo son: las ideas del Excmo. Señor Presidente de la Nación, quien se ha manifestado partidario de la reconciliación y en la solución del problema indígena, y al no haber incurrido los indios en desmanes que pudieran justificar los resultados, siempre lamentables, de una represalia violenta; lo contraproducente que hubiera sido para la finalidad misma perseguida por la obra de reducción el hecho de que en sus mismos terrenos tuviera que apelarse a medios extremos; y por último la nefasta repercusión que para la prosperidad y progreso del territorio, hubiera sido una revuelta en los precisos momentos en que con más ahínco y entusiasmo se produce la afluencia de capitales y pobladores.

Por lo demás, debo manifestar al Sr. Ministro que el procedimiento fue seguido de cerca y atestiguado por varios funcionarios nacionales de responsabilidad, entre ellos el Inspector de Escuelas, Don Aníbal Solimano, el Jefe del Establecimiento de Agricultura, el Ingeniero Don Ricardo Massanti y muchos pobladores extranjeros, quienes hicieron pública su aprobación y así pues participaron los órganos periodísticos locales. En cam-

bio, los de la capital de la República, con versatilidad genuflexa, han tergiversado los hechos. Ahora al volver a tratar el tema no alcanzo a comprender tal actitud, que sólo puede atribuirse a actitudes capciosas, disolventes, suministradas por parte interesada, fundamentalmente de los socialistas que siempre le están buscando el pelo a la leche.

En lo que respecta a la versión propagada de que han sido incorporados al personal de esta policía como oficial y como vigilantes, cuatro de los indígenas sublevados, debo manifestar a V.E. que la misma carece en absoluto de fundamento y veracidad. Sabe el señor Ministro que este Doctoriemo no puede designar sin previa solicitud a V.E. a los oficiales de policía y, en cuanto a los vigilantes, ninguno de los ahudidos figura en la nómina del personal policial.

Lo que hubo, señor Ministro, y que tal vez haya dado margen a esa suposición antojadiza y ligera fue que el suscrito, considerando oportuno y conveniente explotar el ascendiente de algunos caciquillos sobre los indígenas, los revistió de una autoridad limitada y momentánea, de mentira nomás, bajo la custodia y jerarquía inmediata del personal policial titular, estratagema ésta que motiva el fin deseado, porque se la creen. Así fue que los indios de la localidad reanudaron sus tareas y que, los que habíanse congregado con ellos al calor del motín, retornaron a sus lugares respectivos en paz.

Por no demorar la remisión de este informe, prescindiendo por ahora de adjuntar la exposición que espontá-

neamente están haciendo en la actualidad los indígenas componentes de la comisión que fueran a ésa y que dierra pábulo a las publicaciones periódicas de referencia en el estimado telegrama de V.E. Tan pronto como den fin tendré el honor de elevar al conocimiento de V.E. esa exposición y, entonces, ha de ser dable al elevado criterio del Sr. Ministro apreciar la completa ratificación de este informe, al par que podrá notar los móviles verdaderos, inconfesables, que originaron la crítica de mi gestión, críticas que atentan contra la paz social y la integridad de la patria.

Saludo a V.E., con mi consideración más distinguida.¹³⁴

Fernando Centeno. Gobernador del Territorio Nacional del Chaco

¹³⁴ Fuente: Archivo General de la Provincia del Chaco. Copiadores de la Secretaría de la gobernación. Libro N° 63. (Iv. /1924-1925), Pp. 106-109.

XLII

Cielito, cielito, cielo
Cielito del tacuaral
Viva la cinta celeste
Y el partido radical¹³⁵

Desde Puerto Nuevo, donde arribó el vapor de la carrera, a las siete de la mañana, se va directamente al hotel Madrid, en la avenida de Mayo. Quiere descansar y cambiarse para estar listo para las dos de la tarde. Sale antes del mediodía para darse un gusto: un chocolate con vainillas, en el Café Tortoni¹³⁶.

A la una treinta de la tarde toma un mateo. Está emocionado; al llegar, se arregla el corbatón de lazo, se saca el chambergo y hace sonar el llamador de la puerta. Lo recibe una señora al servicio de la casa y se anuncia.

¹³⁵ Copla popular en los años '20.

¹³⁶ Nota del Autor: en el año 1858, un inmigrante francés, de apellido Tuan, inauguró el Café Tortoni, nombre que tomó de un establecimiento del *Boulevard des Italiens*. A fines del siglo XIX, el francés Celestino Curutchet lo compró. El local era y es visitado por artistas, poetas, pintores y músicos. El grupo «La Peña» utilizaba la bodega del subsuelo para sus reuniones. Con su música, arte y su atracción natural, de un clásico café porteño, pasó a ser actualmente un monumento a la historia de Buenos Aires. El Gran Café Tortoni, el café más antiguo de la Argentina, fue visitado por personalidades como: Alfonsina Storni, Benito Quinquela Martín, Carlos Gardel, Baldomero Fernández Moreno, Luigi Pirandello, Federico García Lorca, Arturo Rubinstein y muchos otros.

—Soy Juan Antonio Díaz, del Chaco, el doctor me está esperando.

—Ah sí, ya me dijo que iba a venir, pase, permitame su sombrero y tome asiento en la sala.

La sala es austera, en sus paredes cuelgan un retrato al óleo de San Martín, una fotografía de cuando asumió como presidente de la Nación, con bastón de mando, banda y galera; otra desde el balcón trasero de un vagón ferroviario en compañía del payador Gabino Ezeiza¹³⁷, aquel famoso negro, el personaje más popular de la época, gran improvisador, que llevó de ran-

¹³⁷ Nota del Autor: nació en San Telmo, el 3 de febrero de 1858, en la calle Azul N° 92, y vivió allí hasta su muerte, ocurrida el 12 de octubre de 1916. En el lugar, existe hoy una panadería, que lleva su nombre, «Don Gabino», en cuya entrada una placa de bronce lo recuerda. De ascendencia negra y cuna humilde, adquirió celebridad como payador. Fue autor de más de quinientas composiciones, que él mismo interpretaba. Sus virtudes y hazañas fueron famosas y frecuentes sus encuentros con otros payadores, en la lucha verbal del contrapunto. Ezeiza se enfrentó con José Betinotti, en 1902, en un circo que funcionaba en la intersección de las calles Venezuela y Maza, en el barrio de Boedo, en Buenos Aires. La justa terminó convirtiendo a Betinotti, que se iniciaba entonces en el arte popular, en discípulo de Gabino. Con anterioridad, en 1891, había sostenido, con Nemesio Trejo, una payada que resultó memorable, pues duró tres noches. Gabino Ezeiza tenía, al decir de Rodolfo Senet, «una aptitud estupenda, increíble, para hacer versos. Los improvisaba, así, en el momento, y como tenía un oído perfecto para la medida, la cadencia y la rima, le salían sonoros». Uno de sus contrapuntos más famosos lo sostuvo en Paysandú (Uruguay), con el mentado cantor oriental, Juan de Nava, al que rodeaba una aureola de prestigio, conquistada en muchos entreveros difíciles, de los que supo salir airoso. Ese encuentro fue presenciado por uno de los auditorios más numerosos que se recuerdan. Ante el estado adverso hacia él del público oriental, improvisó allí, la que sería, la célebre canción «Heroico Paysandú». Murió pobre, el mismo día que asumió Hipólito Yrigoyen, en 1916 su primera presidencia, cuando orillaba los 59 años.

cho en rancho y de pulpería en pulpería el credo radical¹³⁸. Se murió el mismo día de la asunción de la primera presidencia radical, en el año '16.

—¡El Correntino! —. Allí está él con sus brazos abiertos, “el Viejo”, como le decían cariñosamente sus partidarios. “El Peinado” como lo nombraban sus enemigos de afuera y de adentro de su propio partido. Con sus 72 años, todavía bien llevados, su simpatía innata, su traje negro con el saco abierto, largo, de la moda del '80, solapa angosta que deja ver la cadena de oro del reloj en el bolsillo izquierdo de su chaleco alto.

Su cara, con rasgos bien definidos, mirada penetrante con un aire melancólico, boca fina, cejas anchas, bien erguido y plan-

¹³⁸ Heroico Paysandú, yo te saludo,
hermano de la patria en que nació
tus triunfos y tus glorias ofrecerte
te canto de mi patria como aquí
yo guardo este recuerdo de mi patria
pegado en una brisa tu canción
el hijo del temblor de tu saliente
tu más grande y sublime inspiración
hermanos en las luchas y en las glorias
la mina de quien amo y su candor
con ecos nacionales de la historia
queriendo proclamarme vencedor.
Heroico Paysandú, yo te saludo,
la Troya y gloria americana por tener
saludo a este pueblo de valientes
y juro de los bravos treinta y tres.
Heroico Paysandú, yo te saludo,
hermano de la patria en que nació
tus triunfos y tus glorias ofrecerte
te canto de mi patria como aquí.

tado, bigote corto, ralo y en ángulo abierto que acentúa lo que hay de indígena en su rostro moreno.

Igualmente, Juan Antonio lo ve avejentado, en comparación con cómo lo recordaba de la última vez que lo vio, cuando fue invitado a la asunción del cargo del primer presidente argentino, elegido por el voto popular, secreto y obligatorio, que terminó con el predominio de los conservadores, del llamado "fraude patriótico", gracias a la ley del presidente Sáenz Peña.

—¡Don Hipólito! — exclama y se abrazan, fuertemente.

—¿Cuántos años, Juan?

—Ocho, doctor.

—¿Y tu pierna? —le pregunta, haciendo gala de su asombrosa memoria.

—La humedad, a veces, me hace recordar aquellos buenos tiempos.

—Años gloriosos para la República, Juan; hoy estoy rodeado de adulones y traidores —le contesta con tristeza y resignación.

—Vine especialmente para solicitarle que interceda ante el presidente Alvear, con el objeto de evitar una nueva sangría en el Chaco, como fue antes la de Las Palmas. En esta carta don Lynch Arribálzaga le explica todo.

—¿Cómo está Enrique? Se quedó en el Chaco nomás, un hombre tan valioso. El perito Moreno siempre me hablaba de él.

Corta el lateral del sobre introduciendo un cortapapeles de plata, despliega las diez hojas, se coloca sus anteojos de fino marco de metal blanco y comienza a leer.

Pasan más de veinte minutos y entra nuevamente la señora que le abrió la puerta a Juan.

—Disculpe doctor, están los del comité de Balbanera.

—Deciles que hoy no los puedo atender, que vengan otro día. Y acota —María, hoy no estoy para nadie.

—¿Para nadie?

—Para nadie. Ni siquiera para el doctor Alvear.

—Don Hipólito, yo... —, balbucea Juan, mientras se incorpora.

Hace un gesto con la mano, indicándole que no se preocupe y se sienta. Se saca los anteojos y los mantiene en su mano derecha, mientras queda pensativo por unos momentos, con las hojas apretadas en su puño izquierdo.

—¿Qué opinás de todo esto, Juan?

—Creo que si no se detiene a Centeno habrá una masacre.

—Nosotros, los radicales, tenemos el deber de defender la igualdad de todos los hombres, de todas las razas. Así como los pueblos son sagrados para los pueblos, los hombres son sagrados para los hombres. Soy consciente de que esto es consecuencia de los intereses que no comulgan con los de la patria. Los Tobas o los Mocovíes son mis hermanos, porque yo soy tan indio como ellos.

Don Hipólito Yrigoyen habla con preocupación. Se percibe la firmeza y la convicción de sus ideas. Gusta utilizar, como cierre, metáforas crípticas, por su formación krausista.

—Debemos tener la templanza de colocarnos entre columnas para que se haga realidad el damero en nuestro templo.

—¿Qué vamos a hacer con "los galeritas", que están traicionando nuestro ideario?

Se sonríe por el epíteto de los seguidores de Alvear.

—Es gente pobre, Juan. Sólo tienen dinero. El tiempo es un juez inexorable. La grandeza de la Unión Cívica Radical reside en escuchar al pueblo con un oído y a la conciencia con el otro. Por ello, primero luchamos por la abstención en la época del "fraude patriótico"; luego, con la revolución proseguimos con la intransigencia y en la hora de mi gobierno, por la democracia del pueblo. Lo que muchos no comprenden, Juan, es que la Unión Cívica es más que un partido político, es un movimiento nacional y en él convergen diversas posiciones políticas. Ello es correcto. Lo peor que le puede pasar a un pueblo es la uniformidad de las ideas que lo rigen. Pero tiene un límite. Ese límite es que nuestros objetivos no pueden alcanzarse por medios opuestos a sus fines o con el apoyo de las mismas causas que se propone extinguir. Yo sé quién es el pueblo. Nadie lo ha visto como yo, Juan.

De la posibilidad de su reelección, ninguna palabra.

Son las cinco de la tarde, ambos están en el comedor tomando mate cocido con masitas dulces caseras. Recuerdan las historias de los años de lucha en el llano. Algunas con alegría, otras con tristeza, por los que cayeron. La forma en que tuvo que sobrevivir Juan en Uruguayana, Brasil, cuando estuvo exiliado, después de la fracasada revolución de Rosario. La lealtad del teniente coronel Gregorio Pomar¹³⁹, entonces capitán, que

¹³⁹ El 21 de julio de 1931, en el Chaco, el mayor Álvarez Pereyra, el teniente Martín Carlos Martínez y numerosos civiles destituyeron al gobernador "de facto", Juan Mac Lean, nombrado por el dictador José Evaristo Uriburu, que había depuesto al presidente constitucional, Hipólito Yrigoyen. No lograron su objetivo: la revolución fracasó. El ex edecán del presidente, teniente coronel Gregorio Pomar, aquel capitán que no permitió la represión de la empresa

evitó mayor derramamiento de sangre en el levantamiento de los obreros de la compañía Las Palmas del Chaco Austral.

Se escuchan risas cuando recuerdan que Juan, con un grupo de correligionarios, evitó que se terminara antes de empezar la presidencia de don Hipólito. Luego de jurar ante el Congreso Nacional, una multitud entusiasta desenganchó los caballos del landó presidencial para tirarlos a mano: casi tumba y se mata el novel presidente.

Hablan de los negociados de Centeno y "su banda", como la llama el mismo don Hipólito, que está bien enterado de su accionar. Inclusive de la maniobra que produjo la renuncia del doctor Cabal para colocarlo, en su lugar, a su cuñado en la Secretaría de Economía del territorio.

Las Palmas del Chaco Austral, inició similares movimientos en Corrientes, a la espera del levantamiento de las guarniciones militares en todo el país. Gregorio Pomar intimó a la rendición al jefe del Regimiento 9 teniente coronel Lino Montiel, quien se negó a plegarse al movimiento. De acuerdo con algunas versiones, lo ultimó por su negativa. El resto de los oficiales y un grupo importante de civiles acompañaron la sublevación. Se destituyó al interventor de la dictadura, en la provincia de Corrientes, doctor Dell'Uro Maini. Se nombró gobernador al mayor Martínez Maroto, y denuciaron a otros miembros del gobierno. Sin embargo, las demás divisiones comprometidas en las provincias no se levantaron y determinaron el fracaso del movimiento. El gobernador de "facto" del territorio, Juan Mac Lean, cuyo nombre aún hoy lleva una avenida en Resistencia, fue restituido en el mando por el dictador Uriburu, dispuso el arresto y procesamiento de los civiles implicados, cuyos descendientes, aún, en su mayoría, son vecinos de Resistencia, entre ellos: Eusebio Taboada, Vicente Morales, Domingo Acosta, Alejandro Umansky, José Aique, Carlos Andrade, Bernardo Morínigo, Angel Max Romero, Blas Insaurralde, Rafael Buscarotti, Héctor Goyeneche, Enrique Schenck, Avelino Martínez, Miguel Noguera, Ramón Fernández Ruiz, Castor Flores Leyes, Francisco Pereno, José de la Sota, Eduardo Delovo, Solano Martínez, Julio A. Ruiz y Ernesto Zamudio. (Fuente: Fabio Javier Echandi).

Son las siete de la tarde y ya es de noche en el invierno de Buenos Aires. Han pasado cinco horas hablando.

—Juan, el fin de semana Torcuato viene a verme y, especialmente, le voy a recomendar su intervención en el conflicto. Sé que Centeno es hombre de él, como todos los unionistas de Santa Fe, pero no lo va a poder seguir sosteniendo.

Se levantan, se dan un fuerte y sostenido abrazo, como presintiendo que no se volverán a ver nunca más. La señora de la casa lo acompaña hasta la puerta. Juan se pone el poncho de vicuña sobre los hombros y el sombrero; saluda con una sonrisa a Elena, la hija del aquel hombre extraordinario de quien acaba de despedirse. Un mateo se detiene frente a él ofreciéndole el viaje. Le hace señas indicándole que no lo va a tomar. Prefiere caminar hacia su hotel.

XLIII

LOS INDIOS HAN VUELTO A COMETER DESMANES

Una familia asesinada

Alarma en varios pueblos del Ferrocarril Central Norte y del Santa Fe

La gobernación impartió instrucciones severas a la policía

Otra vez la mano alve del indio ha vuelto a cometer un horrendo crimen: ha destruido un hogar tranquilo y laborioso en plena campaña donde ha sido asesinada una entera familia.¹⁴⁰

—Fue cosa del Peludo¹⁴¹, sólo nos dejaron al Regimiento 9 de Caballería, que está en alerta, pero con órdenes de no intervenir. Al 5, 6 y 7 los trasladaron fuera del territorio. Nos tenemos que arreglar con la Policía Nacional y pagar nosotros el precio político.

—No se preocupe, gobernador, podemos reunir la cantidad de hombres necesarios —señala el jefe de policía.

—El presidente Alvear me va a escuchar, ya le mandé una carta privada al vicepresidente Elpidio González, para que me vaya preparando la cancha.

¹⁴⁰ Titular del diario *La Voz del Chaco*, julio de 1924.

¹⁴¹ Nota del Autor: epíteto peyorativo con que denominaban sus enemigos políticos, inclusive de su propio partido, al doctor Hipólito Yrigoyen.

Julio 6 de 1924

Señor Machado Comisaría Quitilipi:

Dígame señor que me aga el servicio que benga en mi casa si quieren venir con cinco soldados te a compañe yo tambien quiero hablar bien con usted mi Comisario.

Cuando benga te espero asta a las 10 o la doce cuando yo sea ustedes viniendo de lejo en mi casa intonce yo me voi solo para hablar bien con usted y mi gente yo ago distancia, quiero que hablar entre dos solito usted y yo puede ser te entego las armas si arreglamo bien y me conteste de esta cuando quieren venir.

Pedro Maidana

Persona Jefe¹²

¹² Nota de archivo, agregada a expediente administrativo, de la jefatura de Policía del Territorio Nacional del Chaco. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

XLV

Mambrú se fue a la guerra,
Din, din-din, din-din, din-din
Mambrú se fue a la guerra
No sé cuando vendrá
Ajajá, ajajá, ajajá
Vendrá para la Pascua,
Din, din, din, din,
Vendrá para la Pascua
por la Trinidad,
Ahí viene un pajarito,
Din, din, din, din,
Ahí viene un pajarito,
Qué nuevas me traerá,
Qué nuevas me traerá,
Las nuevas que me trae
Din, din, din, din,
Mambrú ha muerto ya
Ajajá, ajajá, ajajá.¹⁴³

—¡Facundo Gómez!

—¡Presente! —sale de la formación, se adelanta, se cuadra y firma la recepción de la carabina N° 3688, con ochenta proyectiles.

¹⁴³ Copla popular, infantil, de la época.

Formados en la Plaza de Armas de la Jefatura de policía, de piso de tierra, ochenta suboficiales y agentes están en formación y posición de firmes, acuartelados desde la noche anterior. Al lado del mástil, detrás de una mesa, está sentado el sargento escribiente Esteban Palacio, secundado por el cabo Alejandro Seisdedos. Ha comenzado la entrega del armamento y de las municiones. Deben estar listos para ir mañana, 18 de julio, a la estación del Ferrocarril Central Norte.

—¡Cabo Macario Scrón!

—¡Presente! —repite el ritual del anterior y firma el recibo: carabina N° 7403, cien proyectiles.

—Cabo José Esquivel.

—¡Presente! —.Recibo: carabina N° 7168, con cincuenta proyectiles.

—Cabo Secundino Yedro.

—¡Presente! —.Recibo carabina N° 2718, cien proyectiles.

—Cabo Joaquín Sánchez.

—¡Presente! —.Recibo carabina 8346, cien municiones.

—Agente Francisco Godoy.

—¡Presente, mi sargento! —.Se acerca a la mesa, dibuja una equis, a modo de firma, sobre el recibo y le entregan la carabina N° 6833 y una caja con cien municiones.

—Agente Urbano Alegre.

—¡Presente, mi sargento! —.Firma dibujando su nombre y recibe la carabina N° 9639 y una caja con cien municiones.

—Agente Victorio Lugo.

—¡Presente! —.Se dirige a la mesa, se cuadra, hace la venia y firma el recibo: carabina N° 8923, caja de cien municiones.

—Agente Francisco Toledo.

—¡Presente! —.Recibo: carabina número de serie 7495, caja con cien municiones.

—Agente Ricardo Tórtola.

—¡Presente, mi sargento! —.Recibo: carabina número de serie 1213, cien municiones.

—Suboficial Carlos Toro.

Nadie contesta.

—¡Suboficial Carlos Toro! —repite el cabo Alejandro Seisdedos.

La Plaza de Armas está expectante.

—¡Presente! —recién se anima a contestar Toro, con voz aflautada y aguda, provocando la carcajada de toda la tropa que estaba esperando la contestación para burlarse.

—¡Silencio! —ordena Seisdedos, mientras se le dibuja también una sonrisa.

—Firmá acá, Toro —le dice el sargento Palacio, señalándole el recibo de entrega de la carabina número de serie 7188 y caja conteniendo cien municiones¹⁴⁴.

—Agente Florencio Caballero.

—¡Presente, mi sargento!

Así, de ese modo, por más de dos horas, se entregan las carabinas y las municiones.

—Avisá al jefe que terminamos —le dice Palacio a Seisdedos.

—A la orden, mi sargento.

¹⁴⁴ Nota del Autor: los nombres, números de carabinas, cantidad de proyectiles entregados a cada personal policial, coinciden con lo transcripto. Están mencionados en el expediente administrativo de la Jefatura Nacional de Territorios. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

Momentos más tarde, aparece debajo de la arcada mayor de la galería que rodea la Plaza de Armas, frente a la tropa, el jefe de policía Diego Ulibarri secundado por el comisario de órdenes, Roberto Sáenz Loza.

El jefe recorre con su mirada toda la formación. Expande sus pectorales y con voz altisonante dice:

—Camaradas, somos los depositarios de los altos intereses de la Nación en este territorio. Los he convocado para el más alto honor al que puede aspirar un argentino: defender a su patria.

Toma aire y prosigue:

—Los salvajes que nos acosan no son cristianos, ni hijos de Dios. Reniegan de nuestro Creador y atentan contra nuestros hogares. Se han sublevado para saquear Quitilipi. Si no les hacemos frente, invadirán Sáenz Peña. Si siguen sus correrías, impunemente, llegarán hasta las puertas de Resistencia. Aquí, violarán a nuestras mujeres y asesinarán a nuestros hijos. A las que no corran esa desgraciada suerte las llevarán como cautivas a la toldería para abusar de ellas.

Aspira nuevamente.

—Son influenciados por los maximalistas que quieren teñir nuestra santa bandera azul y blanca con el rojo sangre de los disociantes. Felizmente, interceptamos un cargamento de armas y municiones que los anarcós sindicalistas de Las Palmas les habían enviado. ¡Pero no sabemos si les han llegado otros más! Confío plenamente en mis hombres. ¡Le daremos el escarmiento que se merecen! Oficiales, suboficiales y agentes, la posteridad recordará por siempre este mes de julio de 1924, ¡Viva la Patria!

—¡Viva! —repite toda la tropa.

—Che, ¿y la bendición? —pregunta el jefe a Sáenz Loza.

—Francisco Azar se negó.

—¡Cómo que se negó!... ¿Por qué?

—Me dijo que no iba a bendecir a la tropa. Me dio la espalda, el muy hijo de puta, y me pidió que me retire de la casa de Dios. A mí no me sorprende la actitud de ese curita.

—¡Otro rojo!



Hace frío a las seis de la mañana de este 18 de julio. La neblina producida por la escarcha que cayó la noche anterior se hace más espesa aún al mezclarse con el vapor de la locomotora inglesa, en stand by, en la estación del Ferrocarril Central Norte Argentino.

Los pasajeros de los coches de primera y segunda miran, sorprendidos, el despliegue de las tropas, cuya partida "al teatro de operaciones" está anunciada en la portada del diario *La Voz del Chaco*, de hoy.

Ocupan todo el andén, formados en tres filas, en posición de descanso, con sus pertrechos completos, sus carabinas con la culata apoyada en el suelo y recostadas sobre las mochilas de campaña.

Al frente de ellos, con las piernas abiertas, apoyando ambas manos sobre la empuñadura de su largo sable, mirando a la tropa, ansioso por el retraso, se muerde el labio superior derecho el comisario de órdenes.

Falta media hora para la partida y se están retrasando en enganchar los dos vagones de tercera clase para la tropa y los dos vagones de carga. Estos últimos para los caballos y pertrechos.

—¿A qué hora llegarán a la estación de Napalpí? —pregunta el jefe de policía Diego Ulibarrie al hermano de la señora del gobernador, el comisario Jorge Balardi.

—Seis horas, más o menos, me dijo el jefe de estación.



La caballada se está inquietando por los continuos resoplidos que la locomotora despide a medida que va elevando la presión de su caldera. A las seis y treinta, se escucha la campana de la estación anunciando la partida. Bajan las rampas de los vagones de carga, suben los caballos y cargan los pertrechos.

Sáenz Loza hace una seña, casi imperceptible, al oficial Gregorio Barrera Silva. Éste se cuadra y grita:

—¡Atencióón, personal, firmes!, ¡dereecha! Primera línea, a la primera puerta del tercer vagón; segunda línea, a la segunda puerta del tercer vagón; tercera línea, a la primera puerta del cuarto vagón y cuarta línea, a la segunda puerta del cuarto vagón.

Sáenz Loza camina hacia la caballada que está siendo subida al primer vagón de carga, en dirección a su yegua, la Mora. Apartada del resto, está siendo cuidada por el oficial Manuel Landriel. Le acaricia el hocico y dirigiéndose a su subordinado, le ordena:

—Viajá con ella, hacéle un lugar en el último vagón con los abastecimientos. Cargá un fardo de alfalfa y llevá un barril con agua. Te hago responsable de su seguridad.

—Sí, mi comisario de órdenes — responde nervioso y en posición de firme.

A las siete de la mañana, con media hora de retraso, suena el silbato de la locomotora, se balancean para adelante y para atrás todos los vagones y se pone en movimiento el convoy. En ese momento, se escuchan los sonos marciales de la banda municipal, que despide a la tropa.

Hacen escala en las estaciones de los pueblos forestales de Puerto Tirol y Makallé. Ven mucho movimiento cuando pasan por la fábrica de tanino de La Escondida, cruzan la pequeña estación de Presidencia de La Plaza, y después del mediodía, llegan al kilómetro 148, a la estación de Napalpí. Ésta posee, solamente, la vivienda del guarda señales y un tanque de agua, para abastecer a las locomotoras. Queda a una legua de la administración de la reducción, del mismo nombre.

Al costado de las vías, están en formación de firmes cuarenta policías, diez caballos y, frente a ellos, el comisario de Quitilipi. Se abren las puertas de los vagones de carga. Inmediatamente, comienza a bajar la caballada. Seis indígenas, vestidos con ropa de criollos, descargan los pertrechos subiéndolos a dos carretones, tirados de dos caballos cada uno.

El primero en bajarse del vagón de pasajeros es Roberto Sáenz Loza, y es recibido por el comisario de Quitilipi.

—La tropa está lista y sin novedades, ¿cuántos hombres trajiste?

—Ochenta, y treinta montados.

—Tenemos entonces ciento veinte hombres, entre oficiales, suboficiales y agentes. Además, diez civiles y seis bomberos⁴⁴⁵ indígenas.

—¿De dónde los sacaste?, no creía que íbamos a llegar a tantos.

—El oficial Cicole, de Sáenz Peña, se trajo cinco agentes; el sargento Alejandro Verón, que vos conocés, vino con dos cabos

⁴⁴⁵ Nota del Autor: así se los denominaba a los indígenas, colaboracionistas, encubiertos, de los cuerpos de seguridad...

y trece agentes, de Machagay. Está el comisario Larré. El oficial Gómez, con cinco agentes, se vino de Presidencia de la Plaza y completó el sargento Zárate, al mando de catorce agentes¹⁴⁶.

—¿A cuánto estamos de la indiada?

—Dos leguas, hasta el Aguará.

—Vamos a darle de comer a la tropa, porque hasta mañana, al mediodía, no van a probar bocado.

—Desistí de carnear a las vaquillonas que teníamos, porque los indios bomberos me previnieron que si hacíamos un asado, el humo y el olor nos iban a delatar.

—Está bien, ¿qué les damos entonces?

—Ayer, hice traer de Sáenz Peña suficiente pan galleta, picadillo y bochas de mortadela Anglo, como para dos días.

—¡Chel, pero ¿y nosotros, los oficiales? —bajando el tono en confianza y acercándose a su anfitrión.

—Quedate tranquilo, Roberto, que en el rancho de los Miranda nos esperan con un asado a la estaca y diez damajuanas de vino.

—¡Cabo Silva, tráigame a la Mora!

—¡A la orden, mi comisario de órdenes!

¹⁴⁶ Nota del Autor: los nombres del personal policial y el número de hombres que trajeron al mando cada uno coinciden con los que figuran en el expediente administrativo de la Jefatura Nacional de Territorios. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

XLVII

—A la tardecita, vamos a mandar una partida de exploración con cinco montados y cuando baje el sol comenzaremos la marcha —ordena Sáenz Loza.

A las seis de la tarde, salen el oficial Pedro Kaminsky con el sargento Alejandro Verón, el suboficial Carlos Toro, los agentes Felipe Villalba, Francisco Godoy, Alvin Medina y Victoriano González, precedidos, a pie, por los exploradores indígenas José y Juan Euclides.

A las siete y media de la tarde, comienzan a ponerse en marcha ciento veinticinco hombres, cien policías y quince colonos, amparados por la incipiente oscuridad del atardecer. Encabeza la columna, como un pretor romano, montado en la Mora, Roberto Sáenz Loza. Cierran la marcha los dos carretones, con abastecimientos, conducidos por tres indígenas cada uno.

A las once de la noche, los alcanza el sargento Alejandro Verón.

—¡Parte para el comisario de órdenes, Sáenz Loza!

Éste levanta su brazo derecho en señal de detención de la columna. Todos se bajan de sus montados y la tropa de a pie se sienta a descansar luego de cuatro horas de caminata.

Uno de los indios del primer carretón se acerca corriendo con un candil y una manta grande de lana para que se sienten los jefes.

Alejandro Verón saca desde adentro de su casaca un mapa enrollado y lo extiende sobre la manta.

—Mi comisario, la indiada no se ha movido del Aguará. Está en el medio de un descampado, rodeada de estos montes y pastizales —le señala con el dedo índice.

—¿Cuántos hay?

—El suboficial Toro se acercó gateando, y dijo que hay más de ochocientos, entre tobas, mocovíes y también criollos.

—¿Criollos?

—Sí, pareciera que hacheros, porque de vez en cuando se escucha un sapucay.

—¿Han advertido nuestra llegada?

—No, porque están bailando y dándole a la aloja⁴⁷.

—A qué distancia está de la toldería el monte que rodea el descampado.

—Y serán unos trescientos metros, mi comisario.

—¿Cuánto nos falta para llegar allí?

—De a pie, unas dos horas.

—Bien, salgamos de la picada grande. Que queden los carretones con dos centinelas, y el resto sin montar. Ordene prohibición de hablar. Silva, llévame a la Mora.

⁴⁷ Nota del Autor: bebida indígena realizada de la maceración de las chauchas del árbol de la algarroba.

XLVIII

La noche está sin luna. Al aparecer la primera estrella comienza la percusión de los timbales de agua⁴⁸, el agudo sonido del novike⁴⁹ y el frenético ritmo de los tegetes⁵⁰. Se prenden los leños de la gran pira y comienzan a danzar rítmicamente en círculo, mientras cantan con los brazos entrelazados por la cintura, dando vueltas, hacia la derecha y hacia la izquierda.

Los mayores miran con satisfacción y se ve a las ancianas con risitas pícaras cuando las parejas comienzan a ubicarse, espalda con espalda, frotando sus glúteos cada vez más frenéticamente.

José y Renohi bailan con ternura y pasión. Ella lo hace con sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos. Están llegando al ntonaxat⁵¹. Ambos se dan vuelta y se acarician los cabellos, tomando pequeños sorbos de aloja que le alcanzan las ancianas.

Pedro Maidana y Juan Machado están sentados, juntos, más allá sus esposas y la madre del primero. Se los ve alegres y distendidos, disfrutando al ver tan felices a sus hijos, después

⁴⁸ Nota del Autor: tipo de tambor, cuyo cuerpo está realizado en barro, cubierto con cuero tensado. En su interior se coloca la cantidad de agua, según el sonido, más grave o más agudo, que se quiere obtener.

⁴⁹ Nota del Autor: instrumento, similar a un violín, con clavija, para ajustar las cuerdas de cerda de caballos, que se hacen sonar con un arco.

⁵⁰ Nota del Autor: sonajero, hecho generalmente de cañabaza o porongo, en cuyo interior se colocan distintos tipos de semillas, que al agitarse con la mano, produce un sonido característico.

⁵¹ Éxtasis.

de meses de penurias. Saben que no sólo se va a formar una nueva pareja, sino que también se van a entrelazar los dos Pueblos.

Pasan las horas, hasta que el Pi'oxonaq Dionisio anuncia que ha salido el lucero de la madrugada¹⁵². Las pocas parejas que todavía están cesan de bailar. La música se llena de silencios. José toma de la mano a Renohi¹⁵³. Se miran a los ojos y comienzan a caminar, pasando por altos pajonales, hasta detenerse en un claro, que había preparado él la mañana anterior. Allí está su lecho nupcial. Con hojas secas, abajo de una estera, con una orquídea cuyo tallo introdujo en una esponja silvestre humedecida, para mantenerla viva.

A la derecha de la estera, una pequeña tinaja con lací y kalo¹⁵⁴ inunda con su perfume el ambiente. Al pie del lecho, prolijamente doblada, está la manta de vivos colores que la abuela de José le ha tejido para la ocasión.

Se paran en el medio de la estera, se toman de las manos, juntan sus cuerpos. Pequeños besos comienzan a repetirse, en los rostros de ambos. Sin soltarse de las manos, se ponen de rodillas, se acuestan; él, hace un movimiento nervioso, para colocarse arriba de ella, entre sus piernas. Renohi lo detiene, con ternura. Cuando él está a punto de hablarle, le pone su dedo índice, cruzando sus labios, en señal de silencio. Apenas lo empuja para que se acueste a su lado, boca arriba. Le pone dos

¹⁵² Nota del Autor: se lo denominaba al planeta Venus, que en el hemisferio sur, se destaca de otros astros por su brillo.

¹⁵³ Nota del Autor: significa, en lengua Mocoquí: "La que echa flores".

¹⁵⁴ Nota del Autor: hierbas aromáticas silvestres, que crecen en el monte chaqueño.

hojas, tapándole los ojos, se cubre con la manta y comienza a acariciarlo. Lo besa lentamente, dándole pequeños mordiscos.

Él intenta acariciarla, pero ella, delicadamente, le pone los brazos a los lados del cuerpo, mientras comienza a untarlo con miel. A medida que van bajando sus manos, su lengua va sorbiendo la miel de la piel de su amado. José gime de placer.

De pronto, se siente un estruendo. Instintivamente, José salta, poniéndose de pie con el cuchillo en la mano derecha, en posición defensiva.

A las dos de la mañana, hace frío. Toda la noche ha estado cayendo la helada y los pastizales están cubiertos de escarcha. La columna principal se encuentra con la avanzada del oficial Pedro Kaminsky. La tropa se despliega en semicírculos, protegida por los altos pastizales, rodeando por el norte la toldería y tomando posiciones. Los caballos quedan trescientos metros más atrás.

Una hora después, se siente el rigor del frío. Los únicos que tienen capotes son los oficiales.

—Mi comisario de órdenes, permiso para hablar.

—Diga nomás, Kaminsky.

—La tropa está con frío. A ninguno de ellos le proveyeron de capote.

—Están todos achuchados¹⁵⁵, parecen mujercitas. Ordene al sargento Herrera que con cinco hombres retrocedan hasta donde están los carretones, y se traigan las cajas de ginebra para los oficiales y la caña para los suboficiales y agentes. Que sólo se le entregue una garrafa a cada dos; sino, no sólo se les va a calentar el cuerpo, sino también la cabeza para mañana. Cuatro galletas y una bola de mortadela¹⁵⁶, también, cada dos hombres.

¹⁵⁵ Nota del Autor: término que se utiliza popularmente para graficar que se está "temblando de frío".

¹⁵⁶ Nota del Autor: fiambre prensado, realizado a base de carne de caballo.

En la toldería todo es silencio, al principio se escuchan los ladridos de los perros, pero después de un rato sólo silencio y alguna luz que aparece y desaparece por algún fogón que se apaga.

—Ahora sí es otra cosa, me estaba cagando de frío —confiesa a sus compañeros Carlos Toro, mientras le da al pico de las garrafas de caña y corta con el marcagallo la bola de mortadela. No habían comido nada desde el mediodía anterior.

—¿Cómo está la cosa, Kaminsky? —pregunta Sáenz Loza.

—Tuvimos dos bajas. Se les metieron unas espinas de vinal¹⁵⁷, a uno en el hombro y a otro en un brazo, así que tuvimos que evacuarlos a Quitilipi. Por lo demás, a las doce llegó a la estación Napalpí un telegrama de Resistencia. Estiman que si no hay neblina para las 7 de la mañana saldrá el avión "Resistencia II" para hacer, previo al ataque, un reconocimiento aéreo.

—Anteayer, estuvimos en la casa de gobierno, con el piloto Emilio Esquivel y el inglés Juan Browis. Le instalaron un sostén, para una ametralladora, del padre del gringo, que se trajo de la gran guerra. Nos van a informar el estado de situación, arrojándonos mensajes atados a piedras.

¹⁵⁷ Nota del Autor: pequeño árbol, que posee en sus ramas grandes y afiladas espinas. Crece en las provincias del Chaco, Formosa, Santiago del Estero, Salta y Jujuy.

La represión del vandalaje indígena.
Las comisiones policiales —concentración de fuerzas— En víspera de una acción decisiva.
Hoy saldrá con el "Resistencia II" el piloto Esquivel.
Lo infundado de muchas noticias comprueba la exageración de las versiones.¹⁵⁸

A las siete de la mañana, empieza a salir el sol, la helada comienza a levantarse y baja una densa neblina, que impide la visión a veinte metros.

—Esto nos jode, porque el avión no va a salir.

—Vamos a tener que esperar.

A las nueve de la mañana, la neblina comienza a disiparse y se pueden observar en la toldería movimientos borrosos. En ese momento, se escucha un ronroneo que se hace cada vez más fuerte. De pronto, desde el sur, por detrás de la toldería y en dirección a la tropa, casi al ras de las copas de los árboles, aparece el Curtis.

¹⁵⁸ Titular del diario *La Voz del Chaco* del 19 de julio del año 1924.



LI

La risa divertida de Renohi lo hace reaccionar. Mira hacia atrás y ve a unas charatas levantando vuelo. La risa se transforma en carcajadas de los dos, se abrazan y permanecen así un instante.

Pero un sordo ruido lejano comienza a acercarse, intensificándose sobre las copas de los árboles. Miran hacia arriba y ven una gran ave que vuela sin mover sus dos alas superpuestas, dentro de la cual se distingue a dos hombres.

El gran pájaro vuela, más allá del monte, y regresa trazando un amplio círculo. Pasa otra vez sobre ellos. Sienten dos explosiones en dirección a la toldería. Se miran paralizados, tratando de comprender lo que está sucediendo. Reaccionan. Corren, tomados de la mano, hacia las columnas de humo negro que comienzan a elevarse. Ya oyen gritos de dolor y desesperación.

Se cruzan con mujeres que llevan sus hijos quemados en los brazos. Hombres y ancianos con sus cuerpos chamuscados. Las llamas salen de los toldos en medio de una confusión total. De frente, en dirección a ellos, viene caminando, tambaleándose, el Pi'oxonaq Dionisio, con la mirada perdida.

—¿Qué pasa, Santo?! —pregunta a los gritos José.

—La muerte negra está cayendo del cielo.

Al sobrevolar a la tropa, las alas del Curtis se inclinan de un lado para el otro, a modo de saludo. Sigue elevándose y desde el norte da media vuelta, bajando casi en picada sobre la toldería. El copiloto arroja unos objetos que al llegar al suelo revientan e incendian todo a su alrededor.

Hombres y mujeres corren convertidos en una tea viviente. La tropa se detiene a ver el horror. En el siguiente sobrevuelo se escucha el tableteo de la ametralladora del avión, al que le sigue un grito de alegría de los policías.

Alineados, con las rodillas en tierra, los uniformados escuchan la orden de Sáenz Loza:

—¡Disparen a discreción!

El ruido es infernal. Ciento veinte fusiles están disparando, al mismo tiempo.

El avión arroja el primer mensaje, con una piedra que casi le rompe la cabeza al sargento Palacio: "Se están escapando por el este", indica.

—¡Kaminsky!

—¡Ordene, mi comisario!

—Lleve veinte hombres montados y córteles la huída por el este.

La tropa sigue tirando hacia el monte.

El estruendo parece congelar el tiempo. No se sabe cuánto ha pasado desde la primera descarga.

—¡Alto el fuego! —ordena Sáenz Loza.

—¡Alto el fuego, carajo! —repite— ¡Están tan mamados que ni siquiera escuchan las órdenes! No se dan cuenta de que están tirando al boleo. Así, nos vamos a quedar sin municiones enseguida.

El ruido del motor del avión se aleja. Sólo se escucha el inconfundible estruendo de los Máuser, por el este, de la partida al mando de Kaminsky.

Nada se mueve. A Sáenz Loza no le gusta esta quietud. De boca en boca, transmite la orden:

—Calen bayonetas, estén atentos y prohibición de hablar.

No ha terminado la frase y se escuchan gritos, mezcla de coraje y desesperación, que salen del humo y la neblina. Enseguida comienzan a distinguirse, corriendo, primero diez, luego veinte, cincuenta y más hombres, mujeres con sus pechos al aire y niños, que recién han llegado a la pubertad, blandiendo sus lanzas, algunos con machetes, hachas; otros con sus arcos con las flechas listas para ser lanzadas, más atrás, revoleando sus macanas, y la mayoría de ellos, con palos que agitan al aire.

—Formación de tiradores —grita Sáenz Loza.

Alinea dos bloques, de dos filas, de quince hombres, cada una. La primera, rodilla en tierra. La segunda, parados, detrás de la primera. Mientras tanto, el resto de la tropa comienza a disparar a discreción.

A trescientos metros, se aproximan los atacantes

—¡Primera fila! ¡Apunten, fuego y carguen! ¡Segunda fila! ¡Apunten, fuego y carguen!

A doscientos metros, se aproximan los atacantes.

—¡Primera fila! ¡Apunten, fuego y carguen! ¡Segunda fila! ¡Apunten, fuego y carguen!

A ciento cincuenta metros, se aproximan los atacantes.
—¡Primera fila! ¡Apunten, fuego y carguen! ¡Segunda fila! ¡Apunten, fuego y carguen!

A cien metros, se aproximan los atacantes.
—¡Primera fila! ¡Apunten, fuego y carguen! ¡Segunda fila! ¡Apunten, fuego y carguen!

—¡Alto el fuego!, ¡avancen con bayoneta calada!

El panorama es desolador. En el pajonal, yacen más de noventa cuerpos. Aquí y allá, algunas lanzas clavadas en la tierra, que nunca llegaron a destino, las flechas todavía sostenidas en los arcos. Algunos de los cuerpos se mueven.

Uno de los que había llegado más cerca de la tropa, cubierto de sangre y heridas, logra incorporarse. Da un grito, que retumba en todo el Aguará. Un disparo de Máuser le revienta el pecho, lo levanta en el aire y cae a dos metros, de espalda, sin vida.

El suboficial Carlos Toro se acerca al que está caído, agonizando frente a él. Se retuerce de dolor, sosteniéndose sus tripas con las manos. Desenvaina su marcagallo¹²⁹, lo agarra de los cabellos por atrás, le pone una bota en la espalda, para trabarlo, y lo degüella lentamente, cortándole la garganta hasta la mitad.

En esto, Toro es experto. Se regocija siempre, al ver cómo su víctima se ahoga con su propia sangre, que le sale a borbotones del cuello y de la boca. Siempre hasta ahí nomás, cortaba Toro. Decían que era por resentimiento, contra aquellos que tenían la voz potente y no aflautada como él.

¹²⁹ Nota del Autor: arma reglamentaria de la policía de territorios. Era un sable corto, con empuñadura y vaina, del largo de un machete.

Los heridos que tienen suerte son rematados por el Smith Wesson de los oficiales, le siguen aquéllos a los que se les hunde el marcagallo en el corazón. Los demás son degollados y sus cabezas ruedan, algunas todavía con los ojos abiertos, sin que importe si se trata de hombres, mujeres o niños.

Cincuenta policías avanzan, hasta cien metros antes de la toldería que sigue ardiendo. Los demás quedan en formación de combate a la retaguardia. Por el flanco izquierdo y por el derecho dos partidas de veinte hombres cada una, montados, permanecen atentas.

Kaminsky, de regreso de su incursión por el este, se acerca al galope donde está Sáenz Loza

—Misión cumplida, mi comisario de órdenes.

—¿Cómo estamos de municiones?

—Se han disparado todas.

—Pero, ¿no teníamos una reserva de cinco mil? —pregunta preocupado.

Un niño, de no más de diez años, desnudo, sale del monte agitando un palo en su mano derecha, con un penacho de plumas atadas en el extremo superior.

—iNemanataxaic¹⁶⁰, n'aco!¹⁶¹, inemanataxaic, n'aco!

—¿Qué dice? —pregunta Sáenz Loza.

—¡Que venga un bombero! —grita Kaminsky.

Corriendo presuroso se acerca uno de ellos con su sombrero en la mano.

¹⁶⁰ Traducción: "¡Queremos la paz!", en lengua Mocoivi.

¹⁶¹ Traducción: "parón", en lengua Mocoivi.

—Piden paz, mi jefecito, piden parlamentar.

—Justo a tiempo, mejor no podía ser. Pongan las carabinas con el caño para arriba, para que entiendan que aceptamos una tregua.

Al ver ese gesto, Maidana y Machado salen del monte rodados de sus hijos, sus mujeres y las ancianas. Maidana está herido en su brazo derecho. Machado sangra por la nariz y renguea de una pierna. Las mujeres los cubren con sus cuerpos.

—Tenga cuidado, mi comisario de órdenes, que éstos no son de fiar.

—Quedate tranquilo, que le vuelo la cabeza de un sablazo al menor movimiento sospechoso.

—Jefe —le habla en castellano, Maidana— no queremos que nos maten más, queremos que nos deje ir y no más pelea.

Sáenz Loza lo mira, se muerde el labio superior derecho y le contesta:

—A mí no me pongas condiciones. Entreguen las armas. Que todos salgan de sus guaridas y se pongan en fila en ese descampado para curarlos y ser trasladados.

Empiezan a salir hombres, mujeres con sus bebés quemados en sus caras y piernitas, más allá ancianos que se arrastran, sin poder sostenerse con sus pies, apenas con sus manos. Otros, con sus cuerpos humeantes por el alquitrán encendido, arrojado desde el Curtis, hacen sentir sus lamentos. Los pocos que están flesos levantan los brazos en alto.

Kaminsky saca su reloj de bolsillo. Son las once y media de la mañana. En menos de tres horas han ganado la "batalla".

Hacen sentar a todos los prisioneros en varias filas. Los apartan a Maidana, Machado y a sus hijos.

Los gritos de los heridos se van silenciando a medida que los degüellan.

Se escucha una explosión y aparecen altas llamaradas. Se incendian los pocos toldos que aún quedan en pie.

Apartan a las mujeres y a todo niño no mayor de diez años.

—Kaminsky, ¿cuántas son las bajas enemigas? —pregunta Sáenz Loza.

—En la toldería encontramos trescientos veinte muertos y catorce heridos. En el descampado, noventa y ocho. Prisioneros hombres, ciento cincuenta; cuarenta y cinco chinas y ancianas y treinta y ocho gurises. En la incursión por el este, cincuenta bajas enemigas.

—¡Kaminsky!

—Ordene, mi comisario de órdenes.

—Que aten a todos los prisioneros.

—No tenemos con qué.

—¿Cómo que no tienen con qué?, ¿y las sogas que trajeron los carretones?

—Se ocuparon para llevar el ganado y los yeguarizos de los indios.

—Y para qué está el alambrado de los potreros.

—Pero, es alambre de púas.

—¿Y...querés terciopelo?

—Cabo Facundo Fernández, vaya con Florencio Caballero y Carlos Toro y traigan todo el alambrado de los potreros.

Media hora después, aparecen con los rollos del alambre, envuelto con trapos para que no los perforen las púas. El sub-

oficial Carlos Toro trae su mano derecha envuelta con un trapo teñido con sangre.

—Y a ése qué le pasó —, pregunta Sáenz Loza.

—Se hincó con las púas —le responde el cabo Facundo Fernández.

—¡Pero hay que ser pavo!, llevate diez hombres y atalos a todos.

—¿A todos?

—Sí, a todos ¿o no entendiste?

El cabo se cuadra, hace la venia y sale corriendo para seleccionar a los diez hombres. Les hace vendar a todos ambas manos para que no se lastimen, como Toro. Primero, atan por las muñecas a los hombres a los que les ordenan poner los brazos detrás de la espalda. A cada vuelta, las púas se hunden en la carne. Luego, les toca el turno a las mujeres.

Kaminsky ve cómo el pasto donde están sentados los prisioneros se empieza a teñir de rojo. Cuando terminan van hacia donde están los niños. Comienzan los llantos lastimosos y los movimientos de los padres y las madres, que quieren levantarse para proteger a sus hijos.

—¡A los chicos no, cabo! —ordena Kaminsky.

—Pero las órdenes del comisario...

—Pero, ¿qué quiere?, ¿que se nos rebelen todos los prisioneros? Átelos por el cuello, pero flojito para que no se le claven las púas, a todos en fila, paraditos; si no, no van a servir.

Paran a todos los niños y comienzan a rodearles el cuello con el alambre, a una distancia de cuarenta centímetros, aproximadamente, uno de otro. Todos están llorando, la mayoría tiemblan; muchos se hacen encima.

—¡Suboficial Toro... suboficial Toro!, ¿dónde carajo se metió Toro?

—Degollando en la toldería, mi comisario de órdenes —, le responde Kaminsky.

—Llamalo urgente.

Momentos después, aparece caminando, transpirado, con el marcagallo ensangrentado, que intenta limpiar pasando la hoja por el pasto.

—Suboficial Carlos Toro, a sus órdenes, mi comisario — se presenta.

—Vení, que te quiero hablar —lo acerca poniéndole una mano sobre el hombro, mientras le habla en voz baja.

—Enseguida, mi Comisario de órdenes —. Toro llama a cinco agentes, que lo acompañan hacia el monte. A la media hora, vuelven y se llevan a Maidana, Machado, los hijos de ambos, y a Dionisio Gómez, moribundo. En total son nueve. Los ponen en el frente de la toldería, boca abajo.

Los demás prisioneros se dan cuenta, horrorizados, de lo que están por hacer con las grandes estacas extraídas del monte cuyas puntas siguen afilando con los marcagallós.

Tres prisioneros se levantan, corren con las muñecas atadas, seguidos por dos mujeres y una anciana hacia donde sus jefes y sus hijos están acostados. Suenan seis disparos, y caen al suelo, muertos.

Entonces, comienza el empalamiento introduciendo las estacas por el ano, ochenta centímetros a cada uno. A Maidana le introducen más de un metro. La punta le sale a la altura de la boca del estómago.

Los alaridos de dolor se escuchan hasta a una legua de distancia. Los paran sobre esas estacas. Colocan postes detrás de cada cuerpo para que no se caigan. Los atan de los brazos contra otro poste. Empalados y crucificados, se mueven como marionetas. Cuando se van aquietando, pero aún vivos, comienzan a caparlos, uno a uno. Por último, les cortan las orejas.

La tropa mira.

—¡Se! ¡Se!¹⁶² —, el grito surge entre los pajonales, desde el oeste del monte.

Rinohi viene corriendo hacia la estaca que sostiene a su amado. Al llegar donde José todavía se mueve, catalépticamente, comienza a besar sus pies y a acariciarlo. Esto parece mitigar su sufrimiento, cierra sus ojos y queda inmóvil.

Toro se acerca. Ella, de rodillas, se abraza a sus botas y le suplica:

—Patrón téngame a mí pero sáquelo de ahí a mi José —le ruega una y otra vez— ¡Patrón, patrón, no lo deje ahí a mi José!

Toro la mira con desprecio y omnipotencia. La agarra de los cabellos y la lleva arrastrando al monte. Primero la desflora, con la empuñadura de su marcagallo, seguidamente la somete. Media hora después, la degüella, hasta la mitad del cuello.

—¿Qué hacemos con los correntinos y los santiagueños?, ¿los empalamos también? —pregunta Caballero a Sáenz Loza.

—Se merecen por rojos, pero, que los degüellen, nomás.

—¿Y con los demás prisioneros?

—Cuelguen algunos de las ramas más altas, para que los vean todos, y los coman los caranchos, que es para lo único que

¹⁶² Traducción: "¡No! ¡No!", en lengua Mocoví.

sirven. Al resto degüéllenos. No van a estar cortando estacas todo el día.

Kaminsky interviene:

—Mi comisario de órdenes, ¿le parece?

—¡No me parece nada! —contesta ofuscado— ¿o quieren dejar testigos?

—Pero la tropa no sé si va aguantar...

—Repartí la partida especial de la caña paraguaya Angelito que habíamos reservado para los oficiales. A ver si mamados tienen más coraje. Carnecen las vacas necesarias para hacer un asado para todos, que están trayendo las bolsas de pan galleta calentito desde Quitilipí.

—Pero, ¿y los gurises?

—A los pendejitos llévenlos para Quitilipí que como mita¹⁶¹ van a servir.

Una hora después, bajo el efecto de la Angelito, tambaleándose, con los marcagallos en una mano y la botella en la otra, empieza el degüello ordenado.

Se colocan detrás de sus víctimas sentadas, dejan la botella al lado, los agarran de los cabellos, levantándole el mentón y les cortan el cuello hasta desprenderles la cabeza, que luego arrojan detrás. Algunos la elevan como trofeo y otros se divierten, simulando que le hacen beber caña colocándole la botella en la boca.

¹⁶¹ Nota del Autor: palabra indígena, guaraní, utilizada para designar a menores que realizan trabajos domésticos, por comida y alojamiento, como única paga.

Se reparten a las mujeres jóvenes y a las niñas. Las llevan al monte. Algunos no llegan hasta allí, las echan antes en el pajonal y las violan para matarlas después.

A las ancianas les cortan sus flácidos pechos, y las dejan morir desangradas.

Kaminsky no ha tomado la Angelito. Siente el hedor de los cuerpos descuartizados, mezclado con el humo y el olor del asado que están preparando.

—Hay que parar todo esto, mi comisario de órdenes.

—Se me volvió flojo, Kaminsky. Tome, déle a mi botella.

Balbuceando, intenta encontrar un argumento para no beber.

—Es que si no dejamos algunos vivos, los vamos a tener que enterrar nosotros y no tenemos palas suficientes.

—Bien. Apartá a los que van a ser los enterradores, que después veremos. Ordená que desde Quitilipí envíen un telegrama a Resistencia pidiendo palas y combustible.

El secretario de la gobernación, Pedro Outes, pide hablar con don Mario Gabardini. El empleado de la sección ferretería lo hace pasar al escritorio, que está detrás de las grandes estanterías de madera que llegan hasta el techo.

Don Mario lo espera parado, para que se dé cuenta de que no desea tenerlo mucho tiempo en su oficina. Está detrás de un amplio escritorio de caoba, con patas grandes, repujadas. A su espalda, luce la inmensa y pesada caja fuerte alemana, donde los clientes del negocio resguardan sus ahorros, con más confianza que en los bancos.

A un costado de la caja fuerte hay un cuadro, con la fotografía de don Rodolfo Giovanni Bautista Gabardini. Adusto, pero con una mirada tierna, con bigotes recortados, peinado prolijamente para atrás. Es el fundador de la dinastía. Italiano, nacido en Como, en 1884. Falleció hace tres años. En menos de treinta años, creó la casa de ramos generales, tienda, ferretería y alimenticios, más importante, no sólo del territorio, sino de todo el nordeste argentino, que abastece, inclusive, hasta al Paraguay.

Su viuda, doña Luisa Frontini de Gabardini, italiana de Milán, dieciséis años menor que él, es de fuerte carácter. Se ha puesto al frente del negocio, secundada por sus hijos, entre ellos, Mario Alberto, el cuarto de los nueve.

Mario estudió, primero, en Buenos Aires, en el exclusivo Colegio Público Carlos Pellegrini, dependiente de la Universidad de Buenos Aires. Se convirtió, luego, en uno de los prime-



ros contadores públicos del territorio, al recibirse en la Facultad de Ciencias Económicas en la misma casa de estudios, en el año 1922. Deportista, corre todas las mañanas alrededor de la plaza 25 de Mayo, una costumbre que sus compoblanos consideran una excentricidad.

—Dígame —le dice secamente, reflejando en su gesto el desagrado y el desprecio que siente por el hombre.

Pedro Outes ha sido el amanuense, secretario y lenguaraz de los últimos gobernadores. No importaba el signo político, siempre tuvo la habilidad de colocarse bajo el ala de quien detentara el poder de turno.

Pero, fundamentalmente, don Mario lo tenía entre ceja y ceja desde que, como integrante de la comisión directiva de la Cámara de Comercio, lo tuvieron que despedir por un manejo administrativo nada claro.

—El gobernador le pide, don Mario, que le otorgue crédito para unas compras urgentes que se necesita enviar hoy por ferrocarril —le dice, mientras extiende un papel escrito con tinta, algo corrida por el apuro. Abajo, reconoce la firma exageradamente grande, sobre un sello aclaratorio, que reza: doctor Fernando Enrique Centeno, gobernador del Territorio Nacional del Chaco.

Don Mario agarra el papel con sus dos manos y lee: 40 palas de punta poceras; 20 palas anchas, 5 cajas de clavos de 5 pulgadas, 10 picos; 20 cabos de madera, 20 metros de lienzo ordinario, 50 metros de sogá; 5 gruesas de bolsas de arpillera, 20 cajas de fósforos de madera, 20 latas de 5 litros, cada una, de gasolina, calidad West Indian Oil Company y 20 latas de 5 litros de kerosén.

—¿Y para qué quiere el gobernador, urgente, todo esto? —lo interroga mirándolo inquisitivamente.

La pregunta sorprende al secretario.

—Es para abrir picadas en los montes.

—Las picadas se abren con machetes y hachas, no con palas poceras ni latas de gasolina y kerosén. ¿Este pedido, lo agrego a las diez cajas de ginebra Bols y las veinte de caña Angelito, que se llevaron hace dos días para "empedar"¹⁶⁴ las picadas?

El secretario comienza a transpirar, se seca la frente con su pañuelo.

—Déme los precios, don Mario, que le traigo enseguida un pagaré firmado por el gobernador.

Don Mario ya presentía esa respuesta. Una pila de esos documentos, atados con hilo, aguardan en la caja fuerte a la espera de algún milagro que cancele las cuentas que tienen más de un año de mora.

Hace varios días que se replantea haberle alquilado, el mes pasado, la casa donde había vivido su padre, al lado del negocio, para la gobernación, por seiscientos pesos mensuales. Hasta ahora no le han pagado, ni siquiera, el primer mes pactado por adelantado.

¹⁶⁴ Nota del Autor: término de uso popular, significa emborrachar.

—Cuarenta quedaron apartados.

—Kaminsky, ¿por qué tantos? —le dice Sáenz Loza.

—Es que... va haber mucho trabajo.

—Bien, total... después los matamos —se contesta a sí mismo, mientras da otro trago de ginebra y se limpia la boca con la manga del uniforme.

Una temprana y rara neblina comienza a bajar, pese a ser recién las seis de la tarde. Otra vez el silencio. Muchos policías duermen su borrachera tirados sobre los pastos.

Kaminsky ha preservado a diez hombres de su mayor confianza de las dosis del Angelito y de los descuartizamientos. Son los que están custodiando a todos y rematando de un tiro a algún herido.

Se arman las carpas porque la noche se viene fría y se empiezan a prender los taroles y fogones. De una ellas, la más grande, se escuchan carcajadas y una acordeón. Es la de los oficiales que han seleccionado a diez jóvenes indias, a las que hicieron tomar caña por la fuerza, y ahora las obligan a bailar desnudas, mientras las someten por turnos.

El 20 de julio amanece frío, cubierta la superficie del Aguará de escarcha. La neblina comienza a levantarse a medida que sale el sol. Varios de los niños atados arden de fiebre y otros están juntos, para darse calor soportando que se le hincen las púas del alambre que les rodea el cuello. Dan órdenes de llevarlos a Quitilipi, para desde allí, repartirlos a las "buenas familias" del pueblo, de Sáenz Peña, Resistencia y Corrientes.



—¿Cómo los llevamos?

—Y en mateo no va a ser... caminando.

Salen treinta y ocho. Luego de veinte kilómetros de recorrido, que les lleva todo el día, sólo llegan la mitad. El resto se muere o desvanece en la marcha. Donde caen son abandonados para carroña de los animales del monte.

Los cuarenta seleccionados como enterradores quedan atados todo el día, sin comer ni tomar agua.

Más de trescientas vacas y treinta yeguarizos son arreados hacia Quítlipi. Los sigue un carretón lleno de cueros de pumas, lagartos y fardos de plumas de garza blanca, muy cotizados para la elaboración de los sombreros de las elegantes damas de Buenos Aires. Es el botín de guerra.

La mitad de la tropa comienza a retirarse. Desatan a los famélicos y entumecidos enterradores que empiezan a juntar los cadáveres, en tres grandes pilas separadas unas de otras.

Para la tarde, llega el carretón con las palas y los picos que mandaron por tren desde Resistencia, y entonces los prisioneros empiezan a hacer tres fosas. Cavan toda la noche. Una fosa de ocho por veinte metros; otra, la más grande, tiene ocho por casi cuarenta metros y la tercera es intermedia entre la primera y la segunda.

Arrojan, desordenadamente, uno a uno, los cadáveres o los restos mutilados, cabezas y miembros descuartizados. Cuando terminan de llenar la tercera tumba, rocían los restos con combustible y le prenden fuego. Degüellan a los enterradores de esa fosa, cuyos cuerpos son arrojados a la segunda fosa.

Cuando terminan los de la segunda, rocían también los cadáveres con gasolina, degüellan a los enterradores de esa fosa y

obligan al último grupo a cubrir con tierra la nueva tumba. Repiten el trabajo en la siguiente fosa. Cinco policías echan las últimas paladas. Vacían las latas de kerosén porque se habían agotado las de gasolina. Cuatrocientos cincuenta y ocho cuerpos, anota Kaminsky en su libreta.

Quedan todavía diez ancianas que están con la mirada perdida por el horror.

—¡Qué esperan para matar a las viejas! —grita Sáenz Loza.

—Pero, jefe, son ancianas —le contesta Kaminsky.

—Sigue flojo, oficial. Elija: o las mata o les quema los ojos y le corta la lengua. No podemos dejar testigos que relaten las operaciones, en forma antojadiza. Elija, oficial, elija y cumpla con las órdenes.

Alcanzan a quemarle los ojos con tizones a las primeras tres ancianas. Cuando empiezan con las lenguas, Kaminsky no aguanta.

—Toro, degollálas nomás.

El 21 de julio Sáenz Loza entra triunfante en Quitilipi, con el uniforme de gala, que no había usado desde la noche del Año Nuevo del 23, montado en su negra yegua Mora, rodeado de su "estado mayor". Los habitantes, a medida que pasan, salen de sus casas saludándolos con pañuelos y vítores. Se acercan mujeres que le alcanzan cestos con fiambres, quesos, pan y le tiran pétalos de flores.

A llegar a la comisaría los recibe una guardia de honor. La banda municipal interpreta los sones de una retreta. Presiden la emocionante ceremonia el comisionado municipal, el jefe de policía, arribado especialmente para el acto y el cura párroco.

En la sala de sumariantes han colocado, sobre una mesa de algarrobo, ordenados, los testículos de los empalados. En el centro de los "trofeos", se destaca un gran frasco de vidrio lleno de orejas, preservadas en alcohol.

—El frasco es mío —dice Sáenz Loza.

Comienzan a llegar los notables del pueblo a dar testimonios de agradecimiento.

—Gestorben werden wir der Inder gestorben die Wut, jetzt ja und in Ruhe arbeiten umkehren können¹⁶⁵ —son las únicas palabras que pronuncia, desde su sillón de ruedas, el alemán Von Shoederer.

¹⁶⁵ Traducción: "Muerto el indio, muerta la rabia, por fin vamos a poder invertir y trabajar en paz".

Natochi, sentado en una de las ramas del Nalliagdigua, llora, desconsoladamente. Sus lágrimas se transforman en lluvia y su indignación en truenos. Durante seis días y seis noches, llueve sin parar con rayos que iluminan las noches sin luna y los días sin sol en el Aguará.

Al amanecer del séptimo día, sale en el firmamento el Lucero de la Madrugada, cesa la lluvia y callan los truenos. Todo el monte se hunde en un profundo silencio, hasta que estalla el sonido de cientos de tegetes.

Presididos por Natochi, los hacen sonar los Piguem'lec, que comienzan a bajar del Nalliagdigua.

Al pisar la tierra, rodeados del humo de las incineraciones, mezclado con la niebla de la madrugada, traspasan la superficie, entran en fila, uno a uno, en las tumbas comunes donde están los Nnatac.

Al tocarles la frente, los Piguem'lec levantan las almas y éstas comienzan a salir, una a una, de las fosas. Al vaciarse de almas las tumbas quedan en ellas solamente sus huesos.

Al frente de la larga caravana, de cientos de almas, Natochi, comienza a subir, apoyado en su bastón, hasta el paraíso del Nalliagdigua, más arriba de las l'oc.

Jurisdicción de la Reducción de Napalpi del 19 de julio de 1924

Señor Jefe de Policía

Don Diego Uibarrie

Informe sobre las operaciones en el Aguará

Mi Jefe: Al estar a la vista de la toldería, me adelanté a la tropa y con un pañuelo blanco de seda hice señas pidiendo parlamento, siendo nuestro objeto el de entablar negociaciones con los indígenas a fin de que se nos entregasen a los criminales Maidana, Machado y Dionisio Gómez como asimismo, convencerlos de que debían disolverse yéndose a trabajar pacíficamente. Traicioneramente éstos contestaron con un fuego cerrado de fusiles.

Ante ello, la tropa a mis órdenes, al sentirse atacada contestó en defensa propia con fuego graneado sin esperar que se le ordenara hacerlo, atento la sorpresa del artero ataque.

A raíz de nuestra defensa fueron muertos Pedro Maidana, Dionisio Gómez, Martín Villanueva y otro sujeto también llamado Maidana, quizás el hijo mayor del primero.

Luego de rechazar el ataque la tropa quedó expectante, por que se empezaron a trotear entre sí los tobas con los mocovías, y luego incendiaron la toldería, por lo que no existe responsabilidad alguna de las fuerzas de

seguridad por las bajas que se infringieron entre ellos. Felizmente no tuvimos que lamentar víctimas fatales entre nuestra tropa, pero sí tres heridos: dos en el hombro y otro en la mano, que se encuentran fuera de peligro y fueron derivados para su atención médica a Quitilipi.

La paz, el orden y el respeto a la autoridad han sido restablecidas.

Dios guarde a Vuestra Excelencia

Comisario de órdenes Roberto Sáenz Loza¹⁶⁶.

¹⁶⁶ Nota agregada al expediente administrativo, de la Policía Nacional de Territorios. Año 1924. Archivo Histórico de la provincia del Chaco.

REPORTAJE AL GOBERNADOR FERNANDO CENTENO SOBRE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN EL MES DE JULIO DE 1924 EN NAPALPI

Nos recibe el Gobernador del Chaco amablemente y, a poco que le insinuamos el motivo de nuestra visita, se muestra gustoso al reportaje.

En primer término, comienza diciéndonos el Doctor Fernando Centeno, debe aclararse — porque con ello difiere mucho la naturaleza de los hechos — que lo ocurrido en la Reducción de Napalpi (en el mes de mayo) no es un alzamiento indígena como ha dado en llamarse, sino, pura y simplemente, una huelga de colonos aborígenes, provocada por las causas que en su oportunidad dio a publicidad *La Razon*, y de las cuales tiene amplio conocimiento el Ministerio del Interior, que es quien ejerce la superintendencia sobre la administración de la reducción y el único llamado a intervenir en ella.

Contemplaciones

Por ello, continúa el señor Centeno, porque el asunto debía considerarse no como una revuelta, sino como una huelga, pese a la actitud hostil de los indígenas armados, el gobernador que había encarado el conflicto como una simple cuestión de trabajo, suscitada entre colonos aborígenes y la reducción y así fue a parlamentar con ellos en su campamento de Napalpi, logrando merced a

sus gestiones que se suprimiera el descuento del 15 por ciento sobre el producto de las cosechas, que se venía haciendo a los indios, y que éstos, con las promesas de otras mejoras, como la posesión de sus tierras que habría de considerarseles más adelante, depusieron el gesto de beligerancia que había llevado la intranquilidad a todos los vecindarios de los alrededores.

La autoridad del cacique Machado

A estas concesiones, y con el fin de pacificar por completo a la tribu, se unió otra, de significativa importancia para el indio: investir de autoridad al cacique Machado, dándole atribuciones de policía, dependiente del comisario de Quirilipi, de igual apellido, pero con jurisdicción únicamente sobre su tribu, y nunca sobre el resto de la población.

Con esta medida, que tiene por antecedentes muchas otras análogas en la vida del territorio, donde no son pocos los aborígenes a quienes, con excelente resultado siempre, se invistió de autoridad policial, la doctoración buscaba el mantenimiento del orden dentro de la tribu, que por su idiosincrasia y la efervescencia ambiente, no hubieran tolerado mansamente la intromisión de fuerzas policíacas ni menos deponer sus armas.

Así, pues, la autoridad ocasional de Machado, conforme en hacer observar a los suyos las medidas de orden que se le señalaron, estaba llamada a prestar beneficios a la tranquilidad del territorio y a no ser, por

razones obvias de jurisdicción, un coeficiente de perturbaciones, como ha dado en suponerse.

Y la prueba de ello es que dos meses, de mayo a julio, vivieron los indios sin cometer mayores desmanes.

Los últimos acontecimientos

Llegamos de esta forma al mes de julio, en que volvieron a repetirse los sucesos de mayo, pero esta vez con caracteres subversivos, debido más que todo a la funesta acción del sujeto Maldana, del santón Dionisio Gómez, con el apoyo de unos maximalistas, que consiguieron imponerse a la autoridad de Machado.

Los indios, por obra de los nombrados, que con fines inconfesables aprovecharon los sedimentos del anterior movimiento, y como dije con el concurso de elementos extraños, dejaron de ser los hueguistas de mayo para convertirse en vulgares anarco-delincuentes, atacando a colonos, dando muerte en forma salvaje a alguno de estos, quemando haciendas y asaltando, por último, el destacamento policial de Machagay, aparte de todo género de depredaciones, en forma que no podía mirar indiferente la primera autoridad del territorio.

Un castigo calificado

Por esa entonces se encontraba en el Chaco el Inspector General de Territorios Nacionales, señor Elordi, y él puede apreciar la verdad de los hechos, así como el temperamento que a sus subordinados ordenó el gobernador, para reprimir los desmanes indígenas con la menor violencia posible, pero, según cuadraba a las

circunstancias, sin desmedro del principio de autoridad que estaba obligado a hacer respetar.

La represión

De Quitilipi, Machagay, Sáenz Peña y otras poblaciones donde el exodo de vecinos por los sucesos que venían ocurriendo asumía caracteres alarmantes, cientos de colonos hicieron llegar sus reclamaciones a la doctoración, en el sentido de que se reprimieran "sin contemplaciones" los desmanes indígenas. Así lo hicieron también ante la prensa y el doctorado nacional.

Con todo, consciente de mis deberes, ordené al jefe de policía y al comisario de ordenes que, concentrando toda la fuerza posible, trataran de impresionar a los indios con la sola presencia de un buen número de policías y así, evitando toda efusión de sangre, obtuvieran la entrega de los que resultaran autores de los hechos delictuosos cometidos para su juzgamiento por la autoridad correspondiente.

Pero los indios materos, mal aconsejados por Maldana y el santón Dionisio Gómez —La Razón lo dijo— optaron por resistirse a la policía, recibiendo a balazos cuando quisieron parlamentar con ellos, y desplegarse en orden de batalla para afrontar cualquier encuentro, porque, según Dionisio Gómez que los exhortaba, sus exorcismos los inmunizaban contra los tiros de la fuerza policial.

Ante esa actitud rebelde, frente a 400 indios armados, y, peor que esto, fanatizados, ¿qué actitud cabía a

[Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through or ghosting.]

se magnifican, porque ninguno de sus comentaristas se detiene a pensar sobre el número de fuerzas que intervinieron de una parte y otra, factor muy digno de tenerse en cuenta cuando ha de establecerse la proporción de bajas.

Se dice también, y nada más incierto, que la policía mató a mujeres y niños, que mutiló los cadáveres y que incendió las tolderías. Semejantes actos de salvajismo no tienen justificativo alguno y solo puede darles pábulo la fantasía popular, a quien desconozca en absoluto las costumbres indígenas, pues "en efecto, el aborigen cuando se decide a pelear, lo primero que retira de los sitios de peligro es su "chusma" mujeres y niños, y luego, cuando se retira, lo primero que hace es quemar sus tolderías. Como estaban todos borrachos por la alojamias de uno por celos y desaprensión quizás mató a sus propias mujeres y a niños indefensos. En cuanto a los indios desaparecidos, todos, seguramente están escondidos con el sólo objeto de desacreditar a la autoridad.

En cuanto a la mutilación de cadáveres, es obra, repito —dice el Doctor Centeno— de la fantasía popular de unos pocos, con oscuros fines políticos, que nada justifica, como nada, sino los propios hechos, destruye. Y a ellos me remito en testimonio de prueba.

De haber existido, como de haberse las fuerzas policiales excedido en las órdenes que llevaban, yo habría sido el primero en reprobalo y el primero en poner a los culpables a disposición de la justicia. Pero a cargo de aquella iban funcionarios probos,

meritísimos, viejos en la policía del territorio y su actuación los pone a cubierto de toda sospecha; por lo que el informe que elevaron, y que es en el que fundo estas declaraciones, no tiene por qué ponerse en tela de juicio.¹⁵⁷

¹⁵⁷ FUENTE: Diario *La Voz del Chaco*, 28 y 29 de agosto de 1924, Pág. 3. (En el diario *La Razón*, de Buenos Aires, el artículo se publicó el 26 de agosto de 1924).

El olor es nauseabundo. Instintivamente, dan un paso atrás y se tapan la nariz con pañuelos, al exhumar los restos de la tumba que, supuestamente, contiene el cadáver de Pedro Maidana. Están presentes el jefe de policía, el comisario de Quitilipi y dos testigos, presos, "voluntarios", "circunstancialmente en el lugar", como reza el Acta escrita del acto: Manuel Vargas y Feliciano Gómez.

Baja a la fosa el médico de tribunales del territorio, Benito Palamedi. Comienza a limpiar los restos de insectos cadavéricos con una escoba. El cadáver está desnudo, sin féretro. Tiene, todavía, grandes hematomas en cara y torso. No tiene las orejas ni los testículos. En el abdomen, se observa el orificio por donde había salido la estaca, que se le introdujo a través del ano.

Está con los Ne etaxaal ec en las profundidades de la laguna Blanca, que cubre gran parte del caserío de La Liguria, en las afueras de Resistencia. Llegó en una ráfaga de viento sobre el plato de una flor de irupé¹⁶⁸. Una gran nube negra se come a la luna.

Sale de las profundidades, caminando sobre las aguas, hacia la costa en dirección a un gran rancho. Tiene pintadas las paredes a la cal, con grandes horcones en los ángulos. Se eleva por arriba del alambrado de púas. Baja, caminando, ceremoniosamente, acompañando sus pasos, con su largo bastón, en dirección al palenque de la quinta.

Siente ruidos de rápidas pisadas en el pasto. De improviso, se encuentra de frente con Diablo, el perro mastín del que sólo se ven sus grandes ojos encendidos y su boca abierta babeante mostrando sus filosos colmillos. Se detiene, lo mira fijamente, extiende el dedo índice derecho y emite un agudo silbido. Al mastín se le apagan los ojos, aúlla un lamento, se da vuelta y vuelve tan rápido como había aparecido a la oscuridad de la noche.

La yegua Mora se pone inquieta, presintiendo su final. Quiere desatarse del palenque y empieza a corcovear, muy nerviosa, a medida que se le acerca. Éste, la sostiene del bozal y

¹⁶⁸ Nota del Autor: flor acuática, en forma de plato, que flota y crece en las lagunas del litoral argentino.

comienza a acariciarla, primero la cabeza, luego el lomo, por último el vientre.

La Mora se queda inmóvil.

Natochi se arrodilla debajo de la panza del animal. Comienza a recitar una letanía dándole ritmo con inclinaciones de su cuerpo, para atrás y para adelante. Luego, extrae de su yica una piedra negra, afilada, de hierro, que le habían dado los Piguem'lec cuando vinieron con los meteoritos de Campo del Cielo¹⁶⁹.

Levanta la pata trasera derecha de la yegua y en la huella que queda hace con la piedra negra un círculo, luego unas líneas convergentes al centro del mismo. Cava un pocito que rellena con un polvo blanco que saca también de la yica. Lo tapa con bosta del animal. Se levanta apoyándose en su bastón y regresa a la laguna Blanca, donde se sumerge nuevamente en sus profundidades, que nadie, hasta ahora ha determinado hasta dónde llegan.

¹⁶⁹ Nota del Autor: "Campo del Cielo" es la denominación de una zona, ubicada en el límite de las provincias del Chaco y Santiago del Estero, donde se encuentran, enterrados, cientos de meteoritos, de diversos tamaños, caídos hace cinco mil años, aproximadamente.

Quitilipi, 10 de noviembre de 1924

Su Señoría

Señor Juez Letrado

Doctor Juan Sessarego

Le informo a V.S. que de acuerdo a lo ordenado procedí a exhumar el cadáver del indígena Pedro Maidana, que una vez puesto al descubierto pregunté a los testigos citados si reconocían el cadáver que le muestro en avanzado estado de descomposición. Me contestan que sí, por haberlo visto y tratado muchas veces en vida. Procedí a mi cometido, encontrando las siguientes heridas: Herida de bala en la región costal, con puerta de entrada a la altura del tercer espacio intercostal, a diez centímetros de la línea media que siguiendo un trayecto horizontal y de delante atrás tiene un punto de salida en la espalda a la altura del cuarto espacio intercostal. Herida de bala en la región precordial, a la altura del cuarto espacio intercostal, a ocho centímetros de la línea media, que siguiendo una trayectoria horizontal y de delante atrás, tiene su puerta de salida en la espalda a la altura del octavo espacio intercostal. Herida a la altura media del esternón seguramente realizada por una lanza, estaca o flecha gruesa.

Dichas heridas deben haber producido una muerte instantánea pues han interesado órganos vitales, como corazón y pulmón.

No se ha podido constar, en forma fehaciente, por los escasos medios científicos disponibles en el lugar y el avanzado estado de descomposición, la ausencia de orejas o testículos. Lo mismo ha sucedido con los otros tres cadáveres de indígenas.

Sugiero a V.S. el traslado de los restos a Corrientes para determinar los extremos faltantes.

Es todo lo que tengo que informar.

Benito Palamedi

Médico Forense

Hace tiempo que el dolor no lo deja dormir. Le duele cada vez más, cuando orina. Decide ir al Hospital Regional, porque no aguanta más. Se viste con el uniforme, se calza las botas con dificultad y sale a ensillar a su yegua Mora.

—¡Indios de mierda, indios de mierda, me agusanaron la Mora!

Furioso, despide espuma por la boca, va y viene, sin saber qué hacer, como un perro rabioso. Se le desencaja la cara al ver que de la vulva del animal caen gusanos al suelo.

—¡Alguien la ojeó! ¿Pero cómo pudieron acercársele, si el Diablo la cuida siempre?

En ese momento se da cuenta de que el mastín, que lo recibía siempre al alba, no está por ninguna parte. Lo invade el miedo. Comienza a transpirar. Entra al rancho y se calza el revólver. Se persigna, se cuelga del cuello el rosario, que desprende del espaldar de su cama y besa la cruz. Sale nuevamente, desenfunda el revólver, coloca el caño en la cabeza de la Mora y dispara.

Camina hasta las vías del tren Doderó, toma el que viene de Barranqueras y se baja a una cuadra del Hospital Regional.

LXIII

Por el río Paraná
venía navegando un piojo
con un hachazo en el ojo
y una flor en el ojal¹⁷⁹.

Seis meses han pasado desde que lo encarcelaron en el Depósito de Encausados. Estuvo solo en una celda, para "evitar que el rojo tenga contacto con los otros presos", de acuerdo con instrucciones de la superioridad a los policías celadores.

Cada vez que protesta pidiendo hablar con el juez o cuando descubren que intenta sacar clandestinamente escritos, a través de sus dos abogados, va castigado a "La Pelada", un cubículo con piso de ladrillo, sin silla, mesa ni cama.

El cabo Bonifacio Ramírez está próximo a retirarse del servicio activo. En los seis meses como su carcelero, García Pulido le ha enseñado a leer y a escribir. Le dio clases magistrales, "unipersonales", sobre materialismo dialéctico, la filosofía hegeliana, la revolución de los comuneros españoles, el porqué de las guerras imperialistas, en qué consistía la plusvalía, sin dejar de leerle, además, pasajes del Quijote.

—Don García, me enteré de que le dan la libertad, bueno, de alguna manera ...

¹⁷⁹ Copla popular de la época, que se utiliza para cantar el tanto "fioc", en el juego de truco, para el que se utilizan naipes españoles.

—¿Por qué de alguna manera, cabo?

—Porque lo exilian, mañana, a Corrientes.

Al otro día, para las seis de la mañana, prepara las pocas ropas que tiene. Regala a los presos del pabellón colectivo su ollita, una pava, un mate con bombilla, el calentador de alcohol, dos cucharas, una manta y el colchón, que le habían alcanzado los padres de su novia.

Ramírez sale con él, porque tenía orden de constatar, personalmente, que se subiera al vaporcito en Barranqueras. Van caminando hasta la esquina formada por las calles Julio A. Roca y General Vedia. Allí, en el Hotel, Café y Confeitería Francesa, su custodio le paga una taza grande de mate cocido con leche, endulzado con azúcar y dos panes galletas, recién horneadas.

Entra en ese momento Juan Ríos, un personaje sin domicilio que sobrevive de la caridad pública, recitando por los bares y fondas siempre las mismas estrofas:

—Yo soy Juan Ríos, aquel de la larga fama, que se sube por el tronco, y se baja por la rama.

Le retribuye el recitado dándole uno de los dos panes galletas.

Toman el tren Dodero, hasta la comisaría del puerto. Le hacen una ronda de reconocimiento, para evitar que reingrese al territorio nuevamente.

Terminado el trámite, Ramírez lo acompaña a embarcarse. En el muelle lo esperan sus abogados: Justo César García, entrerriano de Concordia y el riojano Joaquín Gazet, quienes lo seguían en un mateo desde que tomaron el trencito Dodero. Fueron los que posibilitaron que se sacaran de la prisión los artículos publicados en el diario *La Verdad*, que aparecían pe-

riódicamente bajo el título "Desde la prisión". Ambos lo defendieron sin cobrarle un solo peso, a riesgo inclusive de sus propias vidas. Evitaron que le aplicaran la Ley de Residencia. Están para asegurarse de que se embarque sano y salvo. El vaporcito Catriel está por salir.

—Don García Pulido, muchas gracias por lo que hizo por mí.

—No me tiene que agradecer, cabo, usted es un proletario como yo.

—Si seguía preso seis meses más me iba a convertir en el primer policía maximalista del territorio —se ríe Ramírez.

—El primer comisario político del Chaco —le sigue la broma.

—Con todo lo que usted sabe, tendría que poner una librería.

—¿Una librería?, pero qué ocurrencia la tuya, Ramírez... nada menos que una librería.

—¡Hombre grande, cómo se descuidó! La sífilis es traicionera. Cuando desaparecen los chancros es cuando peor se está. Voy a tener que internarlo —le dice el doctor Morgan, en el consultorio del Hospital que ocupa al lado de los doctores Julio Perrando y Joel Caudeter.

—Me estoy volviendo loco, doctor. Tengo pesadillas todas las noches. Sueño que me rodean víboras y que las cucarachas me chupan el pito¹⁷¹.

Luego le pregunta.

—Pero ¿por qué a mí, doctor, si siempre he servido a la autoridad y creído en Dios? ¿Por qué a mí me pasa esto?

—No se trata de servicio, ni creencia, Comisario. Se trata de que “por una hora con Venus, veinte años con mercurio”.

—No le entiendo.

—No importa. El tratamiento es con mercurio, trae algunos problemitas, pero he curado a muchos con él. Debe tener paciencia y ser persistente —y mirando la cruz que colgaba del cuello le dice:

—Encomiéndese a San Dionisio, que es el patrono de los sífilíticos.

—Me han hecho un gualicho,¹⁷² doctor.

—Déjese de pavadas.

¹⁷¹ Nota del Autor: Morgan se había especializado en la enfermedad de Gerolamo Fracastoro, que estudió con Copérnico, quien, en un poema inspirado en una historia de Ovidio, la denominó Syphilis, conocida también como “el mal francés”.

¹⁷² Nota del Autor: un mal esotérico, en la mitología popular.

—Usted está citado a declarar como testigo en el expediente 910/24,¹⁷³ sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpí, el 19 de julio del presente año. ¿Jura decir verdad, de lo que se le va a preguntar?

—Sí, juro.

—Déme sus datos personales.

—Oficial Antonio Kaminsky, de la policía de territorio, de treinta y tres años de edad, soltero, argentino.

—¿Qué sabe del acontecimiento que se le ha relatado?

—Yo no he tenido mucha participación en los acontecimientos, porque protegía a la tropa desde uno de los flancos, para que no nos ataquen desde el este. Sé, por mentas, que la columna principal fue atacada por ciento veinte fusileros y ciento cincuenta jinetes armados. Había como ochocientos indios. Cuando se defendió la tropa murieron cuatro de ellos.

—¿Hubo bajas en la tropa?

—Sí, dos agentes fueron heridos en los hombros y derivados a Quitilipi y un suboficial, en una mano.

—¿Qué hizo el resto de la indiada?

—Huyeron todos.

¹⁷³ Este expediente contiene los trámites judiciales realizados, a raíz de la Masacre de Napalpí de 1924. Fue descubierto, hace pocos años, en el Archivo Judicial de la provincia del Chaco.

—¿Qué hicieron con los cuatro muertos indígenas?

—Les dimos cristiana sepultura, aunque sabíamos que eran infieles.

—Firme aquí y puede retirarse.

—Que pase el siguiente.

—Usted está citado a declarar como testigo en el expediente 910/24, sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, Jurisdicción de la reducción de Napalpí, el 19 de julio del presente año. ¿Jura decir verdad de lo que se le va a preguntar?

—Sí, juro.

—Déme sus datos personales.

—Oficial Julio Gómez de la Fuente, de la policía de territorio, de treinta y cinco años, argentino.

—¿Qué sabe del acontecimiento que se le ha relatado?

—A nosotros nos atacaron más de cien jinetes armados con fusiles. Habíamos dejado nuestros caballos a mil metros de la toldería. Avanzamos, a pie, trescientos metros, con pañuelos blancos porque queríamos parlamentar. Había ochocientos indios. Al defendernos, murieron cuatro de ellos.

—¿Hubo bajas en la tropa?

—Sí, dos agentes fueron heridos en los hombros y derivados a Quitilipi y el suboficial Toro en una mano.

—¿Qué hizo el resto de la indiada?

—Huyeron quemando la toldería y matándose a tiros entre ellos.

—Y con los cuatro muertos indígenas ¿qué hicieron?

—Se los enterró como cristianos, pero no había cura.

—Puede retirarse, que pase el sargento Toro.

—No está presente señor juez, está con parte de enfermo.

—Que pase, entonces, el oficial Vicente Attis.

—Usted está citado a declarar como testigo en el expediente 910/24, sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpí, el 19 de julio del presente año. ¿Jura decir verdad de lo que se le va a preguntar?

—Sí, juro.

—Déme sus datos personales.

—Oficial Vicente Attis de la policía de territorio, de 29 años, casado, argentino, cristiano.

—¿Qué sabe del acontecimiento que se le ha relatado?

—A nosotros nos atacaron entre ciento veinte a ciento cincuenta jinetes armados con fusiles. Estábamos de a pie, porque habíamos dejado nuestros caballos a mil metros de la toldería. Avanzamos trescientos metros con pañuelos blancos, porque queríamos parlamentar. En ese momento fuimos atacados cobardemente. Había como entre ochocientos a mil indios. Cuando contestamos la agresión, murieron cuatro de ellos.

—¿Hubo bajas en la tropa?

—Sí, tres.

—¿Qué hizo el resto de la indiada?

—Se fueron todos.

—¿Y con los cuatro muertos indígenas?

—Le enterramos con un rezo.

—Puede retirarse. Que pase el siguiente.

—Usted está citado a declarar como testigo en el expediente 910/24, sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpí, el 19 de julio

del presente año. ¿Jura decir verdad, de lo que se le va a preguntar?

—Sí, juro.

—Déme sus datos personales.

—Cabo Remigio Muñoz, de la policía de territorio, de 41 años, soltero, pero con mujer, argentino.

—¿Qué sabe del acontecimiento que se le ha relatado?

Se hace presente el fiscal letrado.

—Yo no estuve allí, porque me quedé a la retaguardia cuidando la caballada, pero los escopetazos de los indios llegaron hasta allí, e hirieron a tres caballos, que a consecuencia de ello, se perdieron en el monte.

—¿A qué distancia del combate estaba la retaguardia? —, pregunta el fiscal

--Más de mil metros.

—¿Cómo llegaron a mil metros los perdigones de las escopetas?

—...Y seguro que le hicieron payé a los cartuchos. Todos saben que los indios tienen pactos con el diablo.

—¿Vio heridos en la tropa?

—Sí, tres agentes a la madrugada. Dos, en los hombros, uno, en una mano.

—Pero, ¿cómo en la madrugada?, si el combate comenzó a las 9 de la mañana —pregunta el fiscal Jerónimo Cello.

—Y, habrán sido dos balas perdidas que se adelantaron...

—¿Qué hizo el resto de la indiada?

—Se habrán ido, porque yo no vi a ninguno.

—¿Murieron indígenas?

—Sí, pero habrá sido por pelea entre ellos. No sé cuántos.

—Pero cabo, ¿no vio a ningún indígena muerto? —, lo inquirió, molesto, el fiscal.

—No, porque yo soy siempre de retaguardia.



Señor Juez Letrado

Doctor Juan Sessarego

S / D/

Me dirijo a UD. en el expediente 910/24 para solicitarle que no proceda a cerrar el mismo por lo inconveniente que resultaría en un asunto como el que nos ocupa que haya llamado la atención del país. No deben declarar sólo los señores comisarios y oficiales de policía, cuando en autos consta de una manera clara y precisa que han intervenido agentes y particulares en gran número. En forma expresa solicito se citen a declarar a los aborígenes prisioneros, que supongo los debe haber.

Díos guarde a VS.

Doctor Jerónimo Cello

Fiscal Letrado



Las dos enfermeras lo llevan, tomándolo cada una de un brazo. Arrastra los pies, hasta la anteúltima cama del pabellón, cuya cabecera está ubicada debajo de una ventana. El tic de morderse la parte superior derecha del labio se hace constante. Sus ojos están aguados, sin brillo, la mirada extraviada. Colocan un biombo alrededor de la cama, lo desvisten y lo lavan. Se queja de dolor cuando le rozan las fístulas de la entrepierna y el chancero del labio inferior. Lo visten con un camión, lo acuestan y lo tapan, pese al calor insoportable. Pliegan el biombo y comienzan a retirarse.

—¡No, sáquenme de aquí, sáquenme de aquí que me van a matar, me van a matar! —grita horrorizado, mirando a quien ocupa la cama que tiene a su derecha.

Los otros enfermos del pabellón levantan sus cabezas para ver desde dónde vienen los gritos.

—Ya está delirando —le advierte la enfermera a su compañera.

—Tenelo, que no se levante, hasta que le inyecte un calmante.

—¡El sargento Toro, ése es el sargento Toro!

Carlos Toro, ascendido por mérito en la "campana" de Napalpí, está en coma. Mira fijo a Roberto Sáenz Loza, con un rictus, consecuencia de la rigidez muscular de la mandíbula. Está muy enflaquecido por no poder deglutir alimento alguno. Tiene arqueada su columna vertebral, hasta el punto de que-

brarse. Respira con mucha dificultad, a raíz de la neumonía, contraída de la baja de sus defensas.

—No, comisario, nadie le hizo nada. Tiene trismo, tétano. Se hirió con un alambre herrumbrado, hace unos meses y se infectó la herida. No se preocupe, no es contagioso. Además, mejor para él que se vaya con Dios pronto porque está sufriendo mucho.

Llega la otra enfermera con la jeringa, le inyecta un calmante que le hace efecto de inmediato. Así, cada seis horas.

A la media noche, dos enfermeros retiran en una camilla el cuerpo deformado, sin vida, del sargento Carlos Toro.

El escribiente del juzgado, Ricardo Martimon, sumerge la pluma en el tintero de su escritorio, para comenzar a escribir las declaraciones en la audiencia.

—Que pasen, de a uno, los testigos.

Pasa el primero, con su sombrero en la mano, que aprieta hasta casi doblarlo.

—Cierre la puerta y siéntese. Usted ha sido citado a declarar como testigo en el expediente 910/24 sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpí, el 19 de julio del presente año. ¿Jura decir verdad de lo que se le va a preguntar?

—Y sí... pero...

—Tranquilo nomás don Correa, despacio. Dígame lo que sabe —le pide el juez letrado Juan Sessarego, parado detrás del escribiente.

—Yo no vi nada señor juez. Eso que se habla que cortaron a los indios en la comisaría de Quitilipi, le repito que no lo vi y no quiero que me comprometan. Si la policía tiene alguna culpa es por las complacencias usadas con los indígenas. Éstos fueron los rebeldes, asaltando, incendiando, robando y asesinando...

—Gracias, don Correa.

—Firme aquí y puede retirarse.

—Que pase José Alonso.

—Usted ha sido citado a declarar como testigo en el expediente 910/24 sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpí el 19 de julio

del presente año. ¿Jura decir verdad de lo que se le va a preguntar?

—Y si hay que jurar juro. Pero mire, mi juez, que yo no sé nada. No he visto nada. Si hay alguna culpa es de la policía por haber tenido complacencia con los salvajes, dándoles tiempo para que se organicen en la forma en que lo hicieron, perjudicando los intereses económicos de infinidad de colonos...

—Firme aquí y puede retirarse.

—Que pase a declarar Doroteo Amarilla.

—Usted fue citado a declarar como testigo en el expediente 910/24 sobre averiguación de los hechos acaecidos en el Aguará, jurisdicción de la reducción de Napalpi el 19 de julio del presente año. ¿Jura decir verdad de lo que se le va a preguntar?

Se hace presente el fiscal doctor Jerónimo Cello.

—¿Y qué quiere que le diga? La policía sólo usó complacencias con los salvajes. Los vecinos de Quitilipi fueron víctimas de depredaciones pero la policía sólo estaba pacífica.

—¿Qué quiere decir “que la policía usó complacencias”? —inquire el fiscal doctor Jerónimo Cello, a quien le llama la atención que todos los testigos repitan el mismo término.

Tartamudea Doroteo Amarilla. Mira como pidiendo auxilio al juez y contesta:

—Bueno “complacencia” es que se complacen, que están complacidos, que los “complace” la “complacencia”, me entienden de éno?, como dijeron los otros évio?

—¿Cómo sabe lo que dijeron los otros? —pregunta el fiscal.

LXIX

Registro Civil

Movimiento demográfico

En los días 20 y 21 se registró en esta oficina el siguiente movimiento demográfico:

Día 20—Nacimientos: cuatro mujeres, dos legítimas y dos naturales.

Defunciones: un varón.

Día 21—Nacimientos: dos: un varón natural y una mujer legítima.

Defunciones: ninguna.

—Ayer nomás, pobrecito, lo hemos visto, cuál ser alado a nuestro lado, antes de caer por designio de la traicionera y prematura Parca, que se lo llevó con dolor y agonía. La muerte venció al hercúleo, con un rayo, desde el accho siniestro.

Su voz suena altisonante y emocionada.

—Hermoso, hasta en su mortaja, espíritu de la raza. Campeón soberbio de aquella fuerte falange, que abrió con el acero de su sable el primer surco del progreso del Chaco, poderoso y soberbio.

Hace una pausa, toma aire y prosigue.

—Que este peregrinaje, además de la congoja lacerante de tanta pérdida, nos obliga al juramento con sangre para perpetuar su misión. Nuestra angustia romperá el silencio de la tum-



ba y será tu alivio. Este cadáver está rodeado por el universal sentimiento de todo un pueblo apenado.

Se percibe que en cualquier momento, emocionado, el orador va a romper en un sollozo.

—El Dios, siniestro del reloj del tiempo, espantoso e impasible, permanentemente, nos amenaza con la aguja fatídica, diciéndonos el aún más *souviens toi* de nuestra condición perecedera.

Hasta los dos grandes caballos negros, brillosos, que están enganchados al coche fúnebre, se han paralizado.

—Ante estas catástrofes, que nos desconciertan de improviso, castigándonos en nuestros afectos más caros, creados al calor de los comunes afanes, de la amistad sin reatos, no sabemos hacer otra cosa que revelarnos, sino contra esta inevitable ley, que nos devuelve al punto de partida, contra nuestra irremediable impotencia y pequeñez, para oponerle valla.

Hace otra pausa.

—¡Duerme!, en la suprema serenidad que no te pudo dar tu inquieta vida, que te distinguió de la caterva de los indiferentes, en pos de la seguridad pública, a la que diste, con tu sable, lo que tenías que dar, al matrero insolente o al indio ladino. Todo, en pos de la defensa de la autoridad, del orden y por el bien de la patria.

El hombre, alto y flaco, se queda un instante mirando el foso donde está depositado el ataúd. Viste con un desgastado traje negro, con lazo al tono y cuello almidonado. En su mano derecha, la Biblia, que no ha abierto durante su encendido discurso.

Uetes, el secretario del gobernador, le da diez pesos.

Son las dos únicas personas que están frente a la tumba. Don Casimiro Mendizábal, el discursero profesional de Resistencia, poeta, copista, escritor por encargo, por el momento, sin otros encargos. Vive de los discursos fúnebres, de escribir y leer cartas, de quienes no lo saben hacer, y de su especialidad: los poemas de amor, que le piden los amantes tímidos, tarea que realiza con otra vestimenta: traje blanco de lino, moñito rojo y pañuelo al tono.

Señor Fiscal Letrado
Doctor Jerónimo Cello
S / D/

En cumplimiento de la Acordada 29/24 le notifico que ha sido ascendido al nuevo cargo creado de Fiscal de la Cámara de Apelaciones de la Ciudad de Paraná, Provincia de Entre Ríos, a donde se debe trasladar de inmediato para asumir dentro de los quince días de notificado de la presente. Por lo tanto, cesa su intervención en todos los expedientes a mi cargo en este Juzgado Nacional Letrado. La Acordada que ordena librar el presente dice en su parte pertinente; **"AUTOS Y VISTOS... CONSIDERANDO... SE RESUELVE:** Por los meritos acreditados, nómbrase Fiscal de esta Cámara de Apelaciones al Doctor Jerónimo Cello, cuyos demás datos constan en los **CONSIDERANDOS** transcriptos ut-supra." **QUEDA USTED DEBIDAMENTE NOTIFICADO.** Hay una firma y un sello que dice: Juan Sessarego. Juez Nacional Letrado. Territorio Nacional del Chaco.

En el amplio patio embalosado, todas las sillas han sido ocupadas por los padres, las madres, tías y abuelas. Los abanicos se agitan. Tratan de mitigar el calor de noviembre. Hace una hora, luego de los discursos de la directora y el ministro de Instrucción Pública, está en pleno desarrollo el acto de fin de año, de la Escuela Superior de Niñas, de Corrientes.

En la primera fila, sentada a lado de Isaac, la señora Constanza Kladkowska. Se seca, a cada instante, las lágrimas al ver a Juliana, vestida con irreplicable guardapolvo blanco, su cabello castaño con sus trenzas, sobre los hombros; sus grandes ojos claros, sus zapatitos negros lustrados. Con grandes ademanes, está recitando versos de Almafuerde. Al finalizar la última estrofa, el público aplaude con entusiasmo.

Baja del escenario, con una imperceptible dificultad al caminar y corre a los brazos de su mamá. La abraza emocionada. Luego, hace lo mismo con Isaac.

—Tío ¿me vas a querer siempre?

—Siempre te tendré en mi corazón, Juliana, siempre.



El personal de limpieza mira el gran reloj de pared del pabellón, porque todavía no son las seis de la mañana. Es la hora en que terminan de limpiar el Hospital Regional Común del Chaco, ubicado al lado de la laguna Argüello. Su director, Julio C. Perrando, ha adelantado su presencia. A partir de las siete comenzará a operar hasta el mediodía. Es considerado el mejor cirujano del territorio. Hasta del Paraguay vienen a atenderse con él.

Se siente el eco de los pasos de Perrando, acompañado por la enfermera jefe y una caba, que tratan de seguirle su enérgico caminar. De casi dos metros de altura, con grandes bigotes, cara redonda, tupida cabellera, de irascible carácter, le tienen temor reverencial las enfermeras y los médicos, y veneración sus pacientes. Se detiene de golpe. Se agacha. Pasa el dedo índice por una baldosa del piso. Mira a la mujer de la limpieza que ha comenzado a temblar.

—Limpie todo el pabellón, nuevamente.

Sigue su recorrida hasta que llega a la cama de Sáenz Loza. Lo han llamado de urgencia, porque por sus delirios hubo que atarlo a la cama. Respira con dificultad. Se acerca a él, le toma el pulso, con su reloj de bolsillo, lo ausculta con el estetoscopio de varilla única, le pone la mano en la frente. Hierve de fiebre.

—¿Tiene algún pariente? —pregunta Perrando.

—Nadie ha venido a verlo, sólo preguntan de la jefatura de policía.

Autos y Vistos: El expediente 910/24 sobre los acontecimientos sucedidos el pasado 19 de julio del presente año en curso en el paraje el Aguará, jurisdicción de la Reducción de Napalpí.

Y Considerando: Que se realizaron pormenorizadas investigaciones para determinar la verdad real de lo sucedido produciendo las diligencias los siguientes resultados: autopsia realizada por el Médico de Tribunales Doctor Benito Palamedi sobre cuatro cadáveres de indios glosada a fojas 10 a 11; declaraciones testimoniales de oficiales de la Policía Nacional de Territorios de fojas 6 a 9; declaraciones de civiles glosadas de fojas 10 a 13. No se pudo hacer lugar al pedido del Fiscal Doctor Jerónimo Cello para que se presenten a declarar indígenas que participaron de la levantisca, pese haberles notificado de acuerdo al informe de la Comisaría de Quitilipi glosado a fojas 14, por lo que se los declaró en rebeldía..

Que se encuentra probado que el cuerpo de la Policía de Territorios fue forzada a entrar en combate en defensa propia sufriendo heridos entre la tropa. Por ello:

Resuelvo: Archívase, sin más trámite, la presente causa ante la inexistencia de delito. Firmado en la Sala de mi Público Despacho del 1º primero de diciembre del año 1.924. (Fdo.) Doctor Juan Sessarego. Juez Letrado Nacional. Territorio Nacional del Chaco.

—Qué caso raro, es la primera vez que una sífilis tarda tanto en reaccionar al mercurio. Vamos a aumentar la dosis.

Sáenz Loza entreabre los ojos. Quiere hablar. Perrando se acerca para escucharlo. Un gesto de desagrado se observa en su rostro.

Se está por retirar cuando ve, al pie de la cama, un tegete. Lo levanta y le pregunta a la enfermera.

—¿Y esto, qué hace aquí?

—Es un sonajero indio, doctor.

—Sí, ya sé ¿pero qué hace aquí?

—No lo sé, las enfermeras de la tarde me comentaron que veían a un indio agitarlo, sentado, del lado de afuera de la ventana.

Perrando se queda pensativo.

—Disculpe, doctor, ¿pero qué le dijo el paciente?

—¡Indios de mierda!

LXXIV

EPÍLOGO

Asoma, jul aqtaxanem ne ena shiyazauapi, boneta qome:
qami eesa qau aatega ca i aqtaxanaxac,
qlaxayi sa qauyajñi qaltaq qauloita a ca sachaxaatac,
qlaxayí sa qaouloi a;
cha ayi ana Iquiyaqte ne ena shiyaxaupi
yataqta qadamchigui qtaq qauem da n axayaxanaxac,
ataq sa nlodec naua l ai te¹⁷⁴.

¹⁷⁴ Traducción: "Anda y dile a esa gente: Ustedes seguramente oirán pero no se darán cuenta, porque el corazón de esta gente se ha vuelto duro, y oyen muy mal; tienen los ojos cerrados para que no vean con sus ojos, ni oigan con sus oídos, ni entiendan con el corazón". En idioma Toba-Qomí. *Los Hechos de los Apóstoles*, 23, en Toba y Castellano, Sociedad Bíblica Argentina, Pág. 178, Versión Popular, 1966.



Agradecimientos

Esta es una novela de ficción, basada, libremente, en acontecimientos históricos que sucedieron en el año 1924, en el entonces Territorio Nacional del Chaco, en la República Argentina.

Agradezco, en primer lugar, a mis compatriotas de los pueblos Toba-Qom, Mocoví y Pilagá, que me relataron e ilustraron sobre sus tradiciones, idiomas, costumbres y tragedias. Todavía, cabe remarcar, están sufriendo la falta de justicia, la ausencia de rescate de su memoria y de la verdad histórica. La reivindicación y reconocimiento, de los Derechos Humanos de los pueblos originarios de nuestra América está pendiente.

La Masacre de Napalpí, la Matanza de Rincón Bomba, del pueblo Pilagá, en la actual provincia de Formosa, del 10 de octubre de 1947, siguen impunes y las heridas de dichos genocidios, abiertas. La eliminación sistemática de estos pueblos prosigue, por medios más sutiles, pero no menos criminales. Hambre, desnutrición, tuberculosis y una intolerable segregación, los torna invisibles a las estadísticas.

Mi reconocimiento al personal y autoridades del Archivo Histórico de la Provincia del Chaco Monseñor José Alumni; del Museo de Medios, de la provincia del Chaco, del Museo de Historia Regional Ichoalay, de la Escuela Normal Sarmiento; de la Biblioteca del Palacio del Congreso de la Nación Argentina; a los investigadores y escritores, cuyas obras fundamentaron la investigación histórica de esta novela y que cito, individualmente, en el capítulo bibliografía consultada.

Las traducciones de palabras y frases del idioma toba-qom y mocoví al castellano fueron realizadas de acuerdo con la admirable obra: *Vocabulario Castellano-Guaycurú*, recopilada por Alberto S. Bukwalter y Lois Litwiller de Buckwalter. Primera edición. Año 2004. Mennonite Missions Network. Indiana, U.S.A. Cabe señalar que los términos y frases no coinciden, en algunos casos, con otros estudios de las lenguas de los pueblos originarios del nordeste argentino.

A los relatos de mi padre Carlos María, sobre el Chaco de ayer y la apasionante vida de mi abuelo, Juan Antonio.

A las amenas charlas con el hijo de don Anselmo, Jesús, de la localidad de La Leonesa, que vive hoy en la ciudad de Corrientes, que me contó lo que le relató su padre, de cómo don José García Pulido le salvó la vida cuando tenía cuatro años; y cómo aquel hombre luchó por los derechos de los más desposeídos, siendo, luego, librero y editor en la ciudad de Resistencia.

A Francisco "Teté" Romero, Subsecretario de Cultura de la provincia del Chaco, que con entusiasmo difundió esta obra e hizo posible que la primera edición se agotara rápidamente.

A Alejandro Mauriño, que me facilitó material y me asesoró, permitiéndome consultar valiosa y reservada documentación, inédita, sobre las logias masónicas en las actuales provincias del Chaco y Corrientes, en la década del 20, y de la Gran Logia Argentina de Libres y Aceptados Masones. Asimismo fue uno de los correctores de esta segunda edición.

A la hija, de quien llamo Juliana, eminente doctora en medicina, que reside en Buenos Aires, quien con mucho cariño, respeto, comprensión y ternura me relató, durante horas, la

historia y anécdotas de la vida de su abuela del corazón, a quien identifiqué como Constanca Kladkowska, "la Polaca".

A Rubén Bisceglia, por creer en esta obra y realizar la primera edición por Librería de la Paz.

No debo olvidar a mis dos hijos, Carlos Alberto y Luciano Federico, que leyeron con mucha atención los primeros originales y me aconsejaron, con admirable sentido crítico, cambios que están plasmados en la obra.

A mi amigo Joel Cauderer, que me acompañó en la investigación sobre la colectividad judía del Chaco y Corrientes de principios del siglo XX.

Finalmente, a mi esposa Verónica Alejandra, compañera de caminos, que con su bondad y comprensión me apoyó constantemente, en la forma en que sólo ella sabe hacerlo, disimulando el tiempo que le resté para investigar y escribir esta novela.

El autor.

Corrientes, viernes 8 de diciembre del año 2008.

Bibliografía y Documentos Consultados

Libros:

- Alumni, José, Monseñor. Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de la Cangayé. Apuntes Históricos. Resistencia, Chaco, Argentina. 1948.
- Álvarez de Tomassone, Delia Teresita. Síntesis Histórica Regional desde el Patrimonio del Museo Histórico Regional Icholay. Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chaco, Argentina. 2006.
- Arovich de Bogado, Vilma Haydee. Encuesta de Folklore de 1921. Textos enviados desde el Territorio Nacional del Chaco. Universidad Nacional de Nordeste. Facultad de Humanidades. Resistencia, Chaco, Argentina. 2005.
- Arovich de Bogado, Vilma Haydee. Lírica Sefardí y el Folklore Argentino del Nordeste. Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Instituto de Letras. Jerusalén, Israel. 1988.
- Beck, Hugo. Las relaciones entre blancos e indios en los Territorios Nacionales del Chaco y Formosa (1885-1950). Resistencia, Chaco, Argentina. Cuadernos de Geohistoria Regional N° 39. 1994.
- Bergallo, Graciela Elizabeth. Danza en el Viento. Ntonaxac. Memoria y resistencia qom (toba). Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chaco. 2004.
- Cabral, Carlos H. Policía del Territorio Nacional del Chaco. 1885-1985, Resistencia, Chaco, Argentina. (No tiene fecha de edición.)

- Chumbita, Hugo. Hijos del País. San Martín, Yrigoyen y Perón. Emecé Argentina. 1º Edición. Buenos Aires. 2004.
- Colazo, Susana. Las Poblaciones Nativas del Chaco. Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Departamento de Historia. Resistencia, Chaco, Argentina. 1991.
- Coluccio, Félix. Cultos y Canonizaciones Populares de Argentina. Biblioteca de Cultura Popular, Ediciones del Sol. Buenos Aires. 1994.
- Da noón nàxayaxac laica ca ichiyauga. Los Hechos de los Apóstoles en Toba (Chaco Sur) y castellano. Sociedad Bíblica Argentina. Buenos Aires. 1966.
- Díaz, Carlos Alberto. La Imprescriptibilidad Penal y Resarcitoria de los Crímenes de Lesa Humanidad. Editorial Librería de La Paz. Resistencia, Chaco, Argentina. 2006.
- Echarri, Fabio Javier. Napalpí. La verdad histórica. Resistencia, Chaco, Argentina. 2004.
- El Zohar. El libro del Esplendor. Ediciones Obelisco. 3º Edición. Buenos Aires. 2004.
- Gabardini, Roberto Eduardo. Historia Familiar y de "Casa Gabardini". Edición del Autor. Resistencia, Chaco, Argentina. 2006.
- García Pulido José. Chaco Crisol de Razas. Homenaje a los Inmigrantes y sus Descendientes (Pioneros del Progreso). Editó Librería y Papelería Casa García S.A. Resistencia, Chaco, Argentina. 1981.
- García Pulido, José. Breve Historia del Movimiento Sindical Argentino. 1.857 a 1945- Resumen Autores Varios. Editó

- Librería y Papelería casa García. S. A., Resistencia, Chaco, Argentina. 1988.
- García Pulido, José. El Gran Chaco y su Imperio Las Palmas. 2º Edición. Editó Librería y Papelería Casa García. S.A. Resistencia, Chaco, Argentina. 1977.
- Geraldí, Severino Amelio. Lo que me contaron mis Abuelos o Páginas Históricas del Chaco. Edición del Autor. Diciembre de 1965.
- Giordiano, Mariana. Discurso e Imagen sobre el Indígena Chaqueño. Ediciones Al Margen. La Plata. Buenos Aires. 2005.
- Gómez, Hernán Félix. Los últimos sesenta años de Democracia y Gobierno en la Provincia de Corrientes. 1870-1930. Editorial Amerindia. Ediciones Correntinas. 2007.
- Gordillo, Gastón. Nosotros vamos a estar acá para siempre. Historias Tobas. Editorial Biblosm. Buenos Aires. 1º Edición. 2005.
- Janata Jorge. Argentino. Desde Pedro de Mendoza hasta la Argentina del Centenario. Ediciones B. Grupo Zeta. 4º Edición. 2002.
- López Piacentini, Carlos Primo. Historia de la Provincia del Chaco. Los Pioneros. Tomo IV. Editorial Región. 1970.
- López Piacentini, Carlos Primo; María del Carmen Mastropiero Telechea. Historia de la Provincia del Chaco. Chiman S.A. Géminis Editorial. Buenos Aires. 1970.
- López Piacentini, Carlos. Policía de Territorios. 1885-1976. Editorial Región. Resistencia, Chaco, Argentina (no tiene fecha de edición).
- "Los Hechos de los Apóstoles,, 28, en Toba y Castellano"; So-

- ciudad Bíblica Argentina, pág. 178, Versión Popular, 1966.
- Mario, Vidal. La Masacre de Napalpí. La Herida Abierta. Primera edición. Editorial Librería de la Paz. Resistencia, Chaco, Argentina. 2003.
 - Marqués, Inés. Leyendas Argentinas en la Voz y en la Pluma de Inés Marqués. 1957. Leyendas y relatos tobas. Compaginación Profesora Victoria Mabel Romero. Museo Histórico Regional Icholay. Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chaco. Argentina. 2005.
 - Moqoit la'qaatqa. El Nuevo Testamento en Mocoví. Sociedades Bíblicas Unidas. Buenos Aires. 1988.
 - Pompert de Valenzuela, María Cristina de. La Escuela Normal de Resistencia y la Cultura Chaqueña. Asociación de Ex Alumnos de la Escuela Normal. Museo Histórico Regional Icholay. 2000.
 - Pompert de Valenzuela, María Cristina. Historia de la educación primaria en el Chaco. 1872-1878. Librería de la Paz. Resistencia. Chaco. Argentina. 2006.
 - Romero, Victoria Mabel. La Cultura de los Pueblos Originarios del Chaco en los Testimonios de uno de sus Herederos. Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chaco. Museo Histórico Regional Icholay. 2006.
 - Sánchez de Larramendy, Marta Isabel. El Periodismo de Resistencia en la Etapa Territoriana. Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Departamento de Historia. Resistencia, Chaco, Argentina. 1991.
 - Sánchez, Osvaldo. Doqshi L'Aqtaqa. Versión en Castellano. Secretaría de Cultura de la Provincia del Chaco, Argentina.

- Seibel, Beatriz. Crónicas de la Semana Trágica. Enero de 1919. Editorial Corregidor. Buenos Aires. 1999.
- Shaller, Enrique César. La Adjudicación de la Tierra en el Chaco (1.870-1980). Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Departamento de Historia. 1991.
- Sociedad Cultural Israelita "Sholem Aleijem". En sus Bodas de Oro. 1917-1967. Corrientes. Argentina. 1967.
- Susnik, Brnislava. Dimensiones Migratorias y Pautas Culturales de los Pueblos del Gran Chaco y de su Periferia. Enfoque etnológico. Instituto de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste. 1972.
- Tissera, Ramón. Calendario Histórico del Chaco (Desde 1526 a 1976). Editorial Cultural Nordeste. Resistencia. 1977.
- Tomado de Carranza, Ángel Justiniano. Expedición al gran Chaco Austral bajo el Comando del Gobernador de estos Territorios, Coronel Francisco B. Bosch. Buenos Aires. 1884.
- Viyerío, Julio C. Vida, pensamiento y obra de Enrique Lynch Arribálzaga. Serie Tesis Nº 1, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste. 1999.
- "Vocabulario Castellano-Guaycurú", recopilado por Albertó S. Bukwalter y Lois Litwiller de Buckwalter. Primera edición. Año 2004. Mennonite Missions Network. Indiana, U.S.A.

Revistas

- Perfil. Buenos Aires. Argentina. Suplemento El Observador, pág. 14 y 15, domingo 27 de Agosto del año 2006.

- Primera Guía Anual del Chaco. Editor Juan Moro. Resistencia. Chaco. Argentina. 1923.
- Reivindicación. Órgano Indigenista Chaqueño. Año I, Resistencia, Chaco, Argentina, Diciembre de 1957. Año 5.
- Todo es Historia. Nº 465. Abril 2006. Buenos Aires.

Documentación Parlamentaria

- Diarios de Sesiones del la Cámara de Diputados de la Nación Argentina, julio, agosto y septiembre de 1924. Imprenta de la Cámara de Diputados.

Informes

- Comisión Honoraria de Reducciones de Indios. Ministerio de Interior de la Nación Argentina. Septiembre de 1916.
- Informe del Defensor del Pueblo de la Nación Argentina. Año 2004.
- Informe sobre la Reducción de Indios Napalpí. Elevado a la Dirección General del Ministerio del Interior por el Delegado Enrique Lynch Arribálzaga. 1914.
- Libro de Decretos y Resoluciones. Decretos Territoriales y Resoluciones. 1923-1924.
- Memoria del Ministerio de Interior de la Nación Argentina. 1923-1924.

Diarios

- Diario Norte. Resistencia, Chaco. 29 de agosto del año 2001; 15 de septiembre de 2006.
- El Colono. Resistencia, Chaco, Argentina. Junio, julio y agosto de 1924.

- El Territorio. Resistencia, Chaco, Argentina. Julio de 1967.
- Heraldo del Norte. Edición Especial. Año IX Nº 652, 27 de junio de 1925. Edición Especial. Impreso en Corrientes.
- La Razón. Buenos Aires. 26 de agosto de 1924.
- La Verdad. Diario del Partido Socialista del Chaco, Argentina. Tomo I y II, año 1924.
- La Voz del Chaco. Resistencia, Chaco, Argentina. Desde el 31 de diciembre de 1923 al 31 de diciembre del año 1924.

Expedientes Administrativos

- Expte. Nº 403, Letra R, iniciado el 5 de agosto de 1924 en la Jefatura de Policías Nacional de Territorios de la Provincia del Chaco.

Expedientes Judiciales

- Expediente año 2005, Juzgado Federal de Resistencia, Chaco, Argentina, caratulado: "Asociación Comunitaria La Matanza c/ Estado Nacional Argentino S/Indemnización por daños y perjuicios". Juez Carlos Skidelsky.
- Expediente Nº 910, año 1924. Legajo Nº 2.262. Juzgado Letrado, caratulado: "Sublevación Indígena en la Reducción Napalpí".

Archivos

- Archivo Histórico de la Provincia de Corrientes.
- Archivo Histórico de la Provincia del Chaco Monseñor José Alumni. Resistencia, Chaco, Argentina.
- Archivo personal de José García Pulido.
- Biblioteca del Palacio del Congreso de la Nación Argentina.

Buenos Aires.

- Biblioteca Herrera. Resistencia. Chaco. Argentina.
- Biblioteca Nacional. Buenos Aires. Argentina.
- Biblioteca Rivadavia. Resistencia. Chaco. Argentina.
- Centro Cultural y Artesanal Leopoldo Marechal. Resistencia.
Chaco. Argentina.
- Museo de Medios de la Provincia del Chaco.
- Museo del Hombre Chaqueño. Resistencia. Chaco. Argentina.
- Museo Histórico Regional Icholay. Resistencia. Chaco. Argentina.



**CAMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA DEL CHACO**

“2014 Año de la concordia, el diálogo y la paz – S. S. Francisco”



Resistencia, 19 de junio de 2014.-

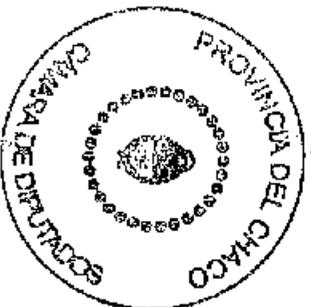
2103 - 14

Señor Fiscal Coordinador
de la Unidad de Derechos Humanos
de la Fiscalía Federal de la Provincia del Chaco
Don Federico CARNIEL
SU DESPACHO

CAMARA DE DIPUTADOS	
PROVINCIA DEL CHACO	
SECRETARIA DE LEGISLACION	
RECEBIDA EN LA SECRETARIA	
EL DIA 19 DE JUNIO DE 2014	
A LAS 08:50 HORAS	
FOLIO 12130	

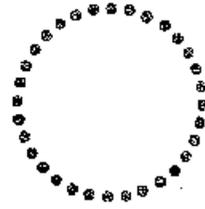
Por indicación del Señor Presidente, tengo el agrado de dirigirme a usted, a efectos de adjuntar a la presente copia de la resolución 1344, que fuera aprobada por esta Cámara de Diputados en su sesión ordinaria del día 18 de junio de 2014.

Sin otro particular, salúdole con atenta y distinguida consideración.



Pablo L. D. BOSCH
SECRETARIO
CÁMARA DE DIPUTADOS

Fiscalía Coordinadora de	
Tribunales de Justicia	
Ordenada por el Sr. Jefe	
Resistencia, Chaco	
EL DIA 19 DE JUNIO DE 2014	
A LAS 08:50 HORAS	
FOLIO 12130	
CONSTE	



"2014 Año de la concordia, el diálogo y la paz — S. S. Francisco"

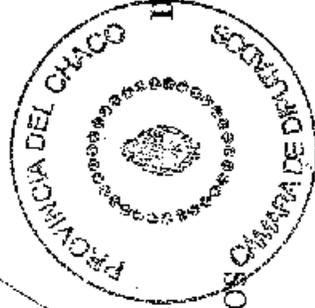
La Cámara de Diputados de la Provincia del Chaco

Resuelve

- 1º) Expresar beneplácito y acompañamiento ante el inicio de una investigación de oficio en la Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía Federal de Resistencia, tendiente a profundizar en los hechos históricos conocidos como la Masacre de Napalpí, ocurrida en 1924, y la de El Zapallar, sucedida en 1933, en lo que fuera el Territorio Nacional del Chaco, actualmente jurisdicción de la Provincia de Chaco.
- 2º) Resaltar que ambas masacres fueron ejecutadas por personal de la policía nacional contra pueblos indígenas, hacheros correntinos y cosecheros santiagueños y que la mencionada investigación apunta a que sean juzgadas como crímenes de lesa humanidad e incluso como instancia de juicio por la verdad.
- 3º) Remitir copia de la presente a la Unidad de Derechos Humanos de la Fiscalía Federal de Resistencia y a la Comisión por la Memoria de la Provincia del Chaco.
- 4º) Registrar la presente resolución, efectuar las comunicaciones pertinentes y oportunamente, proceder a su archivo.

[Handwritten signature]

Pablo L. B. BOSCH
SECRETARIO
CÁMARA DE DIPUTADOS



[Handwritten signature]
Harío Augusto BACILEFF IVANOFF
PRESIDENTE
CÁMARA DE DIPUTADOS

Dada en la Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia del Chaco, a los dieciocho días del mes de junio del año dos mil catorce.



Archivo
Nacional de
la Memoria

RESOLUCIÓN N° 1344



archivo
nacional de
la memoria



MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL

Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia, Chaco.



archivo
nacional de
la memoria

///sistencia, 4 de Agosto de 2.014.

En conocimiento de la existencia de la publicación de la Obra “
Crímenes en Sangre - La Verdad sobre la Masacre de Napalpi” del autor
Pedro Jorge Solans , en el que se lleva adelante una reconstrucción histórica
de lo ocurrido en la Masacre de Napalpi y existiendo en dicho texto diversos
documentos y testimonios importantes para la investigación que nos ocupa
en estos actuados ; Se ordena por Secretaría se consiga el mismo y se
incorpore una copia a las presentes actuaciones.

Archivo
Nacional de
la Memoria

Carlos Norberto Amato
Abogado General del Poder Judicial

Patricia Nicole Sabadini
Abogada General del Poder Judicial

LEILA ANTONIO BALBIANI
Secretario Intímido



MINISTERIO PÚBLICO
FISCAL
PROFESIONALES SOCIALES DE LA NACION
R. N. O. S. S. S. P. A. S. N. S. S.

Unidad Fiscal de Derechos Humanos de Resistencia. Chaco.



///TA: Se procedió a dar cumplimiento a lo ordenado precedentemente , consiguiendo el libro " Crímenes en Sangre – La Verdad sobre la Masacre de Napalpi " de la Editorial Sudestada 1ra Edición Lomas de Zamora del año 2013 , en un total de 189 páginas. Se incorpora al presente una copia del mismo.

CONSTE. Secretaría 8 de Agosto de 2014 .-----


LELIO ANTONIO BALSANI
Secretaría Interino



archivo
nacional de
la memoria



Archivo
Nacional de
la Memoria



Archivo
Nacional de
la Memoria

Colectión
QUE LOS TERCEROS

San Esteban

CRÍMENES EN SANGRE

LA VERDAD
SOBRE LA
MASACRE
DE NAPALPI

PEDRO JORGE SOLANS



archivo
nacional de
la memoria



Crímenes en sangre. La verdad sobre la masacre de Napalpí.
Pedro Jorge Solans
Colección América Rebelde

Solans, Pedro Jorge
Crímenes en sangre. - 1a ed. - Lomas de Zamora : Sudestada, 2013.
192 p. ; 20x14 cm. - (América Rebelde)

ISBN 978-987-22356-4-0

1. Historia. I. Título
CDD 909

Fecha de catalogación: 15/02/2013

Sudestada de bolsillo

Saenz 271, 1º P (CP:1832) Lomas de Zamora,
Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4292-1859
E-mail: sudestadaravista@yahoo.com.ar
www.revistasudestada.com.ar
© 2013

Corrección: Nadia Fink
Diseño de Tapa e Interior: Martín Azcurra
Foto de tapa: Santiago Solans
Impreso en Guten Press en el mes de marzo de 2013.
www.gutenpress.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Los aborígenes de la zona chaqueña vivían sin la necesidad de pertenecer al sistema capitalista. La violencia ejercida hacia ellos, por la vía política con la represión y por la vía económica, tuvo como objetivo eliminar sus formas de producción y convertirlos en sujetos sometidos al mercado...

Nicolás Iñigo Carrera
*La violencia como potencia económica:
Chaco 1870-1940.*

Los pueblos nativos no representaban ningún peligro en el siglo XIX. Las aberrantes campañas militares contra los aborígenes no pudieron justificarse con disparatadas teorías de seguridad interior o pacificación. La propia Historia puso en evidencia que los fines de semejantes genocidios fueron el saqueo, la explotación y el abuso.

Pedro Jorge Solans



CAPÍTULO I Melitona *

Melitona tierra

1. Un 16 de enero en tiempos remotos, el paraje chaqueño El Aguará fue un gigantesco pesebre. Una mujer nacía, y otra moría. En el mismo llanto, una abrió la boca y de la otra, brotaba leche.

Melitona Enrique tragó su primera bocanada de monte. En esos sorbos iban trozos del mundo toba-gom.

La madre se convirtió en leyenda, y ella en tierra.

2. Las aguas del océano Pacífico tardaron varios años en retirarse del Chaco. Lo hicieron entre los años 8.000 y 9.000 a.C. y, desde esa época, el macizo andino no dejó pasar más humedad.

Las extensas lagunas que habían quedado estancadas fueron secándose, porque la anciana toba Latée Na Amap, primera mujer en llegar, se asoció a un carancho para desparramar fuego por la tierra.

Hubo un gran incendio.

La sequía duró mil años, y murieron muchos animales, y la sal provocó una sed que dura hasta ahora.

Melitona contó que sus antepasados siempre recordaban a la anciana:

* Melitona Enrique fue la sobreviviente de Napalpi que dio testimonio para este trabajo. Nació el 16 de enero de 1901 en el paraje El Aguará y murió el jueves 13 de noviembre de 2008. Este texto promovió los festejos que el gobierno de la provincia del Chaco le ofreciera a la anciana heroína el 16 de enero de 2008. En la plaza San Martín de Muchagata, el Estado admitió la matanza oficialmente y pidió disculpas.



La sed milenaria obligó a Latée Na Amap a buscar algo que beber. Buscó hasta en los árboles y encontró kapa en la algarroba.

Trajo kapa.

Dulce.

Rica, pero no era agua.

Y mareaba.

Melitona fecunda

"Las vizcachas salieron y se pusieron a tocar instrumentos ocasionales. El paraje se transformó en una pista bailable"

1. Había escuchado hablar en varias oportunidades de la araxanaq' late', víbora madre, víbora masculina y femenina, que provocaba terremotos y calamidades cuando se enojaba. Pero nunca la tuvo en cuenta hasta que llegó su fiesta, la fiesta de su pubertad.

Melitona regresaba del monte y de repente sintió miedo.

Eran pasos de blancos, de aquellos hombres blancos, de mal carácter, los shegua lapagaic kabemaic que violaban, y violaban a las chicas tobas-qom.

Corrió menstruando y maravillosamente se zambulló en la tierra. Su silueta delgada serpenteaba sobre un sendero de hormigas coloradas, adornado de espinas.

Se sentía acompañada por lagartijas que la defendían moviéndose sin ton ni son para despistar y con una habilidad propia de la naturaleza, contorneándose ingresó a una vizcachera.

A pesar de todo, llevaba buen aliento, colores vivos y olores desafiantes.

En la galería subterránea se topó con las habitantes de la madriguera.

Melitona irguió sólo su torso y apoyó sus manos para sostenerse. Aguantó la respiración y las miró fija.

Las vizcachas entendieron el mensaje y rápidamente salieron a escarbar por todos lados para construir una, dos, tres, varias, muchas salidas.

El ruido y el movimiento que había dentro de la tierra asustaron a aquellos hombres blancos, aquellos hombres de mal carácter,

los shegua lapagaic kabemaic que bajo una pavura inusual escaparon de El Aguará.

Dicen que creyeron que era un terremoto.

2. Dalmacio Irigoyen era un bravo kom late" c. Llegaba al galope a las toderías de El Aguará. Siempre parecía desbocado, desbocado como su caballo.

Hombre y animal hacían una yunta frenética.

Un día se detuvieron en seco. Fue un instante. Dio la sensación de que hasta su caballo lo trató de loco.

¡Sí, loco, alaxaic, fuera de sí!

Cuando la vio, quedó loco.

Quería tener hijos con ella.

Pasó el tiempo y Melitona se había apoderado de sus sueños.

Una noche salió desesperado y la luz de una de las estrellas blancas que lo acompañaba en su camino hacia Quitilipi le hizo ver que Melitona no era cualquier mujer, era especial, y tenía algo que hacer para su gente, una tarca superior, por eso la seguían Huashi, la enanita de la fecundidad, y la araxanaq' late'.

Irigoyen no se dio por vencido, y por consejo de su primo que estaba casado con la hermana de la joven, buscó 'lyaxaic, la hierba para excitar el amor, y se la dio en un encuentro fortuito.

Melitona no comió.

Irigoyen se puso triste.

A pesar del rechazo, una tarde de lluvia, Irigoyen insistió, y la esperó debajo de un palo santo, árbol sagrado de los tobas, y apenas salió el arco iris asomó Melitona sonriente.

Tuvieron doce hijos.

Al cielo

El hombre que tenía colgada una cruz le dijo al esposo de Melitona, al toba rebelde:

-Dejá de tomar esa porquería y ponete a trabajar para tener una casita digna para tu familia como un buen cristiano. Portate bien, chamigo, para que Dios te tenga en cuenta y te perdone, así podés entrar al cielo como cualquier hombre blanco.

El toba sonrió, y le contestó:

-Yo vengo del cielo. Ahora estoy en la tierra como vos dokse (hombre blanco).

Dalmacio Irigoyen murió en 1985 de un paro cardiorrespiratorio.

Padecía de cirrosis alcohólica.

La sobreviviente y el silencio de Napalpí

¿Acaso la memoria sigue la línea del tiempo?

1. Silencio.

Melitona Enrique también apeló al silencio para salvarse. Tuvo su prueba de fuego cuando la arrastraron hacia el corazón del monte bajo la batucera policial. Tenía que aguantar el dolor.

Las espinas, los arbustos y no sé cuántas cosas más marcaron su cuerpo como en una yerra. Nada podía ser más fuerte que su vida.

Sólo gesto. Nada de gritos. Nada de llantos.

Nada.

Su tío le dijo que el silencio era tan importante como esconderse. Si era necesario había que olvidar.

No había que volver. El llamado del santón no sonaba bien. No era el latido de los dioses; sino que parecía gemido, gemido ahogado de dolor, dolor de un corazón gigante que soportaba picotazos de cuervos.

De cuervos blancos.

En El Aguará el cielo era tristón, y ahí, sí que no llovía. Apenas si el agua salpicaba.

Ella, una hermosa joven toba, de 23 años, no sabía cómo borrar lo sucedido esa mañana, esa mañana de sábado, sábado neblinoso.

Ese 19 de julio de 1924, sangriento, cuando esos hombres blancos, shegua lapagaic kabernaic, mataban y mataban desde un aparato que volaba. Aquellos labios de aquellas bocas con aquellas dentaduras.

Aquellos hombres blancos, shegua lapagaic kabernaic, hombres blancos con gafas negras, que miraban y se reían desde arriba.

¡Cómo olvidarlo!

Se reían como diablos, y gritaban como lobos.

Abrían la boca... Abrían la boca.

Se reían y festejaban cuando caían los niños con miradas desgarradoras, tropezando con mocos y estallando contra el suelo.

Se reían y festejaban cuando caían las mujeres con muecas de dolor, con los pechos repletos de savia, desgarrados, revolcándose en la tierra, escapándose del barro de sangre, sudor y miseria.

Se reían y festejaban cuando caían los ancianos con sus brazos abiertos pidiendo clemencia para su gente.

¡Cómo olvidarlo! ¡Cómo olvidarlo!

Y después los policías a caballo que disparaban. Era un concierto de desgracias. Y los de a pie que degollaban con tanta furia que los uniformes reventaban.

No parecían seres humanos.

¿O sí?

¡Cómo olvidarlo! ¡Cómo olvidarlo! ¡Cómo olvidarlo!

Pero el miedo arrancó el párrafo más triste, insoportablemente triste.

Fue inclinando despacito la cabeza

Silencio con la cabeza baja.

¿Vergüenza?

¿Respeto?

¿Angustia?

2. Corrían hacia el monte con desesperación. Caían y se arrastraban entre cadáveres de familiares, de amigos, entre los truenos de las armas, entre los gritos, entre los sollozos.

El llamado. La voz. El grito del santón no sonaba bien. No era el latido de los dioses; parecía gemido, gemido ahogado, ahogado de dolor.

Ya no había corazón.

Los picotazos de los cuervos blancos deshilachaban las almas, y la sangre, y la tierra, y el agua, y el monte; en fin, los dioses, o la vida.

En carne viva.

Todas llagas.

Durante el mediodía de ese maldito sábado, el avión, ese cuerpo blanco gigante.

Un viento acarició las heridas en El Aguará.
No había que volver.
Sudor frío.

Aquella mañana, Melitona corrió hacia el monte y cayó. Entre todos la arrastraron más de quinientos metros. Estuvo días sin comer. Ella y su madre no probaron bocado. No tenían nada, ni agua.

Al monte, a ese inmenso Pi'oxonaq, sólo le pedían protección para que el dolor nutriera la divinidad. Varios días, varias noches, desnutridas, deshidratadas, heridas, arrastrándose hasta que se abrazaron a la tierra con toda la fuerza y ahí se quedaron.

Aplastadas como láminas humanas.

Sus huesos parecían senderos de hormigas y sus cabelleras mimetizadas con el verde golpeado, chamuscado, invadían las gramíneas.

Nadie las veía; aunque las pisaran con esas borzacheras malnacidas; aunque los cuervos blancos ingresaran a picotazos al verde boscoso; aunque los machetes brillaran y los balazos zumbaran.

Nadie, nadie las veía.

El silencio era montés, el olor era montés. Los pumas entendían, las víboras colaboraban y entre imperceptibles movimientos; ellas, madre e hija, unidas por un finísimo hilo de respiración eran espirales de enredaderas sobre hojas, tallos, troncos, ramas. Eran verdes cuando había que ser verdes. Eran marrones cuando había que ser marrones. Eran gris humo de barro cocido cuando había que esfumarse.

La vida.

¡Cómo cuidar la vida!

La madre no aguantó.

Se desangró.

Melitona se salvó. Siguió escondida por los bosques hasta que se hizo olvido, y con el olvido a cuestas pudo llegar a Quitilipi.

En Quitilipi fue lechuza, fue carpincho, fue tatú, fue vizcachita, fue liebre.

En el peregrinar perdió a los abuelos, los hermanos, los tíos, los primos; mientras les giraban sin cesar por su cabeza los consejos de la sobrevivencia:

—El silencio es la salvación; y el olvido es la eternidad.

En el camino entre Quitilipi y Machagai, entre cosechas mal pagas, entre los días negros en los hornos de carbón, en los cortaderos de ladrillos, entre las espinas y las astillas en el juntado de leñas, en las noches obrajeras, el olvido se le hizo más profundo, tan profundo como el miedo.

Y así, mansamente, emprendió el regreso al paraje.

Las cicatrices hacían de su cuerpo un aliento.

El silencio, el olvido, el sufrimiento, las penas, todo, todo se aceptaba; pero la sangre estaba en El Aguará.

Llegó como un fantasma, como si lo vivido hubiese sido una leyenda.

La angustia se había endurecido en las entrañas de Melitona.

Su piel empezó a oler distinto.

Su color era distinto.

Se había acostumbrado a la ronda de los cuervos blancos.

La mujer había cambiado, y para siempre.

Sobreviviente.

El Aguará, triste. Y más triste cuando asomaban las nubes y soplaban el viento Norte, y se notaba más, cuando el verde se volvió más verde.

3. Para visitar a Melitona, la sobreviviente tuvo que estar con la resistencia baja y los dioses distraídos:

Los sueños y las promesas tienen que chocarse y los chispazos de apuros, enceguecer de bronca.

Tendría que llover para que la altanería del dokse escurra.

¡Ahora sí!

¡Ahora sí!

Sin apuro, humilde, con los sentidos atentos a señales simples e invalorables.

Llovía.

Y el carro que iba de cuneta en cuneta —como un tractor— hacía huellas en el barro, que parecía intransitable.

Era un viaje de iniciados.

–Atravesar el cementerio, que el barro te pegara en el pecho, y que Melitona mirara sin mirar, guiando al Norte, orientado hacia el encuentro, no era nada para Rosa Chará.

La hija de otra sobreviviente fallecida en 1996.

–No llevábaros mercadería para la abuela –se lamentó el marido de la comadrona.

–Alguien nos está espionando –le dije a Rosa.

–No, no. Quédese tranquilo. Es el escalofrío de la lluvia y el barro. Hace nueve meses que no llueve –respondió tranquila la guía.

Cuando nos acercábaros al rancho, en pleno Aguará, a pocos metros de donde sucedió la terrible masacre, tuve una sensación tormentosa centrada en la visita de animales que hablaban e invitaban a pescar y a preparar el fuego esclarecedor.

Un carpíncho dijo que los muertos que perdieron la vida injustamente no estarán tranquilos y rondarán las tierras de sus antepasados.

El fuego latía apenas en el rancho de los hermanos Ingoyen. Dicen que el fuego está siempre y late tranquilo. El humo no molestaba.

El espanto era llevado en andas por la perrada, que peleaba palmo a palmo su existencia entre sarnas, garrapatas, moquillos y un ejército de parásitos.

Los mosquitos y los jejenes protestaban por la cortina de humo entre cenizas que prolongaban el gris de la cabellera de Melitona, que alguna vez, fue azabache.

La anciana toba-qom vivía aún ahí.

Estaba ahí con dos de sus doce hijos, postrada en algo semejante a un catre, donde arañaba un lugar entre los animales y con quien quería compartir sus 107 años.

Esos años que le enseñaron que su historia, la historia de su pueblo, se había reducido a derrota. Derrota con olor a genocidio.

Genocidio con olor a exterminio.

Movía constantemente sus manos como si estuviera hilando algodón.

¡Algodón!

Aquel algodón que tanto apetecían los ingleses para su industria textil de Lancashire.

Aquel algodón que tanto apetecían los norteamericanos para abastecer a los ingleses de la Cotton Supply Association.

Aquel algodón que tanto apetecían, que tanto necesitaban las fabriles ciudades de Manchester.

Pero ella sólo sabía de administradores, capataces y colonos blancos.

Acariciaba un trapito azul agradeciendo la única suavidad que conocieron sus agrietados dedos.

Se limpiaba con una precisión horaria, a cada rato, sus ojos profundos que se humedecían automáticamente y parecían llorar a cuenta de tanto horror que vio.

Se limpiaba con el mismo trapito azul la boca que se abría buscando oxígeno para dibujar palabras después de tanto silencio.

Napalpí.

Aquella terrible matanza del algodón.

El padecimiento amasó silencio de víctimas, y más silencio de victimarios. Años y años en silencio. Años y años de crónicas distorsionadas. De lechuzas malagüeras, de quitipis heridos.

Napalpí impunidad, Napalpí miedo, Napalpí resignación.

La vida siguió dura, durísima, cruel para los aborígenes.

Nunca pareció vida.

Los descendientes de las víctimas dijeron que vivirán un eterno Napalpí.

Un Napalpí actualizado, un Napalpí vigente.

La masacre de todos los días.

Melitona enfermó y no le quedaron fuerzas. Ya no tuvo aquella fuerza que usó aquella mañana cuando los policías del Territorio del Chaco ametrallaban y ametrallaban, degollaban y degollaban, empalaban cadáveres, extirpaban cuerpos, violaban mujeres y niños, y jugaban con los restos de las ancianas.

Y no pudo escapar a tiempo como escapó con su madre.

–Los policías andaban a caballo. Pero los que venían a pie ametrallaron primero –tradujo Sabino–.

Siempre tuvo miedo a los uniformados. Ese miedo nunca se le fue.

4. De tanto olvido, ahora está olvidada, lejos del pavimento, reducida a un cofre donde hay silencios, o cosas sencillas, o sabiduría que no cotiza en el mercado.

Sigue el hambre, el abandono, pero come, come al compás de un salto por un bizcocho, al compás del salto de un caballo geográfico en un complicado tablero de ajedrez.

Los medicamentos llegan cuando hay gasoil para la camioneta de la posta sanitaria.

—Hoy ya no nos matan a palos y a balazos —dijo pausadamente.

Se fueron para la casa de don Segundo donde protegían a los refugiados. Allí se enteraron de que desde el aparato que volaba mataron a sus abuelas, y que los policías a caballo asesinaron a los abuelos.

Melitona tenía los crímenes en la sangre cuando se casó con Dalmacio Irigoyen. Sus doce hijos heredaron el miedo y se debilitó la dignidad qom de los caciques Dialrochí y Juanatrái.

Prevaleció la derrota.

La sangre se estiró inevitablemente y como brazos infinitos, de aquí en más sobrevivirá licuada, mezclada, hasta secarse en más crímenes.

Y se extinguirá una lengua muda.

Hace poco se enteró de que sus hijos y sus hermanos están desparramados por los barrios tobas de Buenos Aires, por el barrio "Los Purnitas" de Rosario, por Santa Fe, por el barrio Qom lec de Formosa, por el Chaco.

Nunca más los vio.

Otro dolor vivo.

Las piernas no le respondían. La sacaron afuera en un lindo día, para que caminase un poco, para que vea con esos ojos llorosos el campo, para que no pierda el suspiro de belleza, ese esfuerzo por soñar, aunque sea por una ayuda.

Melitona no estuvo acostumbrada a usar la memoria. No la usó. La mantuvo quieta, casi agonizante, mucho tiempo. Pero, de a poco, naturalmente, su memoria quiso resucitar. Y en esos espasmos memoriosos, habló, recordó que trabajaban los hombres y las mujeres todo el día.

Había organización.

Las mujeres se ocupaban de los quehaceres en el rancho y en la cosecha. Se escaparon muchos. No supo por qué vinieron a matarlos ese día de crespón negro. Estaba convencida de no tener culpa.

"Nadie avisó que querían pelear. Estábamos durmiendo porque la noche anterior tuvimos fiesta.

Los administradores y los capataces se habían ido".

Su tío se volvió loco. Pegaba cabezazos a la tierra, a los árboles, y corría de un lado para otro. Enloqueció cuando regresó al lugar de la matanza y en el camino vio cómo los cuervos destrozaban los cuerpos de su madre y de su hermano.

Volvió la memoria, y en un qom contaminado de castellano primitivo dijo que su marido también se escapó de Napalpí.

Irigoyen trabajaba de boyero, y contó:

"Nuestros hombres se amontonaban para el reclamo. Les pagaban muy poco en el obraje, por los postes, por la leña, y por la cosecha de algodón. No les daban plata. Sólo mercadería para la olla grande donde todos comíamos. Por eso se reunieron para reclamar a los administradores, para decirles a los patrones del mal trato.

Y se enojaron, y por lo que contaban, en Resistencia el Gobernador se enfureció.

El reclamo, el pedido de nosotros, los enojó.

Y nos mataron.

En El Aguará éramos como mil aborígenes cuando atacaron. En las tolderías no había armas de fuego. Y nos mataron más de doscientos: hombres, mujeres, ancianos, ancianas, y niños. Los hombres querían volver a las tolderías pero éramos perseguidos por la policía. Nunca hubo malones. Querían sacarnos las tierras y eliminarnos.

Querían eso.

Eliminar a todos los aborígenes y meter gente criolla, gente gringa. Los aborígenes queremos trabajar en agricultura".

Melitona se hundió en el qom y Mario y Sabino Irigoyen, los hijos que más la cuidan, se hundieron con ella.

Desde una profundidad milenaria nació una voz. Imposible saber si era de la anciana, de la sobreviviente, o de los hijos. Pero la esencia era una sola:

"Trabajar como aborígen.

Los aborígenes no somos malos.

Los blancos nos quieren eliminar:

¿Por qué?

Si todos somos iguales".



Silencio.

Volvieron del silencio.

Ella esperó.

Ella necesitó.

—Al techo de su rancho le pusimos una frazadita por la calentura del sol —explicó Sabino Irigoyen.

Sequía.

Inundaciones.

Verano.

Viento Norte.

Chaco caluroso.

Chaco adentro.

La misión

El tío le había dicho a Melitona antes de morir que superaría al silencio y al olvido cuando se encontrara con un *No'bet* (un ser superior), que bajaría a guiarla para que contase los padecimientos de su pueblo.

Melitona nunca quiso dejar el rancho de El Aguará porque las palabras de su tío le parecían cuerdas de *N'viké* (violín toba) que le sonaban en los huesos, que le retumbaban en la cabeza.

Nadie supo si Melitona se encontró con el *No'bet*, y si se reunieron, en qué momento, y dónde.

Pero sorprendió que su hijo Sabino resignara su vida para cuidarla. Siguió los pasos de un santón de Napaipi.

La despedida

El jueves 13 de noviembre de 2008 se confirmaba lo irreversible: el final para la anciana gom-toba. Alguna vez me hizo sentir que me esperaba. Según sus documentos tenía 107 años; pero después de compartir silencios con ella tuve la certeza de que tenía más.

Aquella Semana Santa fue especial. Rosa Delgado —hija de Rosa Chará, otra sobreviviente, fallecida ya— me anticipó que Melitona Enrique resistía. Se enfermaba y se recuperaba contra

vientos y mareas. Quería vivir como fuera. Tenía un espíritu muy particular. Siempre dio la sensación de que quería cumplir una misión que nadie notaba antes de morir. ¿Habrá sido romper con el silencio? ¿Habrá sido quebrar el olvido?

Algo extraño me pasó cuando supe de su muerte. Pese a su prolongada agonía y a que nos habíamos despedido el 3 de octubre, la noticia igual me produjo vacío: me quedé con la sensación de que algo me faltó preguntarle.

La última vez que la vi fue tumultuosa en su casa de Machagai. Mucha gente alrededor. Muchas interferencias. Yo no sabía cómo hacer para compartir el rito del adiós.

Estaba mal. Me miraba desconcertada. Ya no tenía las mismas ganas de vivir. Le acaricé la mano.

Melitona escuchó con sorpresa la serenata que le dio el juglar misionero Joselo Schuap. Estaba quietita en su cama hospitalaria, pero sus ojos se abrían y se cerraban con armonía. Había cumplido.

Sé —en realidad lo intuía—: su espera fue un tratado de amor, de paciencia, de lucha. Esperó que los sacudones pusieran las cosas en su lugar.

Sus restos descansan en el cementerio aborigen, Lote 40, en El Aguará.





CAPITULO 2 Informe capullo blanco

Los primeros conquistadores que llegaron a América mencionaron la existencia del algodón en las nuevas tierras y señalaron a incas y a aztecas como los más adelantados en el cultivo. No obstante, la nación toba, cuya cultura fue periférica del imperio incásico, usaba ropas rústicas de mandiyú. Los españoles se confundían, porque los indios no conocían el algodón pero usaban ropa, hasta que se dieron cuenta de que el mandiyú era algodón no domesticado.

Los indígenas de la zona chaqueña vivían sin la necesidad de pertenecer al mercado capitalista. Tenían una economía propia de subsistencia y no comprendían los valores de la fuerza del trabajo como lo interpretaban las culturas eurocentristas y racionalistas tradicionales.

El mandiyú era, entonces, el símbolo de la tierra sin mal, pertenecía al corpus mítico de las culturas de los aborígenes, y el significado distaba mucho del que tenían los europeos con respecto a la planta algodón. Pero con el asentamiento de las primeras colonias, durante la conquista, el algodón representó la principal actividad agrícola.

El mandiyú había sido desterrado. Había desaparecido.

En 1556 se iniciaron en forma racional los cultivos con semillas ingresadas por Hernán Mejía de Mirabal, que venía de Chile. El hilado y tejido de algodón se transformó muy pronto en la industria principal del Tucumán, y el lienzo fue utilizado como moneda, tasado, por lo general, en cuatro reales la vara.

En 1587 salió de Buenos Aires por primera vez una partida de tejidos de algodón manufacturada en los telares del Norte del país hacia Brasil.

La importancia que tenía el algodón en el Virreinato del Río de La Plata quedó plasmada en las crónicas de la conquista. A tal punto que un capullo figura como producto típico de la tierra en el primer escudo de la ciudad de Catamarca, fundada en 1683. El cultivo se extendió por el litoral. Los jesuitas lo introdujeron en todas sus misiones, y fueron los primeros en comprender el significado del algodón en los pueblos aborígenes. Por eso, en los planos que se conservan de sus poblados, figura siempre un lugar de reunión para hilar y tejer el textil que se cultivaba en los campos cercanos.

A fines del siglo xviii, la Argentina había producido más algodón que los Estados Unidos. Pero a principios del siglo xix la prosperidad del algodón en el Virreinato, al igual que en otras regiones de Latinoamérica, fue bruscamente interrumpida por los avances tecnológicos. La invención de la desmotadora mecánica con sierras, por Ely Whitney, en 1793, y el perfeccionamiento de las máquinas de hilar y tejer hicieron estragos. La economía algodonera mundial decayó como consecuencia de la pérdida de todos los mercados externos en favor del algodón estadounidense, que logró una baja sustancial en sus costos por la mecanización del desmote.

El tiempo de las desmotadoras

La producción de algodón en el país cayó estrepitosamente luego de la independencia argentina, en 1816. Pero la Guerra de Secesión que se inició en los Estados Unidos, en 1861, impulsó a la industria inglesa a buscar nuevos mercados proveedores de fibra, ya que las importaciones estadounidenses se redujeron en forma alarmante: pasaron de 505.000 toneladas en 1861 a sólo 7.700 toneladas en 1862. La industria textil de Lancashire (Inglaterra) entró en una grave crisis con efectos sociales de magnitud, como quiebras, desempleo y pobreza en una zona industrial otrora floreciente.

La Guerra de Secesión perturbó el desarrollo de la industria algodonera norteamericana, que abasteció durante un siglo a los industriales textiles europeos, especialmente a los ingleses. El viejo mundo comenzó a percibir el peligro de tener un solo

abastecedor. A mediados del siglo xix, y con carácter de experiencia, se logró reiniciar los cultivos algodoneros en países como la Argentina.

El país presentaba condiciones naturales excepcionales para el desarrollo de la actividad algodonera. Por eso despertó un especial interés en la Cotton Supply Association, una entidad inglesa constituida para promocionar la producción de algodón en el mundo, que utilizó todos los medios posibles para tener una Argentina blanca. Se puede afirmar que fue una consecuencia de su iniciativa que se reconocieran las ventajas de producir en gran escala para la exportación y no meramente para la industria doméstica.

La entidad delegó en el consulado inglés de Rosario la misión de explorar las condiciones en las diferentes zonas. El cónsul Thomas Hutchinson ejerció una gran actividad a través del periódico inglés *The Standard*, en Buenos Aires. El Presidente de la Nación, general Bartolomé Mitre, se interesó cuando vio a los ingleses avanzar en los estudios previos de las tierras argentinas. Mitre sugirió el cultivo de algodón a los gobernadores, y les envió semillas y un manual con instrucciones para la siembra.

En 1862 se inició la primera campaña oficial de fomento del cultivo y en diciembre de ese año llegó al puerto de Buenos Aires el buque *Lady of the Lake*, con semillas y desmotadoras a sierra de manejo a mano. Una fue remitida a José Ximenez, de Corrientes, quien la instaló en Goya, de donde surgieron los primeros administradores argentinos de desmotadoras, incluyendo a Carlos Ferro, quien a los dieciocho años emigró a Quitilipi, Chaco, donde administró la desmotadora de su pariente Aselle, entre 1921 y 1930.

En 1863, una desmotadora fue instalada en el consulado inglés en Rosario. Había folletos con instrucciones para el cultivo, impresos en Manchester en idioma castellano. En ese contexto, los ingleses intentaron utilizar las tierras que habían deforestado por la explotación del quebracho y lograron incrementar de 50 a 879 hectáreas el cultivo algodonero.

El propio presidente Mitre, en su mensaje al Congreso, el 1º de mayo, dijo que "la crisis producida en los mercados manufactureros por falta de algodón, a consecuencia de la guerra en

Estados Unidos, ha hecho que se ensaye el cultivo de esta planta en la República Argentina".

A pesar de la promoción del cultivo, el éxito sólo fue pasajero. La normalización de la producción en los Estados Unidos de posguerra fue rápida, y el boom no duró mucho y las consecuencias para la industria argentina se hicieron evidentes.

Andate al Norte, muchacho, andate al Norte

En los primeros años del siglo xx, llegaba desde afuera otra posibilidad de reconstruir una industria algodonera nacional. Pero recién en 1917 los agricultores argentinos empezaron a recibir los beneficios de la desmotadora mecánica.

La innovación tecnológica del industrial yanqui de Nueva Inglaterra, Ely Whitney, tardó 124 años en afincarse en el Chaco. El fuerte interés que nuevamente despertó el cultivo de algodón fue el alza experimentada en los precios durante el período que abarcó la Primera Guerra Mundial. Es así que en la campaña de 1917 y en la de 1918 se sembraron 11.2000 hectáreas en el Chaco. Sin embargo, la promoción norteamericana que impulsó la producción del algodón en la gestión de Alvear tuvo la misma suerte para los productores chaqueños que el impulso inglés en época del general Bartolomé Mitre.

Michel T. Meadows, director de la sección textil del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, publicó en 1924, año de la matanza de Napalpi, un artículo optimista titulado "El Rey Algodón en el Chaco", que concluía con el refrán norteamericano "andá al Oeste, muchacho" y su contrapartida en la Argentina, con el "andate al Norte, muchacho, andate al Norte". El artículo repasaba el rápido crecimiento del algodón allí, comparándolo con el más que exitoso y temprano boom agrícola del café en Brasil y el cultivo de cereales en las pampas argentinas. Aún a pesar de la consabida falta de brazos y los problemas en la comercialización, Meadows depositaba sus expectativas en el futuro promisorio del algodón.

El surgimiento de las fábricas textiles algodoneras argentinas fue parte de un lento y sinuoso proceso. La información tecnológica proveniente de los Estados Unidos salvó numerosos obstá-

culos. Pero faltaba resolver la carencia de brazos para levantar la cosecha y cómo encarar la expansión de plantaciones en tierras ociosas. Estos problemas sólo podían ser resueltos políticamente. Se pretendía la introducción de los aborígenes al capitalismo como mano de obra barata, y el impulso de la inmigración hacia las tierras ocupadas por esas tribus dispersadas en el Norte.

En 1904 comenzó una campaña para reclutar familias que se abocaran, otra vez, a plantar algodón. Juan Bialet Massé fue contratado para expandir el cultivo y el agrónomo Carlos Girola fue enviado a los Estados Unidos y a México para estudiar métodos de producción. El territorio chaqueño emergió como centro indiscutido de la producción algodonera argentina.

El origen de la crisis del mercado de algodón, debida a la acción devastadora del picudo, afectó en forma directa a los Estados Unidos. La situación movió rápidamente al Departamento de Agricultura estadounidense, que envió expertos a todo el mundo para incrementar el cultivo. Aunque la plaga se había deslizado desde el norte de México a Texas a comienzos de 1890, la crisis alcanzó su punto más dramático en 1922. Ese año, el 96% de la cosecha de los Estados Unidos resultó infectada y como era uno de los mayores productores de la fibra, en 1923 retornó el alza de precios.

El presidente Marcelo T. Alvear encomendó a Tomás Le Bretón una campaña ambiciosa que involucrara nuevas y audaces estrategias para producir algodón, y distribuyeron gratuitamente semillas en las áreas rurales. Le Bretón estaba bien preparado para cumplir la tarea. Entre 1914 y 1918 había sido diputado nacional, representando al radicalismo. Reelecto en 1918, Le Bretón, renunció para asumir como embajador argentino ante el gobierno de los Estados Unidos, desde donde regresó para asumir como Ministro de Agricultura.

Estados Unidos se anotició de la potencialidad de los cultivos algodoneros de la Argentina mediante los informes de sus agregados comerciales, quienes desde 1920 monitoreaban de cerca la producción algodonera nacional.

En abril de ese año, por ejemplo, el Agregado Comercial, Julius Klein, advertía al director del Departamento de Comercio de los Estados Unidos: "El capital y los fabricantes y norteamer-

canos harían bien en no ignorar el ferviente deseo argentino de desarrollar las industrias locales como las del algodón".

En julio de 1923, Le Bretón, el director de Tierras y Colonias y el senador radical Leopoldo Melo visitaron al Chaco, con el fin de observar directamente las plantaciones algodoneras. Le Bretón ya había supervisado la distribución de semillas y promovió el asentamiento de inmigrantes en las áreas productoras para que se formasen nuevas chacras algodoneras en el Chaco.

El ministro contrató al especialista norteamericano Herbert Hoover, quien para aceptar puso dos condiciones claves:

- 1) Utilizar a los aborígenes como braceros a costos muy bajos,
- 2) La reducción a la mínima expresión de sus poblaciones, para tener mayor disponibilidad de tierras.

De Alvear lo permitió. El ministro Le Bretón, fortalecido por el apoyo presidencial, proveyó en febrero de 1924, 19.000 kilogramos de semillas de algodón a productores chaqueños, y puso en marcha la colonización territorial con inmigrantes, particularmente alemanes, en el Chaco y en Misiones.

Después fue acusado por Herr Von Kuehlmann, responsable de la delegación de Alemania, de motivar la inmigración alemana a la Argentina para desarrollar la producción de algodón en ciertas regiones del país.

A pesar de todo el esfuerzo, la gestión de Le Bretón y de los agrónomos norteamericanos no garantizó el futuro del cultivo.

El yerno de Ismael Gómez, Carlos Cabral, conoció a Lynch Arribálzaga en los años en que éste luchaba contra las plagas del algodón. Llegaron a estrechar vínculos y militaron juntos en el Partido Socialista. El joven Cabral compartió muchas tertulias con Lynch Arribálzaga, en las cuales era infaltable la cita de don Gómez.

-El suegro de usted quería trasladarse a Machagai viejo, porque aseguraba que Quitilipi iba a desaparecer.

-¿Por qué iba a desaparecer?

-Anunciaba que, con el ferrocarril, Sáenz Peña lo iba a tragar porque era más comercial.

Ambos se reían y movían sus cabezas por la ocurrencia de don Ismael.

En homenaje al investigador naturalista, Cabral describió las penurias que sufrían los colonos con las langostas, que logró

estudiar Lynch Arribálzaga: "En el Chaco, la agricultura incipiente se abrió paso a regañadientes. Hizo retroceder la imponente de los montes seculares".

Fue necesario desbrozar los inmensos árboles centenarios. Muchos de ellos con herramientas manuales como el hacha, que se quebraba en los robustos troncos que se resistían a desaparecer. Sin embargo, trabajosamente, los gringos fueron ocupando los lugares de los duros y rudos correntinos y santiagueños, quienes fueron protagonistas y los iniciadores del dobleamiento, aferrados a la explotación forestal.

La tierra fértil del Chaco abría su vientre pródigo a la pertinacia del europeo que aparecía como un nuevo factor de cambio abriendo el cauce a la prosperidad que se avizoraba. Las cíclicas y siniestras mangas de langostas voladoras que comenzaron a azotar el territorio dieron inicio a las tareas de contención del flagelo con la creación de la Defensa Agrícola, dependencia del Ministerio de Agricultura de la Nación. Lynch Arribálzaga fue designado comisario de la Defensa Agrícola, y su talento y conocimientos le hicieron emprender una lucha con la premisa de que debía comenzar atacando los sitios desde donde provenían las mangas de langostas. Localizó certeramente la zona central de Bolivia, el Chaco paraguayo y la planicie sur del Brasil.

Mientras se efectuaban estudios en esos territorios extranjeros, era común ver en las claras mañanas de la primavera chaqueña, cómo asomaban en los cultivos algodoneros grandes manchas oscuras que avanzaban lentamente con siniestro ímpetu devorador.

Cada vez que aparecían esas manchas oscuras en ese blanco esperanzador, como moscas en la leche, los campesinos comprendían el peligro inminente y se echaban con desesperación a preparar grandes fogatas, como la de San Juan, con pastos y ramas verdes que producían grandes humaredas.

Una, dos, tres y tantas fogatas se encendían como santos, o como rezos, o como juanes existiesen.

Los más pequeños se encargaban de los ruidos, de los grandes ruidos con latas, cacerolas, y ollas en seguro afán de ahuyentar de espantar.



No obstante todo ello, las langostas voladoras se aposentaban voraces en los plañíos tiernos aún y también descansaban llenas de trozos de los algodoneros en la cima de los árboles.

La invasión duraba varias horas.

No eran las invasiones inglesas, pero...

Varias horas de penas, de ojos llorosos, de dientes apretados, de puños que golpeaban mesas, de miradas al cielo, preguntando, buscando respuestas o milagros.

Los gringos no sabían que el fantasma del monte se vengaba.

Y luego, como obedeciendo a un determinado conjuro, los invasores emprendían vuelo en busca de los sitios adecuados por el mismo fantasma selvático para el desove.

Atrás quedaban las chacras convertidas en páramos, en desiertos, en tierras arrasadas, en paisajes desoladores llenos de derrotas.

Y la esperanza de los gringos volvía a nacer en continuas resiembras con obstinación extrahumana.

Y a los pocos años de que la perseverancia de Lynch Arribálzaga y su equipo doblegaran a las primeras invasiones, un pariente de esta siniestra plaga generó una nueva etapa de miserias.

Esta nueva clase de langosta, que recién asomaba al caudal de la vida agrícola, avanzaba en grandes bandadas, carentes de vuelo. Eran las langostas saltonas que trasponían las chacras, y de nuevo los gringos...

Eran saltonas.

Y cuando se supo que había que combatir con barreras especiales y grandes zanjas, apareció otra clase de langosta.

Este grave problema encontró a Lynch Arribálzaga en el interior del territorio. Apenas regresó a Resistencia, se instaló en su humilde despacho del viejo edificio de la calle Mitre, cuando una inmensa manga de langostas trasponía el cielo de la ciudad en dirección hacia Colonia Benítez y Margarita Belén. De repente oscureció Resistencia y la plaga se transformó en el tema familiar de los chaqueños. Los pueblerinos sabían que pasaba de largo hacia los campos; es decir, de ellos no era el problema. Salvo los que vivían en la ciudad y trabajaban en las colonias. De inmediato se trasladó hacia ese lugar y pudo percibir en toda su

grandiosidad. Los colonos trabajaban infructuosamente para alejar los terribles devoradores de cuanto vegetal encontraban a su paso.

Los niños de esas chacras también intervenían, más que en la lucha denodada, en una suerte de juegos, realizando toda clase de pantomima mientras producían un infernal ruido con latas vacías, cacerolas viejas, y ollas desechadas.

Frente a ese crudo cuadro de depredación y frustración de las esperanzas de los colonos, Lynch Arribálzaga se propuso realizar cuanto esfuerzo fuera necesario para combatir o evitar la temible plaga.

El experto norteamericano en algodón, Ernest Tutt, escribió en 1924: *"Ninguna región deberá sentirse satisfecha con la producción de un monocultivo. Las comunidades agrícolas más progresistas cultivan varias clases de productos"*.

En ese artículo, Tutt apuntaba a la yerba mate de Misiones. Para su integración con el algodón. Recomendaba que se plantara algodón entre los retoños de yerba durante los primeros años. Aunque el método no redundara en un rendimiento elevado para el algodón, podía proveer al productor de cierto ingreso mientras que la yerba no ofrecía ninguno. El consejo de Tutt resultó profético para el Chaco, donde los beneficios a corto plazo del "oro blanco" impidieron a los productores atisbar los futuros descensos de los precios.

Por otro lado, los propietarios de quebrachales y plantadores de caña de azúcar se convirtieron en el objetivo de las campañas de Le Bretón. En el caso del quebracho, necesitaron escasa persuasión. Tan temprano como en 1917, la *Revista Forestal*, órgano oficial de los productores de quebracho y tanino, informaba acerca de la necesidad de reconsiderar al algodón como cultivo subsidiario.

La política de Le Bretón provocó consecuencias desastrosas para los sectores más pobres. Los técnicos informaban a los Estados Unidos que se producían revueltas de carácter social en varias comunidades chaqueñas, después de que los productores ofrecieran un 30% menos por cada tonelada de algodón. La industria algodonera argentina a fines de 1920 era deprimente.

Los elevados precios de exportación por sí solos no podían convertir al Chaco en el reino del algodón. Los pequeños productores de algodón enfrentaron una vida más que precaria en los años 50.

El experimento había terminado y los jóvenes ya no tenían motivos para marchar al Norte.



CAPÍTULO 3 La ocupación militar

1. Durante la conquista armada de los territorios aborígenes del Chaco ocurrieron episodios que merecen ser destacados por sus consecuencias en el proceso de sometimiento: el operativo militar denominado "movimiento pacificador" fue letal para los originarios chaqueños, y dentro del sangriento operativo hay que destacar el combate de Napalpí, donde quedaron en evidencia algunas de las virtudes de los tobas-qom.

El "movimiento pacificador" fue llevado a cabo por una división de caballería, con militares que se habían confesado discípulos de dos conspicuos genocidas de la historia de Sudamérica: Julio Argentino Roca y Benjamín Victoria.

Los coroneles Teófilo O'Donnell, Enrique Rostagno, Manuel Obligado y Julio Saráchaga utilizaron todo lo que tenían a su alcance para eliminar indios. Eran militantes del odio hacia los nativos.

Y los nativos percibían el terror.

Fueron realmente herejes. Crueles a un extremo imposible de imaginar. Eran las expresiones más acabadas del sadismo. Fueron responsables directos y participaron con sus propias manos de los crímenes que se cometieron durante los cinco años que duró el operativo militar. En ese período, 1907-1912, fueron literalmente masacrados los caciques Sobiakay, Solinkí, Ynatochi, Santiaguito, Coyahuqui y Piedrabuena.

El operativo tuvo el triste honor de no dejar en el Chaco un aborígen vivo que no tuviera entre sus familiares víctimas de la represión. La mayor parte de las tribus se escapó a las fronteras con Paraguay y Bolivia.



No obstante, el Ministerio de Guerra advirtió que pese a "la contundencia, la efectividad, el esfuerzo y buen desempeño de los hombres de los regimientos y de la compañía de Disciplina de la División Caballería del Chaco, no se pudo lograr una solución definitiva al problema indígena". Por eso, en nombre de la seguridad, el territorio siguió bajo control militar hasta que se crearon los cuerpos de Policía y Gendarmería del Chaco.

Aída Luisa Obligado, hija de Enrique y nieta del coronel Manuel Obligado, recordó en Villa Carlos Paz: "El Ejército llegó a utilizar enfermedades como fiebre amarilla, tífus y cólera para doblegar a los aborígenes. Se llevaban presos o indigentes a enfermos que eran dejados libres cerca de las tolderías para que contagiaran. Incluso se trasladaron a indios prisioneros hasta Resistencia y se los internaba en los hospitales junto con los moribundos para que contrajeran enfermedades y luego se los liberaba en los montes. Pero después, en pleno apogeo de la producción algodonera, cuando mi padre fue secretario de gobierno, durante la gestión del capitán Oreste Arbo Blanco, se combatían las enfermedades que atacaban a los nativos porque perjudicaban la cosecha. Mi padre envió por primera vez una dotación de médicos y boticarios ante una gran epidemia que hubo en El Aguará".

El durísimo combate de Napaipí se libró en el siglo XIX, durante la ocupación militar del Chaco. En 1883, el ministro de guerra, general Benjamín Victorica, dispuso que el gobernador federal, coronel Francisco Bosch, y el jefe de la Frontera Norte, coronel Manuel Obligado, efectuasen una expedición al interior del territorio desde Resistencia y Reconquista, respectivamente. La campaña tenía por finalidad penetrar por distintos frentes hasta el centro del territorio, donde los aborígenes se habían concentrado para su tradicional encuentro Qa'apaxa en la zona Napaipí.

La columna de Bosch partió desde Resistencia, el 16 de abril de 1883, con dos regimientos. Uno era el de infantería, con 320 efectivos, y el otro era una comisión científica al mando de Jorge Luis Fontana, que iba a explorar los ríos Bermejo y Pilcomayo y los canales del territorio. En esa comisión se destacaban el naturalista y humanista Enrique Lynch Arribálzaga, su hermano Félix

Arribálzaga y Eduardo Holmberg. Acompañaba a los científicos el historiador Ángel Justiniano Carranza, quien escribió la memoria de la expedición. Llevaban 155 caballos, 148 mulas y carretas con víveres e instrumental de estudio.

Bosch penetró en el Chaco, en dirección oeste con una sección; mientras el comandante Dionisio Álvarez, desde Colonia -hoy Villa Ocampo- tenía que encargarse de atacar con una compañía de cazadores al cacique Petizo. Bosch tuvo un encuentro amistoso con el cacique Tenerí, en el Paraje Mala Nahué. Cuatro días más tarde, la expedición acampó en Asinaltay, cerca de Machagai. Allí murieron el subteniente Luis Cardoso y un soldado, al enfrentarse con el cacique Diatrochí, quien respondía al famoso cacique Juanalrí.

Los soldados de Bosch localizaron al grueso de las tribus que arreaban ganado vacuno, ovejas y cabras para su tradicional encuentro. La columna destinada a frenar la retirada debió apurar la marcha porque no esperaba chocar con los aborígenes en esa zona. Abrieron picadas en el monte durante una semana para adelantarse en el camino.

La fuerza de hostigamiento a cargo del teniente coronel Manuel Bravo logró empujar a los nativos al descampado denominado Napaipí, donde Bosch les cerró el paso. El 5 de mayo, a las 7, se inició el combate. El cacique qom Juanalrí, de una bravura ancestral, aceptó la lucha frontal pese a la inferioridad de condiciones. El estampido de las armas de fuego fue tapado por el atronador grito de guerra de los tobas, quienes tuvieron gestos heroicos durante el combate.

Carranza, refiriéndose al combate, señaló que "el cacique toba, montado en un plateado y armado de imponente lanza, arengaba a sus paisanos a la lucha sin temor el fuego cruzado de los fusiles de precisión de los soldados del coronel Bosch. Tres veces fueron dispersados por el fuego de las tropas y tres veces se rehicieron alentados por el cacique, quien recorría temerariamente las filas de un extremo a otro de la batalla. Por último, se vio al cacique inclinarse mal herido y se internó en el monte abrazado al pescuezo de su caballo. Sus hombres se desbandaron en todas direcciones al ver a su jefe retirarse del combate, cuando imprevistamente irrumpió en el descampado

el ganado vacuno, seguido por un nutrido hato de cabras y ovejas, impidiendo a Bosch organizar la persecución de los fugitivos".

La irrupción de los ganados en el campo de batalla era una táctica de guerra aborígen para cubrir su retirada. Y sobretodo para resguardar el rito sublime de la muerte, para que no se violara la sagrada partida del jefe hacia los dioses. La táctica de guerra también respondía a lo que significaba para los qom la vida y la muerte, ese pudor que los caracterizó tanto como la festividad.

2. ¿Quién determina la selección de los hechos en el recuerdo?

Con esa pregunta irrumpió otra testigo de aquellos tiempos de sangre, sacrificio y explotación en pos de un futuro lejano y ajeno. Se preparó para recordar. Su mirada, oscura y nerviosa, pedía tiempo. Tiempo para despabilar un archivo que alguna vez fue rebelde. Ella sin saber era la otra parte. Siempre miró fijo. Aún conserva el porte de los Obligado. Le quedó ese sesgo afrancesado, imaginario, casi imperceptible: es de su abuelo, ese Coronel, de barba larga, que tantos halagos recibió de Domingo Faustino Sarmiento, que desfiló con el uniforme de la Patria por los Campos Eliseos.

Su padre, ese argentino que hacía alarde de sus conocimientos franceses, que lució su argentinidad en la torre de Gustave Eiffel, ese otro monstruo de hierro que surca el cielo galo.

Costumbres. Imaginario imperceptible que se transmite irremediamente de generaciones en generaciones. La hija menor, la preferida, de quien fuera Gobernador del Territorio Nacional Chaco, Enrique Obligado, tiene un enigma sin resolver. Quiero mantenerlo así.

Quiere que quede así nomás: tal vez, de esa manera, lo mantiene vivo. O, tal vez, ella sea parte de ese misterio. O, tal vez, ella sea fruto de ese misterio. O sea signo de un amor en escenarios de violencia, donde la vida termina apiastando a víctimas y victimarios, donde la vida golpea a conquistadores y conquistados.

-No tengo nada que decir -murmuró tímidamente cuando supo que había otra mirada sobre su familia.

Pero paradójicamente, ella, Aída Luisa Obligado, cariñosamente *Cachana*, también es hija de una toba-qom que fue primera dama del Chaco, Trinidad Piedrabuena. Entonces, sus días no fueron blancos o negros, y tenía mucho que decir:

-Nací en Resistencia en 1923, cuando mi padre tuvo que reemplazar a su amigo, el capitán Oreste Arbo Blanco, en la Gobernación chaqueña; aunque me hubiese gustado nacer en París como él, aunque sea por casualidad, como él, que nació cuando mi abuelo era agregado militar en la Embajada Argentina. Me hubiese gustado nacer en Francia para hablar francés como lo hacía él. Era un parisino más. Había aprendido el francés antes que el español. Lo hablaba con una fluidez extraordinaria. Yo creo que hasta pensaba, y soñaba, en francés -recordó la mujer orgullosamente, pero también con nostalgias.

Cachana siempre llevó su apellido de soltera en el pecho, con glamour, y estuvo lista para modelar en cualquier ocasión por los Campos Eliseos.

Aclaró con soltura:

-Mi padre Enrique no fue militar sino un crudiro, un autodidacta muy emprendedor. Desde joven se dedicó a explotar la madera. Tenía obraje en la zona que había conquistado mi abuelo Manuel, en el norte santafesino. Allí conoció a mi madre. La familia de mi madre trabajaba para mi padre y él se quedó con la hija del cacique, Trinidad Piedrabuena. La tribu de mi madre, en la época de mi abuelo, antes de someterse había destruido la colonia "Ausonia".

Ellas visitaban con frecuencia la colonia, donde negociaban con los colonos los productos de la caza; y cuando llegaban era costumbre que se los agasajara con provisiones pero hubo una época de crisis, de gran escasez, y los viveres fueron disminuyendo y la situación no fue bien recibida por los aborígenes. El cacique lo interpretó como un desprecio, como de aversión hacia ellos.

En 1871, los parientes de mi madre Trini atacaron con rabia y tras una lucha cuerpo a cuerpo con los colonos incendiaron Ausonia.

Cachana hace una pausa y toma un sorbo de agua. Espera el silencio

-Mi madre murió hace poco. Era una mujer especial. Vivía para su marido. En varias oportunidades debió correr a las mujeres que lo pretendían a mi padre Enrique, que era un hombre bien puesto.

En Resistencia, en una oportunidad, le pegó a una señora, y en Formosa, la arrastró de los pelos a la mujer de un colaborador de la Administración de la Colonia Bartolomé de las Casas. Ella había resignado su condición y no quería escuchar cuando mi padre se peleaba con los tobas.

Cachana no baja la mirada. De vez en cuando da respiro.

-A Formosa llegamos después que mi padre dejara la Gobernación del Chaco, y fuera designado Administrador de la Reducción de Aborígenes Fray Bartolomé de las Casas. Allí me crié entre los tobas. Aunque no nos dejaban jugar ni mezclarnos tanto.

En la escuela teníamos lugares reservados para nosotros, para los hijos de los capataces, de los maestros y de los enfermeros.

Éramos vigilados constantemente. Recuerdo que un día salimos con Chona Loprato, hija del administrador, y le dijimos al cuidador de los caballos que mi padre le ordenaba preparar *el morito* y *el alazán* para nosotras. Y lo hizo. Cabalgamos hasta la laguna Salada. Estuvimos toda la tarde. Nos bañamos y jugamos hasta que vimos a un hombre que nos miraba. Cuando lo vimos, salió rápido en su caballo. Al rato nos vinieron a buscar y mi padre nos dijo que nunca más salga sola.

Parece que el hombre le avisó a mi padre que en la laguna había dos chicas bañándose y que eran demasiadas blancas para ser indias.

Enrique Obligado había abrazado con mucha convicción los ideales de la Unión Cívica Radical y participó de lleno en la convulsión política de los primeros años del siglo veinte. Estuvo preso en la isla Martín García, donde compartió los días de cautiverio con Hipólito Irigoyen, de quien se hizo amigo, y ambos se prometieron un futuro mejor.

Una tarde, Irigoyen le dijo: "Obligado, quédese tranquilo. Cuando salgamos de aquí, algo vamos a hacer". El ex gobernador del Chaco murió en 1936 y su familia se trasladó a la ciudad de Formosa.

Después de unos años, Aída Luisa *Cachana* Obligado contrajo enlace con el médico ruralista Leopoldo Gurevich y se instaló en Pirané, Formosa.

La nieta del conquistador, del invasor, del ex Gobernador del Territorio Nacional Chaco, del "caballero de la Patria", del fundador de Reconquista, del coronel Manuel Obligado, tiene el cuerpo entero; pero sabe, o al menos intuye, que vivió sus ochenta y cinco años con la emoción resquebrajada.

-Sobre mi abuelo sé poco, sólo lo que se sabía en la familia: fue designado Comandante en Jefe de las Fronteras del Interior en la presidencia de la Nación de Domingo Faustino Sarmiento.

Dicen que el propio Sarmiento bajó a Rosario para presentarlo y tranquilizar a los colonos extranjeros que estaban asustados por los ataques de los aborígenes.

Mi abuelo tenía treinta y un años cuando asumió ese cargo, y según el biógrafo de él, Manuel H. Roselli, que me regaló un libro sobre mi familia, "era un joven coronel, alto, espigado, noble, y bizarro; humanitario y civilizador. Traía fama de valiente, conquistada desde los quince años de edad en que se inició en la milicia actuando como voluntario en la revolución del 11 de setiembre de 1852".

Cachana se llamó abruptamente a silencio. Y tras un lapso que pareció un paseo por las profundidades, irrumpió con voz enérgica:

-Pese a todas las acciones guerreras en que participó mi abuelo, dicen que él tenía la idea de reducir a los indios por medios pacíficos. En el Chaco santafesino quería pactar con los caciques Mariano Lanchi, y Ventura Cisterna, porque tenían tribus grandes y muchos de ellos habían integrado el Regimiento Indígena "Blandengues de Belgrano", que se destacó en la guerra de la Triple Alianza.

En un momento, Obligado envió como emisario a las tolderías, para cortar distancia, al santafesino Teodoro Almirón, que se había convertido en "el cacique Bailón".

El joven político de la ciudad de Santa Fe participaba en las luchas políticas de la época y al ser derrotado, para salvar su vida, se escapó al monte a vivir con los aborígenes, donde

adquirió prestigio y confianza, a tal punto que fue respetado como cacique. Bailón fue a las tolderías con una propuesta de mi abuelo para dialogar en el paraje conocido como Los Algarrobos, ubicado sobre la costa del río Paraná, a la altura de Las Garzas. Los caciques aceptaron la propuesta, pero con la condición de que mi abuelo vaya solo. Y fue solo, sin tropas, en la cañonera "Luisita", que era su medio de transporte fluvial preferido. Cuando llegó a Los Algarrobos, ubicado a orillas del río y a varias leguas de las tolderías, estaban esperando los indios que habían llegado a caballo. Con la mediación del cacique Bailón lo invitaron a que hablasen en las tolderías.

Mi abuelo aceptó y recibió un caballo para moverse. Asumió el riesgo, y eso nadie lo sabe. Apareció en las tolderías acompañado solamente por su ayudante José Pizzaro y el jefe del Resguardo de Goya, Estanislao Romero. La reunión terminó en un acuerdo de total sumisión a cambio de regalos que les llevó a los caciques. En su foja de servicios mi abuelo narró lo acontecido en esa reunión: *"Habiéndose finalizado la reunión, arribándose a una total sumisión y distribuidos los regalos que llevaba para los caciques, fui invitado por estos a almorzar y dormir la siesta. Acepté la invitación en demostración de amistad y confianza."*

El almuerzo fue muy animado, obrando pronto sobre la indudada los licores traídos de regalo.

Tras la comida se confeccionó una mullida cama al pie de un frondoso algarrobo para que durmiera la siesta.

Al poco tiempo de haberme recostado y entornando los párpados simulando que dormía, vi que los indios, formados en círculo y lanza en mano apuntaban hacia donde yo me encontraba.

En esa difícil situación, opté por permanecer tranquilo y cual si durmiese, en espera de los acontecimientos; partieron las lanzas y describiendo una parábola se clavaron a pocos centímetros de mi cuerpo".

Años más tarde, el cacique Bailón contó que si en ese momento los indios hubiesen notado la menor vacilación en Obligado, al que sabían despierto, lo hubieran matado a lanzas.

Al atardecer, regresó a su campamento sin hacer ningún comentario. Navegó en el "Luisita" en silencio. En silencio miraba el río. Sus ayudantes no lo molestaron. Sabían que en algo serio y profundo andaba el jefe: "Este río no tiene la cantidad de agua que necesito para lavar las manchas de sangre que oscurecen mi uniforme; pero tampoco tiene la cantidad de barro que se necesita para opacar los galones que brillan en él y brillarán para siempre en un Caballero de la Patria.

Mi nombre provocará en el futuro el saludo de la Historia".

Obligado presentía que se iba a alejar de la zona. Y efectivamente, en 1884, la Ley Orgánica de Territorios Nacionales dividió al Chaco en dos gobernaciones estableciendo sus límites: las de Chaco y Formosa. En noviembre de ese año, fue designado Gobernador del Territorio Nacional Chaco. La noticia lo tomó al mando de las fuerzas expedicionarias.

Durante su gobierno en el Chaco se abrieron caminos y picadas, se realizaron los trazados de colonias y se organizó la división departamental del territorio. Inundó de fortines y clasificó terrenos y bosques. Es decir, el "Chaco progresó".



CAPÍTULO 4 Napalpí

1. El maestro Mario Raúl Fernández, dirigente del Instituto del Aborigen Chaqueño, (IDACH) y estudioso de su etnia, aportó más datos a la narración del hijo de Melitona sobre episodios como los ocurridos en Napalpí y que han dejado huellas en los tobas.

Como lo dijimos en párrafos anteriores, el combate de Napalpí se libró antes del qa'apaxa, donde las grandes tribus del Gran Chaco se reunían para festejar la cosecha de la algarroba madura. Melitona alcanzó a participar de banquetes que en la mayoría de los casos superaban en signos y expresiones a los más representativos de los banquetes griegos.

Los gom, los moqoit, los sharohua, los pi'laxa, los lqaxaic y los shimpi se juntaban varios días para celebrar su fiesta anual. Algunos dicen que se realizaba en agosto, porque en agosto se hacía el balance del ciclo productivo y coincidía con las crías de las guazunchas.

En esos cónclaves se lograban acuerdos políticos, territoriales, sociales y económicos con los aportes que hacía cada tribu. Se debatían temas y, si las controversias lo ameritaban, los caciques actuaban como negociadores o jueces para lograr el consenso general. Pero también la fiesta incluía reuniones alrededor de grandes fogatas, donde se contaban anécdotas mientras otros bailaban a la luz del fuego y del macho, la luna.

Agitaban los espíritus bebiendo un estimulante a base de algarroba que se repartía a los jóvenes habilitados, a través de la mano de un anciano respetado por la tribu. Los beneficiarios de la bebida espirituosa eran elegidos por su coraje, su destreza en la caza y su conducta diaria con la familia y la comunidad.

Como la reunión seguía varios días, las tribus que venían desde lejos se acercaban formando círculos que se iban cerrando, mientras cazaban y recolectaban frutos para el banquete.

Cuando, en plena festividad, se quedaban sin alimentos, era común que se organizaran grupos de pescadores que se iban a la zona llamada na'atelsa' ima (el totoral), donde se practicaba el sha'aqugoc (pesca en gran cantidad), vocablo que, por el sonido gutural, los conquistadores no pudieron expresar con claridad y lo pronunciaron *chacu*, y dio origen al nombre de la región Chaco.

Al regresar los pescadores con sus cargas de pescados y alimentos, como cotaque, amap, pontac, ushieroc, goilata, 'l-l'i i, rapic, se detenían en machaqaic (hoy Machagai), donde preparaban sus pescados y sus frutos para que el pueblo reunido los recibiera con danzas y alegría.

Por otro lado, también las tribus exponían sus normas morales relacionadas con la vida doméstica y el matrimonio. Los casamientos eran autorizados por los padres o caciques que recibían a los novios y se les consultaba si estaban de acuerdo. Por ejemplo: si un joven gustaba de una joven, debía hablar con su padre para que éste hablara con la familia de la chica. Si los novios eran de la misma tribu, los arreglos eran fáciles y los resolvían los padres. Ahora, si los novios eran de tribus diferentes participaban los caciques y ponían las condiciones de ambas tribus; obligaban a respetar las normas y creencias de los jóvenes, sobre todo de quien pasaba a integrar el grupo familiar de su pareja.

Los acuerdos eran cerrados con una prenda de valor cultural, ya que había traspaso de tribu, y casi siempre se entregaba un objeto de gran significado, como un quiyoc'lhue (colmillo de tigre), o una potai' lnat (garra de oso).

La mujer no perdía ningún derecho; al contrario, pasaba a ocupar el centro de atención familiar del grupo al que se integraba, porque era considerada la portadora del conocimiento y de la vida.

El fracaso de un casamiento entre una joven qom y un joven moqoit'ec generó Napalpí.

Según la memoria qom, una mujer toba pasó a la tribu moqoit'ec con los derechos acordados: debía ser incorporada al grupo

como participante de las actividades de recolección y reparto. Pero, en caso de enfermedad o período menstrual, debía recibir el apoyo de las demás mujeres que le darían una parte de lo obtenido para que supliera las necesidades básicas de su alimentación. Ese acuerdo no fue respetado en varias ocasiones por las mujeres moqoit'ec.

La qom tenía largos períodos menstruales y eso fastidiaba a las moqoit'ec, quienes tomaron la decisión de violar el acuerdo, porque dudaban de las menstruaciones de la qom. Esto generó una bronca inusual en la qom' lashe. La mujer toba conocía que en su período de menstruación no debía ni podía hacer contacto con animales y plantas, y mucho menos, acercarse al agua en ríos, cañadas, campos o montes porque despertaba la ira de la araxanaq' late' e (madre de las víboras) y hacía reaccionar a la naturaleza con mucha violencia generando tormentas o terremotos.

La qom' lashe, inmersa en su bronca por la marginación que sufría, planeó su venganza, y cuando todos dormían, tomó una vasija en su mano, caminó hacia una cañada -ubicada actualmente en el lote 38 de la colonia aborígen, al sur de Quitilipi-, tomó agua, llenó la vasija y mezcló su menstruación. Volvió a la toldería para regar alrededor de los toldos y quedó a la espera de que actuara la araxanaq' late' e. Mientras tanto, ordenó a su hijo que escapase y llevara la noticia a la tribu qom.

Y así fue: la araxanaq' late' e llegó por debajo de la tierra e hizo que se agrietara y tragase a la toldería, con ella incluida, en medio de una tormenta.

Desde ese momento, el episodio formó parte de la historia de los qom y los moqoit'ec y dio nombre de Napalpí a la zona por la cantidad de muertos que generó el terremoto.

Después llovió durante un mes seguido y la gente que se había salvado del sismo escapó del diluvio.

Subían a los árboles llevando fuego en recipientes.

El frío los atacaba como si fuera otra batalla.

Se mantenían hasta que el fuego se apagaba. Desde los árboles caían a las aguas y morían congelados. Los cuerpos flotaban. Eran tantos que fueron sujetando la corriente.

Paró de llover y los sobrevivientes reconstruyeron su toldería.

Y volvió a sonar el N'viké.

2. En Semana Santa de 2007, un grupo de investigadores cordobeses intentó recuperar los sonidos de la tierra en Napalpi. Ángel Cerdán, quien los guió, recibió a los investigadores en su rancho, ubicado a unos metros de las fosas donde se enterraron algunos de los cadáveres de la masacre. En un patio de tierra recién barrido –como si fuera para uno de esos bailes donde está prohibido bailar en las sillas– se sentaron a tomar unos mates para entrar en situación.

Cerdán tenía 12 años cuando su padre Irineo fue obligado por la policía a colaborar con la limpieza de la zona después de la matanza. Levantaban los restos y las pertenencias que habían quedado de los aborígenes.

Los cordobeses prestaron mucha atención al relato cuando Cerdán se refirió a las molestias que soporta durante las noches.

–Los gemidos, los gritos, los llantos y los silbidos hacen temblar el rancho. Aún hoy los perros tolean a las estrellas y los caballos quieren escapar. No se puede dormir. Años atrás vinieron pastores evangélicos, sacerdotes católicos, y rezaron, y rezaron mucho, pero no pasa nada. Sólo se calma un rato. Después vuelven con fuerza. Dicen que son los espíritus que todavía padecen y andan revoloteando por el lugar.

Los investigadores trabajaron con sondas a varios metros de profundidad y en distintos sectores rescataron sonidos que fueron comparados en el mapa de frecuencias y determinaron que fueron emitidos en situaciones límites: de pánico, dolor, angustia, desesperación. Pero no pudieron determinar si fueron de las personas tragadas por el terremoto, o de los muertos en el combate, o de los asesinados en la matanza.



CAPÍTULO 5 Las Reducciones

Melitona Enríque es la tragedia aborígen. Es la agonía de un pueblo. Es el rostro que denuncia la desaparición de un pasado, que anuncia la desaparición de una etnia, que pregunta. El rostro que desnuda los interrogantes de una civilización que los arrastra de la peor manera: saqueando, esclavizando, asesinando u olvidando.

La creación de las Reducciones Aborígenes fue un ejemplo claro de que la única solución de vida que le dio el mercado a las etnias nativas fue la esclavitud en todas sus formas. O en su defecto, la eliminación, el aniquilamiento, el olvido.

En ese contexto, la reducción de Napalpi fue el paso previo –o el hecho que tranquilizó a las conciencias– a esa inevitable y sangrienta represión que se conoció como la matanza de Napalpi.

¿A quién se le ocurriría que pueblos como el toba y el mocoví, que nacieron en libertad, que vivieron y se identificaron con la libertad, iban a someterse gratuitamente a la más despiadada esclavitud?

¿Quién evaluó las costumbres de los tobas, de los mocovíes o de los vilelas, para encerrarlos en una caja asfixiante a expensas de las necesidades del sistema productivo?

¿A quién beneficiaba la opresión del aborígen?

¿Se puede pensar que la experiencia que vivió el humanista Enrique Lynch Arribálzaga, en la expedición de Bosch, hizo proponer la reducción para detener el exterminio que planteó la campaña militar? ¿Cómo Lynch Arribálzaga pudo haber creído que era una alternativa superadora aglutinar a los aborígenes en

un solo sitio, para incluirlo en la cadena productiva forestal y algodonera?

Sin embargo, Lynch Arribálzaga escribió: *"La coerción o el temor son, a mi juicio, pésimos recursos para el gobierno de los aborígenes. Se les podrá dominar momentáneamente, pero el odio hervirá en sus almas sin freno y, corrio todo pueblo oprimido, romperá sus cadenas en cuanto vea la primera coyuntura para hacerlo"*. A cualquier desatento la frase lo podría confundir. No obstante, hay que advertir que Lynch Arribálzaga sólo quería evitar la rebeldía, quería evitar que los aborígenes "rompieran sus cadenas".

Hay que destacar también que la reducción surgió cuando el capitalismo empezó a afianzarse en el territorio chaqueño. A la posesión de tierras había que sumarle fuerza laboral barata. Entonces la historia volvió a cambiar para los nativos: no había que exterminarlos, sólo domesticarlos.

Según el maestro toba y dirigente del Instituto del Aborigen Chaqueño (IDACH), Raúl Mario Fernández, "concluidas las campañas de conquista llevada a cabo por Julio Argentino Roca en el Sur y Benjamín Víctorica en el Norte, el mal denominado *problema indígena* ya no fue considerado exclusivamente en su faz militar; sino que surgieron nuevas perspectivas y enfoques". De allí en adelante, el tema se constituyó en un punto de debate, de polémicas, en los cuales participaron y tomaron distintas posiciones los gobiernos nacionales y territoriales, el periodismo nacional y local, los militares, los agricultores, los ganaderos, los industriales, los misioneros, los agrimensores, los viajeros, los exploradores; en definitiva: la sociedad en su conjunto.

En primer lugar, se recibió la opinión de los gobernadores de los territorios del Chaco y Formosa, porque la Ley 1532, en su artículo 7, inciso 11, anotaba entre los deberes y atribuciones de estos funcionarios procurar el establecimiento en las secciones de su gobernación, creando las misiones que fueran necesarias para llevarlos gradualmente a la vida civilizada, con autorización del Poder Ejecutivo Nacional.

En una nota remitida el 8 de octubre de 1886 al Ministerio de Interior, el entonces gobernador de Formosa, general Ignacio Fotheringham, llamaba la atención sobre la conveniencia de

crear en su territorio una reducción indígena que proyectaba instalar en el Fuerte Freyre, sobre el río Salado. Además sugería que a cada familia que se estableciera se le proporcionaran gratuitamente los elementos de vida y de trabajo por el término de un año, bajo la administración de un comisario respaldado por una dotación de gendarmes.

También el gobernador del Chaco, Antonio Donovan, se comprometió en 1890 a elevar al Ministerio del Interior un proyecto de reducciones indígenas a "imitación de las ya establecidas". Por otro lado, Juan Mc Lean, contrario a la colonización militar, proponía intercalar colonias indígenas entre colonias de blancos, para que por este aislamiento y por la concurrencia de los indiecitos a las escuelas y el contacto diario con los hijos de los colonos, los indios fueran perdiendo sus costumbres.

En 1907 existió también una iniciativa privada para la constitución en Resistencia de una "Sociedad Protectora de Indios", promovida por Enrique Lynch Arribálzaga y José Nuñell, acompañados por Lagerheim, Navarro, Perrando, Mendieta, Abally, Rossi, Boggie y De la Vega. El objetivo de la sociedad era atraer, amparar y civilizar a los indígenas de la República Argentina que se hallaban aún en estado salvaje o de tribu por medio de la educación y el trabajo. Procuraba que se establecieran reducciones y que se legislara sobre la condición jurídica de los *no civilizados*, con el fin de defenderlos de los abusos.

En ese contexto, Enrique Lynch Arribálzaga, que se desempeñaba como Inspector de Defensa Agrícola del Chaco, siguió trabajando en procura de una reducción. Cuatro años más tarde, el 20 de julio de 1911, Eleodoro Lobos elevó al Ministro de Agricultura un proyecto de reducción que tuvo dictamen favorable.

El término *reducción*, desde la etimología misma de la palabra, disipó las dudas sobre el fin de ese proyecto: la imposición de una cultura sobre la otra. Someter, dominar, disminuir y persuadir. Cabe preguntarse cuánto se perdió por no valorar las culturas de los pueblos originarios. Desde una perspectiva histórica podríamos decir que la posición de Enrique Lynch Arribálzaga, como la de los demás integrantes de la "Sociedad Protectora de Indios", fue más piadosa con los aborígenes que la de los milita-

res que participaron en los genocidios. Pero no buscaron una solución de fondo. Sólo cambiaron las metodologías para profundizar la dominación que impuso la conquista.

La reducción, además del sometimiento material, planteó un desarraigo espiritual en el aborígen. Lo despojó de costumbres, de creencias, de cultura y de pasado. Y si partimos de la interpretación de que las personas se construyen a partir de un vínculo histórico-social, está claro que con el despojo de sus creencias se los deshumanizó. Quebraron la subjetividad que los hacía ser lo que eran. Los aborígenes "reducidos" terminaron siendo seres débiles, sin marco de referencia, dentro de un sistema hereje, frío, sin sentimientos, a merced de los vicios fomentados desde el sistema mismo.

Cabe preguntarse también por qué el ataque llegó a ese plano. Y la respuesta surge sencilla: porque de esa manera se rompía esa comunión que tenían con la libertad que representaba su manera de vivir. Se detenía la construcción de su autonomía, basada en los anclajes históricos y sociales de su existencia como pueblo. La reducción fue parte del método sistemático de aniquilamiento de los pueblos aborígenes que se implantó con la conquista y aún está vigente. El sistema capitalista les expropió las tierras y todo lo que los constituyera como seres independientes.

En Lynch Arribáizaga, Juan Mc Lean, como en quienes querían superar la colonización militar de los aborígenes, se puede vislumbrar el trabajo sutil realizado por el capitalismo en el pensamiento de los ciudadanos con buenas intenciones. A tal punto, que creyeron con firmeza que "lo bueno" para el indio era la pérdida de sus costumbres, el sometimiento; es decir, su inclusión en el mercado en carácter de "reducido".

¿Por qué pensar que era mejor para los aborígenes ser sedentarios que nómades? ¿Por qué pensar que era mejor para ellos trabajar de sol a sol, en vez de seguir libres, en contacto con la naturaleza? ¿Por qué pensar que era mejor cosechar el algodón que la algarroba madura? Son preguntas obvias. Aunque, a menudo, los ilusos y/o la gente de buena fe también terminan estafados o sorprendidos por ese "lobo" que se esconde detrás de las luces de colores, de las bondades o de los beneficios del mercado.

En este caso, a Lynch Arribáizaga lo sorprendió la crueldad de su propio sistema. El 29 de agosto, cuarenta días después de ocurrida la masacre de Napalpí, en plena reducción, escribió una carta que fue leída en el Congreso Nacional: *"La matanza de indígenas por la policía del Chaco continúa en Napalpí y sus alrededores. Parece que los criminales se hubieran propuesto eliminar a todos los que se hallaron presentes en la carnicería del 19 de julio, para que no puedan servir de testigos si viene una Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados"*.

Pero ya era tarde. Centenares y centenares de aborígenes habían sido asesinados y sus restos alimentaron una orgía de sangre.





CAPÍTULO 6 La reducción de Napalpí

La reducción de Napalpí se puso en marcha el 2 de noviembre de 1911 mediante un decreto nacional, gestión Sáenz Peña, que señalaba que "es un deber constitucional del gobierno el trato pacífico con los indios". Al mismo tiempo, finalizaba el operativo militar "movimiento pacificador, aquel que había matado a más de 8.000 nativos. Con este genocidio, ordenado por el presidente de la Nación, José Figueroa Alcorta, concluía la etapa de la conquista armada en el Chaco.

En ese contexto, la reducción se presentaba como una alternativa superadora para los humanistas, quienes cayeron en una disyuntiva tramposa: el exterminio o la explotación. Aborigen muerto o aborigen esclavo. Lynch Arribálzaga no sólo fue el creador del proyecto de la reducción, sino que se involucró con la iniciativa. Además, llevó adelante los trabajos fundacionales y fue su primer inspector. El maestro Fernández recordó que "entre las instrucciones que recibió Lynch Arribálzaga, estaba la búsqueda del lugar más conveniente para el asentamiento y propuso los campos de Napalpí porque presentaban algunas ventajas, como por ejemplo, que había obrajes de madera y hubo un fortín".

La reducción se ubicó en un predio de 20.000 hectáreas, entre los kilómetros 125 y 150 del Ferrocarril Barranqueras al Oeste, bajo la órbita de la Dirección General de Territorios Nacionales del Ministerio del Interior. La decisión del paso de la reducción de la esfera de Agricultura a la de Interior no modificó la injerencia de Lynch Arribálzaga, que era funcionario de esa cartera. Se destinaron 35.000 pesos para la adquisición de elementos neces-

sarios para la explotación. La administración quedó a cargo de Galván Brusque. Luego se nombró una Comisión Financiera de las Reducciones de Indios del Chaco, que debía encargarse de la venta de los productos y de la compra de los artículos que el establecimiento demandara.

La evolución de la reducción en sus dos primeros años mostró resultados muy halagüeños y creó buenas expectativas para el futuro. La cantidad de indios reducidos fue en constante aumento. En principio eran 35, después fueron 91 y en abril de 1912 eran 300. En 1913 se creó una escuela bajo la dirección del maestro Horacio Billarocha. Tuvo 61 alumnos de 6 a 14 años y una nocturna para alumnos mayores.

Con el apogeo de la producción algodonera, los aborígenes empezaron a trabajar en la cosecha. La reducción de Napalpí se presentaba como ejemplo de trabajo agrícola-forestal, y Lynch Arribáizaga era voz autorizada para asesorar a los gobiernos de Corrientes y de Santa Fe sobre la problemática aborígen. Pero el deslumbramiento duró poco. En 1914, la crisis financiera generada por la Guerra Mundial repercutió en Napalpí, al disminuir la demanda internacional de la madera de quebracho. La Comisión Financiera se vio en dificultades para mantener su funcionamiento. La situación crítica obligó a los demás obreros del territorio a reclamar por la desleal competencia que hacía la reducción, al no pagar el derecho de monte y tener el beneficio de una rebaja del 50% en los fletes del ferrocarril.

En 1916 se suprimieron la Comisión Financiera y la Delegación del Ministerio del Interior. Fueron reemplazadas por una Comisión Honoraria de Reducciones de Indios, que debió adoptar medidas de coyuntura, medidas urgentes que la situación exigía, y se limitó a responder los numerosos reclamos a través de notas que llevaban la sola firma del secretario Zwank.

Durante su gestión al frente de la reducción, Lynch Arribáizaga se afincó en Quitilipi. Le alquiló una habitación al comisario Ismael Gómez, quien tenía una señorial casa y mucha afinidad con él. Gómez era muy respetado y apreciado por los vecinos y alternaba su función de policía con la explotación de una chacra y los trabajos en un taller que se había montado en su propiedad. Trabajaba la madera y el hierro. El comisario le había abier-

to las puertas sociales del pueblo a Lynch Arribáizaga, quien dejaba sus grandes preocupaciones y tareas para participar de reuniones sociales que lo ayudaban a confeccionar una caracterización de la comunidad. Lynch Arribáizaga y Gómez mantenían largas tertulias bajo un limonero querido por la familia, en el patio de la casa quitilipense.

A mediados de 1920, la reducción tenía una población de casi 700 aborígenes atraídos por el nuevo auge algodonero. Se sometieron a la nueva propuesta de convivencia. Eran 334 qom, 312 mocovíes, y 38 vilelas que en los primeros tiempos Lynch Arribáizaga había trasladado desde Resistencia, sin tener en cuenta que los vilelas mantenían desavenencias con los qom. Además del administrador Galván Brusque, también hubo criollos que se habían casado con mujeres aborígenes. Estaban los que pertenecían al cuerpo policial y un sacerdote católico.

Los aborígenes de la reducción de Napalpí debieron dejar sus hábitos nómades y cambiar su sistema de vida. Según testimonios recogidos, quienes vivieron en la reducción se levantaban sin sol y enfilaban hacia el algodonai. Iban todos. Abuelos, hombres, mujeres y niños. Los muy chicos salían en brazos desayunando un trozo de pan. Cuando hacía frío se notaba. Andaban descalzos. La cosecha no se interrumpía hasta que el sol se escondía. Al mediodía comían rápido lo que había. Antes de regresar al rancho pasaban por la administración, donde dejaban la cosecha. Caían fundidos, dormidos hasta el otro día, que empezaban de nuevo.

Con el tiempo, los aborígenes empezaron a darse cuenta de que no pescar o no irse al monte les generaba malestar. Se enfermaban de tristeza, y la administración no tenía remedios para eso. Los caciques comprobaron que los administradores estaban más preocupados por controlar que por convivir, y que fomentaban las peleas entre vilelas y qom.

La producción de algodón explicitó los verdaderos pilares del sistema: explotación y corrupción. Y la reducción no pudo contener más a los aborígenes. La administración se volvió muy desprolija y el Ministerio del Interior hizo intervenir al gobernador del territorio de ese momento, Enrique Cáceres, quien empeoró la situación. Cáceres enseguida vio en Napalpí un

buen negocio y llamó a empresas amigas para una eventual terciarización. Para ese entonces, la reducción ya no tenía población estable.

Desde la óptica capitalista, la reducción de Napalpí tuvo un éxito transitorio. No pudo garantizarle la mano de obra barata, el trabajo aborigen, al sistema productivo del Chaco, que tuvo una oportunidad excepcional de proveer algodón al mundo. En pleno apogeo algodonnero, el gobierno debió mostrar para qué estaba y decidió utilizar la fuerza con todo su rigor para sofocar la primera huelga de peones rurales aborígenes dentro de la reducción y dar un escarmiento a los que emigraban a la zafra de Salta y de Jujuy, seducidos por mejores condiciones laborales.

Lo que sucedió el 19 de julio de 1924 se llamó la matanza de Napalpí, y si bien podría ser interpretado como un hecho más de los que aún viven los pueblos nativos, hay que poner de relieve que este crimen de lesa humanidad presentó características que lo hicieron paradigmático dentro de la barbarie.



CAPÍTULO 7 Bolsón de cosecheros

1. La reducción de Napalpí terminó siendo una herramienta eficaz para explotar nativos, y bajo la intervención del gobernador Enrique Cáceres fue también un bolsón de funcionarios *ñoquis*.

Cáceres había reemplazado a Alejandro Gancedo, en 1917, y su gestión fue esencialmente corrupta. Lo sucedió el capitán Oreste Arco y Blanco, en 1920, quien tuvo como estrecho colaborador a Enrique Obligado. Luego, el presidente Marcelo Torcuato de Alvear intentó torcer la orientación de los gobiernos del territorio y designó para esa tarea a un político rosarino influente, Fernando Centeno.

Centeno llegó al Chaco el 28 de junio de 1923, con un currículum deslumbrante: provenía de una familia destacada en los ámbitos políticos y militares de Santa Fe. Se educó en París y desde joven tuvo participación política. Ejerció las jefaturas políticas de los departamentos San Jerónimo y Constitución, de su provincia natal. Tuvo una dilatada carrera parlamentaria e integró un grupo de "notables políticos santafesinos", que impulsaba el progreso a través del asentamiento de empresas multinacionales en desmedro de los recursos naturales y, por supuesto, de los nativos. Participó en la comisión que negoció empréstitos tomados por Santa Fe en la banca inglesa. Apoyó y asesoró a las compañías que terminaron involucradas en la tragedia del quebracho colorado.

El escritor Gastón Gori, en su minuciosa investigación sobre La Forestal, sacó a luz cómo se fundó en el Norte santafesino la Compañía de Tierras Maderas y Ferrocarriles La Forestal Limitada: fue una empresa de capital inglés que llegó a ser

dueña de más de dos millones de hectáreas, dedicadas a la explotación de quebracho colorado y al procesamiento del taniño. Gori demostró cómo los funcionarios de la provincia de Santa Fe, en un negociado fraudulento y vergonzante, entregaron grandes extensiones de tierras provinciales a los ingleses.

En 1881, el gobierno santafesino pagó un empréstito que le había otorgado Murrieta y Cía, desde Londres, con 668 leguas cuadradas de la provincia. Para negociar lo designó a Lucas González como representante de los intereses provinciales, pero, increíblemente, González era a la vez, apoderado de Murrieta y Cía. Esta empresa transfirió esas tierras a la Santa Fe Land Company Limited, pagando \$ 1.500 por legua y vendiéndolas luego a \$ 5.292. Hasta 1906, se sucedieron nacimientos, compras y fusiones de empresas que dieron forma a La Forestal.

En 1921, se calculó que La Forestal pagó en el país \$ 300.000 anuales; en tanto, en 1916, había pagado al gobierno inglés en concepto de impuestos \$ 8.797.503,27. Pero lo que hizo La Forestal se perfeccionó hasta nuestros días, donde las comunidades indígenas siguen reclamando por la entrega irregular de tierras. Antes por la madera y el algodón. Ahora por la soja, que está emparentada con la discriminación de los pueblos nativos.

En la actualidad, la situación en el Chaco volvió a empeorarse cuando las compañías agrícolas desarrollaron productos para ser sembrados en lugares que eran adversos por el calor, la falta de agua y el tipo de suelo. Así aparecieron el furor de la soja y la necesidad de más tierras. Desde el Foro Multisectorial por la Tierra del Chaco aseguraron que "en 1995 existían en el Chaco 3,9 millones de hectáreas fiscales y hoy sólo quedan 600 mil". Según la Constitución provincial, esas tierras debieron ser asignadas a ocupantes tradicionales, o sea aborígenes o criollos campesinos, para usos familiares, pero fueron vendidas a sojeros. En los últimos diez años desapareció entre el 30 y el 60 por ciento del bosque nativo.

Un estudio que realizó la Secretaría de Medio Ambiente de la Nación, en 2004, alertaba sobre los desmontes por el "avance de la frontera agrícola (plantaciones de soja) y la tala indiscriminada". En lo que respecta al Chaco, el relevamiento señaló que en 1995 existían 82 mil kilómetros cuadrados de bosque nativo. En

2004 se redujeron a 51 mil. Varios informes periodísticos del Chaco mostraron cómo el gobierno provincial vendió 2.500 hectáreas de El Imponente a la irrisoria suma de \$ 1,14 la hectárea, embolsando así 2.850 pesos. El empresario que las adquirió las revendió a 2,2 millones de pesos. Los informes muestran cómo se negocia con la tierra que corresponde al aborígen y al campesino. Eso sin contar la cantidad de veces que se venden campos con los propios indígenas dentro, como dijo Germán Bournissen, coordinador del Equipo Nacional de la Pastoral Aborígen (Endepa).

Por otro lado, el Foro Multisectorial por la Tierra del Chaco denunció varias ventas fuera de la ley a inmobiliarias: Rumbo Norte adquirió 90 mil hectáreas, El Colón SA, 72 mil, y MSU SA, 60 mil hectáreas. Desde el foro aseguran que cualquier investigación descubriría entregas fraudulentas de tierras y negociados entre altos funcionarios y grandes compañías nacionales y extranjeras.

2. Centeno era un ferviente militante de la idea de "la mano dura" contra el aborígen. Los ejes de su trabajo eran "orden y prosperidad". Y su obsesión, apenas pisó suelo chaqueño, fue crear fuerzas de represión: policía y gendarmería. Y cuando lo logró, se dedicó a las obras de infraestructuras y de servicios para que las empresas multinacionales vieran al territorio chaqueño como un campo propicio para asentamientos productivos.

La violencia ejercida por la policía de Centeno provocó malestar entre los aborígenes, que ya soportaban los descuentos generales que habían dispuesto desde la administración de la reducción: el 15% de lo cosechado, hubiesen recibido o no útiles o animales, para arreglo de caminos y mejoras de chacras. Hay que recordar que los aborígenes cosecheros apenas obtenían de sus cosechas lo suficiente para comer. No les sobraba nada.

La contabilidad de los administradores, aunque siempre fue dudosa, se había degradado al extremo cuando debió solventar los sueldos y gastos de una cantidad innecesaria de funcionarios designados. Además del descuento del 15%, se implementó el cobro de 10 pesos por tonelada en concepto de flete. De allí que los aborígenes que trabajaban en la reducción terminaron

coibrando menos que en el sector privado. Mientras cualquier colono nacional o extranjero cobraba una tonelada de algodón 250 pesos, el aborigen protegido por la reducción tenía que conformarse con 194 pesos, debido a los descuentos de 36 pesos (el 15% y 10 pesos) de flete. O sea que en total le restaban 46 pesos.

Por otro lado, el administrador Mario Arigó cerró la escuela después de que varios maestros renunciaran apenas eran designados. El último fue Merlo Rojas, quien fue reemplazado por la señora del comisario de Policía de Quitilipi, José Machado, quien iba "de paseo" dos veces por semana. En tanto, los comerciantes de Quitilipi y Machagai, fundamentalmente los de origen árabe, acompañaron el malestar de los aborígenes y estimularon el reclamo por las quitas. Comparaban la injusta situación de los nativos con la de los colonos que ocupaban tierras fiscales sin pagar nada. En estas circunstancias, empezó el éxodo de los indios a los ingenios azucareros de Salta y de Jujuy, donde el pago y el trato laboral eran más convenientes. La emigración generó serios perjuicios en la agricultura del territorio porque no había brazos suficientes para las cosechas.

El reclamo de los agricultores no se hizo esperar. En principio, acusaban a los contratistas que trabajaban para los ingenios. Pero cuando la situación se agravó los colonos se unieron en defensa de sus intereses y se dirigieron al Ministerio de Agricultura con un significativo petitorio:

"A S. E. el Señor Ministro de Agricultura, Buenos Aires. Los que suscriben, colonos de Sáenz Peña, sabedores de los deseos de amparo al progreso de estas regiones, que anima a V. E. permítense rogar vuestra preciosa atención hacia lo que está pasando en esta colonia.

Al iniciarse cosecha algodón, hicimos notar comercio local casi segura falta brazos para que solicitaran ayuda poderes públicos y se evitara lo que se venía haciéndose anualmente en época, con los indios radicados en esta zona, que eran reclutados por un comerciante de aquí para un ingenio de Salta y llevados a esa provincia; esto porque la mano del indio es casi irremplazable para la cosecha de algodón. Comercio prometió ocuparse, pero seguramente condescendencia hacia los reclutadores y cometiendo un verdadero atentado al progreso de la región,

nada hizo y así nos encontramos con que ya empezó en gran escala el embarque de indios, saliendo el diecinueve de abril en tren con más de cientos. Si cuando una plaga hacemos temer fracaso nuestros esfuerzos, recurrimos en demanda ayuda poderes públicos, hoy con la misma vehemencia rogamus vuestra intervención ante amenaza de verdadero desastre que significa falta de brazos. Deteniendo salida indios y haciendo regresar a los que ya llevaron, hábrase puesto un gran remedio a este mal y luego concediendo rebajas pasajes.

Señor Ministro estamos apogeo cosecha y no podemos levantarla falta brazos. Reclutamiento indios sigue gran escala y no hay peones; urge pues, vuestra inmediata intervención para evitamos el desastre que sin exageración anunciamos.

Dios guarde a V.E. Bartolomé Ortiz, Segundo Robles, Francisco Elbach, Cuch Berger, Valentín Ferreras, Martín Olivares, Diego Moreno, Emilio Tower, Augusto Núñez, Antonio Zafra, Juan Benítez Ortega, Augusto Pienné Leones Bermejo, Ambrosio Redondo, Cristóbal Gómez, Lorenzo Medina, Julio Sánchez, Juan Redocorrach, Francisco Snitil, Pedro Ramos, Martín, Valerio Desku, Jerónimo Medina Antonio Aguado, Baltasar González, Alberto Juan Bulfón, Lázaro Peralta, Ruiz, José Aguado, Pedro Hernández, José B. Casela, Francisco Rodríguez, Juan Mateo, Gabino Verano, Rafael Meza, Fructuoso Toledo, Manuel Redondo, José Montenegro Arias, Teófilo Derka, Silva Derk, Hermenegildo Greatti, Elías Estrella, Gregorio Coschiza, Benigno Gómez, Manuel Aguado".

Atento a la petición, el gobierno de Fernando Centeno actuó de inmediato e hizo notar a los colonos su preocupación. Prohibió la salida del territorio del Chaco a los aborígenes y dijo: "Puedo asegurarle que el número de ellos que ha logrado exportar los contratistas es insignificante y ya no saldrán más".

Y terminó diciendo que su gobierno aseguraba la permanencia del bracero indígena en el territorio, en los momentos de intensa cosecha: "También envié a Formosa al cacique Moreno con el encargo de reclutar indios y traerlos al territorio. Esta gestión no tuvo éxito, es verdad, pero el haberlo intentado comprueba la preocupación del gobierno ante un asunto de tanto interés"



CAPÍTULO 8

Crear una mentira para justificar los excesos

1. En busca de trabajo

Quinientos paisanos seguían al cacique Mariano Vargas. Iban todos los años a los ingenios de Salta y de Jujuy. Iban a pie. Las mujeres cargaban con los chiquitos. En la estación Ballivián se reagrupaban para descansar. Luego seguían hasta Embarcación. Cruzaban el río Bermejo en chalanas, y después hacían un alto para comer. Sólo tenían pescado asado. Y de nuevo, a pie.

Recorrían más de 250 kilómetros para trabajar: Rallaban. Pelaban. Cortaban a hacha y pico. Cuando se terminaba el trabajo volvían otra vez a pie.

Una temporada murió mucha gente por sed en el camino polvoriento chaco-salteño. El calor apretaba tanto que los obligaba a tirar las cosas que traían. Tiraban harina. Tiraban la ropa. Tiraban las galletas... Y se morían de sed bajo los rayos del calor.

Sólo se salvaron los que venían a caballo y pudieron llegar hasta El Palmar. Pero muchas mujeres con sus chiquitos murieron de sed. Nadie se salvaba de la deshidratación cuando escapaban de ese infierno blanco mal pago.

Virgilio escapó a Buenos Aires, para forjar una vida más dulce o al menos más digna, bajo esos techos de cartón y regada por las aguas de esas pocas canillas para demasiados chaqueños, paraguayos, correntinos, y formoseños.

La miseria parecía otra pero también impresionaba, acobardaba a cualquiera que no hubiera vivido un infierno peor. Las moscas acompañaban todo el tiempo y peleaban por estar en el guiso, en la sopa, en la letrina o en la mamadera de los crios. El

agua jabonosa daba vida a los canales que se formaban espontáneamente como los anticuerpos de los pibes, que ganan batallas a fuerza de alegría por vivir. No había cloacas. Todo era precario en la superficie.

La pieza de don Virgilio dejó de ser cocina, había sido dormitorio, y en el turno de sala, recibía a las visitas.

En pleno barrio de La Boca hizo un paréntesis en su nueva etapa de indigencia. Con el rostro espléndido y orgulloso de su televisor, recordó:

—Todavía dicen que los aborígenes somos flojos, que no servimos. Nunca nos van a enseñar lo que es el trabajo. Sabemos hacer regleras. Sabemos hacer canales. Sabemos todo para hacer.

Virgilio bajó la cabeza antes de seguir:

—Yo empecé a trabajar en el ingenio San Martín del Tabacal, en 1918. Era niño. Allí desmontaba y no había máquina, y donde estaba el trapiche murieron mis abuelos apretados por los palos. Apretados en el trapiche murieron y allí nomás los enterraron. En 1920, trabajaba en el trapiche moliendo azúcar. Había 100 surcos más a orillas del cerro. Desmontamos María Luisa, Lote Delia, Lote El Mesías, Lote Lucrecia, Josefina y Pancha. Trabajábamos con pala nomás, porque no había máquina. Ganábamos más que con el algodón. Ganábamos 40 centavos por día y valía menos que las mercaderías. Yo me acuerdo de todo eso. Nunca me olvidó. Ellos, los blancos, los gringos, los ricos, decían que los indios no trabajaban. Eso era mentira. Nosotros fuimos los primeros que dentramos en el trabajo. Las mujeres desbajaban, los hombres desmontaban, las criaturas, todos habían dentrado en el trabajo. Ellos decían que nosotros éramos flojos. Decían que no hacíamos nada. Nosotros fuimos los que hicimos cepa del azúcar.

Virgilio murió en 1985.

2. La siembra de malones

Las palabras del coronel Ramón Estomba vertidas en un informe de 1826 habían quedado flotando en el aire. Refiriéndose a la situación de los aborígenes, dijo: "ya vamos consiguiendo que sepan respetar y obedecer: tienen miedo y están sumisos".

Casi cien años antes de 1924, la existencia de malones estaba descartada. Aún más en la zona del Chaco, donde los tobas, mocovíes, vilelas y en general todas las etnias que eran originarias de la zona, no tenían costumbres de malonear. No tenían ese hábito.

Por otro lado, hay infinidad de testimonios —muchos de ellos provenientes del Ejército de Fronteras— de que los aborígenes visitaban amistosamente los fortines y hasta entablaban relaciones comerciales con oficiales y soldados.

Sin embargo, la psicosis sembrada en la población por presuntos malones, que nunca nadie vio y menos fue víctima, era fomentada por el Gobierno, que utilizó aislados y esporádicos hechos delictivos, causados por aborígenes, pero provocados por criollos, para sostener prolongadas campañas intimidatorias.

En ese contexto, a fines del año 1923, ocurrió un hecho conocido como el crimen de El Cuchillo, en el que asesinaron a varios indígenas. Ese episodio alarmó al vecindario del límite entre Chaco y Salta, por posibles represalias. Los salteños se organizaron, y apoyados por las autoridades locales, pidieron urgentes garantías al gobierno.

Del crimen de El Cuchillo se ocupó el corresponsal del diario *La Nación*, en Embarcación, Salta, telegrafando los sucesos el 11 de diciembre de 1923. Pero también informó sobre el desarrollo de los acontecimientos posteriores. Por ejemplo, el cable de la edición de *La Nación* del 12 diciembre de 1923, señaló: "Comunicaciones recibidas de El Cuchillo (Rivadavia), dan cuenta de que, a raíz de un asesinato de indios, los demás se levantaron, asaltando las casas y poblaciones y saqueando los comercios y casas de familia. Los vecinos están muy alarmados. Se cree que obran por influencia de otras personas, que le suministran armamento y municiones.

La policía volante, con el escaso elemento que cuenta, trabaja activamente ayudada por algunos vecinos, estableciendo guardias en los puntos donde se presume el usalto. La misma policía instruye sumario, cuáles son las personas autoras de los asesinatos de los indígenas, habiendo efectuado dos detenciones de presuntos incitadores.

Los pobladores de El Cuchillo y las autoridades han solicitado el urgente auxilio de las autoridades de la capital, sin tener hasta ahora noticias, a pesar del inminente peligro de próximos asaltos".

Otro cable de La Nación, aseveró:

"En El Cuchillo fueron cometidos varios crímenes. Aborígenes ebrios y armados y diversos criminales perpetraron asaltos y robos.

El domingo la policía recibió aviso de Embarcación de que, en localidades situadas a lo largo de los caminos que siguen las indiadadas que vuelven al Chaco después de terminadas las tareas de la zafra azucarera en los ingenios de Salta y Jujuy, éstas cometían depredaciones, provocadas como siempre por efectos del alcoholismo y el uso de armas que comerciantes poco escrupulosos les proporcionan a cambio de poco dinero que llevan como producto de su trabajo y que las administraciones de los ingenios consiguen que lo inviertan en alcohol.

Estos comerciantes o los capataces que los conducen hasta la estación Embarcación en tren o a pie hasta las regiones de la selva que habitan durante el verano, explotan a los indios vendiéndoles alcohol y armas de fuego; no siendo raro tampoco que los asaltos y los robos sean cometidos por maleantes, que pululan en esas regiones, escudándose y aprovechando el pánico que produce el paso de las indiadadas enardecidas y armadas.

La primera información recibida por telégrafo de Embarcación vino del subcomisario de El Cuchillo, Luis Sarmiento, quien denuncia fechorías cometidas por los indios temiendo desgracias personales y avisa que esa policía presta su cooperación, pero que es insuficiente para atender tantas solicitudes como recibe. Agrega que ante la policía volante, que comanda el comisario Rodríguez de Rebollar, se ha denunciado que Teófilo Páez, en compañía de otros, asaltó el local de la subcomisaría y la Receptoría de Rentas, por lo que tomó las debidas precauciones, pidiendo auxilio para poder a la vez prevenir el peligro ofrecido por los indios que alzados se dirigen hacia el Pilcomayo".

El mismo día, la retransmisión desde Embarcación del informe del comisario volante Rodríguez de Rebollar, enviado por chasqui, da cuenta:

"Iba en persecución de los indios, sin conseguir darles alcance, pues en la noche del día 2 asaltaron el domicilio de la familia Páez en Cañada Ancha, destruyendo cuanto encontraron en el casa, y en la noche del día 3 intentaron un nuevo asalto a la casa de Natividad Campos, en Delicias, internándose los indios en un bosque al verse perseguidos. A su paso, en la fuga, ocasionaron perjuicios en las haciendas, no habiéndose producido desgracias personales. Sólo el vecino José Vera fue herido levemente en el primero de esos asaltos".

Agrega el parte que "la población alarmada se concentra en lugares más seguros, abandonando sus casas, y pide socorro a la policía, a la que se le hace imposible conjurar el peligro. Todos los pobladores acusan a Arnadeo Suffi y María Ruiz como principales instigadores, que a la vez proporcionan armas y balas a los indios".

Ampliando ese primer informe, dice el comisario volante que "los vecinos Justino Medina y Rosario Campos denunciaron al famoso criminal Teófilo Páez de asaltar la Receptoría de El Cuchillo para vengarse de una captura. El criminal contaba con la ayuda de Benjamín Montes y el cazador Pacheco, quienes le proporcionaron armas, municiones y caballos, permaneciendo todos ocultos en los potreros de Montes, cerca de El Chañar".

El comisario temía que estos se unieran a los indios, pues Páez había habitado por mucho tiempo en las rancherías y termina su parte anunciando que tenía detenidos a Juan de Dios, Jaime Diego Paz e Hipólito Jaime, acusados de asaltos e incendios, Diómedes Romano, acusado de homicidio, y Tiburcio Romano, quien se confesó cómplice del mismo delito. Pedía en el mismo parte que se recomendase la captura de Pablo Fernández, Marcos Romano y Mercedes Juárez, acusados de homicidio y cómplices de la muerte de los indios Pila y Peiizo.

Como se desprende de los partes mencionados, la conducta de los aborígenes no preocupaba al comisario. Sin embargo, la jefatura de policía dispuso la concentración de efectivos en las localidades amenazadas de todas las regiones circunvecinas, lo que fue suficiente para poner en fuga a los aborígenes que iban de viaje. "Falta ahora capturar y reprimir a los maleantes, que son, en realidad, el verdadero peligro en esa apartada zona", publicó La Nación, el 14 de diciembre de 1923.

Archivo
Original de

Sin embargo, el reclamo incansable de los vecinos obligó al comisario a perseguir a los aborígenes que regresaban de la zafra de los ingenios de Salta y de Jujuy, y a quienes se les imputaba toda clase de delitos, la mayoría inciertos o, al menos, muy exagerados como consecuencia del pánico generalizado. El miedo y la inseguridad generados por versiones y comentarios llevaron a los pobladores salteños a organizarse para tareas defensivas: construyeron fuertes estratégicos y, como policías improvisados, en comisiones, salieron a atacar a cuanto aborigen pasase cerca, con la excusa de que les carneaban ganados, algo que se sumó después a raíz del comentario de un aborigen domesticado.

Poco después repercutieron los acontecimientos de Salta en el Chaco, y cerca de El Pintado hubo un choque entre aborígenes y policías donde murieron más de quince familias nativas. Sobre este hecho, el periódico *El Herald del Norte* fue bastante ácido y descreyó que hubiera habido enfrentamiento. Señaló: "Si nos los inventó la policía, que es lo más probable, para justificar el número de víctimas de sus propios winchesters, que todo se puede esperar...".

Por otro lado, según *La Voz del Chaco*: "Las comunicaciones recibidas por la jefatura de policía sobre el alzamiento indígena en El Pintado son tranquilizadoras. Al parecer el movimiento ha tenido lugar entre indígenas, viéndose obligada la población a cooperar entre caciques y caciquillos. Se han librado algunos encuentros fuertes, aunque no en forma muy alarmante como en un principio se supuso.

Las comisiones que se encuentran en los mismos lugares que los destacamentos, en comunicación con la jefatura, marchan hacia el reconcentramiento, para unidas poder estar cualquier ataque, y al mismo tiempo impedir que el alzamiento tome mayores proporciones. En vista de que algunas comisiones carecen de pertrechos suficientes, partió un refuerzo de hombres que llevaban un buen número de cartuchos para asegurar la tranquilidad de aquella zona.

Al entrevistarnos esta mañana con el jefe de policía, señor Aldao, nos dijo que no había motivo de alarma, y que se habían tomado medidas para evitar que el alzamiento tuviera consecuencias fatales.

Al parecer se han producido disidencias entre los caciques, al mismo tiempo que una protesta por los indígenas, motivada con la detención de los indios asesinos de la familia Frías, que están cayendo poco a poco en poder de la policía.

Los recientes sucesos de El Pintado, con motivo de la persecución de los autores de los asesinatos de la familia Frías —quienes, según nuestros informes, han sido de 10 a 12 indios— nos dan la pauta de lo ineficaz que resulta la acción policial, limitada por la escasez de sus elementos.

Tenemos conocimiento de que, durante la permanencia en esos parajes de la comisión que encabezó el teniente Acosta, los indios siguieron matando hacienda sin ser mayormente incomodados por la autoridad y como para no dejar lugar a dudas, empezaron a quemar las viviendas de los pobladores que, atormentados por el desenfreno de sus fechorías, juntaron sus familias en número de 6 o más, en determinados parajes, con el objeto de protegerse mutuamente, quedando abandonadas sus casas, sementeras y majadas, circunstancias que aprovechan los indios para quemar y destruir todo lo que no pueden, o no quieren, robar, y por último, a manera de desafío o burla de las fuerzas allí presentes, prendieron fuego a la casa que ocupaba el destacamento de La Cangayé.

Esto, que por sí solo bastaría para llamar la atención del gobierno federal y hacer que se preocupe de encontrar la forma segura de poner término a este estado de cosas desesperante, ya es solamente el preámbulo, el prólogo o la introducción de la serie inevitable de asaltos y crímenes que irremediablemente cometerán los indios, en las personas e intereses de los esforzados pobladores de aquellas regiones, en venganza de la muerte de esos quince o más de sus congéneres".

Por otra parte, el mismo periódico publicó el 29 de febrero de 1924:

"Es realmente crítica la situación de los pobladores en el Departamento de Río Teuco. El padre de familia, cuya única fuente de recursos es la hacienda que posee, tiene que optar por unos de estos partidos: cuidar sus animales, con la perspectiva de que, cuando regrese a su rancho se encuentre con los cadáveres de sus seres queridos, o quedarse en su casa para proteger a

su familia y dejar que los señores indios le acaben sus vaquitas. Está pues frente a un dilema atroz: la miseria y el hambre o la muerte.

Desde luego, por lo que toca al vasto departamento Río Teuco, y especialmente, a la región de El Pintado, opinamos que la mejor forma de remediar tal situación de desasosiego es la de multiplicar la vigilancia, dotando a la comisaría de El Pintado de personal suficiente tanto por su número como por su cualidad y a la vez establecer una red de destacamentos, distantes unos de otros diez leguas a lo sumo, cubriéndolos con personal seleccionado de buena voluntad, consciente de su deber y sobre todo disciplinado".

Además, el diario *La Nación* siguió cargando las tintas sobre los sucesos de El Cuchillo, calificándolos de muy graves, y agregó que entre los pobladores nativos y los indígenas existía un odio profundo. Estos cables llegaron al Gobierno Nacional, alimentando la idea de que había que resolver el tema indígena de una u otra forma.

La Nación tituló "Choques sangrientos" una nota fechada en Embarcación: "Acabo de llegar de El Cuchillo, departamento de Rivadavia donde, como se informara, se produjo un alzamiento de indios. Me vi obligado a salvar a lomo de mula la distancia de 200 kilómetros que media hasta aquí, desde donde transmito mis impresiones.

Desde lejanos tiempos existe un acentuado odio entre los pobladores nativos y los indígenas, infligiéndose sin reparo cuantos perjuicios y daños pueden; la razón es obvia para unos y otros; el indio dueño y señor de la selva se opone con furor salvaje a que la civilización conquiste sus "dominios", sosteniendo cruentas y desenfrenadas luchas con los chaqueños que, con valiente heroísmo, se internaban, poco a poco, sin temor a la muerte.

Contadas son las familias que no lloran el descuartizamiento hereje o el cautiverio de algunos de sus miembros y de aquí nace el odio que de vez en cuando se exterioriza despiadadamente, el que sólo con la muerte parece hallar satisfacción".

Otro artículo de *La Nación* hace foco en los asesinatos perpetrados: "Como antecedente de los últimos sucesos se recordará

que, a principios del año pasado, transmití la noticia a *La Nación* de que en las inmediaciones de El Cuchillo fueron asesinadas, alevosamente, por los indios, dos personas y herida de gravemente otra. El suceso alarmó a los pobladores, máxime cuando se conoció que el principal autor era un indígena de nombre Luis, famoso por su audacia y sus herejías criminales. Una vez que hubo cometido dicho asesinato continuó con su cuadrilla, diezmando haciendas y efectuando asaltos. No existía entonces autoridad en El Cuchillo y las familias de los muertos perseguían a los criminales, hasta que con la intervención de la de otros mansos y adictos, consiguieron matar a unos de ellos. Los indígenas iniciaron entonces de nuevo sus venganzas, matando y robando ganado en forma de aventurada, que era muy peligroso el cuidado de los mismos".

A *La Nación* se le sumó la prensa oficial chaqueña, que describió unas refriegas de la siguiente manera: "A mediados de este año, los indios mansos y adictos avanzaron hasta las rancherías de los salvajes alzados. en cuya refriega resultaron dos de ellos muertos, reanudándose con más furor las venganzas contra las haciendas. Ante los continuos robos y la matanza de ganado, resolvieron algunos pobladores asaltar de nuevo las tolderías, sin ningún resultado, porque la indiada se fugó.

Los ánimos se enardecieron y la sed de venganza contra los indios rayaba hasta la ofuscación, considerando como única solución la extinción completa de estos. Tal era el propósito de los pobladores, que pretendieron llevar a efecto, sin conocimiento de la autoridad de la zona, el 15 de noviembre último.

Estaban trabajando unos indios mansos en Pozo de Tigre y, en circunstancias en que dos fueron a beber las aguas de una represa, les hicieron una descarga de adentro del bosque y murieron los dos casi instantáneamente. La indiada se percató de las intenciones de los pobladores y se juntaron varios caciques con su gente para ponerse en guardia. Bajo la dirección del indio Luis y protegidos por Amadeo Sufi y María Ruiz, quienes les suministraron armamentos y municiones, se pertrecharon en los montes aledaños.

Envalentonados, los aborígenes reiniciaron sus fechorías, intentando varios asaltos, que les fue imposible llevar a

cabo porque la población estaba prevenida y protegida por la policía.

El 29 de noviembre de 1923 tuvo conocimiento el comisario Rodríguez de Rebollar que el indígena Luis, cabecilla de los indios, rondaba por las noches la casa de Lisandro Vera, para asaltarla. E inmediatamente se trasladó allí de incógnito, y lo detuvo en la madrugada del 30, en el domicilio de Amado Sufi. Solo como estaba el comisario, dejó el preso, bien asegurado y amarrado, en poder de Sufi; y entre tanto, se dispuso a detener al indígena Iguamá, segundo jefe de la cuadrilla, no menos famoso que Luis, que se hallaba acampando a corta distancia con otros indios. Sufi puso en libertad a Luis, corriendo serio peligro la vida del comisario Rodríguez de Rebollar, que presta sus servicios policiales ad honorem.

Rodríguez de Rebollar, que carecía de gendarmes, formó en seguida una policía civil para perseguir a los indios, pero la misma noche del 30 asaltaron la casa de Lisandro Vera, robando mil pesos. Pero hubo un rudo combate, en el que se cambiaron alrededor de ochenta tiros de winchester y resultó herido José Vera.

El pánico causado fue indescriptible, porque se hallaban en la casa de Vera cinco hijos pequeños de José Vera, que en la oscuridad sólo atinaron a huir por el bosque, mientras la madre caía desmayada. La fuga, los gritos de uno y de otros, el tiroteo y los ensordecedores aullidos de los salvajes, quienes acostumbra a profenrtos en los asaltos para causar más terror, hizo que fuera abandonada la casa, circunstancia que aprovecharon los indios para saquearla.

Sólo José Vera sostuvo el combate hasta que se le agotaran las municiones. La policía civil persiguió a los salvajes sin éxito, ya que se internaron con precaución en aquellos impenetrables bosques sin dejar huellas.

Dos días después, mientras la policía tenía esperanzas de alcanzarlos, perpetraron un asalto a la casa de Mercedes Paz, destrozando cuanto hallaron a mano y llevándose lo que era útil. Esta señora y su familia, como todos los pobladores, estaban concentrados en un solo lugar, habiendo dejado abandonados sus domicilios.

Noches después intentaron asaltar la casa de Natividad Carrpos, hecho que no llevaron a cabo porque la policía había instalado una guardia allí. Al día siguiente fueron nuevamente al domicilio de José Vera, y al no poder asaltarlo, resolvieron diezmar la majada de cabras que poseía, flechando y degollando un considerable número de ellas.

Todos los asaltos fueron perpetrados con una audacia sin igual, y tanto la policía como los viejos pobladores quedaron admirados de la rapidez con que los indios se trasladaban por las noches para dar los golpes.

Ante el peligro que corría se dirigió el comisario Rodríguez del Rebollar a la Jefatura de policía de Salta, pidiendo auxilio, pues en esos días había recibido noticias de que se tenía el propósito de asaltar los locales de la policía y de la Receptoría de Rentas, viéndose obligado a adoptar toda clase de precauciones, tanto para conjurar el peligro de los indios, como para evitar el golpe a dichas dependencias".

Como las informaciones que venían de los límites con Salta parecían escasas, surgió un cable que anticipaba una sublevación indígena en Presidencia Roca:

"Aún están latentes los últimos sucesos indígenas, cuando las tribus del Norte parecen prepararse para un nuevo levantamiento. El subcomisario de Presidencia Roca, señor Bustos, ha informado a la jefatura de policía que se teme un alzamiento entre las tribus, solicitando al mismo tiempo ayuda para contrarrestar cualquier movimiento. El jefe de policía le contestó telegráficamente, diciéndole que se comunique con el subteniente Rams, quien se encuentra en Fortín Lavalle con un destacamento de gendarmaría y le pida la cooperación necesaria. Es necesario que se tomen medidas estratégicas para evitar el movimiento a que hace alusión el subcomisario de Presidencia Roca, lo que debe realizarse a la brevedad posible".

3. Los ataques aborígenes

La opinión pública estimulada por la prensa les hacía sentir a los vecinos de las poblaciones vulnerables los "temidos y cinematográficos" ataques aborígenes.



En una oportunidad, la desmotadora inglesa que generó una pequeña población a su alrededor recibió la alarma de que iba a ser atacada por un malón. Se organizaron los empleados para la defensa. Los hombres fueron a la Administración, donde se les entregó armas y fueron distribuidos estratégicamente. Las mujeres y los niños tenían que encerrarse en las casas, lejos de las puertas y las ventanas.

Esa noche nadie durmió y las tareas se redujeron a la defensa y a incrementar el odio, el miedo a los indios. Ese pánico generalizado hacia los indios era utilizado por los cuatreros y los asaltantes, que bajaban de Corrientes y sorprendían en el Chaco, pero era muy difícil que atacaran establecimientos que tenían poblaciones como la desmotadora inglesa porque pagaban con "plata blanca", vales que sólo tenían valor dentro del paraje. La noche estuvo cerrada. Hubo disparos de origen incierto, pero el ataque no se produjo.

A los pocos días, se supo que los indios mataron a todos los pobladores y soldados del último fortín instalado por el coronel Manuel Obligado sobre el antiguo trazado de la ruta 16. Un pelotón que se acercaba para el relevo vio a la distancia el incendio y cuando entraron al fortín se dieron cuenta del ataque indígena y fueron a buscar refuerzos. Con tropas del Ejército de Línea dispersaron a los indios que tenían una relación estrecha de amistad y comercial con el fortín. El ataque fue "un ajuste de cuentas", fue por venganza.

El policía Eusebio Arce explicó años después, en Quitilipi:

—El ataque al fortín se produjo porque los indios habían traído plumas de garza blanca, y los soldados le pagaron con municiones y con caña. Después se emborracharon todos, y cuando se despertaron al otro día, los indios reclamaron el pago de las plumas de garza blanca. Las plumas tenían un buen valor porque eran llevadas a Buenos Aires para confeccionar los sombreros que usaban las damas porteñas "for export".

Los soldados le explicaban al cacique que el pago se lo habían bebido; porque hay que decir las cosas, señor, la indiada es viva en eso, y no quieren respetar la ley del blanco. La aplican cuando les conviene. El aborígen no entendía y quería llevarse los alimentos que necesitaba. Para el cacique la bebida no tenía valor

comercial, porque había sido tomada en comunidad, en amistad con los soldados. Reclamó con insistencia que le devolvieran las plumas o que le pagaran lo que correspondía. Los soldados se negaron al nuevo trato, y esto provocó malestar en la indiada. El cacique se sintió estafado y eso es grave porque para ellos la venganza es ley, es cumplir con lo pactado.

—La palabra del aborígen es sagrada —sentenció Arce con gesto contrariado.

4. La muerte de Soral

Los bolicheros de Quitilipi y Machagai esperaban a los aborígenes los fines de semana. Eran los sostenes del mercado pueblerino. Gastaban lo que ganaban. Los aborígenes no entendían eso del valor agregado que tiene el dinero. Los billetes sólo servían para tener lo que necesitaban. Además, no sabían por qué había que usar esos papeles. Todavía recordaban al monte cuando les daba de comer.

Llegaban a los boliches y las bebidas alcohólicas eran irresistibles. Bebian sin límites. Compraban botellas y botellas. Primero por el poco dinero de sus bolsillos, luego por el empeño del sombrero y de la ropa, y después la embriaguez los perdía. A esa altura, los comerciantes pretendían echarlos. Y los echaban a empujones. Ante la mínima resistencia, los bolicheros apelaban a la policía; y los agentes desnudaban sus sables y los molían a planazos. Por los menos hasta que sangraran.

Varias veces, en Quitilipi, en Machagai y en Sáenz Peña, los policías mataron o hirieron aborígenes, que aun en estado de ebriedad eran indomables para las fuerzas del orden. Hay cientos de historias acerca de hechos de este tipo.

Por ejemplo, un grupo de la reducción decidió un sábado ir de compras a Machagai, y cerca del mediodía volvía hacia los toldos. Uno de ellos, alcoholizado, peleaba con sus compañeros, quienes trataban de calmarlo y llevarlo a la rastra. Pero en el camino chocaron con una comisión policial, y el oficial de la patrulla dispuso la detención del aborígen ebrio. El resto del grupo pidió a los gendarmes que lo dejase, que se comprometían a llevarlo hasta su toldo. Pero no hubo caso. Los efectivos,

machete y revólver en mano, golpearon al ebrio y luego la paliza fue para todos, bajo las órdenes del ex jefe de la estación del ferrocarril, Requena, asimilado como oficial en las fuerzas policiales. Los aborígenes reaccionaron en defensa propia y le arrebataron el espadín a Requena.

En esa refriega, los policías abrieron fuego y mataron al famoso médico gom Juan Sorai e hirieron de gravedad a Colen, quien pudo escapar con los demás.

La muerte del médico gom generó una profunda indignación en la comunidad toba y la noticia se expandió hasta el último aborigen del territorio.

Sorai había llegado de su viaje anual a Oruro, Bolivia, donde solía visitar a las familias tobas que habían llegado hasta allí corridas por el ejército en los años de la conquista. También aprovechaba y participaba de la diablada y de regreso recogía aguas del lago Po Po.

Antes de bajar a Machagai, donde encontró la muerte, curó de un mal a Rosita Chará. Sorai llegó a tiempo para atender a Rosita, contagiada de garrotillo. Un principio de asfixia tenía en jaque a la joven. El médico toba levantó a la nena en brazos y corriendo la llevó hasta la cañada Mocoví. Mientras el padre de Rosita cavaba una zanja por sugerencia del médico, Sorai emitía sonidos guturales. Luego la acostó en la zanja, la tapó con barro, y esperó que seicara sobre la piel de la nena. Después le limpió el barro seco, la mojó de nuevo y volvió a tajarla con barro. Así estuvo Sorai hasta que la fiebre dejó a la niña y la asfixia quedó en amague.

La muerte de Sorai fue otro exceso policial aunque los negasen los partes oficiales que fueron publicados por el diario *La Voz del Chaco*, en su edición del 9 de Junio de 1924:

"Serían aproximadamente las 16 horas, cuando algunos indios tobas y mocovíes en estado de ebriedad produjeron un desorden, lo que motivó la intervención del oficial de policía Requena.

Los indios que no estaban en condiciones de acatar órdenes de autoridad alguna debido a los humos del alcohol, se desataron a mano armada al oficial, lo cual hizo que éste tocara pitadas de auxilio; pero viéndose atacado seriamente, tuvo que hacer uso de su arma. Segundos después se produjo un tiroteo y

un cuerpo a cuerpo entre la policía y los indios que demostraban claramente su intención criminal. En estas circunstancias llegó al lugar de los hechos el subcomisario Enrique Larré, quien con su actitud enérgica y serena salvó verdaderamente la vida del oficial Requena, quien caído iba a ser degollado por un indio, como igualmente el gendarme Satanás Chamorro.

Con ayuda de algunos vecinos y después de un rato de recia lucha se logró dominar a los indios, huyendo varios de estos el monte cercano. Como consecuencia de la refriega: quedó herido el oficial en la mano y en la cabeza, dos gendarmes con lesiones leves, cinco indios y un caballo heridos graves, aparte de los que escaparon, entre los que se supone hay también heridos.

Hay que agregar que dichos indios son de Napalpí y que bajaron a Machagai con el hijo del Dios. Aquel existe allí como cacique supremo; siendo fácil de deducir que el hecho de que huésemos crónica traerá cola si los prófugos logran reunirse con los indios acampados en los montes de la Reducción y se niegan a entregarse a la policía.

En conocimiento del hecho, la jefatura de policía ordenó el envío de ocho hombres de refuerzos, y se ha ordenado telegráficamente al comisario de Presidencia de la Plaza, don Justo Arias, que se traslade a Machagai y proceda a instruir el sumario".

Según los testimonios de los descendientes de aquellos aborígenes que se vieron involucrados en el episodio, el crimen del médico toba se produjo en una pelea que fue provocada por los policías, que estaban tan ebrios como el indio que acompañaba a Sorai.

El 10 de junio de 1924, *La Voz del Chaco* volvió a abordar la muerte de Sorai y señaló: *"Un telegrama de Machagai, recibido hoy, nos informa, en efecto, que los indios merodean aquella población con actitud amenazadora y que los habitantes de aquel punto están alarmados. Basta reflexionar un momento sobre el asunto para comprender que la indiada, a fuerza de comprobar la tolerancia de las autoridades, se siente estimulada en sus actitudes agresivas y ha llegado al envalentonamiento.*

El indio ha merecido en todo tiempo la defensa de este diario para la causa de su redención económica, porque la creemos

justa; pero ello no nos impide reconocer que debe ser colocado en la imposibilidad de perturbar la tranquilidad de las huestes laboriosas que de todos los puntos del país y del extranjero han venido a introducir la civilización y a impulsarla con el trabajo y el sacrificio de toda la comunidad. Para esto no es necesario perseguirlo a muerte; muy lejos de nosotros el reclamar tal procedimiento. Tampoco podemos pretender que el gobierno del territorio encare la cuestión de mantener a raya a los indios aguijoneados por algunos caciquillos taimados y ocultos, que explotan su justo descontento y los incitan a actitudes belicosas.

Pero estamos convencidos, y esta no es la primera vez que lo anotamos, de que si el gobierno federal se decidiese a destacar en nuestro territorio uno o dos regimientos del ejército nacional, única fuerza a la que los indios le tienen miedo, se tendría asegurada la tranquilidad en el territorio por la acción de presencia de esa fuerza y se compelería a los indios por simple coacción a la vida de orden y trabajo a que se pretende incorporarlos.

Que el mal tenga su origen en la inescrupulosidad de algunos comerciantes que trafican con el indígena vendiéndole armas y municiones, no quiere decir que el gobierno deba contemplar la situación de brazos cruzados, pues aquello de poder decir en el pecado tiene la penitencia sólo sería aplicable si esos comerciantes fuesen los expuestos a sufrir las consecuencias de su improvisación y su egoísmo. Pero no es así; desgraciadamente los que sufren las consecuencias son los trabajadores de la tierra que se hallan diseminados por todo el territorio labrando el engrandecimiento del país.

Asegurarles la tranquilidad con garantías efectivas para su vida, es un imperativo categórico frente al cual se halla el gobierno de la Nación, que tiene la perentoria obligación de no comprometer por más tiempo —a causa de los comentarios no siempre medidos que los frecuentes litigios indígenas originan— el prestigio que el Chaco ha alcanzado merced a sus propios esfuerzos y sacrificios.

Todo ello, independientemente de la acción tantas veces prometida y jamás iniciada a favor de la raza autóctona, en el sentido de librar a sus miembros de la indigencia y asegurarles los medios de vida a que indiscutiblemente tienen derecho.

Y en la edición del 12 de junio, del mismo diario, hay una nota bastante contradictoria con respecto al peligro que originaban los aborígenes tras el suceso de Machagai: "Poco tenemos que decir respecto de la situación intranquila creada en Machagai a consecuencia del suceso del sábado último promovido por los indios y donde murió el que llaman hijo de Dios, Juan Sorai.

La población de dicho punto, que con razón tuvo que estar sobresaltada ante la reaparición de los indios que volvían para rescatar a sus caballos y a sus paisanos presos, fue hallada tranquilizada a estas horas.

El jefe de policía, Diego Ulibarrie, en efecto, mantuvo ayer una conferencia con el comisario José Machudo, de Quitilipi y le ofreció a éste el envío de más fuerzas, y tuvo la contestación de que no era necesario y que la policía de que disponía era suficiente para reestablecer la tranquilidad".

Sorai era un médico prestigioso entre las etnias y fue quien colaboró con los médicos y boticarios que había enviado el gobierno del capitán Oreste Arbo y Blanco, a través de su secretario Enrique Obligado, en las epidemias que azotaron la zona.

El cólera y la hepatitis fueron las más impiadosas. No había control sanitario posible. La carencia de servicios básicos y los hábitos nómades de la mayoría inclinaban la balanza a favor de los virus.

Las epidemias se turnaban para hacer estragos, hasta que llegó una carreta sanitaria que había salido de Quitilipi al mando de un boticario conocido como don Pedro. Al contactarse con la situación general de la comunidad y con los pocos elementos que contaba se alarmó, y sin perder tiempo armó una enfermería de campaña en El Agtiará. Buscó ayudantes, clasificó a los enfermos y tomó medidas de urgencia. Hizo un inventario de las medicinas con las que contaba y de las hierbas medicinales que pudiese ver en la zona. Pasaron 90 días y los muertos apestaban. Don Pedro se desesperaba. De día, visitaba a los pacientes; y de noche, estudiaba la manera de enfrentar la realidad que le pasaba por encima. Las urgencias no lo dejaban evaluar decisiones de fondo y los enfermos no se recuperaban.

El boticario puso en duda sus conocimientos y hasta revió sus años de estudios. Llegó a pensar que los jóvenes estudiantes

pierden mucho tiempo en satisfacer formalidades y que nunca se preparan para lo que deben prepararse. Pero no bajó los brazos ante lo que veía. Encima, para levantar la cosecha los colonos traían gente de otras regiones, quienes se contagiaban y así crecía la población de enfermos.

Una mañana se levantó con una hipótesis de trabajo. Escogió con mucha paciencia cien gramos de boldo disecado y los vertió sobre un mortero que contenía cien mililitros de alcohol y dos gramos de carbonato de calcio. Sin perder la paciencia maceró hasta el cansancio. Cada movimiento era un hábito de esperanza, pero también de incertidumbre. Maceró en recipiente cerrado durante ocho días las hojas de boldo, el carbonato de calcio y el alcohol de 96 grados Gay Lussac, agitándolo varias veces en el día. Al octavo día coló la preparación expresión y la dejó en reposo una semana más. Después la filtró. El alcoholaturo estabilizado le sirvió de base para toda sustancia química que probaba en los organismos de los aborígenes enfermos.

El ensayo con alcoholaturo no fue eficaz, pero produjo una inusitada conducta en los pacientes. La toma de una poción generaba una algarabía seguida de depresión. Sobre todo cuando el boticario le agregaba esencias de linón, de cáscara de naranja amarga, o menta con pizcas de azúcar.

Una noche, el cansancio y la impotencia doblegaron al boticario, quien llamó a un ayudante para conversar frente a una fogata. Ambos llegaron a la conclusión de que en la misma indigencia aborígen tendría que estar el remedio para tanta desgracia. Tiró un tubo de ensayo con alcoholaturo y empezaron a ensayar con hierbas desconocidas, frutos, hojas, tallos y raíces. Todo aliviaba. Pero nada curaba.

Desechó el agua de la cañada Mocoví e hizo traer de otros lugares. Aconsejaba tomar sol y aire, pero la cifra de muertos aumentaba. Visitó a los brujos, pero no había caso.

En una visita de rutina a un rancho en el camino entre Machagai y El Aguará, muy cerca de un antiguo cementerio aborígen, lo detuvo una anciana que tenía muy grave a su nieta. Antes de que ingresara al rancho, le dijo:

-Don, la Rosita está blanca y con los ojitos muy amarillos. No mejora y cada vez está más flaca. empeora el español

primitivo cruzado con qom hacía el relato más triste, más dramático.

Y después de un silencio, y una mirada que salía de unos ojos hundidos, agregó la anciana:

-Me parece que lo único que la puede salvar son las palabras de Sorai. Ya me murió la hija por esperar la medicina blanca. ¡No puede ser, ahora mi nieta también! Déjelo a Sorai, don -imploró.

-Cómo no -respondió el boticario, rendido, viendo desde lejos a Rosita.

Don Pedro envió a su ayudante en búsqueda de Sorai y quedó a esperarlos en el lugar. Entró al rancho y estuvo más de tres horas sentado al lado de Rosita, que languidecía en una especie de catre.

Sorai y el ayudante de don Pedro llegaron mojados. Llovía. Hubo un silencio indescribible que rompió el propio Sorai:

-Puede ser piojos -señaló muy relajado.

-¿Cómo? ¿Piojos? -preguntó el boticario bastante avergonzado.

El facultativo sentía en carne propia cómo el orgullo de su delantal blanco caía a pedazos y que con la impotencia de su ciencia había querido desafiar la sabiduría de los nativos. Optó por ser respetuoso y sumiso ante una realidad que lo dejó fuera de servicio.

Sorai no respondió. La anciana sí:

-Sí, piojos. Mi finada madre curaba perros con piojos.

Don Pedro dijo, dirigiéndose a la abuela:

-Y bueno, ¿tiene piojos?

-No sé. Venancio, muestre su cabeza -dijo la abuela con una seriedad solemne.

La cabeza de Venancio era un criadero de piojos. En el cuarto y frente a la cama, con la mano le arrancó uno, dos, tres piojos, mientras don Pedro le hacía abrir la boca a la niña. La abuela depositó los piojos en la lengua de la pequeña y le pidió que tragara. Repitió tres veces la operación y se fue a buscar un té del boldo que había traído el boticario.

Todo transcurría bajo la atenta mirada de Sorai, quien se sumergió en un silencio rotundo, pero seguía los movimientos con mucha atención.

Don Pedro esperó que la paciente terminara de beber el té. Se miraron con la abuela y decidieron seguir con la medicación tres días seguidos.

La lluvia paró y Sorai se fue. El boticario tomó nota de todo y siguió muy de cerca la terapia. A la semana, volvió don Pedro y se encontró con la grata sorpresa de ver a la pequeña jugando en el patio. Salíó a recibirlo la abuela y le contó que al quinto día de haber tomado la primera ración de piojos se decoloró y paulatinamente se fue normalizando. El boticario revisó a la nena y con alegría le dio el alta. Regresó al campamento sanitario y prescribió piojos para los casos graves. Obtuvo el ciento por ciento de resultados positivos, tanto para la hepatitis como para el cólera. Tras los buenos augurios, siguió con los enfermos menos graves y en noventa días pudo erradicar las epidemias.

Por supuesto que la experiencia obtenida lo llevó a un estudio exhaustivo de la experiencia con piojos. Don Pedro consultó con su colega don Titi Colombo, con el médico paraguayo Muñoz González y viajó a Resistencia con sus anotaciones, y mediante intercambio de correspondencias con colegas de Buenos Aires pudo cronocar el supuesto recorrido del piojo dentro del cuerpo humano. Logró una hipótesis sobre el poder curativo.

Don Pedro escribió con letra de médico:

"El piojo ingresa al cuerpo a través de la boca. En la cavidad bucal se ahoga en una laguna de líquidos que contienen enzimas. Allí sufre un proceso desintegrador que finaliza en el aparato digestivo. La acidez y los jugos gástricos se encargan de terminar la descomposición del piojo en aminoácidos. La hidrólisis parcial del piojo realizada en los medios de ácidos, bases y enzimas, conduce a poliamidas más pequeñas. Y de la hidrólisis total resultan los aminoácidos.

En un estudio realizado en el laboratorio del hospital Posadas de Quitilipi, con utilización de microscopio, se determinó que el peso molecular de las proteínas del piojo varía, entre el número similar a la insulina, estimado en 6.000 y 41.000.000 que se asemeja a la porción proteica del virus del mosaico del tabaco. Parece ser que existen muy pocas proteínas semejantes a las del piojo, de peso molecular superior a 100.000, que estén formadas por una sola cadena.

Esas sustancias siguen su tránsito para salir del cuerpo por la orina. En sus travesías por los órganos van tomando forma de distintas letras espiraladas, algunas parecen hélices, que son las que encapsulan a los virus que encuentran en su camino. Lo llamativo es que se mueven tanto en un medio ácido como básico y avanzan con movimientos contradictorios en ambos medios".

Don Pedro consultó en Quitilipi con el investigador Enrique Lynch Arribalzaga y se sorprendió ante la respuesta, en la que diferenciaba el ADN entre "los aborígenes" y "los blancos":

"Consulté sobre la conducta de algunos animales y con buen criterio me dijo que el número de las posibles combinaciones al azar de los aminoácidos encontrados es casi infinito.

Sin embargo, la actividad biológica no se debe a una combinación fortuita sino a un ordenamiento preciso. Por eso me alertó que posiblemente existiera una diferencia entre los organismos de los aborígenes y de los blancos. Yo me sorprendí mucho, pero por lo que estaba pasando no podía dejar de tener en cuenta las palabras de Lynch Arribalzaga, que me ilustró sobre la dedicación de muchos colegas que están estudiando la estructura primaria, o sea, la secuencia de aminoácidos en la importancia biológica de los seres humanos. Y dio muchos ejemplos de las relaciones entre la secuencia y la actividad de las cadenas de estas sustancias.

Para Lynch Arribalzaga los organismos de los aborígenes y de los blancos pueden ser similares pero sus funciones biológicas completamente diferentes. Me explicó con un ejemplo, la oxitocina y la bradikinina son compuestos de nueve aminoácidos, que no son los mismos y que están dispuestos en diferente orden. Sus funciones biológicas son, en consecuencia, completamente diferentes.

La oxitocina es uno de los compuestos con más actividad fisiológica que se conoce. Es la responsable de las contracciones uterinas durante el parto y actúa sobre las glándulas mamarias estimulando la eyección de leche. Sólo es producido por las hembras de cada especie. Es todavía más interesante que este producto específico sea igualmente eficaz para provocar la puesta de un huevo por una gallina, en ayudar al granjero a obtener leche de las vacas, o en estimular en las mujeres embarazadas

el alumbramiento de un niño. La oxitocina de gallina, vaca o cerda es químicamente idéntica.

La bradikinina es también una sustancia muy activa, producida por las globulinas del plasma sanguíneo en respuesta a las picaduras de avispas, causantes de fuertes dolores.

Es evidente que un cambio en la secuencia de aminoácidos de la bradikinina o de la oxitocina por sustitución, eliminación o adición producirá profundas modificaciones de sus actividades biológicas.

Es decir, aclaró Lynch Arribálzaga, creo que continuar atento a las curaciones de enfermedades suministrando piojos en comunidades aborígenes no significa que será lo mismo en los blancos.

¡Dios mío!, me dije, ante qué situación estoy”.

El crimen de Sorai se sumó al malestar que habían incubado en los aborígenes el mal pago y las injusticias al extremo. En ese contexto, Dionisio Gómez, quien tenía mucha incidencia, los reunió en sus toldos y les contó que se le había aparecido en sueños el alma de Sorai y de otro “médico” asesinado en Sáenz Peña por el ejército durante el “movimiento pacificador”, y que le anunciaron la resurrección de todos los que habían sido mal muertos por los “cristianos”. La noticia conmovió a la indiada, que acudió de todas partes a pedirle la vuelta al mundo de sus deudos, y fue tanta la fe de los aborígenes que se ocupaban en preparar ropas para los resucitados.

Pasaron días y semanas sin que apareciese ningún difunto de los que esperaban, y la desilusión provocó la dispersión y el descrédito natural del profeta. Pero para evitar el desparramo, el shaman Machá, Juan Machado, anunció que la divinidad en sueños le había ordenado que juntase a todos los nativos hermanos porque la policía seguiría matándolos como a Sorai, y juntos resistirían mejor, ya que no le era posible desparramarse por los campos, porque ahora estaban todos ocupados por los “cristianos y sus vacas”.

Juan Machado y Dionisio Gómez fueron a carpír a la chacra de Magnaní, donde trabajaba Pedro Maidana, Machá, Yachazanaxuaik y Llishaxaic se encontraron. Llishaxaic era el mocoví

Maidana, sobreviviente de otras matanzas, y Machá y Yachazanaxuaik eran Machado y Gómez, respectivamente, quienes a falta de shamanes, por la muerte de Sorai, ocuparon ese rol.

En la chacra de Magnaní, empezaba a gestarse la primera huelga de peones rurales aborígenes. Los tres hicieron un alto en el trabajo y empezaron a conversar sobre la vida y la muerte de los guaycurúes.

—¿Para qué deslomarse, si al final es lo mismo? —se preguntó Llishaxaic.

—Nos sacaron las tierras de los antiguos. Prohibieron cazar, prohibieron pescar, prohibieron algarrobera, prohibieron salir del Chaco —agregó Machá.

—¿Qué era eso que llamaban progreso y civilización. ¿Para qué sirve? Para prohibir. Para que duela el pecho. Para herir a los dioses —volvió a irrumpir Llishaxaic mientras empezaba a carpír de nuevo.

—Somos descendientes de los guaycurúes. Nosotros, los tobas y los mocovíes. Hijos de la libertad —añadió Yachazanaxuaik.

—¡Hijos de la libertad! —gritó Llishaxaic.

Los tres coincidieron en que sus pueblos no vivían como auténticos guaycurúes.

—Hay mucha miseria en nuestra gente —afirmó Yachazanaxuaik.

—Hay mucho dolor —dijo Machá.

—Nos maltratan, porque nuestros dioses están enojados. Se creen abandonados por nosotros que le hacemos caso a los blancos, y los blancos nos matan —aseveró Yachazanaxuaik.

Machá, Llishaxaic y Yachazanaxuaik se miraron. El acuerdo salió a andar. Buscaban que la gente dejara esa situación.

Yachazanaxuaik y Machá invocaron a los espíritus del monte para lograr la restauración del mundo guaycurú. Llishaxaic no se sumó al rito de la invocación.

Maidana era hombre de acción y de ideas renovadoras. Odiaba tanto al colonizador como amaba a sus hermanos. Eso le valió diversos mote de la policía, como bandido, cruel, despiadado y carente de escrúpulos. Maidana cometió hechos que la policía y la prensa trataron de fechorías propias de un bandolero social o bandido rural, que defendía empíricamente los intereses de las masas marginadas. Se le imputó el asesinato de un sargento de la policía.